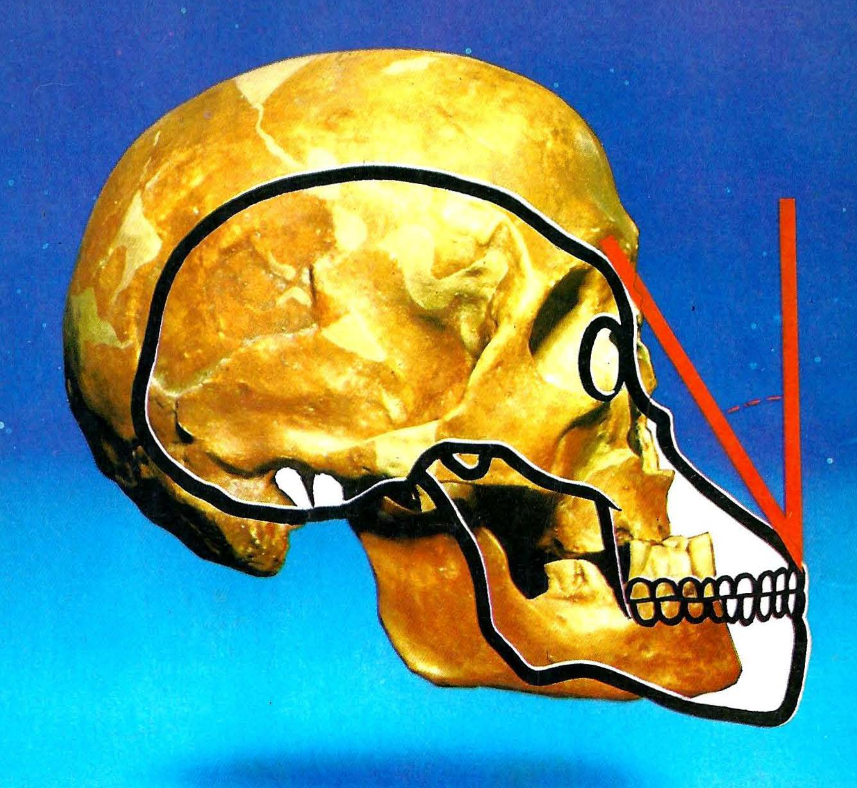
LEAKEY

RICHARD E. LEAKEY



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



LEAKEY

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

LEAKEY

RICHARD E. LEAKEY

SALVAT

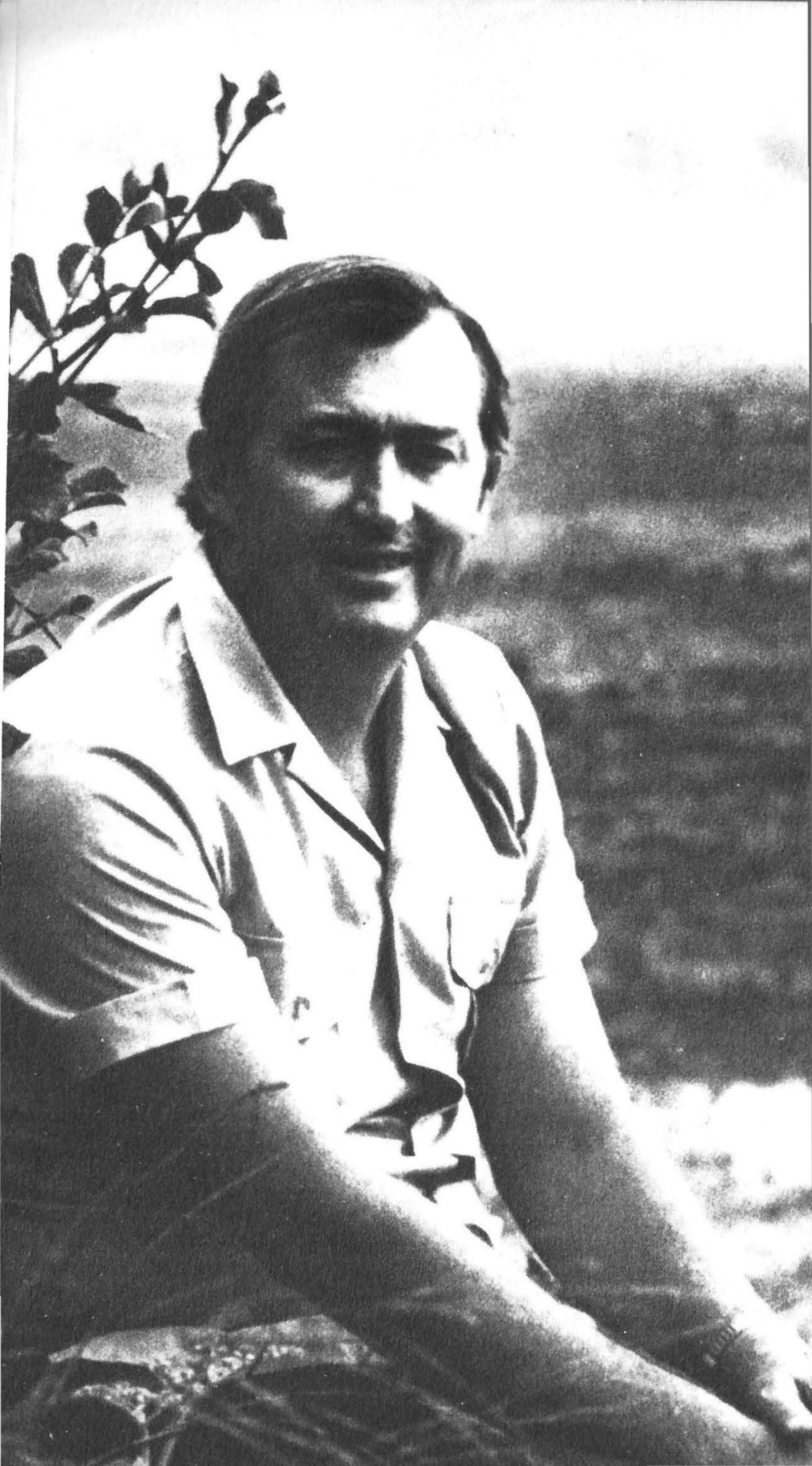
Versión española de la obra original en inglés: *One Life: Richard E. Leakey. An Autobiography,* publicada por Salem House, Salem, New Hampshire.

Traducción del inglés a cargo de Camila Batlles.

Las fotografías de este libro proceden del propio autor.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8221-X.
Depósito legal: NA-1451-1985.
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49, 08029 Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella, Estella (Navarra), 1986.
Printed in Spain.

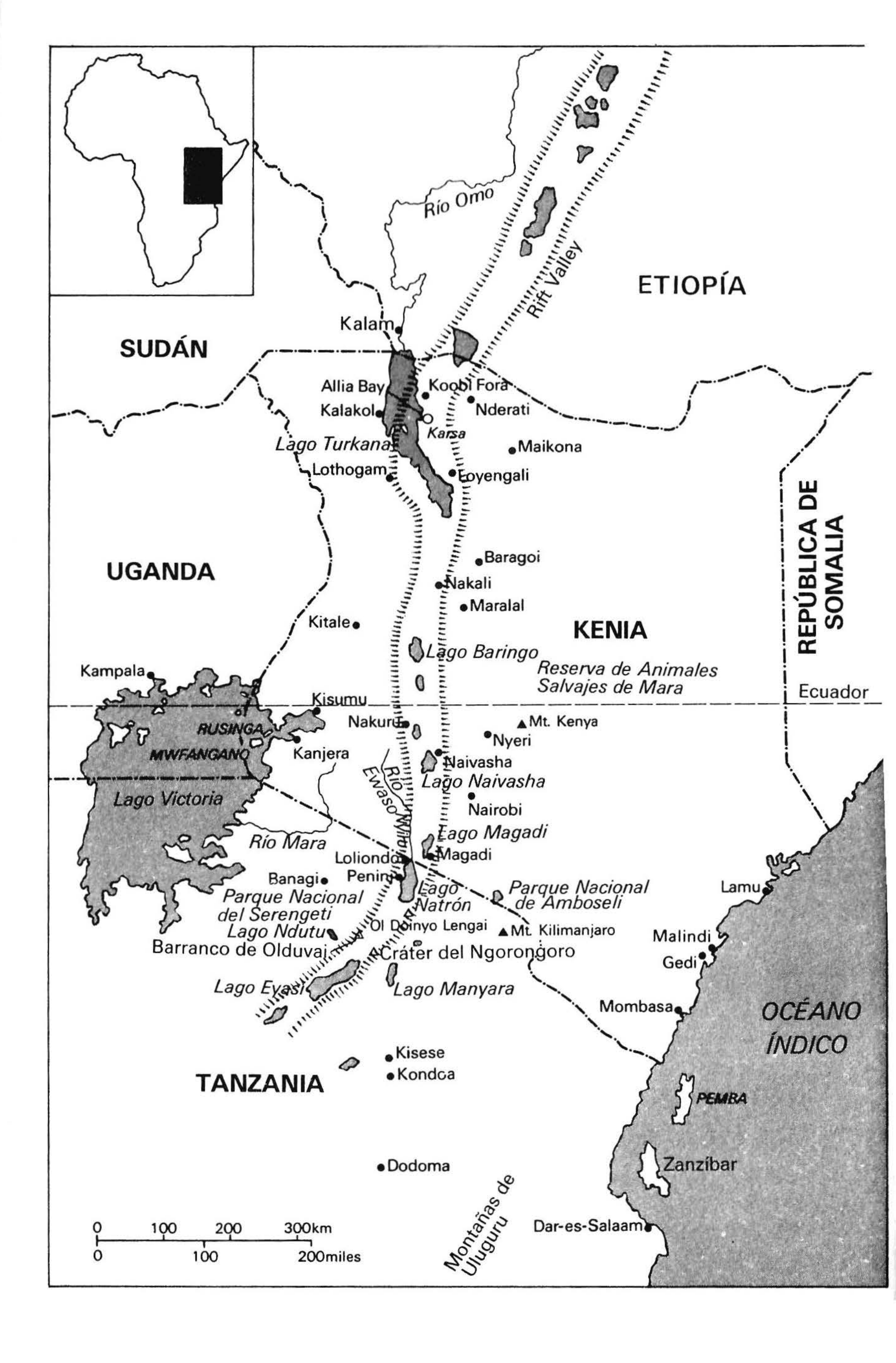
Indice



Richard E. Leakey (n. 1944)

Richard E. Leakey, hijo del célebre matrimonio de paleontólogos y expertos en fósiles, Louis Seymour Bazzet y Mary Leakey, nació el 19 de diciembre de 1944 en Nairobi (Kenia). Desde niño siguió las investigaciones antropológicas de sus padres. No cursó estudios superiores y durante algunos años organizó partidas de caza y safaris fotográficos. Muy pronto demostró gran habilidad para moverse con soltura en terrenos difíciles y una gran capacidad organizativa, por lo que dirigió el grupo keniano de la Expedición internacional del Omo (Etiopía) en el transcurso de la cual descubrió, en la orilla oriental de lago Turkana, unos depósitos del pliopleistoceno, excepcionalmente ricos en fósiles. Organizó entonces un equipo permanente de profesionales —«Yo me limito a encontrar fósiles; luego, que los expertos los clasifiquen»— en Koobi Fora que, en años sucesivos, le convirtió en uno de los jóvenes antropólogos más conocidos del mundo. El Gobierno de Kenia le nombró Director del Museo Nacional de Kenia y la National Geographic Society subvencionó sus investigaciones como lo había hecho con su padre. En Koobi Fora aparecieron fósiles de homínidos de gran valor, especialmente el cráneo conocido como «1.470», cuya antigüedad, tras numerosas revisiones, ha sido cifrada en 1,9 millones de años. Ha pronunciado numerosas conferencias en Estados Unidos, Gran Bretaña y Suecia. En colaboración con Roger Lewin escribió *Orígenes* y *People of the Lake.* Ha preparado documentales para la televisión norteamericana e inglesa. A finales de 1979, a los 35 años de edad, fue sometido a una operación de trasplante de riñón, que le cedió su hermano Philip, en el Hospital de St. Thomas de Londres. A finales de febrero de 1980 regresó a Kenia.

Richard E. Leakey, autor y protagonista de este libro.


ETIOPÍA
Río Omo
Rift Valley
SUDÁN
Kalam
Allia Bay
Koobi Fora
Kalakol
Nderati
Karsa
Lago Turkana
Maikona
Lothogam
Loyengali
REPÚBLICA DE SOMALIA
Baragoi
UGANDA
Nakali
Maralal
Kitale
KENIA
Lago Baringo
Kampala
Reserva de Animales Salvajes de Mara
Ecuador
Kisumu
Nakuru
Mt. Kenya
RUSINGA
Nyeri
MWFANGANO
Kanjera
Naivasha
Río Ewaso Nyiro
Lago Naivasha
Lago Victoria
Nairobi
Lago Magadi
Río Mara
Loliondo
Magadi
Banagi
Penini
Lago Natrón
Parque Nacional de Amboseli
Lamu
Parque Nacional del Serengeti
Lago Ndutu
Ol Doinyo Lengai
Mt. Kilimanjaro
Malindi
Barranco de Olduvai
Cráter del Ngorongoro
Gedi
Lago Eyasi
Lago Manyara
Mombasa
OCÉANO ÍNDICO
Kisese
Kondoa
TANZANIA
PEMBA
Dodoma
Zanzíbar
Montañas de Uluguru
Dar-es-Salaam
0 100 200 300km
0 100 200miles

Prólogo

Casi todos hemos vivido algún incidente que ha quedado grabado permanentemente en nuestra memoria. En mi caso fue un incidente singular que no duró más de un instante; un instante alegre y feliz, aunque dudo que fuera capaz de expresar la emoción que me embargaba. Contemplaba yo un recipiente de cristal (o puede que fuera de plástico) que contenía un líquido sanguinolento, mezcla de mi sangre y mi orina. Por extraño que parezca, ésa fue la causa de mi alegría, pues significaba que por primera vez desde hacía unos tres meses había conseguido orinar. Me hallaba en Londres; era el 29 de noviembre, por la noche; acababa de despertarme de la anestesia tras una delicada intervención quirúrgica en la que me había sido trasplantado un riñón de mi hermano menor, Philip. Yo sabía que en el futuro podían presentarse problemas, pero al menos estaba vivo y el órgano trasplantado comenzaba a funcionar. Sentí que había concluido una vida y que me enfrentaba a otra distinta, como si acabara de renacer. Con ese pensamiento, me sumí en un profundo sueño y horas más tarde volví a despertarme para iniciar mi nueva vida. Sin embargo, no es éste el tema de mi libro.

Había sido operado en el St. Thomas Hospital de Londres. Había llegado a Inglaterra con Meave, mi esposa, el 14 de julio de 1979, confiando en que sería por breve tiempo. De hecho, estaba tan convencido de que regresaría a Kenia a finales de aquel mismo mes, que sólo había llevado una bolsa de viaje. Habíamos dejado a los niños con la hermana de Meave y su familia, que entonces ocupaban nuestra casa de Nairobi. La insistencia de Meave en acompañarme a Londres debió hacerme sospechar la gravedad de mi estado, pero me sentía demasiado confiado, o estaba demasiado enfermo, para pensar siquiera que mi vida corría peligro.

Mi médico en Nairobi me había aconsejado que me trasladara a Londres a causa de los problemas derivados de la hipertensión arterial, imposible de controlar sin unos medicamentos especiales que todavía no se hallaban en Kenia. Mi hipertensión arterial, debida a la grave insuficiencia renal que afectaba ambos riñones, me había obligado a ingresar dos veces en el hospital durante las ocho semanas últimas. No obstante, yo confiaba que mis riñones seguirían funcionando algún tiempo más si tomaba la medicación adecuada para reducir la elevada

En el sector de Africa Oriental, representado por este mapa, han ido desarrollándose los trabajos y descubrimientos arqueológicos de R. Leakey.

tensión arterial. Intentaba por todos los medios no ceder a la enfermedad, pues todavía tenía muchos proyectos que deseaba realizar. Al llegar a Londres, acudí al especialista que me había sido recomendado, el cual me comunicó lo peor: mi estancia en Londres sería indefinida, pues el regreso a Kenia dependía de la posibilidad de trasplantarme con éxito un riñón o bien de adaptarme satisfactoriamente a un régimen domiciliario de diálisis. Era evidente que había llegado al final de mi trayectoria personal y que no podría seguir llevando una vida normal. Es más, empecé a pensar que tal vez no me quedaba ya vida, ni normal ni limitada, que vivir.

Aunque en el fondo sabía que esto era inevitable, hasta entonces había procurado no pensar en ello, y el diagnóstico médico, expuesto sin rodeos en presencia de Meave, constituyó para mí un golpe durísimo. No sé si fue por comprender y aceptar la gravedad de mi estado o debido a la natural evolución de la enfermedad, pero el caso es que a partir de entonces mi salud comenzó a deteriorarse rápidamente. Al cabo de una semana experimentaba serias dificultades para caminar y me era imposible subir escaleras; los días se confundían con las noches; el elevado contenido de urea en la sangre me ofuscaba la mente.

Mi primera sesión de diálisis fue sin duda una de las más extraordinarias experiencias que me ha tocado vivir. Tuvieron que insertarme los tubos del riñón artificial en los vasos sanguíneos situados en la ingle, cuya localización fue extremadamente dolorosa. La sesión duró varias horas, al cabo de las cuales me sentí muy mejorado y comprendí por primera vez lo enfermo que había estado. A medida que se depuraba mi sangre, comencé a recobrar los ánimos y la confianza. Al fin me dijeron que podía marcharme a casa y que me presentara a los dos días para la siguiente sesión, pero cuando intenté levantarme de la cama comprobé que no podía hacerlo, pues me había quedado sin fuerzas. Tras no pocos esfuerzos por parte de las enfermeras y de Meave, consiguieron vestirme y sentarme en una silla de ruedas, y Meave me llevó hasta un taxi que nos aguardaba. Era la primera vez que ocupaba una silla de ruedas y me alegré de no tener que caminar.

La euforia producida por mi mejoría tras la primera sesión de diálisis no tardó en disiparse, y a los dos días estaba más que dispuesto a que me reinsertaran los tubos en la ingle. La segunda vez fue mucho peor que la primera, pues tenía los vasos sanguíneos muy doloridos, y la tercera fue un auténtico suplicio. Pero a partir de esta última sesión, casi seis días después de la primera, los médicos pudieron utilizar una vena del brazo, lo cual supuso un enorme alivio. Dado que me sentía cómodo y no tenía ningún dolor, pensé que, si me organizaba debidamente, podría ocuparme en otra cosa mientras me sometía al tratamiento. Gracias a la colaboración y tolerancia de médicos y enfermeras, logré que mis tres sesiones de diálisis semanales se llevaran a cabo en una pequeña habitación contigua a la unidad renal, donde podía sentarme a una mesa para escribir. Logré así despachar la abundante correspondencia que recibía a diario, pero como aun así me aburría, decidí escribir un libro sobre mi vida.

1. Una infancia africana

Mi vida comenzó en 1944 en el hospital de Nairobi, en Kenia, donde nací a primeras horas del 19 de diciembre. Según parece, todo transcurrió con absoluta normalidad, aunque mi madre me ha contado que al nacer debía de tener la vejiga llena y lo primero que hice fue orinarme en la cara del médico. ¿Sería tal vez una premonición? Desde entonces me han ocurrido infinidad de anécdotas, algunas de las cuales deseo relatar antes de que el tiempo las borre de mi memoria. Es muy posible que en algunos pasajes haya dejado que mi fantasía dé colorido a la historia. Dado que nunca he llevado un diario, sólo puedo escribir lo que recuerdo, excepto en los casos en que la perspectiva histórica me ha permitido comprender un aspecto determinado de mi país que de niño apenas me preocupaba.

La Kenia de 1944 era muy distinta de la moderna nación en la que se ha convertido desde su independencia en 1963. Durante la década de los años cuarenta, gran parte de los países africanos eran aún colonias de Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Portugal, y Kenia, debido a su enorme potencial en cuanto a comercio y colonización, había caído bajo la influencia del Imperio británico. Antes de la llegada de los comerciantes británicos, allá por el siglo IX, la costa del África oriental había sido ocupada por los árabes, quienes comerciaban con el marfil y los esclavos del traspaís africano. El comercio británico, iniciado a fines del siglo XIX bajo los auspicios de la Compañía Imperial Británica de África del Este, se tradujo en una serie de tratados con los gobernantes árabes y los jefes de las tribus locales. En 1893 la Compañía quebró y el gobierno británico se hizo cargo de la administración de los intereses británicos, lo que culminó en 1895 con la instauración del protectorado de África oriental. Entre 1896 y 1901, se construyó una línea de ferrocarril de Mombasa a Kisumu que unía la zona costera con los grandes lagos.

A finales de la Primera Guerra Mundial el movimiento colonizador europeo comenzó a adquirir ímpetu y fue vivamente fomentado. Se inició la sistemática expropiación de las tierras pertenecientes a los africanos y la situación de los pobladores indígenas empeoró progresivamente. La dominación política ejercida por la minoría europea sobre la mayoría aborigen no tardó en provocar graves conflictos, y durante los años veinte la oposición africana al domonio colonial era un hecho incontrovertido. El motivo principal residía en la política agrícola y territorial que se practicaba, pero nadie hizo nada por solucionar los

problemas. La población africana era considerada como un recurso que debía ser explotado en beneficio del imperio británico, y todo intento encaminado a lograr la emancipación de las masas era juzgado contrario a los intereses europeos.

Durante la Segunda Guerra Mundial la agitación política remitió, pero en los años de la posguerra, cuando la Corona se dedicaba a distribuir recompensas, se produjo un profundo malestar. Aunque un sinnúmero de africanos, incluidos los keniatas, habían sacrificado su vida al servicio de Gran Bretaña en campañas libradas en África y en el extranjero, las recompensas monetarias percibidas por los soldados africanos eran mezquinas. Por el contrario, a los soldados y oficiales europeos se les concedieron tierras y toda suerte de facilidades de pago, préstamos gubernamentales y demás ventajas. Todo ello dio impulso al movimiento nacionalista, llamado Kenya African Union, el cual se convirtió en un poderoso partido político que defendía la autonomía africana. A principios de los años cincuenta se inició una política basada en la violencia, y el terrorismo se propagó. Esta campaña para acabar con el dominio británico estaba promovida por la organización Mau Mau, y en 1953 se encarceló a varios destacados dirigentes nacionalistas, entre los cuales figuraba Jomo Kenyatta, que posteriormente sería el primer presidente de Kenia. En aquellos días Kenia no era precisamente un lugar apacible; entre 1951 y 1960 se instauró el estado de emergencia, durante el cual se concedió a mi padre protección policial. Aunque yo era muy niño, me daba perfecta cuenta de que en cualquier momento podía ocurrir algo terrible que afectaría a nuestras vidas.

En 1958 se hizo evidente para todos que la independencia del país era inevitable y se emprendió una nueva política. En 1961 fue liberado Jomo Kenyatta y se iniciaron largas conversaciones constitucionales encaminadas a otorgar a Kenia su independencia política, que finalmente fue concedida el 12 de diciembre de 1963.

Así pues, la Kenia donde yo nací era todavía una colonia británica en la que dominaba una amplia comunidad de colonos europeos, muchos de los cuales eran antiguos militares británicos o hijos de ricos terratenientes ingleses. Buena parte de ellos consideraban al país como suyo por derecho propio y a la población autóctona como una fuente de mano de obra barata pero «incompetente». Si bien es cierto que se realizaron algunos intentos de mejorar el nivel de vida de los africanos, por lo general se creía que «el africano» era más feliz llevando una vida sencilla. Pocos colonos se molestaron en intentar comprender las costumbres de los indígenas o en aprender su lengua, por lo que no es de extrañar que los sirvientes fueran tachados de «incompetentes».

Kenia es una tierra muy diversa y de grandes contrastes; aunque el Ecuador divide al país en dos partes aproximadamente iguales, el clima varía mucho según la altitud. Los contrastes más acusados se dan, como es lógico, en la calurosa y húmeda zona costera situada al nivel del mar y en los helados glaciares y extensiones nevadas del monte Kenia, de 5.194 metros de altitud. El país tiene una superficie de 582.664 km^2 —aproximadamente la extensión de Texas o algo menos que tres veces la

extensión de Inglaterra—, pero casi un 65 % de su territorio está constituido por desierto semiárido, no apto para el cultivo. No obstante, buena parte de las tierras altas son excelentes para la agricultura, lo que no tardaron en descubrirlo los primeros colonos europeos. Los kikuyos, que viven en las tierras altas centrales y son granjeros por tradición, forman uno de los grupos étnicos más nutridos de Kenia. Estos se vieron particularmente afectados por la política de expropiación de tierras, que confinaba a la población indígena a las reservas de nativos, mientras que la mayoría de colonos británicos ocupaban las tierras que habían pertenecido a los kikuyos. Los masai consiguieron conservar buena parte de su territorio, aunque no siempre en la misma zona que habían ocupado antiguamente. Fueron obligados a abandonar grandes extensiones de terreno fértil y aceptar otras tierras en la región menos fértil, al sur del Rift Valley; en consecuencia, la prosperidad de este pueblo no tardó en declinar.

Las granjas de los colonos europeos solían tener una extensión de miles de acres y la mano de obra se componía básicamente de indígenas, que eran considerados unos intrusos. Estos habitaban y cultivaban una pequeña parcela del terreno propiedad del granjero a cambio de un mísero salario, pues se creía que el africano no necesitaba dinero mientras pudiera seguir disponiendo de los alimentos básicos. En contraposición, las reservas de nativos, donde habitaba la mayoría de la población autóctona, eran sumamente reducidas. En dichas zonas no se practicaba el cultivo a gran escala y la propiedad de la tierra era cedida a la tribu y no a los individuos, por lo que no podía utilizarse como garantía económica ni para solicitar préstamos. En gran parte de Kenia los límites de las reservas de los nativos eran tan estrechos que obligaban a éstos a vivir hacinados. El resto de Kenia era considerado como territorio masai, santuario de los animales salvajes o, simplemente, estaba deshabitado.

En Kenia existen como mínimo cincuenta tribus, algunas de las cuales están estrechamente vinculadas, si bien cada una posee sus propias tradiciones y afinidades culturales. Los administradores coloniales, interesados en mantener esas diferencias, fomentaban la desconfianza entre los principales grupos tribales, y puesto que la unión constituía una poderosa arma nacionalista, practicaban la política del «divide y vencerás».

Si bien es cierto que la inmensa mayoría de los colonos erigían barreras entre ellos y los pobladores en cuyo país se habían aposentado por la fuerza, había algunas excepciones. Las Iglesias cristianas dirigían escuelas en las reservas de nativos y los formaban para llevar una «vida civilizada», es decir, europea, Existía una marcada diferencia entre la actitud manifestada por las Iglesias establecidas y la observada por los misioneros; el movimiento misionero confraternizaba y colaboraba con los africanos, mientras que las Iglesias establecidas estaban decididamente del lado de los europeos. La segregación racial era, en aquellos tiempos, la política oficial practicada en Kenia, como tristemente lo sigue siendo en Sudáfrica, aunque en cierto modo la situación de los africanos en 1944 era peor que la de los sudafricanos en la actualidad, puesto que

resultaba prácticamente imposible promover una campaña eficaz de oposición. Antes de existir la televisión, las naciones europeas solían «ignorar» las vicisitudes del africano en África.

En aquel tiempo no se empleaban los términos *blanco y negro;* se era europeo, asiático, árabe o africano. El comercio y los negocios se hallaban en manos de los europeos y los asiáticos. Los comerciantes asiáticos eran menospreciados por los europeos y los africanos, y aquéllos, a su vez, trataban despectivamente a los africanos. Algunos asiáticos desempeñaban altos cargos, mientras otros eran artesanos, y los puestos de menor responsabilidad de la administración pública solían estar ocupados por los asiáticos de Goa, que eran considerados superiores a otros asiáticos debido a su formación cristiana, aunque fuera católica, y a que muchos tenían en parte sangre europea. Algunos asiáticos colaboraban estrechamente con los nacionalistas africanos, y los que desempeñaban cargos relevantes mantenían trato cordial con sus colegas europeos. Por lo general, sin embargo, existía la barrera del color, y el indígena africano era un ciudadano de cuarta categoría, situado en el nivel más bajo de la escala social. No obstante, siempre era preferible que fuera instruido por los misioneros a la temible perspectiva de un africano educado en una escuela privada o independiente. Este último era considerado como un elemento subversivo, pues tenía una idea muy clara acerca de su propia identidad e incluso creía tener derechos.

Una consecuencia positiva de la administración colonial fue la implantación del kiswahili, lengua del pueblo costero waswahili, como *lingua franca* nacional. Los administradores se vieron obligados a aprenderla y muy pronto se difundió su empleo. El intento de forjar una Kenia unida tras su independencia a partir de unos elementos indígenas tan dispares habría resultado infinitamente más complicado de no existir una lengua africana común mediante la cual comunicarse. Durante mi infancia, yo podía conversar en kiswahili con gentes de cualquier tribu, mientras que en la niñez de mi padre los pueblos que habitaban más allá de la costa sólo hablaban su lengua materna.

Las ciudades de Kenia eran sumamente toscas y, a excepción de Nairobi y Mombasa, poco atrayentes. Muchos de sus edificios estaban hechos de chapa de hierro sobre unas estructuras de madera, las calles eran de tierra y en general presentaban un aspecto polvoriento. Nairobi, por ser la capital administrativa de la colonia y centro comercial de gran parte de África oriental, resultaba más atractiva, aunque carecía de edificios importantes o dignos de reseñarse.

Mombasa era distinta de Nairobi, debido a ser un puerto de mucho movimiento y que arrastraba una larga historia de invasiones y ocupaciones extranjeras. La ciudad existía ya mucho antes de la llegada de los europeos, y sus pobladores tenían sus propias costumbres y tradiciones. Muchas de sus gentes eran islámicas, hablaban o al menos leían el árabe y eran leales al sultán de Zanzíbar, que era muy respetado por el gobierno británico. Las autoridades coloniales, por tanto, trataban de modo distinto a los habitantes de la costa y había mayor contacto social entre las razas, aunque fuera meramente superficial.

Tal era la sociedad en la que se desenvolvía mi familia. Mis abuelos paternos eran misioneros anglicanos, y mis padres, científicos, en un país cuyos colonizadores no se ocupaban de esas materias. Mi abuela, Mary Bazett, había llegado a Kenia siendo joven, en 1888. Como típica muchacha victoriana, procedente de una familia con importantes vínculos con la Iglesia, su única aspiración era servir a Dios y a su patria. Tras enfermar en Mombasa, regresó a Inglaterra y casó con Harry Leakey, un joven párroco. Mi abuela regresó a Kenia con su marido y se afincaron en un lugar llamado Kabete, cerca de Nairobi, donde pocos años antes se había fundado una misión de la Church Missionary Society. Yo no llegué a conocer a mis abuelos, puesto que mi abuelo murió en 1940, antes de nacer yo, y mi abuela en 1948, antes de tener yo edad suficiente para darme cuenta de quién era y qué era lo que hacía.

Mi padre, Louis, nació en Kabete, en 1903. Allí se crió, ayudando a sus padres en las labores de la misión y aprendiendo a leer y a escribir instruido por sus niñeras. Desde muy joven manifestó unas aficiones que más tarde le llevarían a estudiar arqueología y antropología. Aparte de un par de años pasados en una pequeña escuela de Inglaterra, en 1911 y 1912, tras caer enfermo mi abuelo, mi padre dejó de asistir regularmente a la escuela hasta cumplidos los diecisiete años, cuando fue enviado a Inglaterra para recibir una sólida educación inglesa.

Mi padre, acaso influido por esa infancia, defendía unas actitudes sociales decididamente opuestas a las de la comunidad europea de Kenia. De joven, buena parte de sus amigos, por no decir todos, eran africanos. Había muy pocos niños europeos con quienes jugar cerca de la misión, ni siquiera en el resto de Kenia. Así pues, se crió entre muchachos kikuyos e incluso llegó a ser aceptado como iniciado de la tribu. Mi padre dominaba la lengua de los kikuyos a la perfección y hablaba correctamente el kiswahili. Pocos europeos han llegado a conocer tan profundamente las costumbres de los kikuyos como él; y, aunque éste es un dato muy poco conocido, parte de sus más valiosos escritos fueron publicados como un estudio en tres volúmenes sobre los kikuyos. Mi padre se sentía enormemente orgulloso de ser un «africano blanco», que era como él se consideraba. Debido a su formación y a sus inclinaciones, decidió ser científico en vez de seguir la carrera de misionero. Esta circunstancia le diferenciaba del resto de europeos educados a la manera tradicional, por lo que le era mucho más difícil integrarse en la sociedad inglesa.

Antes de ser enviado a la escuela, tuve la inmensa fortuna de pasar muchos ratos al aire libre y en contacto con la naturaleza. Mis padres eran partidarios de llevar a sus hijos, siempre que era posible, en las expediciones que emprendían a la sabana africana. Entre mis primeros recuerdos figuran los largos viajes por caminos accidentados y polvorientos. En aquellos días no había ventas junto al camino ni establecimientos donde adquirir refrescos, y recuerdo bien la época en que aparecieron en Kenia las primeras bebidas carbónicas. El primero de estos refrescos, un líquido granate llamado *Vimto,* fue motivo de frecuentes discusiones en mi familia; por más que insistía yo, mi padre prefería pararse para encender



fuego junto al camino y preparar un poco de té o café antes de comprar aquellas bebidas embotelladas de reciente invención.

Apenas guardo recuerdos de mis primeros años de vida, aunque me consta que mis primeras excursiones a la sabana africana tuvieron una influencia decisiva sobre mí. Incluso hoy disfruto paseando por lugares salvajes e incultos a los que, por desgracia, cada vez acudo con menor frecuencia. El hecho de poder pasar siquiera unos breves momentos alejado del estrépito y los olores de nuestro mundo tecnológico es para mí como un tónico que me hace sentirme purificado y con renovadas energías.

Me gustaría poder recordar más cosas de mi infancia, pero como suele ocurrirnos a todos, son los primeros accidentes y cicatrices los que destacan más vivamente en mi memoria. Recuerdo con toda claridad un episodio ocurrido en los jardines del Museo, donde vivíamos nosotros. Jugaba con otros niños y un chico mayor, seguramente amigo de mi hermano Jonathan, que me llevaba cuatro años, que me prestó su triciclo. Una vez montado en él, el chico me propinó tal empujón que perdí el dominio del triciclo y fui a aterrizar sobre una buganvilla muy espinosa. Más tarde he vuelto a experimentar esa sensación de hallarme a bordo de un vehículo que no logro controlar, y creo que es a consecuencia de ese primer susto por lo que hoy detesto viajar en tren o en coche conducido por otra persona. Todas las mañanas, cuando me dirijo al Museo, paso frente a aquella buganvilla.

En un principio, el Museo Coryndon de Nairobi, donde trabajaba mi padre —posteriormente pasó a ser el Museo Nacional de Kenia—, era un pequeño edificio consistente en una galería principal y dos plantas. A finales de los años cuarenta, finalizada la guerra, mi padre comenzó a recaudar fondos por medio de donativos públicos para construir otras seis galerías. Aunque no lo recuerdo bien, sé que una de las cosas que más me divertían era pasearme por las obras después que los obreros se habían marchado. Era como un castillo en ruinas por el que jugábamos al escondite y deambulábamos entre los sacos de arena. Teníamos prohibido andar descalzos, a fin de no pisar niguas, unos parásitos que se introducen en la piel, especialmente en las plantas de los pies.

Durante mis primeros años vivíamos en una pequeña casa de piedra que era la residencia oficial del conservador del Museo, cargo que ocupaba mi padre desde 1946. Esta casa vino a sustituir a otra, infestada de ratas y hecha de hierro ondulado, en la que habitábamos antes y que cuando nos trasladamos a nuestra nueva casa sirvió como almacén. Recuerdo que los domingos nos dedicábamos a cazar ratas en compañía de nuestros perros y a veces lográbamos dar muerte a treinta o cuarenta.

También recuerdo un incidente ocurrido en el Museo. Mi hermano Jonathan y yo éramos muy aficionados a hacer vaciados en yeso de

Este es, probablemente, el primer retrato de mi familia, incluidos algunos de los perros de mi madre.

pescados, empleando una sencilla técnica aprendida en el Museo. En primer lugar, colocábamos el pescado, suministrado por mi padre, sobre un lecho de arena en un recipiente, generalmente una bandeja de horno de mi madre, procurando que la arena cubriera exactamente la mitad del pescado. Luego cubríamos el pescado con una capa de cera fundida de aproximadamente un centímetro de espesor. Una vez que ésta se había enfriado y endurecido, volvíamos el modelo del revés, retirábamos la arena y sacábamos el pescado del molde de cera. A continuación vertíamos en el molde cierta cantidad de yeso previamente mezclado y lo dejábamos durante varias horas hasta que se endurecía. Por último, introducíamos el molde en un recipiente con agua hirviendo hasta que se derretía la cera y extraíamos el pescado de yeso. Una vez que se había enfriado el agua, aprovechábamos la cera para otros vaciados.

Mi hermano y yo hervíamos la cera en la cocina, y en esta ocasión a la que me refiero, habíamos puesto al fuego una cacerola con varios trozos de cera. Yo salí al jardín para decirle algo a mi hermano y me olvidé por completo de la cera que había dejado sobre el fuego. No sé cuánto tiempo tardaría ésta en derretirse, pero el caso es que al ponerse a hervir se derramó sobre el fogón de leña y comenzó a arder. Al ver las llamas y el humo que salían por la ventana de la cocina, corrí a comunicarle a mi padre que la casa se había incendiado y me dispuse a recibir el merecido castigo. Por suerte, el fuego no se extendió más allá de la cocina y conseguimos sofocarlo a tiempo, pero yo, como era de suponer, me llevé una buena azotaina. La casa sigue en pie y actualmente alberga las oficinas de los Wildlife Clubs de Kenia. Paso frente a ella cada vez que aparco el coche en la explanada del Museo.

Los niños suelen ser un estorbo para los padres que trabajan, y yo no era una excepción. Mis padres, sin embargo, tenían la ventaja, como todavía la tienen muchos padres en Kenia, de poder contratar a una persona que se hiciera cargo de sus hijos mientras ellos cumplían sus obligaciones. Las niñeras eran muy típicas de las antiguas colonias británicas, dado que la mano de obra era barata, y muchos niños en África fueron criados por mujeres que no eran sus madres. En mi caso, la mujer que cuidó de mí hasta que cumplí los cinco años se llamaba Adijah y la recuerdo con gran afecto. Ignoro a qué tribu pertenecía.

De niño me parecía que nuestros padres pasaban mucho tiempo ausentes durante ciertas épocas del año, aunque probablemente no era así. Yo no comprendía por qué no podíamos acompañarles siempre en sus primeras expediciones a Olduvai. Naturalmente, ahora comprendo que el agua era muy escasa y mi padre no podía llevar a unos niños que, aparte de no ser de ninguna utilidad para la expedición, habrían supuesto un excesivo consumo de tan preciado artículo. Así pues, mis hermanos y yo quedábamos al cuidado de los sirvientes europeos, quienes se encargaban de llevar la casa en ausencia de nuestros padres.

Adijah pasaba muchos ratos con nosotros mientras nuestros padres se ausentaban por motivos de trabajo. Ella fue quien nos enseñó a hablar y a entender el kiswahili desde muy jóvenes. Al principio yo hablaba el kiswahili mejor que el inglés, puesto que pasaba la mayor

parte del tiempo con Adijah y ésta no hablaba nuestra lengua. También aprendí mucho de los otros empleados keniatas que trabajaban para mis padres, a quienes yo consideraba como parte de la familia. Había, sin embargo, ciertas cosas que no acertaba a comprender, como el que Adijah tuviera con mis padres una relación distinta de la que tenía con nosotros. Ella comía aparte, jamás participaba en los actos sociales y vivía sola en una pequeña y lúgubre habitación fuera de nuestra casa. Por otra parte, su comportamiento, acaso por el hecho de ser africana, era manifiestamente servil. Ignoro hasta qué punto era capaz yo de racionalizar todo eso a mis cuatro años, pero lo cierto es que era perfectamente consciente de estas diferencias. En aquellos días la barrera racial existía como norma social, pero a mí me desconcertaba, sobre todo teniendo en cuenta que mi padre se relacionaba con sus amigos africanos sin ningún género de prejuicios.

Además de Adijah y los sirvientes domésticos, mi padre, debido a su cargo como conservador del Museo, tenía muchos otros empleados. Todos eran muy amables y cariñosos conmigo y yo sentía un profundo afecto por ellos. Al hacerme mayor he comprendido que las barreras sociales se debían más a ser yo el hijo del jefe que a tener la piel blanca.

Mi padre nos hablaba con frecuencia de su infancia en Kenia, y nos relataba cuentos populares, sus hazañas de cazador y su instrucción como joven guerrero. Era evidente que nuestro padre, no obstante tener la piel blanca, se sentía africano de los pies a la cabeza. Todo ello, como es lógico, aumentaba mi perplejidad. Visto retrospectivamente, hoy creo que mi padre era efectivamente africano, si bien un tanto estirado y occidentalizado. Aunque siempre conservó una relación muy estrecha con varios amigos suyos de la infancia, con sus empleados africanos se mostraba distante y poco considerado, sin duda fruto de la actitud típicamente británica y burguesa respecto de la «clase obrera».

Mi vida se volvió mucho más seria cuando, al cumplir los cinco años, nació mi hermano Philip y comencé a asistir a la escuela. Mi primer año escolar lo pasé en el convento de Loreto, en Nairobi. En aquel tiempo no existían en Kenia guarderías infantiles o jardines de infancia, pero ese convento aceptaba a niños de corta edad. Aunque yo no era católico, las monjas me trataban con cariño y yo lo pasaba muy bien. Mi primer recuerdo de esos años es ver a Jesús balánceándose de un rosario y desear que alguien me regalara aquel juguete tan divertido.

Quizá fue entonces cuando me di cuenta de que existían dos sexos. En mi escuela había varias niñas y en seguida manifesté una clara preferencia por la compañía del sexo opuesto, preferencia que he conservado hasta hoy. Mi estancia en el convento de monjas fue breve y muy pronto me trasladaron a St. Mary, otra escuela católica a la que sólo asistían chicos, y poco tiempo después ingresé en la escuela primaria de Nairobi. Aunque mi padre había sido católico, ni él ni mi madre practicaban religión alguna, y no me explico por qué nos enviaban a escuelas religiosas, a menos que desearan darnos una formación cristiana que, de mayores, podríamos aceptar o rechazar. Sea como fuere, el caso es que nuestra vida familiar no contenía elementos religiosos.

Yo me hallaba en la escuela de St. Mary el día en que se anunció la muerte del rey Jorge VI de Inglaterra, y en seguida nos llevaron a todos a la capilla para rezar. El profundo dolor de los alumnos mayores y de los profesores me causó una honda impresión y me hizo comprender que existía realmente un Imperio británico. Recuerdo que me extrañó que los nativos africanos no reaccionaran del mismo modo ante la noticia, y más aún el que las personas adultas europeas encontraran natural que fuera así.

Durante los días siguientes dedicamos muchos ratos a rezar por el alma del rey y la rutina escolar se vio un tanto alterada. Por suerte para mí, la mayor parte de los servicios religiosos se celebraban para los alumnos católicos y los demás no estábamos obligados a asistir. Aun así, muchos quisimos colaborar a nuestra manera y unirnos al duelo público. Yo confeccioné un hermoso modelo de iglesia con cartón y unas piedras y metí en ella varios ejemplares de mantis religiosa para que rezaran por el Imperio en aquella hora de dolor. Pero los insectos, en vez de ponerse a orar como yo esperaba, se dovoraron los unos a los otros y a mí me castigaron por mostrarme irrespetuoso con Dios, la Iglesia, el rey y la patria.

Mi estancia en la escuela primaria de Nairobi fue la época más dichosa de mi vida escolar. Pasé allí varios años, sacaba excelentes notas y siempre figuraba entre los tres primeros puestos en los exámenes de fin de curso. Mis padres manifestaban un evidente orgullo ante mis éxitos escolares y yo me sentía enormemente satisfecho.

Fue en la escuela primaria de Nairobi cuando actué por primera y única vez en una función teatral. Se trataba de una escenificación de la ceremonia de la coronación de Isabel II, que se había celebrado en Inglaterra un año antes, y yo, por razones que no me explico, a menos que fuera porque dos tíos míos eran obispos, fui elegido para hacer el papel de arzobispo de Canterbury. Los ensayos duraron varias semanas y yo me divertí de lo lindo. Lo único que no me gustaba era besar el anillo de la reina, cosa que me daba mucha vergüenza, y siempre procuraba no hacerlo en los ensayos. Cuando llegó el día de la función, a la que asistieron los padres de los alumnos y muchas personalidades ilustres, la perspectiva de besar la mano de la niña que hacía el papel de reina me puso enfermo y tuvo que sustituirme un compañero con menos remilgos. Aquel fracaso social me atormentó durante bastantes años.

2. «Ve a buscar un hueso»

A los Leakey siempre nos han gustado los retos. Recuerdo que, de niño, los viajes que emprendía con mis padres a los yacimientos arqueológicos constituían auténticas aventuras. Durante los años de la posguerra, dada la escasez de medios económicos, las expediciones duraban poco tiempo y el equipo era de lo más rudimentario. Sólo nos acompañaban unos pocos empleados keniatas y nuestros perros. Mi padre sólo disponía de su escaso salario como conservador del Museo y algunos donativos de fundaciones y consorcios en Inglaterra, como la Fundación Charles Boise, que no ascendían a más de unos pocos centenares de libras al año. En mi casa nunca despilfarramos nada, sobre todo en cuestión de alimentos. Aunque éramos muy pobres en comparación con la mayoría de familias europeas de Kenia, éramos mucho más ricos que la mayor parte de los keniatas, incluyendo a los que trabajan para nosotros.

A finales de la década de los años cuarenta mi padre comenzó a interesarse por diversos yacimientos del mioceno que se hallaban situados en la parte occidental de Kenia, en torno a la zona costera y en algunas islas del lago Victoria. Mioceno es el nombre dado por los geólogos al período de la historia de la Tierra cuya antigüedad se remonta a entre veintiséis y siete millones de años. Las capas sedimentarias se habían depositado en esta zona de Kenia hacía quince o veinte millones de años, y eran interesantes porque ofrecían la posibilidad de hallar restos fosilizados de monos primitivos y otros primates, los cuales arrojarían luz sobre los inicios mismos de la evolución humana.

Las visitas al lago Victoria duraban un mes aproximadamente y eran muy emocionantes. Varias semanas antes de partir nos preparábamos como si fuéramos a emprender una aventura. Se hacían y rehacían infinidad de listas; se trazaban planes con todo detalle; se empaquetaban los víveres en cajas de madera y el día de la partida nos levantábamos mucho antes del amanecer. La víspera cargábamos buena parte de los enseres en el coche, aunque siempre quedaban detalles de última hora, como la colocación de las ropas de cama sobre el resto del equipaje en la parte trasera de nuestro viejo Dodge. Mis padres iban sentados delante y nosotros (mis hermanos Jonathan y Philip, yo y varios amigos) nos instalábamos cómodamente sobre el equipaje, aunque apenas teníamos espacio para ir derechos.



Una de las primeras expediciones de mi padre en Tanzania. Cada expedición constituía una auténtica aventura.

A mi padre le gustaba ponerse en marcha muy temprano, y cuando salía el sol ya llevábamos varias horas de camino. El Dodge tenía la carrocería de madera, abierta por los laterales y con una jaula metálica, desde la cual contemplábamos el paisaje, pareciéndonos formar parte de él. Por entonces apenas transitaban automóviles por las carreteras y era una verdadera delicia circular lentamente por la campiña y aspirar los aromas del amanecer, el humo de madera de cedro que exhalaban las casas, el olor de los rebaños de ovejas y cabras al atravesar los pueblos y el húmedo y maravilloso olor del bosque envuelto en la bruma a la luz de un amanecer típicamente keniata.

Efectuábamos la primera parada para repostar en una pequeña localidad agrícola llamada Naivasha, a unos doscientos kilómetros al noroeste de Nairobi. Ese primer tramo de carretera era excelente y había sido construido por unos prisioneros de guerra italianos apresados en Kenia durante la Segunda Guerra Mundial. Más allá de Naivasha la carretera discurría por lo más profundo del Rift Valley a lo largo de otros doscientos kilómetros, hasta llegar a otro poblado agrícola, Nakuru, donde volvíamos a detenernos para repostar. Solíamos llegar a Nakuru sobre la hora de comer, y allí comprábamos pan, embutidos, etc., para hacer un picnic antes de emprender el tramo más arduo del viaje, pues a partir de allí los caminos eran de tierra y estaban llenos de piedras y baches.

Recuerdo un picnic amenizado por la búsqueda infructuosa de uno de los animalitos predilectos de mi hermano Jonathan, una especie de ratón de campo con el rabo muy largo que mi hermano tenía desde hacía tiempo. El animal debió de aprovechar nuestra parada para emprender la huida a través de las altas hierbas, y por más que lo buscamos, no volvimos a verle. Aquélla fue la primera de una larga lista de tragedias infantiles protagonizadas por nuestros animales de compañía salvajes.

Al anochecer llegábamos a nuestro destino inicial, Kisumu, en la orilla nordeste del lago Victoria. Para desplazarse a los yacimientos fósiles del mioceno, mi padre empleaba una lancha motora que permanecía amarrada junto al embarcadero de la compañía Shell, en el puerto de Kisumu. Kisumu constituye un importante punto de carga y descarga en el lago, y antes de que se consolidaran las distintas identidades políticas de Kenia, Uganda y Tanzania era un puerto de mucho tráfico debido al cómodo acceso que ofrecía al traspaís y, por medio del ferrocarril, al puerto marítimo de Mombasa.

Por la noche descargábamos el equipaje y lo colocábamos a bordo de nuestra vieja embarcación, llamada *Miocene Lady*, la cual medía trece metros y medio de eslora y era la típica lancha motora de antes de la guerra. Poseía un camarote principal, con el timón y el asiento del capitán frente a la litera de babor; la tripulación se alojaba a proa del camarote y en la popa había una cocinita con dos hornillos de aceite. La lancha tenía dos motores del tipo V8 con cubiertas de madera que servían como tercera y cuarta literas. En la cubierta de popa había un toldo de lona sostenido por un poste y asegurado a ambos lados por unas tablillas. Mis padres ocupaban el camarote principal y nosotros tres

dormíamos en las dos literas sobre los motores y una tercera cama situada a su lado.

Las arribadas nocturnas a Kisumu eran muy emocionantes. La carga y colocación del equipaje se hacía a la luz de la embarcación, con los motores en marcha, y el balanceo del barco, el estrépito de los motores y las órdenes que impartía mi padre creaban un ambiente de ajetreo y bullicio que a nosotros nos encantaba. Mi padre prefería hacer el viaje de siete u ocho horas hasta los yacimientos por la noche, o bien con las primeras luces del alba, a fin de evitar los fuertes vientos y agitadas aguas propios de los calurosos y húmedos mediodías y tardes. Nuestro capitán era un keniata llamado Hassan Kiburu, que se conocía el lago como la palma de la mano, lo cual era muy tranquilizador cuando el cielo se nublaba y daba al lago un aspecto siniestro y peligroso.

A mí me gustaba despertarme antes del amanecer. Mientras navegábamos, una fresca brisa soplaba sobre el lago y de vez en cuando aparecía una estrella fugaz en el firmamento. Al amanecer, que solía ser espectacular con el cielo teñido de rojo y las nubes doradas, ya habíamos cubierto un buen trecho y mi padre ordenaba a Hassan que acercara el *Miocene Lady* a una de las numerosas canoas de pescadores que en aquellos momentos recogían sus redes de arrastre. Comenzábamos el día disfrutando de un opíparo desayuno a base de pescado fresco. El placer de saborear pescado frito en un espléndido amanecer africano es una de las experiencias más deliciosas que he vivido. A veces mi padre, muy a mi pesar, decidía preparar una especialidad suya consistente en arroz, huevos duros cortados a trocitos y pedazos de pescado guisado, plato que yo detestaba.

Actualmente la pesca en el lago Victoria se practica con modernas canoas propulsadas por pequeños motores, pero en aquellos días en que visité el lago por primera vez, buena parte de las canoas estaban confeccionadas a mano con toscas tablas y cuerdas. Solían medir unos doce metros y eran impulsadas por cinco o seis corpulentos hombres que remaban a una velocidad asombrosa. Algunas canoas disponían de un mástil corto que aguantaba una vela latina, y cuando el viento soplaba a favor alcanzaban gran velocidad. Los pescadores utilizaban redes de arrastre, que dejaban tendidas durante toda la noche. El gobierno, con el fin de imponer un control sobre la pesca, había promulgado una ley que limitaba el tamaño de las redes; pero los pescadores, en su afán de capturar la mayor cantidad de pescado posible, hacían caso omiso de dicha ley. A menudo, cuando Hassan acercaba el *Miocene Lady* a una de las canoas, los pescadores, tomándonos por un bote patrullero, arrojaban por la borda las redes y el pescado y emprendían la huida. Todos lamentábamos ver aquel despilfarro. También había embarcaciones de mayor tamaño, semejantes a los *jahazis* y pequeños *dhows* típicos de las costas de África oriental, las cuales transportaban carga y pasajeros entre las principales poblaciones de aquel inmenso mar interior.

Durante esas visitas al lago Victoria, nuestro destino variaba, si bien a partir de 1947 y comienzos de 1950 mis padres realizaban la mayor parte de sus trabajos científicos en las dos islas mayores, Rusinga y

Mwfangano, en la embocadura del golfo de Winam. Ambas islas poseen extensos yacimientos de sedimentos del mioceno y en cada campaña lograban recuperar un importante número de fósiles, tras las abundantes y persistentes lluvias que se suceden dos veces al año en esta región de África.

Los huesos fósiles hallados allí pertenecían a restos de animales que habían vivido en el mioceno y habían quedado sepultados a consecuencia de un continuo proceso de acumulación de sedimento en esos lagos africanos. Año tras año, durante millones de años, se han ido depositando capas de arcilla, arena o barro sobre los restos de estos animales. A medida que transcurre el tiempo, cada nueva erosión deja al descubierto esas capas, y cada vez que llueve o soplan fuertes rachas de viento se descubren nuevos fósiles. Por consiguiente, la búsqueda de fósiles puede decirse que es una labor interminable, puesto que todos los años existe la posibilidad de realizar nuevos hallazgos.

El *Miocene Lady* constituía nuestra base de operaciones y permanecía amarrada en una bahía protegida. Nosotros vivíamos a bordo de la embarcación, pero las personas que nos acompañaban, que solían ser colegas científicos que se costeaban ellos mismos los gastos del viaje, así como los excavadores keniatas, se alojaban en un campamento a orillas del lago.

El baño en el lago era uno de nuestros primeros y más divertidos rituales. Nos acercábamos a tierra en un pequeño bote de remos y mi padre escudriñaba detenidamente la bahía con unos prismáticos antes de descargar su escopeta en la zona del lago donde íbamos a bañarnos. Tan pronto como se desvanecía el eco de los disparos, nos sumergíamos en el agua mientras nuestro padre montaba guardia. El ruido de los disparos estaba destinado a ahuyentar a los numerosos cocodrilos que merodeaban por el lago. Según mi padre, los cocodrilos no tardaban más de cinco minutos en reponerse del sobresalto, por lo que nosotros debíamos salir del agua y ganar tierra firme antes de transcurrido ese tiempo.

En cierta ocasión, mi padre disparó sobre un cocodrilo de gran tamaño que no se había inmutado por el estrépito de la escopeta, y que era muy conocido y temido por los lugareños. Nosotros observábamos desde la lancha mientras nuestro padre intentaba dar caza al animal. La empresa fue coronada por el éxito y fuimos conducidos a tierra para contemplar el enorme reptil, que medía cinco metros de la cabeza a la cola. Mi padre quería llevarse la piel del vientre, y con ayuda de unos sirvientes comenzó a desollar al animal, cuando sucedió algo sorprendente.

De pronto percibimos un sonoro y persistente murmullo entre la hierba y los cercanos matorrales, y al acercarnos para investigar descubrimos a un nutrido ejército de *siafu*, la funesta hormiga de África, que avanzaba amenazante hacia la playa, sin duda alertado por el olor de la sangre. Apenas tuvimos tiempo de coger la piel del cocodrilo cuando llegaron las primeras hormigas y se abalanzaron sobre los restos del reptil. Sabiendo lo peligrosas que son esas hormigas, nos lanzamos precipitadamente al agua. Al día siguiente regresamos y hallamos al

cocodrilo, que debía pesar cerca de una tonelada, reducido a un montón de huesos y pellejo, pues las hormigas habían devorado las partes blandas. Estas hormigas matan animales jóvenes, como terneros y ovejas, y a veces incluso niños.

Por las mañanas acompañábamos a nuestros padres a los yacimientos y mientras ellos trabajaban nosotros jugábamos, generalmente a la sombra de un árbol. Una multitud de niños del lugar se arremolinaba en torno nuestro para observarnos, y a veces jugábamos con ellos. Recuerdo que en cierta ocasión me enseñaron a hacer unos modelos de canoa y otras embarcaciones con unas cañas, utilizando largas espinas de acacia a guisa de clavos para unir las cañas. Aquellos niños hacían gala de una extraordinaria imaginación, y muchas veces pienso que perjudicamos a nuestros hijos al regalarles tantos juguetes prefabricados y juegos acompañados de detalladas instrucciones que son producto de esta sociedad tecnológica.

Hacia el mediodía, o antes si conseguíamos convencer a nuestro padre, regresábamos al barco. A veces teníamos que caminar varios kilómetros por los estrechos senderos típicos de estas islas. Mientras caminábamos por los prados, saludábamos a todas las personas que se cruzaban en nuestro camino. Las gentes del lugar eran muy abiertas y simpáticas y a mí me llamaba particularmente la atención la sonrisa de las ancianas que trabajaban con sus azadones en los campos de algodón, muchas de las cuales sostenían una larga pipa entre sus desdentadas encías. Las mujeres de África llevan enormes fardos sobre la cabeza y a ello se debe su esbeltez.

No teníamos una hora fija para retirarnos a descansar, pero de niños dormíamos pocas horas, pues preferíamos pescar desde el barco con cañas de fabricación casera y empleando pan como cebo. La mayoría de las veces capturábamos docenas de ejemplares de una especie de *Tilapia* que eran demasiado pequeños y tenían demasiadas espinas para cortarlos en filetes, pero que estaban muy sabrosos en un guiso muy apreciado por los trabajadores keniatas. Para mí era una satisfacción regalar el pescado a mis amigos de la costa, quienes al parecer pasaban más privaciones que nosotros. Mi hermano Jonathan y yo competíamos por ver quién de nosotros capturaba más peces, y una vez me puse tan contento por haberle ganado, que me caí por la borda y hubo de rescatarme Hassan, que había observado el incidente desde la orilla. Era la primera vez que me hallaba en el agua sin tocar fondo, y me puse a pedalear como un desesperado para mantenerme a flote. Hassan logró rescatarme antes de que Jonathan fuera a avisar a nuestros padres, que en aquellos momentos dormían. La sensación de ser proclive a sufrir accidentes yo lo achaco a haber llevado una vida muy activa en zonas salvajes donde es natural que ocurran accidentes.

Mi padre solía aprovechar el frescor de la tarde y del anochecer para ir en busca de nuevos yacimientos o volver a explorar los ya descubiertos. Aquellos paseos eran una delicia, no sólo por lo agradable de la temperatura, sino porque nuestro padre nos hablaba sobre historia natural. Había dedicado toda su vida al estudio de la vida y costumbres de los

animales salvajes de África oriental, y tenía publicados dos volúmenes sobre los animales de la región. Las islas del lago estaban densamente pobladas de árboles y arbustos en los que anidaba una inmensa variedad de aves, y nosotros nos convertimos en unos entusiastas naturalistas, particularmente interesados en mariposas e insectos. Esas desdichadas criaturas eran capturadas con redes y otros medios, y acababan sus días en nuestras botellas de cianuro.

Aunque la posesión de armas estaba rigurosamente controlada, mi hermano Jonathan tenía un rifle de aire comprimido y era muy aficionado a coleccionar pieles y huevos de aves. Aprovechábamos todas las oportunidades que se presentaban para ir de caza, y me avergüenza confesar que llegamos a matar aves, en particular especies raras, que luego disecábamos. Algunas eran muy sabrosas, y a veces cazábamos unos cuantos pichones que nos comíamos asados. Años más tarde, cuando dejé la escuela, mi afición y conocimiento de las aves e insectos me sirvió para ganar algún dinero capturando ejemplares para varios museos extranjeros. Hoy me parece imposible que pudiera disfrutar matando aves y mamíferos, y dedico mucho tiempo y esfuerzos a impedir que los niños cometan las mismas barbaridades que cometí yo.

En 1948, durante una visita al lago Victoria, mi madre hizo un hallazgo que causó enorme revuelo. Se trataba del cráneo completo y mandíbula, fósiles, de un antropoide primitivo, el primer cráneo de estas características que se descubría. No se han descubierto otros cráneos de este género de antropoide, y el hallazgo de mi madre figura entre los más importantes de su larga y fecunda carrera. Aunque sólo tenía cuatro años, recuerdo con toda claridad el yacimiento, que estaba situado en una pequeña y pedregosa colina, muy cerca de un árbol retorcido y sin hojas. Me acuerdo de ese árbol porque las excavaciones llevaron varios días y yo tenía que entretenerme como podía mientras mis padres trabajaban. El único lugar sombreado se hallaba bastante lejos de las excavaciones y yo me sentía muy solo; hubiera dado cualquier cosa porque aquel arbolito tuviera hojas y me permitiera jugar cerca del lugar donde se hallaban trabajando mis padres.

El cráneo fósil pertenecía a un animal semejante a un antropoide que habitó en África tropical hace veinte millones de años. Antes del hallazgo realizado por mi madre, ya se conocía por medio de fragmentos fósiles de mandíbulas, dientes y huesos de sus extremidades, pero el cráneo, tan importante para los científicos, era desconocido. Este mono primitivo, llamado *Proconsul africanus,* está considerado como una importantísima pieza en la larga historia de la evolución humana. En 1948, año en que mi madre halló el cráneo, se creyó haber descubierto el «eslabón perdido» entre los grandes simios y el hombre. Una de las cosas que explico en mi libro titulado *Orígenes* es que incluso hoy día existen ciertas dudas en cuanto a la relación entre el *Proconsul* y los monos africanos posteriores en el tiempo. Si bien disponemos actualmente de mucho más material, incluso de un esqueleto casi completo, se ha creado cierta polémica a propósito del lugar evolutivo de dicho animal en la historia de nuestro pasado. Sea como fuere, el cráneo del *Proconsul* es

de una importancia capital y en parte alguna se ha descubierto otro semejante. Todavía es mucho lo que desconocemos sobre la evolución del primate, y en especial del mono, entre la época del *Proconsul,* hace unos diecisiete millones de años, y los primeros monos de posición erecta, hace unos cuatro millones de años.

Mi padre, como cabe imaginar, tuvo una inmensa alegría con el hallazgo, pues venía a ser la justa recompensa a las vicisitudes que él y mi madre habían soportado sin recibir el menor aliento y reconocimiento a su labor. Era el primer fósil auténticamente importante que se había descubierto en Kenia, y ello proporcionó a mi padre la oportunidad de recaudar fondos destinados a otras excavaciones.

En 1948, Nairobi distaba mucho de ser un centro de estudios sobre la evolución humana, por lo que fue necesario enviar el cráneo a Inglaterra a fin de que lo examinaran los grandes expertos en la materia, junto con el documento formal que contenía su descripción. A mi madre, por ser quien lo había descubierto, le cupo el honor de llevarlo personalmente. Mi padre, que poseía una amplia visión de las cosas y estaba convencido de cuál sería el destino de Kenia, accedió, tras no pocas discusiones con las autoridades, a enviar el cráneo a Inglaterra en calidad de préstamo y a condición de que fuera considerado propiedad de Kenia y pudiera ser reclamado en el momento oportuno. En 1970 yo pedí a las autoridades británicas que devolvieran el cráneo, pero según parece se habían extraviado los documentos relativos al mismo y alguien del Museo Británico había registrado el fósil como propiedad de dicho Museo. Por fin, en 1981, treinta y dos años después de que mi madre llevara el ejemplar a Inglaterra, logramos localizar la correspondencia de 1948 y el cráneo fue devuelto a Kenia.

Creo que fue allá por 1950 cuando hallé mi primer fósil, a la edad de seis años. Mis padres me habían advertido que no les molestara mientras realizaban unas excavaciones bastante delicadas. Nos encontrábamos en un yacimiento en Kanjera, a orillas del lago Victoria. Por el grado de concentración que mostraba mi padre era evidente que aquel día tardaríamos en comer. El lugar estaba plagado de moscas y no había un solo árbol para poder refugiarse a su sombra. Yo no sabía qué hacer para entretenerme. Me habían prohibido ayudarles y no podía alejarme por miedo a las serpientes y demás animales salvajes que merodeaban por los alrededores. Así pues, reaccioné como cualquier niño de seis años y empecé a quejarme de todo: «Tengo calor», «tengo sed», «me aburro», «me duele la barriga», «no sé qué hacer», «¿qué hora es?», etc.

La reacción de mi padre no se hizo esperar y, ni corto ni perezoso, me dijo que fuera a buscar un hueso. La idea no me pareció mala, aunque hubiera preferido bañarme en las aguas frescas del lago. En los yacimientos siempre hay unos cuantos fragmentos de huesos esparcidos que no tienen interés y que pueden ser excavados sin perjuicio para el documento científico. Por consiguiente, me fui en busca de algún hueso. Apenas me había alejado un par de metros cuando de pronto vi un trozo de hueso que asomaba en el terreno. Yo llevaba unos mondadientes y un cepillo y en seguida puse manos a la obra, aunque con cierta desgana.

La tarea resultó apasionante. El hueso, que estaba muy encajado en el sedimento, era de gran tamaño, y después de limpiarlo y cepillarlo durante un rato, comenzaron a aparecer unos dientes. ¿Qué podía ser? Estaba tan absorto en mi tarea que en seguida me olvidé del calor y de las moscas. La sensación que se experimenta al hallar un fósil ya no representa una novedad para mí, pero aquélla era la primera vez que sentía la incomparable sensación de descubrir algo que llevaba sepultado cientos de millones de años.

Mi prolongado silencio despertó la curiosidad de mis padres, pues cuando un niño, sobre todo si tiene un temperamento inquieto como lo tenía yo, permanece callado tanto rato, debe ser por una razón importante. Mi padre se acercó a ver lo que estaba haciendo y se llevó una sorpresa mayúscula al comprobar que estaba excavando una mandíbula completa de una especie extinguida de cerdo de gran tamaño, el primer ejemplar de estas características que era descubierto. Mis padres me mandaron inmediatamente que fuera a jugar con un fósil menos importante y dejaron lo que estaban haciendo para dedicar su atención a mi hallazgo. Yo estaba tan indignado que ni siquiera los parabienes que recibí lograron aplacar mi malhumor.

Cada vez que contemplo este ejemplar en el Museo nacional de Kenia, recuerdo este episodio y me pregunto si no influiría el que en un principio tomara la firme decisión de no dedicarme jamás a la profesión de buscar y excavar fósiles.

A principios de la década de los años cincuenta, mi padre, debido en parte a la escasez de medios económicos y también a los crecientes problemas de seguridad que había en Kenia como consecuencia de las actividades del Mau Mau, decidió ir a explorar unos yacimientos en Tanzania (entonces Tanganica), en Olduvai y al sur de Olduvai, donde se hallaban numerosas e importantes pinturas rupestres. Mi padre había visitado Olduvai por primera vez allá por los años veinte y se sentía muy atraído por el lugar, sobre todo después del hallazgo hecho en 1931 de unas hachas de mano. Mi madre todavía trabaja allí. El safari a Tanganica resultó muy distinto de los emprendidos a los calurosos y húmedos yacimientos de Kenia occidental, puesto que es territorio seco. En 1951, mis padres efectuaron un viaje de tres meses de duración a la región central de Tanganica al objeto de estudiar las pinturas rupestres que se hallaban en la zona de Kondoa, y mis dos hermanos y yo, una vez terminado el curso escolar, fuimos a reunirnos con ellos. El resultado de los trabajos emprendidos por mis padres en 1951 es una extensa colección de fieles reproducciones en color del arte prehistórico que abunda en esta región de África oriental. Dichas reproducciones forman hoy parte de la colección que alberga el Museo de Nairobi, en cuya galería de prehistoria se exhiben permanentemente algunas copias de estas pinturas.

En África abunda el arte prehistórico, el cual se encuentra en África del Sur, Zimbabwe, Tanzania, Etiopía y África del norte. El arte rupestre de Tanzania es muy similar al que se halla en Zimbabwe y África del Sur, si bien en Tanzania no existen las pinturas policromadas típicas de esas

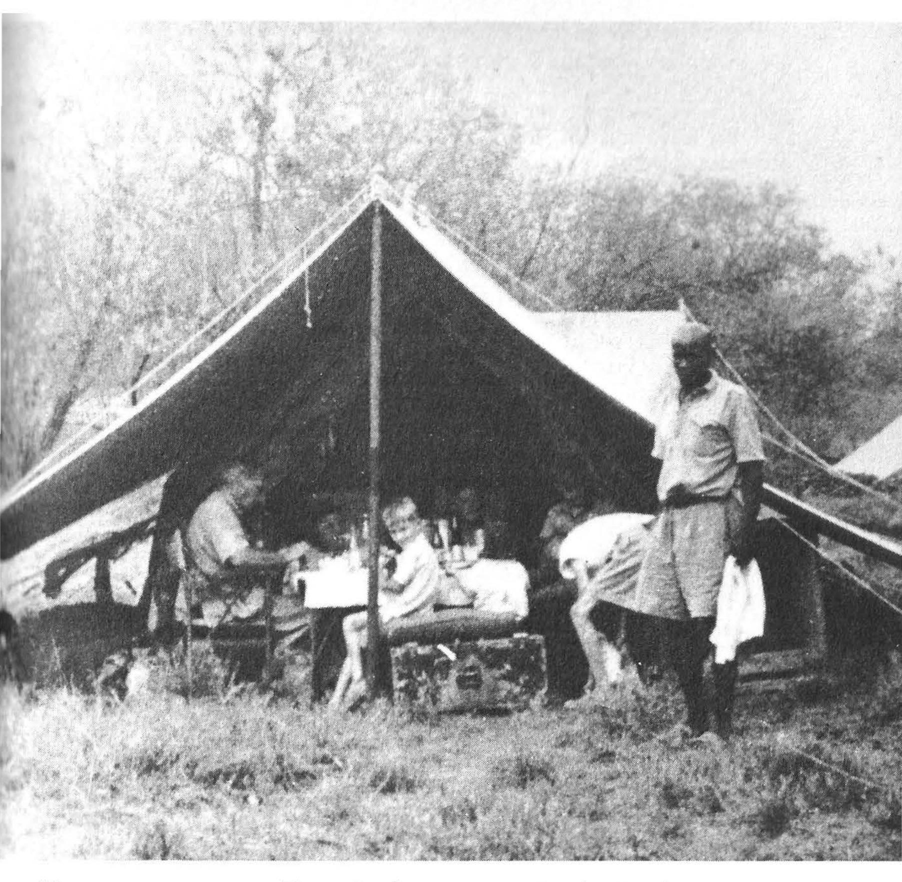
zonas. Son unas pinturas enigmáticas, puesto que no se ha podido precisar su fecha ni identificar a sus autores. Por desgracia, no ha sido posible determinar directamente la fecha de dichas pinturas, aunque se han recuperado unos pigmentos similares a los empleados en ellas en unas excavaciones de unos yacimientos cuya fecha sí se ha podido establecer mediante el método del carbono.

Durante la época en que se llevó a cabo el proyecto de mis padres se efectuaron diversas excavaciones en cuevas y se pudo recuperar gran cantidad de material arqueológico. En un yacimiento situado en Kisese fueron excavados siete metros y medio de depósitos sedimentarios, y la fecha correspondiente a los tres metros superiores indica que los niveles inferiores debían datar de más de veintinueve mil años, tal vez incluso de cincuenta mil años. En casi todos los niveles se hallaron pedazos de ocre rojo, y en los niveles de más de veintinueve mil años de antigüedad se hallaron pinceles y paletas manchados de ocre, así como piedras utilizadas para machacar. Es probable que los artistas pintaran hace varios e incluso muchos miles de años, aunque las pinturas rupestres que contemplamos hoy no son tan antiguas. De hecho, sabemos que el arte de la pintura rupestre se ha seguido practicando en ciertas regiones de África hasta hace muy poco.

Algunas de las pinturas rupestres halladas en Tanzania son extraordinariamente hermosas; los artistas han conseguido resaltar los puntos esenciales de un animal con unos pocos y sencillos trazos, creando unos retratos de notable parecido con la realidad. Con frecuencia se servían de los contornos naturales de las rocas, lo que confería a las efigies de los animales un aspecto casi tridimensional. También hay pinturas de seres humanos y algunas escenas muy espectaculares, como cacerías de elefantes, ceremonias y danzas, etc. Hay dos escenas que me atraen de modo especial y que están expuestas en el Museo. Una muestra a una mujer junto a dos pretendientes que tiran de sus brazos en sentido opuesto. ¿Qué acontecimiento sería aquel que quedó grabado tan vivamente en la imaginación del artista? La segunda escena representa a unos bañistas retozando en un río. Es una delicia contemplar el gozo y alegría que comunica esa escena, demostrando que esos pueblos prehistóricos eran fundamentalmente alegres y no unas comunidades tristes y amargadas que luchaban por sobrevivir.

¿Por qué los pueblos prehistóricos pintaban sobre las paredes de cuevas y cavernas? ¿Lo hacían simplemente para entretenerse o encerraban las pinturas un significado espiritual y mágico? Quizás esos grupos de gentes nómadas, que rara vez se encontraban, lo empleaban como método para transmitirse mensajes y noticias. Por el momento, no podemos asegurarlo. Sólo podemos contemplar con asombro un arte practicado hace muchos miles de años por los africanos en África.

En 1951, año en que mis padres comenzaron a estudiar las pinturas rupestres, el viaje desde Nairobi requería varios días, con continuas paradas para que se enfriara el radiador, reparar un pinchazo, quitarnos la arena y el barro, etc. Nos divertía pensar que circulábamos por la Gran Carretera del Norte, mediante la cual los británicos se proponían unir



Nuestro campamento en Tanganica. Los campamentos de mi padre siempre eran muy sencillos.

Ciudad del Cabo con El Cairo. Este sueño de una carretera monumental que vinculara el norte con el sur todavía no se ha cumplido.

Al llegar a la región de Kamoa, lo primero que hacíamos era dirigirnos a un albergue del gobierno que había en Chungai, muy cerca de algunas cuevas. Mi padre siempre efectuaba una visita al administrador local antes de instalarnos en nuestra nueva residencia. El albergue, según creo recordar, se componía de un típico bungalow con el lavabo y la cocina en el exterior. La casa estaba rodeada por un amplio pórtico, y éste, al igual que las ventanas, estaba protegido por una mosquitera. Junto al edificio principal había otros anexos. Las casas de los lugareños, en cambio, no disponían de ninguna protección contra moscas y mosqui-

tos, lo cual no acertaba a comprender. Aunque de joven esos temas no me obsesionaban, empezaba a preocuparme mi situación privilegiada por el mero hecho de ser europeo.

En la región de Kondoa no abundaban por aquella época los animales salvajes, aunque en otro tiempo sí los había habido. Sabemos por las crónicas de viajeros europeos que en 1930 existía una gran variedad de animales magníficos y de gran tamaño. Los anchos valles y bosques de *Brachystegia* estaban poblados de elefantes, rinocerontes, alces, kudus y muchísimas otras especies. Todos los grandes mamíferos habían sido exterminados a tiros y la vegetación arrasada por la administración colonial, que pretendía erradicar de la zona a la mosca tsetsé y la enfermedad del sueño causada por ésta. Fue una decisión trágica. Miles de animales y buena parte de la vegetación fueron destruidos sin que nadie protestara, mientras la mosca tsetsé seguía proliferando, alimentándose de pequeños mamíferos, reptiles y aves. El exterminio masivo de los animales salvajes de África, resultado de la ignorancia y estupidez de los europeos, representa un trágico legado de la era colonial en África.

Durante la década de los años cincuenta, los caminos de la región de Kondoa se hallaban bloqueados en algunos puntos por unos puestos de control destinados a impedir que se extendiera la mosca tsetsé. Se trataba de unos barracones de madera que ocupaban toda la carretera. Una vez que el autómovil había penetrado en ellos, dos hombres rociaban a sus ocupantes con unos insecticidas, probablemente DDT, por espacio de varios minutos. Dicho sistema había sido ideado para impedir que los vehículos transmitieran la temida mosca de un lugar a otro. Me cuesta creer que el método fuera eficaz, pero a mi hermano y a mí nos parecía de lo más divertido y nos hacía creer que el mundo de los adultos era un lugar muy serio y responsable. De mayor ya no me pareció tan divertido, y recuerdo que años más tarde, en Johannesburgo, me indigné cuando los sudafricanos insistieron en desinfectar el avión a bordo del cual viajaba junto con todos los pasajeros. ¿Eramos nosotros, los keniatas, el objetivo de sus aerosoles o había realmente a bordo unos insectos que podían contaminar Sudáfrica?

Aunque, como ya he dicho, los grandes animales salvajes de la zona de Kondoa se hallaban en vías de extinción desde hacía unos treinta años, todavía había muchos animales que, para satisfacción nuestra, se acercaban a nuestro bungalow. Mi padre solía sacrificar una oveja una vez por semana, para proporcionarnos carne fresca. Una vez muerta y desollada, la colgábamos por los cuartos traseros por espacio de un día, debajo de uno de los grandes árboles del albergue. Esto atraía invariablemente a un leopardo, cuyos agudos aullidos eran claramente perceptibles mientras merodeaba cerca de nuestra casa. Recuerdo que mis padres me tranquilizaban diciendo que los leopardos de África nunca devoraban seres humanos. Como el bungalow era pequeño y muy caluroso por las noches, toda la familia dormíamos en el porche, y yo pensaba que una simple mosquitera de gasa no bastaba para protegernos contra los grandes félidos.

Otro visitante nocturno que causaba gran expectación era un gála-

go, primate muy simpático de grandes ojos y orejas que abunda en la mayor parte de África. Yo dejaba fuera un plato con pan y leche condensada y procuraba permanecer despierto para ver a este animalito acercarse a comer.

Dado que las serpientes eran frecuentes en esa zona, mis padres nos obligaban a mis hermanos y a mí a llevar siempre unos pantalones largos de dril color caqui. Los pantalones nos daban mucho calor y, acostumbrados como estábamos a llevarlos cortos, resultaban sumamente incómodos. Nuestro padre, sin embargo, afirmaba que el grueso tejido evitaría que una serpiente, en el caso de atacarnos, nos clavara sus colmillos en la pierna y nos salvaría de una muerte segura. Por fortuna, nunca hubo ocasión de poner a prueba su teoría. En cualquier caso, el difundido mito de que las serpientes siempre intentan morder a las personas es falso. Cuando una serpiente muerde, casi siempre lo hace en defensa propia. ¿Qué haría el lector si alguien le pisara mientras estuviera tumbado tranquilamente al sol? La mayoría de las serpientes sienten un temor instintivo hacia el hombre y se alejan en cuanto realmente se las molesta.

Por supuesto, un encuentro fortuito con una serpiente puede desmentir todos estos razonamientos. Recuerdo una ocasión en que mi padre nos conducía en fila india por un estrecho sendero entre altas hierbas y, de pronto, pisó lo que él creyó ser un tronco. El tronco resultó ser una pitón de cinco metros de longitud que se hallaba tendida al sol haciendo la digestión de un pequeño antílope que acababa de devorar entero. La pitón, lógicamente, protestó por haber sido incomodada a la hora de la siesta y soltó un sonoro silbido. Al oír aquel ruido, evidentemente hostil, retrocedimos a todo correr por el sendero mientras mi pobre padre lo hacía sigilosamente y poniendo gran cuidado en no volver a pisar a la irritada serpiente. No obstante, ni mis hermanos ni yo sentimos el menor temor hacia las serpientes; de hecho, Jonathan dirige en la actualidad un criadero de serpientes.

Cada cuatro años mi padre podía tomarse unas vacaciones para regresar a casa, lo cual significaba que, periódicamente, toda la familia nos trasladábamos a Inglaterra. Ese permiso de vacaciones se basaba en el concepto victoriano de que era preciso que los ingleses huyeran de vez en cuando del sol tropical para no acabar locos o, peor aún, volviéndose «africanos». El volverse «nativo» o reconocer que no se añoraban las delicias de la civilización inglesa representaba un estigma que acabó con más de una brillante carrera.

Una de las pocas cosas que recuerdo de mis visitas a Inglaterra es mi asombro al contemplar los destrozos ocasionados a la ciudad de Londres por los bombardeos alemanes. Cada vez soy más contrario a la carrera de armas nucleares, si bien comprendo que es necesario estar en todo momento preparados para defender nuestra libertad.

Durante mi primera visita a la Torre de Londres, a la edad de cinco años, me impresionaron mucho los uniformes rojos de los guardias, pero más aún saber que allí encerraban a príncipes y que los ingleses trataban con crueldad a otros europeos e incluso a compatriotas suyos. Mi

infancia colonial me había llevado a suponer que todos los europeos se defendían entre sí y jamás se encarcelaban o ejecutaban.

Mis padres me llevaron también a ver un sinfín de catedrales, y quedé tan empachado que desde entonces siento aversión por todo tipo de edificio eclesiástico. Las reducidas dimensiones de Inglaterra y sus cuidados prados no impresionaron lo más mínimo a un niño criado en África. Lo que más me gustaba de esas visitas a Inglaterra eran los viajes de ida y vuelta. En 1947 seguramente fui uno de los últimos niños en volar de Kenia a Inglaterra en un hidroavión de la «C» Class Empire, perteneciente a la British Airways. Sólo viajé una vez en un hidroavión, pues a los dos meses de nuestro regreso fueron sustituidos por los aviones convencionales. Nuestro hidroavión despegó del lago Naivasha y arribó a Southampton tres días más tarde, tras efectuar escalas en Kisumu, Entebe, Juba, Jartum, Alejandría y varias ciudades europeas.

En uno de esos viajes de vacaciones que realicé de niño pasamos algunas semanas en Francia, concretamente en la Dordoña y en los Pirineos. En esas regiones, sin duda las más hermosas de Francia, se han descubierto numerosas pinturas rupestres. Mi madre había vivido buena parte de su infancia en Francia con su padre, que era pintor, y sentía especial predilección por la Dordoña y los agrestes valles pirenaicos del sur de Francia. Siempre recordaré mi primera visita a las cuevas de la Dordoña, subterráneas, misteriosas y bellísimas. Anduvimos por unos angostos pasadizos y túneles, iluminados por la extraña luz de nuestras lámparas de acetileno, hasta llegar a las cavernas de estalagmitas y estalactitas. Las paredes de las cuevas estaban repletas de animales, signos misteriosos y símbolos que habían sido grabados o pintados. La que más me impresionó fue la gruta de Lascaux, la cual había sido descubierta hacía poco y era objeto de estudio por parte del abate Breuil. Las cuevas, con sus pasadizos, misteriosos recovecos, estalactitas y estalagmitas, siempre ejercen gran fascinación sobre un niño, y ésta ofrecía además la espectacular policromía de sus pinturas. Aquella visita a Francia fue una de las más apasionantes experiencias de mi infancia.

3. Atrapado en mi propia trampa

En 1955 terminé mis estudios primarios y pasé a una escuela secundaria. El cambio de escuela coincidió con nuestro cambio de residencia, pues nos trasladamos de la casa del Museo a una que mis padres habían diseñado y mandado construir hacía tres años. Mi padre, como tantas otras personas, deseaba tener una casa de su propiedad y lo suficientemente amplia para acoger a una familia de varios niños y a nuestros perros; pero dado que el sueldo que cobraba del Museo era más bien escaso, hubo de esperar a haber ahorrado lo suficiente para adquirir un terreno y edificar la casa. Nuestra nueva residencia estaba construida en torno a un patio en un terreno de cinco acres, a unos veinte kilómetros de Nairobi, en una zona llamada Langata, que entonces se componía tan sólo de unas pocas casas y unos caminos de tierra. Mi madre todavía se aloja en ella cuando está en Nairobi.

Mi nueva escuela se llamaba Duque de York y era sólo para chicos, había sido construida recientemente y se hallaba situada al oeste de Nairobi, en la zona de Langata. Aunque yo no estaba interno, pertenecía a una de las residencias del colegio y participaba en todo lo referente a la escuela. El régimen que se observava en ellas, en 1956, era el típico de las escuelas públicas británicas según la tradición victoriana, concediéndose gran importancia a una severa disciplina. Aunque me satisface que ese sistema educativo haya desaparecido de las escuelas de Kenia, debo reconocer que la estricta disciplina me fue muy beneficiosa.

Mis padres nos criaban de manera muy liberal y, debido a sus múltiples ocupaciones, no nos prestaban tanta atención como otros padres. Supongo que en más de una ocasión me hablarían de fósiles, pero estaba más interesado en la historia natural de los seres vivos. Tanto mi padre como mi madre se hallaban completamente absorbidos por su trabajo. Mi padre trabajaba hasta muy tarde en el Museo, y cuando llegaba a casa se ponía a escribir o estudiar. Mi madre también estaba muy ocupada, y yo, cuando no estaba en el colegio, hacía mis deberes o salía a jugar. Por consiguiente, tanto mis hermanos como yo nos hicimos muy independientes. En mi caso, sin embargo, tuve que aprender a moderar mi espíritu de independencia a través de la autodisciplina y la voluntad de aceptar la responsabilidad de mis actos. Esta fue la lección que aprendí en la escuela Duque de York.

Mi primer día en la escuela no pudo comenzar con peor pie. Mi padre me llevó temprano y, como era alumno externo, no vi a mi herma-

no Jonathan, que estaba interno. Como cualquier niño que asiste a una nueva escuela, me sentía muy cohibido y procuré pasar inadvertido cuando los alumnos mayores se reunieron para pasar lista. Pero, por desgracia, un chico que había estudiado conmigo en la escuela primaria de Nairobi, y que me tenía bastante manía, quiso hacerse el gracioso a costa mía y me presentó como una especie de bicho raro, diciendo que yo «amaba a los negros» (supongo que en cierta ocasión debí manifestar disconformidad con las actitudes raciales de aquellos tiempos, cuando todavía existía en Kenia la segregación). Sea como fuere, el muchacho consiguió su propósito y los alumnos mayores la emprendieron conmigo. Confieso que jamás me había sentido tan aterrado.

Sin darme tiempo a reaccionar, me metieron en una jaula metálica que medía algo menos de un metro cuadrado, como las que utilizaban para transportar botellas de cristal que contenían productos químicos. Una vez dentro, aseguraron la tapa con un candado y me quedé en el interior encogido como un mono, sin posibilidad de escapar. Los chicos disfrutaban de lo lindo, atormentándome con palos que introducían por entre los alambres, escupiéndome e incluso orinándose encima de mí. Aquello duró hasta que llegó la hora de pasar lista. Yo me quedé encerrado en la jaula, aterrado y sintiéndome muy desgraciado. Después de pasar lista, los chicos entraron en clase y yo fui rescatado por un maestro, que tuvo que emplear una sierra para forzar el candado. Al maestro no le cabía ninguna duda de que yo era el culpable; así, sucio, mojado y apestando, comencé mi primer día en la escuela secundaria.

Pocos días más tarde volví a meterme en un lío. Era después de comer y los alumnos más jóvenes debíamos estudiar en silencio hasta el comienzo de las clases de la tarde. Unos chicos mayores me mandaron sentarme en una silla para interrogarme. Sin duda había cundido la noticia de que yo era presa fácil, pues cuando fui a sentarme retiraron la silla y caí sobre un recipiente lleno de té estratégicamente colocado. Los chicos se partían de risa, pero no tardaron en desaparecer en cuanto se presentó el prefecto de la residencia. Yo me quedé de pie, con los pantalones chorreando, y el prefecto, convencido de que yo había tenido la culpa, me propinó seis azotes con un bastón por hacer payasadas en vez de estudiar. A partir de aquel momento, empecé a formarme una idea muy clara acerca de cómo funcionaba el mundo.

Ese ambiente no era desde luego propicio al estudio, y comencé a tener serios problemas con mis lecciones. Sentía una especial aversión por el latín y las matemáticas, materias que nunca llegué a dominar; sacaba malas notas y mis padres no se explicaban la causa. Yo nunca les conté las trastadas que me hacían en la escuela, pues me habrían censurado por «chivato» y por no saber hacer frente a la situación.

Poco a poco fui aprendiendo a evitar meterme en líos, pero como había tal cantidad de normas y reglas, siempre encontraban algún motivo para acusarme de algo, como por ejemplo de llevar los calcetines arrugados alrededor de los tobillos en vez de estirados hasta las rodillas.

Todos los alumnos eran europeos o «blancos», y muchos eran hijos de colonos. Su actitud con respecto a los indígenas africanos era diame-

tralmente opuesta a la mía, lo cual me preocupaba profundamente. Por aquella época Kenia todavía sufría las consecuencias de las actividades del Mau-Mau, y la prensa y la radio resaltaban la violencia de la lucha. La esposa y la hija de un tío de mi padre, Gray Leakey, fueron asesinadas y a él se lo llevaron como rehén, falleciendo poco después. Dado que mis padres apenas se trataban con el resto de la familia, yo no me enteré de su existencia hasta que murió. Durante algún tiempo, también se puso precio a la cabeza de mi padre, pues el gobierno británico le había pedido que colaborara con ellos para resolver el problema y algunos extremistas le consideraban peligroso para la causa. Debido a todo ello, mi negativa a unirme a la condena unánime contra los africanos me colocó en una situación delicada y fui víctima del acoso y las bromas malintencionadas de mis compañeros de escuela.

Mi aversión a los deportes practicados en equipo no mejoró mi situación escolar. Aunque era un pésimo jugador de pelota, a veces, debido a la escasez de voluntarios, me ví obligado a participar en los partidos. En cierta ocasión jugué en un partido de cricket, pero sólo durante breves instantes, ya que la primera bola que me lanzaron me dio en la frente, dejándome sin sentido. Otra vez jugué en un partido de hockey y una pelota me destrozó la mejilla derecha. La única vez que quedé bastante bien fue en un encuentro de rugby, aunque debo reconocer que fue por pura casualidad. Me habían obligado a jugar en el equipo de mi residencia, y de repente, cuando me hallaba en medio del campo sin saber qué hacer, mientras los demás corrían de un lado al otro, alguien me lanzó la pelota y yo la agarré. En cuanto me di cuenta de mi situación, pues me había convertido en el blanco del equipo contrario, que no cejaría hasta derribarme, eché a correr para salvarme, por suerte en la dirección acertada. Mientras corría a toda velocidad por el campo comprendí que lo que me impulsaba era el temor a mis adversarios. Al final tropecé y caí sin soltar la pelota y la jugada fue perfecta, aunque del todo involuntaria, pues marqué el único tanto del partido. Desde entonces no volví a participar en más encuentros de rugby.

Aunque a menudo simulaba estar indispuesto para no tener que jugar, lo cierto es que a veces no me sentía nada bien. Mis hermanos y yo padecíamos una enfermedad tropical llamada esquistosomiasis, que se contrae bañándose en aguas que contienen caracoles infectados con el parásito *Schistosomiasis mansoni*, y que puede ser muy peligrosa. Durante mi infancia padecí tres infecciones distintas, además de frecuentes diarreas y jaquecas. Supongo que mis jaquecas se debían a un golpe que recibí en la cabeza cuando, a los once años, me caí de un pony.

Durante ese período de mi infancia comencé a pensar en la religión. Mi madre había sido católica y, como ya he dicho, mi padre procedía de una familia de misioneros anglicanos profundamente religiosa. (Un tío mío llegó a ser arzobispo de África del Este en 1960.) Mis padres no habían querido bautizarnos de pequeños, aunque no tuvieron inconveniente en enviarnos a escuelas religiosas, pues opinaban que éramos nosotros quienes de mayores debíamos decidir si queríamos o no ser cristianos, lo cual siempre les he agradecido.

Sin embargo, el capellán de la escuela Duque de York era un entusiasta cruzado que consideraba el hecho de no estar yo bautizado como una ofensa personal. Como quiera que sus sermones me dejaban del todo indiferente, muchas tardes libres las pasaba castigado, copiando pasajes de la Biblia o los Salmos. Esa mezquina actitud no hizo sino reafirmarme cada vez más en mis trece, aunque es posible que hubiera terminado por convertirme en creyente de no haber sido víctima de una última injusticia.

Un día, camino de la escuela, sufrí un pequeño accidente con mi motocicleta. Sólo me herí levemente en los brazos y las piernas, pero la motocicleta se averió y no conseguía hacerla arrancar. En consecuencia, llegué tarde para los rezos matutinos en la capilla, y a pesar de mis explicaciones, ampliamente confirmada por los cortes y magulladuras que lucía en brazos y piernas, fui castigado. Aquel episodio me hizo meditar muy en serio sobre el cristianismo y los métodos empleados en sus enseñanzas. No he vuelto a considerarme cristiano desde aquel día.

Mis estudios sobre los orígenes del hombre me han llevado, como es natural, a reflexionar muchas veces acerca de la religión. Estoy convencido de que las creencias religiosas tienen mucho que ver con el despertar de la autoconciencia en el hombre primitivo. Dios es una creación inevitable del intelecto humano cuando todas las explicaciones fallan. Nunca sabremos en qué momento se creó el concepto de Dios, pero sin duda ya existía hace setenta mil años, cuando los pueblos de Oriente Medio y Europa comenzaron a practicar los rituales funerarios. Acaso la toma de conciencia de uno mismo, así como la capacidad para reflexionar acerca del universo, están relacionadas con el desarrollo del cerebro en el *Homo erectus,* el antecesor fósil del ser humano. De ser así, aunque no podamos probarlo, la «religión» dataría de un millón de años.

Ciertas personas no logran conciliar la explicación científica del mundo con sus conceptos religiosos. Personalmente, no lo comprendo. Muchos científicos de renombre son profundamente religiosos, y no se olvide que fueron los eruditos de las grandes escuelas religiosas quienes llevaron a cabo los primeros experimentos científicos. Ahora bien, yo no creo que una religión sea superior a otra. Estoy convencido de que el elitismo religioso, la creencia de que unos se «salvarán» mientras otros se «condenarán», constituye la base de múltiples injusticias, incluso el prejuicio racial. Jomo Kenyatta comentó una vez que los misioneros cristianos tuvieron que transgredir buena parte de sus diez mandamientos para poder establecerse en nuestro país.

Personalmente no creo en un dios que posee o ha poseído forma humana y al cual debo mi existencia. Creo que fue el hombre quien creó a Dios a su imagen y semejanza, y no al revés; tampoco veo razón alguna para creer que existe una vida después de la muerte.

Dicho todo esto, confieso que todavía me pregunto muchas veces ¿qué es la vida? ¿Qué es esa «cosa» que existe en un organismo y desaparece de pronto? Sé que la vida consiste en algo que no alcanzo a comprender, y que se resume en esa misteriosa frontera entre la vida y la muerte, en el «espíritu», por decirlo así, que no se puede cuantificar, pero

que existe en las cosas vivas, ya sean animales o plantas, y no en las muertas. Tal vez la ciencia nos proporcione también un día la respuesta a esta pregunta.

Al margen de lo mucho que detestaba la escuela, había infinidad de actividades y aficiones a las que me dedicaba después de clase, durante los fines de semana y en vacaciones. El hecho de practicar tantas actividades fuera de la escuela contribuyó a mi bajo rendimiento escolar, además de que a menudo hacía novillos para dedicarme a otras cosas en casa.

En cierta ocasión, hallándose el maestro de mi clase enfermo con gripe, nos mandaron repasar unas lecciones y yo pedí permiso para estudiar en la biblioteca de la escuela. Tan pronto como salí de clase, cogí mis cosas y atravesé el recinto del colegio hacia un bosque cercano. Anduve un kilómetro aproximadamente hasta llegar a la carretera principal, donde pensaba hacer autostop para regresar a casa. Todavía era temprano y quería darme una vuelta por la reserva de animales montado en mi pony. Yo no podía imaginar que fuera a sorprenderme uno de los profesores, puesto que solían hallarse en la escuela a las mismas horas que los alumnos. El primer coche que vi pasó de largo y luego se detuvo. Yo me acerqué corriendo, muy satisfecho de mi buena suerte, y al ir a subir comprobé que era el coche de mi maestro, el señor Kitchener, pariente del célebre Kitchener de Jartum, que había ido a ver al médico y se dirigía a la farmacia a recoger un medicamento. El caso es que me llevó a casa y durante el trayecto no se tocó para nada el tema. Yo no quise mostrarme débil rogándole que no me castigara. Kitchener era un hombre que imponía mucho y, como tantos maestros que habían sido profesores en escuelas secundarias, a veces procedentes de Eton, detestaba a los chicos débiles de carácter. Al llegar a casa me puse a repasar algunas lecciones, pero no conseguí aprobar el examen al día siguiente. El castigo que recibí en aquella ocasión fue absolutamente merecido.

Tuve otro encuentro con Kitchener que en su momento me pareció aterrador, pero que ahora, al recordarlo, me parece divertidísimo. Unos alumnos mayores habían construido un estudio subterráneo en una de las residencias del internado. Las excavaciones se realizaron durante un período bastante largo y en el mayor sigilo, y el resultado fue una pequeña habitación de unos tres metros por dos y medio, a la que se accedía a través de una abertura vertical. Dicho proyecto estaba inspirado en las historias de guerra, en particular las que describían espectaculares huidas de los soldados británicos de los campos de concentración alemanes. El acceso a nuestro habitáculo subterráneo quedaba oculto por una alfombra en una salita de estudio que utilizaban los alumnos mayores, y el escondrijo nosotros lo utilizábamos para fumar y tomar algún trago, generalmente de vino o cerveza hecha en casa.

Por lo general bajaban cuatro chicos cada vez para fumarse un cigarrillo, mientras otros permanecían arriba montando guardia. El escondite solía utilizarse por las tardes, después de clase, cuando yo ya estaba en casa, pero como yo era el principal proveedor de cigarrillos, tenía ciertos derechos durante los recreos de media mañana y a la hora

de comer. Fue durante un recreo cuando me sorprendieron en compañía de otros dos alumnos. Nos había delatado un compañero que no llegamos a descubrir, aunque teníamos nuestras sospechas. Tras el recreo, cuando trepamos por la abertura hasta la salita de estudio, nos encontramos cara a cara con Kitchener, que nos estaba esperando. Por razones que ignoro, el castigo que se nos impuso fue menos severo de lo que cabía esperar. No fuimos expulsados, pero llenaron nuestra habitación subterránea con piedras y hormigón junto con nuestras provisiones de cigarrillos y vino. Supongo que el señor Kitchener debió de pensar que nuestra aventura encajaba en la más pura «tradición de escuela práctica», y que el «topo» o delator era un canalla digno de todo desprecio.

Los caballos empezaron a interesarme desde muy pequeño y aprendí a montar a los siete años. En vista de mi gran afición, mis padres prometieron regalarme un pony tan pronto como nos mudáramos a nuestra casa en Langata. Mis padres no eran muy aficionados a la equitación, pero ambos habían montado de pequeños y conocían bien todo lo relativo a este deporte. El problema era que los ponies eran muy caros y mi padre distaba mucho de ser un hombre rico.

Después de mucho buscar, dimos con un pony, domado pero no adiestrado, que llevaba varios años correteando en libertad por una granja cerca de Nairobi. Era un animal magnífico, de color entre crema y amarillo, con la crin y la cola negras y las patas oscuras. Cuando lo compramos no disponíamos de un establo ni de un corral, ni de dinero suficiente para construir ambas cosas a la vez, así que decidimos construir primero el corral mientras el caballito se alojaba en una habitación cuya puerta daba al exterior. En aquel tiempo merodeaban bastantes leones por los alrededores, y habría sido peligroso dejar al pony fuera por las noches.

Yo estaba contentísimo con mi pony y lo montaba siempre que podía. El animal era muy arisco y tenía la costumbre de encabritarse, teniendo yo que agarrarme con fuerza para no caer. Sin embargo, pronto me sentí lo bastante seguro para aventurarme fuera del corral y comencé a dar largos paseos por los caminos de tierra del vecindario. A los pocos días experimenté por primera vez lo que habría de convertirse en una sensación habitual: hallarme montado en un pony que corría a galope tendido sin hacer el menor caso de mis esfuerzos por detenerlo. Durante una de esas galopadas, caí de cabeza y sufrí una fractura bastante seria que me obligó a pasar varias semanas en cama.

Durante ese tiempo, mi madre montaba al pony para obligarlo a hacer ejercicio y Des Bartlett, un amigo australiano y el primer fotógrafo de Armand Denis, director de documentales sobre animales, intentó adiestrarlo. Pero cuando por fin pude levantarme de la cama, mis padres habían decidido comprarme otro animal más dócil y fácil de dominar. Mi segundo pony, una jaca llamada *Susie*, era completamente distinta y con ella inicié una etapa muy feliz de mi vida, pues al fin había descubierto una actividad que se me daba bien.

Susie era un animal muy obediente y con ella aprendí a saltar, el arte de la doma y demás ejercicios propios de un jinete. Convencí a mis

padres para que organizaran un club ecuestre en Langata y todos los niños de la comarca aficionados a los caballos se hicieron miembros del mismo. El Pony Club era por encima de todo un club juvenil que, como todos los clubs ecuestres, ofrecía a los jóvenes la oportunidad de reunirse y participar juntos en distintas actividades. Nos reuníamos todos los domingos y así manteníamos contacto entre nosotros, lo que de otro modo habría sido muy difícil, puesto que nuestras casas se hallaban bastante distantes. El Langata Pony Club se rigió por las mismas reglas y normas establecidas por el célebre British Pony Club, y más adelante fue reconocido oficialmente por éste. Asistíamos periódicamente a clases de doma y celebrábamos concursos con mucha frecuencia, y era la primera vez que yo disfrutaba practicando un deporte competitivo.

Durante los primeros años de mi adolescencia adquirí otro pony, llamado *Bonito,* con el cual tomé parte en concursos hípicos para jóvenes jinetes. El momento más importante de mi carrera fue el participar en un campeonato juvenil de salto de obstáculos en el equipo de África del este, pero tuve la desgracia de caerme en el tercer obstáculo. Creo que el accidente se debió a que aquel día tenía mucha fiebre, causada por un ataque de paludismo.

Aparte de los concursos, también me gustaban las carreras de caballos, a las que me aficioné un día en que tuve ocasión de montar el caballo de un amigo en una carrera de vallas. Era un espléndido animal y, con un poco de ayuda por mi parte, conseguimos ganar. Aquel triunfo me llevó a participar en otras carreras, pero comenzaba a desarrollarme y eso representaba un problema. No obstante, participé como profesional en algunas carreras en llano en el hipódromo de Nairobi, y conseguí algunas victorias. Los propietarios y domadores eran muy amables conmigo, pero al cumplir los dieciséis años ya estaba muy crecido y tuve que dejar de participar en estas competiciones. Mi última carrera profesional fue memorable. Yo iba en cabeza, muy por delante de los demás, cuando, en la última vuelta, me caí del caballo. No sé lo que causó aquel accidente, pero el caso es que fue un bochornoso fin a mi corta carrera de jinete.

También era muy aficionado al deporte, si bien menos ortodoxo, de perseguir y cazar con lazo los animales salvajes que poblaban la herbosa estepa próxima a nuestra casa. Esta zona se halla actualmente repleta de pequeñas granjas y casitas, pero en los años anteriores a 1960 cabalgábamos por las desiertas llanuras y a los quince minutos de haber salido del establo nos encontrábamos jirafas, ñus y diversas especies de antílopes. Un poco más lejos hallábamos rinocerontes y, por supuesto, todos los carnívoros que pueblan la sabana africana. Lo que más nos gustaba era perseguir cebras, y resultaba fácil cazarlas a lomos de un potro veloz. También era fácil atrapar ñus, aunque debido a sus cuernos era necesario trabajar en equipo. Era muy divertido perseguir a las jirafas, pero nunca conseguimos cazar ninguna. Siempre liberábamos al animal una vez que lo habíamos cazado, pues sólo lo hacíamos por deporte, aunque a veces fuera un deporte arriesgado.

El perseguir rinocerontes constituía la prueba ritual de nuestra

habilidad y valor de adolescentes. Los rinocerontes, como pronto descubrimos, suelen emprender la huida cuando están asustados, así que nuestro objetivo consistía en aproximarnos a un rinoceronte que huía, golpearlo con fuerza en el lomo y obligarlo a girarse y perseguirnos a nosotros. No siempre conseguíamos golpearlo en el lomo, en cuyo caso la prudencia aconsejaba una rápida retirada.

Esos paseos a caballo por la sabana eran muy divertidos, aparte de que así aprendía más cosas sobre los animales salvajes que abundan en ella. Había tanto que observar, estudiar y gozar, que no es de extrañar que de mayor me decidiera por una carrera que me brindaba la oportunidad de vivir al aire libre en África.

Durante mis últimos años en la escuela, cuando tenía unos trece años aproximadamente, me dediqué a ganar algún dinero capturando animales salvajes para nuestro amigo Des Bartlett. A comienzos de la década de los sesenta, Armand y Michaela Denis eran muy conocidos en la televisión inglesa por sus documentales sobre la naturaleza, al estilo de Walt Disney, rodados en África. Vivían cerca de nuestra casa y disponían de unos amplios y modernos estudios donde ellos mismos montaban sus películas. Gran parte de las filmaciones se hacían con animales cautivos y semidomesticados en condiciones controladas, de tal manera que siempre había muchos animalitos rondando por allí, como si fuera un pequeño zoológico. Puse gran interés en el proyecto, sobre todo cuando aceptaron una tortuga y un camaleón que había hallado yo. Así fue como conocí a Des y, a través de esa amistad, empecé a proporcionarle animales. Des me pagaba el equivalente a diez libras esterlinas por ejemplares tales como una mangosta, un gato montés, un puerco espín y un gálago. Esa suma no debía suponer un gran desembolso para la industria del cine, pero para mí representaba mucho, aparte de que me daba la oportunidad de familiarizarme con muchas especies de animales.

Yo capturaba a los animales en la zona donde vivíamos, la cual en aquellos tiempos era bastante salvaje. Disponía las trampas por la tarde, a la salida de la escuela, y poco antes de las siete de la mañana pasaba a recoger a los animales capturados. A veces, si salía temprano de la escuela, llevaba un animal a Des, cobraba mi dinero y volvía a montar la trampa. El dinero percibido por la captura de los animales me daba una importante sensación de independencia de mis padres, quienes no podían permitirse darme sumas elevadas de dinero.

Existen diversos métodos para cazar animales salvajes, pero el más eficaz para atrapar a los pequeños carnívoros es utilizar unas trampas de madera y alambre, poniendo como cebo un trozo de carne asada o un pájaro muerto. Lo más pesado era tener que levantarme muy temprano para ir a comprobar si había algún animal en la trampa antes de dirigirme a la escuela.

Otro sistema, mucho más emocionante, era ir de caza con el Land Rover de mi padre, que había aprendido a conducir a los catorce años, y salir de noche provisto de linternas y unas grandes redes similares a las que se emplean para cazar mariposas.

Siempre veíamos cosas interesantes y era apasionante perseguir de

noche a una enorme mangosta mientras corría por el sendero del bosque. Lo importante era atrapar al animal antes de que pudiera ocultarse en la espesura o revolverse contra nosotros. Solía ir acompañado de unos amigos del colegio y pasé las noches más divertidas de mi vida.

También me dedicaba a perseguir a la liebre saltadora, un animal nocturno semejante a un pequeño canguro que habita en la estepa abierta y se alimenta lejos de su madriguera. Mi método consistía en localizar al animal, utilizando los faros del Land Rover, y perseguirlo luego a pie. Puede que otros no comprendan qué tiene de interesante pasarse la noche correteando por la estepa africana tras una liebre saltadora, pero para nosotros, y muchos otros compañeros del Pony Club, era infinitamente más divertido que ir al cine o asistir a una fiesta. Creo recordar que ninguno de nosotros llegó a romperse una pierna, pero abundaban las caídas y encuentros inesperados con animales tales como leones o guepardos. Aparte de una o dos liebres saltadoras que vendí a Des, los demás eran puestos inmediatamente en libertad.

Nuestra casa en Langata estaba siempre llena de animales salvajes, además de las serpientes que mi hermano Jonathan se dedicaba a coleccionar y que guardaba en el jardín. Yo no me llevaba bien con mi hermano mayor y hacía todo lo posible por irritarle. Sin embargo, gracias a él aprendí a manejar reptiles y serpientes venenosas. La afición de Jonathan era conocida por todos en la comarca y mucha gente le telefoneaba o enviaba una nota pidiéndole que les ayudara a capturar una serpiente que se les había colado en casa. Por otra parte, debido a los vínculos de mi familia con el Museo, la gente solía recurrir a nosotros cuando algún extraño animal invadía su casa.

Yo solía estar casi siempre ocupado con mis caballos, pero cuando Jonathan no estaba en casa la gente recurría a mí para que resolviera los problemas que les planteaban los animales. En cierta ocasión, cuando yo tenía dieciséis años, me llamó una señora para decirme que su perro favorito había sido mordido por una víbora del desierto y estaba muy grave y que la víbora seguía allí. Cogí el pequeño automóvil de mis padres, un Morris Traveller, y al llegar comprobé que el perro se encontraba efectivamente en muy mal estado. Después de ponerle una inyección de suero contra las mordeduras de serpiente fui en busca del reptil, que hallé medio escondido debajo de unos troncos, cerca de donde había mordido al perro. Al ver el tamaño de la víbora me quedé de una pieza, pues debía medir lo menos un metro y medio y yo jamás había intentado capturar una víbora de aquella especie.

Atrapar una víbora venenosa no es particularmente difícil: basta con agarrarla por detrás de la cabeza para evitar que muerda. Una vez atrapada, es sencillo mantenerla inmovilizada. Lo difícil es meterla en un saco. En aquella ocasión yo había llevado una funda de almohada, pero en vista de que no era lo suficientemente grande, transporté a la serpiente sin mayor dificultad hasta el coche y la metí en la parte trasera del vehículo. Confiaba en que se estaría quietecita hasta llegar a casa, pero si llegaba a hacer el menor movimiento habría detenido el coche y me

habría apeado sin pensarlo dos veces. No tuve ningún problema durante el viaje y al llegar cogí un saco y pedí a un empleado de mi padre que me echara una mano. Saqué a la serpiente del coche y, mientras mi ayudante sostenía el saco abierto, empecé a introducirla por la cola sin soltarle la cabeza. Pero en el preciso instante en que la solté del cuello, mi ayudante se asustó y dejó caer el saco. Yo agarré instintivamente a la serpiente con la mano izquierda, pero con tan mala fortuna que la así por la cabeza y me mordió en dos dedos.

Metí rápidamente a la serpiente en el saco y fui a curarme la herida. Mi padre se hallaba en casa en aquellos momentos, y dado lo difícil que es ponerse uno mismo una inyección, corrí a contarle lo sucedido. Mi padre no mostró ninguna preocupación y me practicó un corte junto a la herida con una hoja de afeitar. Luego, mientras me sangraba la mano y se escurría el veneno, fue en busca del botiquín, que seguía en el coche. Por suerte, yo no le había administrado todo el suero al perro, y mi padre me inyectó lo que quedaba junto a la herida, en el brazo y en el pecho. Menos de una hora después el brazo se había hinchado desmesuradamente y presentaba un color negro y morado debido a la acumulación de sangre en los tejidos. La mancha se extendió hasta el cuello y un lado de la cara. El dolor causado por el suero y el veneno era insoportable y me parecía que tenía el brazo al rojo vivo.

Ni mi padre ni yo juzgamos necesario que ingresara inmediatamente en el hospital, pues habíamos hecho todo cuanto podía hacer un médico, de modo que me metí en cama y esperé que la cura surtiera efecto. Al cabo de veinticuatro horas, sin embargo, comencé a temer que se gangrenara la herida y fui al hospital de Nairobi para que me pusieran una inyección de penicilina. El médico insistió en administrarme también suero antitetánico y me puso una dosis de caballo que por poco me mata.

Un día, a los diez justos de mi visita al hospital, me acosté sintiéndome ligeramente indispuesto y me desperté a las diez de la noche con todo el cuerpo paralizado. No podía levantarme de la cama ni pedir auxilio. Por fortuna, la parálisis desapareció a las pocas horas y pasé el resto de la noche tranquilo. Al día siguiente, como mis padres y hermanos se hallaban ausentes, pedí a unos amigos que vinieran a hacerme compañía durante la noche. Volvió a suceder lo mismo, aunque por suerte la sensación de parálisis desapareció y no he vuelto a padecerla nunca más. Sin embargo, me quedó un temblor en las manos que durante un tiempo me impedía siquiera servir el té sin derramarlo. Así y todo, decidí aprender a pilotar un avión, aunque más de una vez tuve que esforzarme en disimular ante mis pasajeros el terror que sentía.

Durante un viaje que realicé posteriormente a Inglaterra, aproveché para pasar un par de días en un hospital en las afueras de Londres y someterme a una serie de pruebas. El resultado fue que había sufrido una lesión nerviosa provocada por el suero que me habían administrado en el hospital de Nairobi.

Durante mi último año escolar, cuando estaba a punto de cumplir los dieciséis años, la zona donde vivíamos en Langata se vio invadida por una manada de siete jóvenes leones, los cuales se alimentaban opípara-

mente a base de pollos, patos, ovejas, ganado vacuno y caballos. Cada noche o cada dos, desaparecía un animal doméstico, devorado por los leones. Aquello me parecía una aventura muy emocionante y conseguí que me admitieran en el equipo de batidores, que todas las noches salía de patrulla. El plan consistía en obligar a los leones a desplazarse continuamente de un lado a otro, sin darles tiempo a robar animales domésticos, para hacerlos regresar al cercano Parque Nacional de Nairobi, donde abundaban los animales salvajes. Noche tras noche los leones lograban desorientarnos y, mientras nosotros buscábamos por otro lado, robaban algún animal doméstico.

En vista de la situación, se decidió capturar a los leones y trasladarlos de nuevo al Parque. Dada mi anterior experiencia en la caza de animales más pequeños, a los pocos días me encontré con que, pese a mi juventud, estaba al frente de la operación. Disponía de dos trampas de gran tamaño, una de madera y otra de metal. Todas las tardes, a mi regreso de la escuela, en un camión perteneciente al Parque Nacional trasladaba las trampas al lugar donde se encontraba la manada. Al anochecer ponía en las trampas unos trozos grandes de carne, a menudo restos del animal que los leones habían devorado el día anterior, y permanecía atento. Yo mismo accionaba las puertas de las trampas mediante unos dispositivos colocados en el coche y unidos a dos largas cuerdas. Permanecía sentado en el coche, estacionado a unos 50 m de las trampas, observándolas a través de unos prismáticos y dispuesto a cerrarlas tan pronto como los leones hubieran penetrado en ellas.

Con frecuencia los leones no hacían caso del cebo que habíamos colocado y conseguían escapar, y entonces los batidores y yo abandonábamos las trampas y seguíamos a la manada durante toda la noche, tratando de impedir que robaran animales de las casas y granjas. A menudo fracasábamos en nuestro empeño y a la mañana siguiente nos llamaba un indignado vecino para comunicarnos que le habían robado una vaca o, como sucedió en cierta ocasión, ciento cincuenta pollos.

Todas las noches nos encontrábamos con hienas más que dispuestas a penetrar en las trampas y robar la carnada. Aunque era desesperante, al menos servía para disipar las sospechas de los leones, que las veían entrar y salir de las trampas tranquilamente y sin sufrir daño alguno. Lo malo era que entonces yo tenía que volver a colocar el cebo y así perdíammos otra noche.

De los siete leones que había al iniciarse la operación, dos fueron abatidos a tiros, uno por el guardabosques y el otro por un vecino que perdió los nervios. El primer león fue abatido de un disparo para impedir que los demás atacaran a unos caballos cuando nuestros gritos no consiguieron ahuyentar a la rabiosa manada. El otro fue abatido por un rifle del calibre 22, un acto estúpido y peligrosos que pudo acarrear gravísimas consecuencias. Los batidores me enviaron recado de que uno de los leones perdía sangre y había sido abandonado por el resto de la manada. Aquel día el guardabosques se hallaba ausente y yo, aprovechando la ocasión, decidí resolver solo la situación, sin pensar que estaba cometiendo una imprudencia.

Tomé el viejo fusil de calibre 12 de mi padre y, acompañado por un batidor, me dispuse a seguir el rastro del animal herido. No fue difícil seguir el rastro de sangre, aunque avanzábamos lentamente por entre la espesura, a veces incluso de rodillas. Yo estaba tan obsesionado con probar mi valor que no me había detenido a pensar en el peligro que corría. De pronto, mi ayudante me tocó en el hombro y señaló hacia delante, muy nervioso. Allí estaba el león, a unos sesenta metros de distancia, como dispuesto a lanzarse sobre nosotros. Confieso que tardé en reaccionar, seguramente porque mi corazón había dejado de latir y no podía respirar. El animal estaba tan quieto que pensé que tal vez estaba muerto. ¡Menudo golpe para mi reputación si llegaba a saberse que había disparado contra un león que ya estaba muerto! Al cabo de unos minutos, que a mí me parecieron una eternidad, le dije a mi amigo en voz baja que le arrojara una piedra para ver si se movía. Después de lanzarle docenas de piedras, nos convencimos de que efectivamente estaba muerto; le había alcanzado una bala del calibre 22 que le había destrozado los pulmones y causado una hemorragia.

Durante las seis semanas siguientes logré capturar a los cinco leones restantes, lo que me valió una gran publicidad. La prensa local se encargó de difundir mi hazaña y fui retratado observando con orgullo a un león que había caído en mi trampa. Los animales fueron trasladados al Parque de Nairobi y a Amboseli, una zona de animales salvajes situada a trescientos kilómetros, lo bastante alejada para que los leones no volvieran a merodear por los suburbios de Nairobi.

Aparte de los leones, una vez intenté capturar a un astuto leopardo que rondaba por Langata y devoraba a cuantos perros encontraba. Los leopardos son mucho más difíciles de capturar que los leones, y yo no lo conseguí, pero me divertí mucho intentándolo y me ocurrieron unas anécdotas muy curiosas.

Solía colocar la trampa por la tarde y a la mañana siguiente iba a comprobar si el leopardo había caído en ella. Tras varias semanas sin éxito, decidí poner a una cabra viva como cebo. Para ello era necesario aislar una parte de la trampa a fin de impedir que el leopardo pudiera alcanzarla, aunque el animal no debía darse cuenta de esto. Este método resultaba muy eficaz, porque las hienas no se sienten atraídas por los cebos vivos y por lo tanto no robaban la cabra. Una noche, sin embargo, comprendí lo que debía sentir este desdichado animal.

Había ido a la ciudad en compañía de una encantadora joven, a la cual debía dejar en su casa antes de medianoche. Yo tenía entonces dieciséis años y también tenía que estar de regreso a esa hora, pero como mis padres estaban ausentes, mi situación era menos comprometida que la de mi amiga. Habíamos ido en el pequeño automóvil de mi padre, aunque yo todavía no tenía permiso de conducir. No obstante, en aquellos días la policía estaba muy ocupada con otros delitos más graves para entretenerse deteniendo a un joven que circulaba sin permiso de conducir (otro claro ejemplo de discriminación).

A nuestro regreso se me ocurrió la brillante idea de ir a ver la trampa antes de dejar a la joven en su casa. Quería pedirle que me esperara en el

coche mientras yo me metía en el bosque armado únicamente con mi linterna, un excelente método para demostrar mi valor. Dije a mi amiga que si veía que tardaba mucho en regresar, se fuera a su casa en el coche y yo iría más tarde a recogerlo. La muchacha no tenía un pelo de tonta y en seguida comprendió que intentaba impresionarla. Como es lógico, se marchó con el coche mucho antes de que yo regresara a buscarla.

Al acercarme a la trampa, con la ropa empapada por la humedad del bosque, oí a la cabra balar desesperadamente y supuse que había algún gran carnicero rondando cerca. Me acerqué a la trampa e iluminé a la cabra con mi linterna, intentando averiguar el motivo de su inquietud. De pronto vi horrorizado a un leopardo agazapado en la hierba, a unos sesenta metros de donde me encontraba yo, y no podía tener un aspecto más feroz. Una vez más, el pánico me impidió pensar con claridad. Sabía que tenía que huir y lo más lógico era meterme en la trampa y cerrar la puerta. Y eso fue justamente lo que hice, sin pararme a pensar que una vez dentro no podría salir hasta que no acudiera alguien a rescatarme. De modo que permanecí allí junto a la cabra hasta el amanecer, cuando los empleados de mi padre notaron mi ausencia y salieron a buscarme. No hace falta decir que aquélla fue la última vez que intenté atrapar a un leopardo.

Esas actividades fuera de la escuela absorbían casi por completo mi atención y, por consiguiente, las notas obtenidas en los exámenes dejaban mucho que desear. Después de pasar cuatro años en la escuela Duque de York no tenía ganas de pasarme otros dos años preparando mi ingreso en la universidad, pero tampoco quería disgustar a mis padres con un rotundo fracaso. Así pues, me las ingenié para suspender por los pelos un examen que en aquel tiempo era imprescindible para proseguir estudios superiores, y pude disfrutar plenamente de mis últimos días escolares. Fue entonces cuando pensé que iba a comenzar realmente a vivir.

4. Encuentros con leones

En 1959 mis amigos los Bartlett me propusieron conducir uno de sus vehículos en un viaje al Serengeti. De camino pensaban detenerse en Olduvai, donde se hallaban trabajando mis padres, ya que mi padre quería que Des fotografiara los trabajos que realizaban. Según mi padre, una buena colección de fotos y varios metros de película no sólo servirían para dar a conocer sus trabajos sobre el hombre primitivo, sino que además le permitirían viajar a Estados Unidos para dar conferencias y recaudar fondos. Posteriormente yo acompañaría a Des como ayudante suyo mientras plasmaba en imágenes la extraordinaria fauna salvaje de esta magnífica región. El proyecto me convenía, pues se acercaba el momento de dejar la escuela y pensaba pedir a Des que me diera trabajo.

El barranco de Olduvai, situado al oeste de la parte oriental del Rift Valley en Tanzania, ha desempeñado un papel capital en la vida de mis padres y la de sus tres hijos. El barranco, declarado zona de interés científico en 1911, mide cincuenta kilómetros de longitud y es un paraje de gran belleza natural. Atraviesa una serie de depósitos sedimentarios, algunos de los cuales datan de casi dos millones de años, y en algunos puntos tiene una profundidad de más de noventa metros, dejando al descubierto antiguos lechos de lagos y ríos y cenizas volcánicas. En el depósito se conservan fósiles de numerosas especies distintas de animales, además de restos de campamentos y utensilios de piedra del hombre primitivo. También se han hallado algunos fragmentos de homínidos. Se ha podido comprobar la fecha de algunos lechos volcánicos por medio del método radiométrico del potasio-argón. De hecho, Olduvai fue el primer yacimiento arqueológico donde se empleó dicho método, y los resultados iniciales, que indicaban que los utensilios de piedra más antiguos databan de 1,7 millones de años, fueron objeto de viva polémica. Mi padre comenzó a trabajar allí en 1931, y mi madre se reunió con él en 1935. Ambos llevan trabajando en el barranco desde esa fecha, y desde 1960 mi madre vive prácticamente allí.

En 1958 el viaje a Olduvai era todavía difícil y el presupuesto de que disponían mis padres, muy escaso. Tenían un pequeño campamento y dormían en el camión utilizado para trasladarse ahí, el cual se convertía en el centro del campamento. Se plantaban unas pocas tiendas

de campaña y el camión no volvía a utilizarse hasta el viaje de regreso. Todos los desplazamientos importantes para ir en busca de agua y demás se realizaban en el Land Rover. Puesto que la gasolina era escasa, la mayor parte de los yacimientos arqueológicos y fósiles se visitaban a pie, lo cual representaba recorrer a pie unas distancias considerables. En 1959 mis padres realizaron un importantísimo hallazgo: un diente molar humano de una gran antigüedad. Mi padre estaba convencido de que otras excavaciones revelarían más material fósil de este antecesor, y eran precisamente esas excavaciones las que iba a filmar Des Bartlett.

Por razones que no recuerdo exactamente, Des tuvo que aplazar unos días la partida y llegamos a Olduvai más tarde de lo previsto. Mis padres, con el fin de ahorrar tiempo, decidieron explotar otras zonas del barranco, y el día anterior a nuestra llegada, el 17 de julio de 1958, mi madre hizo un hallazgo que constituye sin duda uno de los más significativos de cuantos se han hecho. Aunque mi familia gozaba en general de buena salud, aquel día mi padre se había quedado en el campamento aquejado de trastornos gástricos y mi madre había salido acompañada por sus queridos dálmatas. Hacia el mediodía, cuando se hallaba trabajando en la vertiente del barranco llamada FLK (Frida Leakey's Korongo), detectó unos trozos de hueso en dicha ladera, y al examinarlos comprobó que se trataba de restos de un cráneo homínido.

Mi madre regresó apresuradamente al campamento para comunicar la noticia a mi padre y ambos volvieron de inmediato al yacimiento para verificar el hallazgo y trazar un plan para su recuperación. Nosotros llegamos al día siguiente y hallamos el campamento por medio de unos trocitos de papel pegados a los árboles (método que solían emplear mis padres para facilitar la localización de un campamento), y Des pudo documentar fotográficamente las excavaciones de este importantísimo hallazgo. De haber llegado nosotros el día previsto, tal vez mi madre no habría explorado el yacimiento FLK y acaso el cráneo del *Zinjanthropus*, pues así se llamó el hallazgo, jamás habría sido descubierto. No deja de ser paradójico que mi madre hiciera su más importante hallazgo en un yacimiento que mi padre había bautizado muchos años antes en homenaje a su primera esposa.

Hasta aquel momento mis padres se habían dedicado a explorar el barranco de Olduvai con extraordinario tesón y muy escasos medios. Mi padre estaba persuadido de que con el tiempo se conseguiría hallar a los autores de los numerosos utensilios de piedra que abundaban en el barranco. Esos utensilios de piedra existen a millares y representan uno de los más importantes aspectos arqueológicos de Olduvai. Pese a que mi madre ha realizado múltiples excavaciones en el barranco, muchos yacimientos permanecen inéditos y aguardan ser excavados por futuros arqueólogos.

El hallazgo del 17 de julio resultó no ser el autor de los utensilios de piedra. Mi madre había detectado unos fragmentos de la base del cráneo y tras retirar con cuidado la tierra que lo cubría, se hallaron varios dientes enormes de aspecto humano. Se trataba de una dentición completa. En ulteriores excavaciones se hallaron el paladar, los huesos del rostro y la

práctica totalidad del cráneo, el cual, aunque fragmentado, se hallaba bastante completo.

Llegamos a Olduvai la tarde del 18 de julio, con idea de comenzar a rodar al día siguiente. Durante los diez días siguientes se llevaron a cabo unas meticulosas excavaciones y Des obtuvo un completísimo documento cinematográfico de cada una de las etapas. Conforme se iban recuperando los trozos del cráneo, éstos eran trasladados al campamento, donde mi madre dedicaba las tardes a pegarlos y unirlos. En seguida pudimos darnos cuenta de que se trataba de un hallazgo de la máxima importancia.

En las fechas en que fue hallado el cráneo, era muy raro encontrar fósiles tan antiguos y completos, por lo que el descubrimiento despertó vivo interés entre los arqueólogos de todo el mundo. El cráneo pertenecía a una especie humana primitiva que se conoce actualmente como *Australopithecus boisei,* una rama lateral de la historia de la evolución humana que se extinguió aproximadamente hace un millón de años. Poco después de ser hallado el cráneo, mi padre publicó un documento describiendo este ejemplar y propuso que se llamara *Zinjanthropus boisei.* (El imperio Zinj era un antiguo nombre precolonial de la costa de África del este; por tanto, el nombre genérico significa «hombre de África oriental», y se añadió *boisei* en memoria de Charles Boise, un amigo de mis padres que les había alentado y proporcionado fondos para proseguir sus trabajos en 1950.) En 1960 mi padre presentó el cráneo en el Congreso Panafricano celebrado en África occidental. En aquella época se solía emplear el diminutivo de «Zinj» para referirse al cráneo, y en mi familia lo llamábamos cariñosamente «querido muchacho». Debido a sus grandes dientes molares, algunas reseñas de prensa y libros de divulgación lo llamaban «el hombre cascanueces». Su nombre genérico, *Zinjanthropus,* sólo se utilizó hasta que se hizo evidente que guardaba tanta semejanza con el material hallado en Sudáfrica, que no era necesario crear un nuevo género para designarlo.

La excavación, que se inició bajo la atenta cámara de Des, prosiguió por espacio de un año y ha sido el trabajo de mayor envergadura que se ha llevado a cabo en Olduvai o cualquier otro yacimiento primitivo de África oriental. Des y su equipo, del cual yo formaba parte, no podían permanecer mucho tiempo en Olduvai y a los diez días partimos hacia el Parque Nacional del Serengeti, donde teníamos que reunirnos con Armand y Michaela Denis, que habían volado desde Nairobi un domingo con un avión de la East African Airways. A los pocos días regresamos a Olduvai con Armand y Michaela, pues ambos deseaban ser retratados junto a mis padres contemplando el nuevo cráneo.

La visita tuvo unas consecuencias de gran importancia, ya que a raíz de ella mi padre se puso en contacto con la National Geographic Society. Aunque mis padres conocían a Michaela y Armand Denis, no puede decirse que fueran amigos íntimos. No obstante, aquella noche de domingo, después de cenar, en el campamento de mis padres, se habló sobre futuras excavaciones en Olduvai y mi padre se refirió al problema que representaba conseguir apoyo económico para sus trabajos. Armand

Denis propuso entonces concertar una entrevista con Melville Grosvenor, a la sazón presidente y editor de la National Geographic Society, la célebre institución americana. Armand era amigo personal de Melville Grosvenor y estaba convencido de que la Geographic Society se mostraría interesada en el proyecto. Así fue como mi padre viajó por primera vez a Estados Unidos en 1960. Armand no se había equivocado; Melville Grosvenor mostró sumo interés en el proyecto y al parecer mi padre le resultó simpático. Aquel encuentro supuso la primera concesión de fondos por parte de la National Geographic Society, y a partir de esa fecha se ha encargado de la financiación de los trabajos realizados en Olduvai y muchos otros yacimientos de África del este. Aunque en un principio los fondos no eran cuantiosos, permitieron a mi padre renovar el equipo y ampliar sus trabajos. Lo que mis padres consiguieron posteriormente es debido en gran parte a la National Geographic Society, puesto que fue ella quien facilitó el dinero necesario para realizar importantes hallazgos, que ella misma difundió en todo el mundo. Tampoco debe olvidarse el papel representado por Armand y Michaela Denis, ya que fue por mediación suya como se entabló dicha relación.

Nos despedimos de mis padres en Olduvai para iniciar nuestro safari a través del Serengeti. Al cabo de varios días, Des había obtenido muchos metros de película de Armand y Michaela viajando por África sobre un telón de fondo compuesto por la fauna salvaje, y los Denis regresaron a Nairobi. Nosotros nos quedamos para pasar dos semanas en la región occidental del Serengeti, donde en el mes de septiembre se concentran todos los años cientos de miles de cebras y ñus y se disputan la limitada provisión de agua existente en esa zona. También abundan leones y otros depredadores, y esta región encarna perfectamente al África romántica: dura, violenta, exótica y pletórica de vida. La migración de los animales salvajes en la estepa del Serengeti constituye uno de los espectáculos más extraordinarios del mundo natural. En diciembre y enero, y a veces en febrero y marzo, según las lluvias, la estepa que circunda a Olduvai se cubre de un manto verde cuando se renueva la hierba y aparecen las flores silvestres. El terreno es mullido y el aire transparente, y miles de animales atraviesan el maravilloso paisaje. A veces los animales se concentran en Olduvai durante un mes aproximadamente, y a menudo paren en esa zona. Es frecuente conducir durante horas por entre las manadas acompañados por los balidos de las cabras y los curiosos gruñidos de los ñus. Era la primera vez que yo visitaba esa región, ya que nunca había pasado de Olduvai y mis visitas no habían coincidido con la migración de los animales. Desde entonces he podido contemplar infinidad de veces esa migración, pero cada vez me parece una experiencia única, algo que no puede expresarse con palabras.

Durante ese viaje tuve dos encuentros muy curiosos con unos leones. En cierta ocasión visitamos al encargado del parque, Miles Turner, que tenía una casa en un lugar llamado Banagi. La casa estaba rodeada por un amplio porche abierto, y aunque era muy espaciosa, aquel día todas sus habitaciones se hallaban ocupadas. Miles me preguntó si tenía inconveniente en que colocaran mi cama en el porche. Yo

accedí de buen grado, pues no quería dar la impresión de estar asustado, pese a que poco antes Miles nos había contado que muchas noches se acercaban dos leones machos hasta el porche. Yo me dije a mí mismo que los leones no se acercarían cuando notaran mi presencia, pero por si acaso decidí no pegar ojo durante toda la noche.

Como era de esperar, mis buenos propósitos fracasaron y al poco rato me quedé dormido. De pronto me despertó un ruido y, cuando miré hacia el otro extremo del porche, vi con espanto la silueta de dos enormes leones machos. Puesto que mi cama estaba situada junto a la puerta principal, me deslicé sigilosamente debajo de la mosquitera y entré apresuradamente en la casa. Permanecí alerta durante una hora, hasta que los leones se alejaron gruñendo, supongo que quejándose de mi conducta tan poco cordial. Dudé un rato entre regresar a la cama o pasar el resto de la noche en el sofá. Como no quería decepcionar a mi héroe, el encargado del Parque, ante el cual había dado pruebas evidentes de valor, decidí volverme a la cama y ocultar el episodio. A la hora del desayuno Miles y los demás se comportaron con mucho tacto y no me preguntaron, pero yo comenté sin darle importancia que había visto a unos leones y que al poco tiempo se habían alejado tranquilamente. ¡Qué poco imaginaba que tanto Miles como Des los habían oído acercarse y se habían quedado vigilando, dispuestos a intervenir en caso necesario! Ambos tuvieron la delicadeza de no herir mi orgullo dándome a entender que habían presenciado mi huida. Aquel día comprendí lo importante que es que la gente no se sienta humillada.

El otro incidente ocurrió un día en que me encontraba solo en una pequeña tienda de campaña mientras unos leones merodeaban fuera. Era de noche y me había despertado al oír unos jadeos, y cuando enfoqué mi linterna a través de la ventanita de la tienda, vi a una leona que debía estar a un metro y medio de distancia. No sabía qué hacer. ¿Debía avisar a Des, que dormía en una tienda junto a la mía, o era preferible no decir nada? Mi orgullo me hizo inclinarme por la segunda solución, pero mi fuerte sentido práctico me hizo volver el catre del revés y pasar el resto de la noche oculto debajo del mismo. A la mañana siguiente me sentí como un estúpido cuando Des me dijo que había visto a la leona a la luz de las estrellas y que, momentos después de iluminarla yo con mi linterna, el animal había dado mdia vuelta y había desaparecido.

Cuando terminamos de rodar en el Serengeti regresamos a través de Olduvai, donde mis padres estaban a punto de dar por concluidos sus trabajos hasta el año siguiente. Se sentían muy satisfechos y confiaban conseguir por fin el apoyo económico necesario para proseguir su labor. Sus esperanzas no se vieron defraudadas, y a partir de 1960 Olduvai se convirtió en el eje en torno al cual giraban todas nuestras actividades familiares. Mis padres consiguieron los vehículos necesarios, así como suficientes provisiones de víveres y combustible. En 1963 se construyó un campamento permanente, y a partir de esa fecha siempre ha habido gente en el barranco que se cuida de vigilar los yacimientos y las chozas de paja y demás construcciones.

En enero de 1961 mi padre me obligó a tomar una decisión. Si

continuaba en la escuela, estaba dispuesto a mantenerme, pero si decidía dejarla tendría que buscar cuanto antes el medio de mantenerme a mí mismo. Siempre estaré agradecido a mis padres por dejarme tomar mis propias decisiones en los momentos importantes de mi vida.

A mis diecisiete años no sabía aún qué carrera elegir, pero sí creía saber lo que no deseaba. Estaba decidido a evitar a toda costa una vida académica y, por encima de todo, deseaba independizarme de mis padres y mantenerme al margen de sus trabajos sobre fósiles y la prehistoria a fin de labrarme yo solo un porvenir. En consecuencia, por la misma época en que abandoné la escuela dejé de acompañar a mis padres en sus excavaciones. Antes siempre había ido con ellos, cuando no podían dejarme solo o si podía serles de alguna utilidad. Vivir al aire libre es muy atrayente, y a mí, como a tantos otros, me complacía ser considerado como un joven intrépido, independiente y aficionado a la vida al aire libre, aunque siguiera viviendo en casa de mis padres.

Tuve la inmensa suerte de que el azar me deparó la oportunidad que esperaba. A finales de 1960 y principios de 1961, Kenia y Tanzania padecían los efectos de una prolongada sequía y los animales morían a centenares. La estepa se hallaba cubierta de cadáveres y los animales carroñeros estaban tan saciados, que dejaban intactos muchos despojos. Los buitres y las hienas solían llevarse sólo los pedazos más apetecibles, como los ojos y las vísceras, y dejaban el resto. Yo pedí prestadas quinientas libras esterlinas, me compré un viejo Land Rover y aproveché la ocasión para coleccionar esqueletos, que luego vendía a veinte libras cada uno a universidades y museos en todo el mundo.

Preparaba los esqueletos poniendo a hervir los despojos en un gran recipiente de metal, y luego retiraba con las manos los tejidos blandos. Blanqueaba los huesos con agua oxigenada y después de dejarlos secar al sol les ponía una etiqueta. Esta tarea me enseñó mucho acerca de las formas comparativas de los huesos de distintos mamíferos y pronto me hice experto en identificar cada especie según los huesos, aunque yo entonces no podía imaginar lo útil que habría de serme, años más tarde, esta habilidad.

Aparte de coleccionar esqueletos, seguía capturando animales salvajes, y aproveché los contactos que tenía mi padre en el extranjero para suministrar primates raros, a precios razonables, a diversas instituciones. En cierta ocasión me pidieron unos ejemplares de poto, un curioso primate que abunda en la zona occidental de África, pero que sólo se encuentra en una reducida zona selvática en la parte occidental de Kenia. Esta circunstancia, además de la presencia en dicha zona de varios otros animales y especies de plantas propios de África occidental, sirve para recordarnos que no hace mucho existía una franja ininterrumpida de selva tropical que atravesaba el centro de África de costa a costa. El poto es un prosimio: un primate primitivo, de hábitos nocturnos y que habita en los árboles. Los potos se alimentan de bayas, insectos y resinas, y dado que estos alimentos abundan en la densa selva, es muy difícil lograr que un poto caiga en una trampa. Mi solución consistía en encaramarme a un árbol y atraparlos con la mano, aunque el método no es tan aparatoso

como pueda parecer. Por la noche es fácil detectar a un poto con ayuda de una linterna, puesto que sus ojos emiten un intenso resplandor rojo. Yo iluminaba los árboles con mi linterna y cuando distinguía el fulgor de los ojos de un poto, comprobaba si éste se hallaba en un árbol al que yo pudiera trepar fácilmente.

Si el árbol no sobrepasaba los doce metros de altura, tenía el tronco delgado y suficientes asideros, trepaba por él rápidamente y capturaba al poto, mientras un ayudante retenía la atención del animal iluminándole con la linterna. Como por fortuna los potos son de reflejos lentos, el animal solía reaccionar trasladándose hasta el extremo de una rama. Quizá fuera una buena defensa contra los grandes depredadores, pero a mí me facilitaba la labor, pues me daba tiempo a cortar rápidamente la rama sobre la que se hallaba el poto y hacerlo descender hasta el suelo por medio de una cuerda, donde lo recogían mis ayudantes. El método no podía ser más sencillo. Cada episodio me llevaba una hora proximadamente, aunque confieso que destrocé un sinnúmero de árboles. En total conseguí atrapar unos treinta potos, que enviaba a un criadero en América. Los animales llegaban a su destino sanos y salvos, y dada su capacidad reproductora, pronto me quedé sin el negocio de los potos.

Pocos animales han conseguido ponerme en un aprieto, pero una noche que salí a cazar potos me vi en una situación de lo más apurada. Debían ser las tres de la mañana, llovía a cántaros y yo conducía a mi equipo por un resbaladizo sendero. Estábamos agotados y teníamos frío, y como los árboles estaban mojados a causa de la lluvia y era difícil trepar por ellos, no habíamos cazado un solo poto. Avanzábamos por la espesura enfocando las copas de los árboles con nuestras linternas y observando de vez en cuando el camino, visible a la luz de una lámpara de queroseno que llevábamos para este propósito. De repente, a unos veinte metros de distancia, vi en el camino los ojos refulgentes de un animal, y éste, sin darnos apenas tiempo a reaccionar, echó a andar hacia nosotros. En seguida nos dimos cuenta de que se trataba de un ratel, un pequeño carnívoro de los más intrépidos que existen. Ignoro si su reputación está basada en la realidad, pero se dice que ataca a sus enemigos humanos con la intención de castrarlos. Pues bien, pese a lo resbaladizos que estaban los troncos de los árboles, aquella noche mis compañeros y yo batimos todos los récords de trepar a los árboles.

Otro primate que capturaba para exportarlo al extranjero era el gálago, del cual se hallan varias especies en África del este. La especie más común, y por tanto la menos rentable, es el gálago de cola gruesa. Resultaba muy fácil tentarlos con un plátano para hacer que cayeran en la trampa. Lo malo era que a veces aterrizaban sobre la trampa y se ponían a brincar haciendo que se soltara el resorte que la cerraba.

En ocasiones, valiéndome de la afición que siente el gálago por el alcohol, dejaba un plátano empapado en alcohol al pie de un árbol frecuentado por esos animales, y a la mañana siguiente me encontraba varios gálagos tumbados en el suelo profundamente dormidos. Pero muchos parecían conocer sus propios límites y se alejaban antes de caer al suelo inconscientes.

Un viaje particularmente memorable fue el que emprendí a la caza y captura de una especie de gálago mucho más rara, que, según me habían contado, habitaba en la cima de las montañas de Uluguru, en la parte oriental de Tanzania. Era la primera vez que iba con mi equipo a un lugar remoto y desconocido y sabía que tendría que valerme por mis propios medios. Solicité un permiso especial a las autoridades de Tanganica para visitar las montañas y me lo concedieron a condición de que fuera acompañado por un batidor armado para protegernos. No me aclararon el motivo de tal medida, pero la aventura me pareció apasionante.

Establecí mi base de operaciones en la vieja casa abandonada de un guardabosques, construida por la administración alemana en el período de entreguerras, en la falda de la montaña. Me proponía plantar mi campamento en la cumbre del macizo, de mil quinientos metros, donde suponía que se hallaba la especie de gálagos que andaba buscando. Antes de contratar a los porteadores para transportar el equipo y los víveres por el estrecho y tortuosos sendero que llevaba a la cima, empleé varios días en hallar la mejor ruta y a un guía que quisiera llevarnos. Pero fue inútil, pues las pocas personas que pude localizar al pie de la montaña se negaban a escalarla. Decían que allí habitaba una tribu de salvajes que nos asesinarían. Durante mis excursiones en solitario por la montaña nunca me había topado cara a cara con esas gentes, si bien a menudo oía sus pasos a lo lejos, pero siempre corrían a ocultarse en el bosque. Era una experiencia extraña y al mismo tiempo agradable, pues me daba la sensación de haberme convertido al fin en un intrépido y valeroso explorador.

Lamento decir que mi heroica hazaña duró poco. Mis colegas, keniatas como yo, convencidos de que esas misteriosas gentes de la montaña nos asesinarían con lanzas o, peor aún, mediante algún maleficio, se mostraban temerosos y descontentos y tuve que desistir de mi empeño. A nuestro regreso visitamos una misión católica junto a la carretera que conducía a Uluguru, y nos dijeron que, pocos meses antes, dos jóvenes europeos habían muerto atravesados por lanzas cuando pretendían subir a la cima para efectuar un levantamiento topográfico.

Regresé a Nairobi sin pruebas que dieran testimonio de mi heroica hazaña en «lo más profundo del África negra» y sin saber si la especie de gálago que buscaba, el llamado gálago elegante, habitaba en esas montañas. Durante el viaje de regreso a Nairobi, de noche, distinguimos a la luz de los faros del coche los ojos refulgentes de un gálago, en la zona seca y cubierta de arbustos espinosos cercana a Dodoma. Detuve el vehículo con intención de capturarlo, pero el animal se escabullía de un matorral al otro a una velocidad tan asombrosa que parecía tener alas. Mis colegas, convencidos de que aquello era cosa de magia, se negaron en redondo a participar en la caza. Así pues, sólo pude comprobar que se trataba del gálago senegalés, un animal capaz de cubrir una distancia de tres metros y medio de un solo salto. Parecía imposible que aquel minúsculo primate no dispusiera de alas, y casi llegué a convencerme de haber descubierto una nueva especie de gálago.

Además de capturar primates de hábitos nocturnos, durante un

tiempo me dediqué también a la caza de babuinos. Me habían hecho la interesante proposición de capturar una docena de crías de babuinos destinados a un proyecto de investigación en los Estados Unidos, especificando que no debían tener más de cuatro semanas y que debían estar perfectamente sanos. Yo no tenía la menor idea de cómo capturar crías de babuinos, y no tardé en descubrir que era empresa poco menos que imposible. Las hembras suelen llevar a sus crías en brazos y no es nada fácil hacer que caigan en una trampa. Al fin comprendí que el único método era arrebatar la cría de brazos de su madre. Disponía para ello de dos métodos, ambos muy peligrosos y que no recomiendo a futuros cazadores de babuinos. El primero consistía en perseguir en coche a una manada de babuinos hasta que los animales empezaban a dar muestras de fatiga, y entonces me apeaba del vehículo y seguía a la manada a pie. Cuando detectaba a una hembra que portaba a su cría, me acercaba a ella sin mayores dificultades y la atrapaba. Resultaba apasionante perseguir a la manada en coche a través de la estepa, a veces a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora. Es fácil imaginar los efectos causados en el coche por los baches, las piedras y los derrubios ocultos en la hierba. Llegué a ser un experto en reparaciones de Land Rovers.

Cuando salía a cazar babuinos me acompañaba siempre mi perro, un cachorro que había comprado un año antes en la perrera y que conservé hasta que murió en 1974. Se llamaba *Ben* y tenía un pedigrí bastante mezclado, pues era hijo de un perro lobo y de un perdiguero. *Ben* se convirtió en un amigo muy especial y guardo unos recuerdos entrañables de este extraordinario animal. Disfrutaba mucho acompañándome a cazar babuinos, a los cuales, debido a su enorme agilidad, daba alcance mucho antes que yo. Los mantenía inmóviles presionando hábilmente sobre el cuello, sin jamás rasgar siquiera la piel del animal. Cuando llegaba yo, recogía a la cría y regresábamos corriendo al coche antes de que la manada tuviera tiempo a reagruparse y atacarnos. Los babuinos son muy peligrosos y hay que evitar enfrentarse a una manada enfurecida.

Mi segundo método era más espectacular y lo aprendí observando una vez a un leopardo que acechaba a unos babuinos. El leopardo había detectado a una manada que se había instalado en lo alto de unos árboles para pasar la noche. Los babuinos acostumbran retirarse a descansar hacia el anochecer. En esta ocasión, el leopardo se colocó debajo de una acacia sin ser visto, pero una vez allí no hizo el menor intento de ocultarse, sino que más bien hizo gala de su presencia. Ante mi gran asombro, un nutrido grupo de babuinos saltaron a tierra dispuestos a huir y el leopardo escogió tranquilamente al que más le apeteció.

Yo tuve que modificar ligeramente la técnica empleada por el leopardo, ya que me era imposible instalarme debajo de un árbol al atardecer sin ser visto. Mi método consistía en acercarme antes del amanecer y esperar a que el horizonte comenzara a clarear. Tan pronto como había luz suficiente para distinguir a las hembras con sus crías, simulaba ser un leopardo, emitiendo los ruidos y gruñidos característicos de este experto cazador de babuinos. Al cabo de pocos momentos

saltaban a tierra los babuinos y yo atrapaba fácilmente a mi presa. No obstante, las madres que llevaban a sus crías solían permanecer en el árbol, por lo que no era nada fácil capturar a una cría. Al igual que cuando perseguíamos a la manada, lo importante era actuar con rapidez, puesto que los babuinos se reagrupaban inmediatamente para rescatar al animal capturado. Otro problema era la desagradable costumbre que tenían los babuinos de evacuar el vientre en las primeras horas de la mañana, por lo que el permanecer sentado debajo de un árbol ocupado por unos cuarenta babuinos requería un alto grado de autodisciplina.

Pese a estas dificultades, logré atrapar bastante babuinos, los cuales alojaba en jaulas en el campamento. Un día se escapó una cría y fue a refugiarse en un gigantesco árbol, junto a las tiendas. Yo intenté recuperarla empleando la misma técnica que utilizaba para cazar a los potos, pero fue inútil. Tampoco logré que el animal saltara del árbol, por lo que al cabo de varias horas ideé un plan más eficaz. Dada la forma del árbol, el babuino, para trasladarse de un extremo al otro del mismo, había de utilizar determinadas ramas. Mi plan consistía en colocar a un ayudante junto a la «ruta» prevista y disparar al aire para asustar al babuino y obligarle a emprender la huida, momento que aprovecharía mi ayudante para atraparlo.

Pedí a un muchacho que trabajaba para mí que trepara al árbol con el fin de atrapar al animal, pero por lo visto no comprendió bien mis intenciones. Cuando el joven estuvo instalado en el árbol, le pregunté si estaba listo, y al contestarme con un débil «sí», efectué un disparo cerca de donde se encontraba el babuino, pero a medio metro como mínimo del lugar en el que se encontraba el joven. Ante mi gran sorpresa y espanto, éste lanzó un grito y cayó al suelo. ¿Era posible que hubiera errado el tiro y le hubiera herido? Mis ayudantes y yo corrimos junto a él y por suerte comprobamos que estaba ileso, aunque bajo los efectos del *shock* que había recibido. El muchacho, después de cerciorarse de que no estaba herido, echó a correr y desapareció durante varios días. Muteti, así se llamaba, creyó que yo iba a fusilarle y al oír el disparo se tiró al suelo imaginando que le había alcanzado. Cuando se dio cuenta de que yo había errado el tiro, salió huyendo y no paró hasta llegar a su aldea, que estaba cerca del campamento. Por fortuna conseguí explicarle lo ocurrido, aunque me costó bastante convencerlo, y el joven accedió a seguir trabajando para mí. Al final no logramos atrapar al babuino, pero un día, estando nosotros ausentes del campamento, debió de bajarse del árbol para unirse a una manada de babuinos que rondaba cerca.

Aparte de dedicarme a capturar otras muchas especies, durante mi juventud siempre estuve rodeado de animales. De niños habíamos tenido varios animales de compañía, pues la casa de mis padres tenía un patio central cubierto de césped y era un lugar ideal para que corretearan por él. Entre los animales figuraban varios duiqueros, gálagos, zorros orejudos, un babuino, potos, jinetas, un elán y un ñu. Mi madre tenía un damán, que todavía conserva. Mi hermano Jonathan tenía un búho real que gozaba de total libertad, pero que prefería vivir en casa. Esta magnífica ave, que se llamaba *Ferdinand,* estuvo con nosotros unos cuatro años.

A menudo nos traía ratas y ratones para compartirlos con nosotros y en más de una ocasión, al despertarme, me encontraba a *Ferdinand* posado sobre mi cabeza intentando introducirme un ratón medio muerto en la boca. Esa costumbre suya representaba un problema mucho mayor cuando mis padres tenían convidados y éstos dejaban la ventana de su cuarto abierta por las noches.

Después de dejar la escuela trabajé ocasionalmente como ayudante general en el campamento de Olduvai, lo cual me sirvió para aprender a organizar las provisiones y a tratar con el personal. Durante la época de Olduvai tuve oportunidad de presenciar un sinfín de espectáculos a cuál más fascinante. Un día, allá por 1962, conducía yo el Land Rover hacia Ngorongoro en busca de agua, con el vehículo repleto de grandes recipientes y arrastrando un tanque con capacidad para dos mil litros. Así era como transportábamos el suministro de agua para el campamento, lo cual solía llevarnos un día entero. Cuando ascendía lentamente la ladera del cráter vi de pronto, a unos cien metros de distancia, a un león cruzar la carretera apresuradamente. Acto seguido me llevé una segunda sorpresa cuando vi a un grupo de guerreros masai cruzar también la carretera a toda prisa, sin apenas fijarse en el vehículo que se acercaba.

En seguida comprendí que estaba presenciando la caza del león, deporte por el que los masai fueron célebres antes de que se promulgaran unas rigurosas leyes destinadas a proteger la fauna salvaje. Decidí abandonar el coche y el tanque de agua para correr tras ellos y contemplar el dramático espectáculo del que tanto había oído hablar. Según me habían contado, uno de los guerreros asía la cola del león mientras los otros le daban muerte con sus lanzas. Por fortuna, el león estaba fatigado y no tardé en alcanzar al grupo. Al llegar junto a ellos vi a unos veinte guerreros rodeando al enfurecido animal, amenazándole con sus lanzas para impedir todo intento de fuga. Mientras se estrechaba el círculo, yo me mantuve a una distancia prudencial, pues iba desarmado y no deseaba participar en la cacería.

Mientras observaba los cánticos y el círculo formado por los enfervorecidos guerreros, uno de ellos clavó su lanza en tierra y se precipitó hacia el león para agarrarlo por la cola. Pero no obró con la rapidez necesaria y el león se giró bruscamente y lo mató al instante de un zarpazo. Aquello aumentó el grado de excitación de los guerreros y un segundo masai se acercó al león y logró asirlo por la cola durante breves instantes. Pero el león se revolvió contra él y por poco le arranca la pierna de un zarpazo. Entonces se acercó un tercer guerrero y agarró al animal por la cola, y pese a los mordiscos que el león le propinó en el brazo y en el hombro, consiguió retenerlo mientras sus compañeros le daban muerte con sus lanzas. El episodio no debió durar más de unos pocos minutos, pero a mí me parecieron una eternidad. Era tal la excitación de los guerreros, que varios perdieron el conocimiento y cayeron echando espuma por la boca y con los ojos desorbitados. Los demás, sin dejar de cantar y bailar, arrastraron a los heridos hasta la sombra de un espino y les aplicaron tierra seca, hojas y hierbas sobre las heridas a fin de detener la hemorragia. Los heridos, sin manifestar ningún dolor, se unieron a los

cantos y bailes con asombrosa energía. El guerrero que había sostenido al león mientras sus compañeros le atravesaban con sus lanzas obtuvo la cola como trofeo, mientras los demás se llevaban otros despojos del animal para exhibirlos en su aldea y demostrar su valerosa participación en la hazaña.

Los guerreros, entre tanto, no habían hecho caso de mi presencia, pero al cabo de unos diez minutos se me acercó uno para pedirme que trasladara a los heridos a la clínica de Ngorongoro. Los masai me conocían bien y siempre me saludaban y trataban como a un amigo.

En otra ocasión en que tuve que trasladar a un masai a la clínica de Ngorongoro, volví a ser testigo del asombroso coraje de este pueblo. Había recibido recado urgente de que un masai había sido herido por una lanza cuando defendía su ganado contra una banda de guerreros que le atacaron de noche. Conduje a campo través durante doce kilómetros hasta llegar a la aldea en que se encontraba el herido. La lanza le había herido el abdomen, justo debajo de las costillas, unas seis horas antes. Pese a la mucha sangre que había perdido y a lo profundo de la herida, el hombre se mostraba muy animoso. Resistió sin quejarse una sola vez el viaje de más de dos horas hasta llegar a la clínica, e incluso tuvo fuerzas para comentar al amigo que le acompañaba que iba a vengarse de aquel ataque. Ignoro si se produjo otro ataque nocturno, pero así era como vivían en aquel tiempo los pastoriles masai del Serengeti, un pueblo que me impresionaba por su enorme valor y coraje y que desconocían el lujo.

5. El negocio del safari

Tan pronto como la National Geographic Society accedió a apoyar financieramente el trabajo de mis padres, su presidente y editor, junto con varios altos cargos, decidieron visitar Olduvai para ver de cerca el proyecto. Yo me encargué de hacerles de guía, puesto que no sólo colaboraba dentro del campamento, y pude convencerles para que visitaran otras regiones de África oriental. Más adelante comencé a ofrecer mis servicios como guía de safari de forma regular, utilizando mi propio Land Rover y cobrando por esos servicios.

En 1962 fundé una compañía comercial para formalizar mi creciente actividad como guía de safari. Aprovechándome de la reputación y publicidad obtenida por mi padre, además de sus muchos y excelentes contactos, yo me veía a los dieciocho años convertido en un empresario de éxito y forrándome a costa de los turistas deseosos de emprender una «aventura fascinante». Propuse a un amigo, hermano de una novia que yo tenía entonces, que se asociara conmigo, lo cual fue un error. Nuestra sociedad no funcionó porque no había trabajo suficiente para los dos y los turistas insistían en que fuera el hijo de Louis Leakey quien les hiciera de guía. Como es lógico, yo me aproveché de esta circunstancia, ya que de otro modo no se hubieran fiado de un joven como yo para conducirlos por la selva africana.

En 1962 realicé uno de mis safaris más importantes. Se me encargó organizar un campamento en Olduvai para un equipo de televisión de la National Geographic Society que iba a filmar los trabajos de mis padres. Mi misión consistía en adquirir las tiendas, los vehículos y las provisiones, aparte de brindar a mis «clientes» todo el confort propio de un safari de lujo en África. Este proyecto me reportó mucho dinero y más tarde aprovechamos los vehículos y el material para ampliar nuestro negocio de safaris.

Durante este safari, por las noches solían acudir unos leones al campamento y yo me divertía demostrando mi absoluto control de la situación. ¡Qué poco imaginaban mis amigos de la Geographic Society lo poco tranquilo que me sentía! Por las mañanas me burlaba de los miembros del equipo de televisión que habían permanecido en vela toda la noche. Una mañana, sin embargo, debí excederme con mis bromas y mis clientes decidieron vengarse. Habían alquilado una avioneta revestida de tela para tomar unas fotografías aéreas del barranco de Olduvai. Yo sentía terror hacia todo tipo de avión, circunstancia que conocían

muy bien los amigos que me habían invitado a volar con ellos. Intenté liberarme del compromiso diciendo que tenía mucho trabajo, pero al fin no tuve más remedio que aceptar, pues se hallaba en juego mi reputación. El piloto, cumpliendo órdenes, me hizo pasar uno de los peores momentos de mi vida, maniobrando bruscamente la avioneta, descendiendo en picado y luego remontándose vertiginosamente. Supongo que el color y la expresión de mi rostro debieron dejar más que satisfechos a mis amigos, que así pudieron resarcirse de las bromas que les había gastado aquella mañana.

Aquel vuelo me convenció de la necesidad de superar mi temor hacia los aviones y decidí aprender a pilotar. Sabía que mis padres no lo consentirían, pero aproveché un viaje que hicieron en marzo de 1963, a los Estados Unidos, para iniciar las lecciones. Para ello fue preciso que mintiera sobre mi edad, afirmando que tenía diez meses más. Cuando mis padres regresaron de viaje, yo ya había efectuado mi primer vuelo en solitario.

En cierta ocasión conducía yo un safari y establecimos el campamento cerca del río Mara, en un paraje donde actualmente se halla la célebre Mara Game Reserve. Por entonces la región estaba protegida, pero no había albergues, por lo que los visitantes debían llevar sus tiendas, víveres y demás equipo. Hoy es un lugar de incomparable belleza, pero entonces todavía resultaba más espectacular, puesto que estaba alejado de otras zonas típicamente turísticas. No había coches ni autocares llenos de turistas dispuestos a retratar todo animal que se les pusiera delante.

Mi grupo era reducido y nos habíamos sentado a tomar el té antes de partir a ver a los animales salvajes de la región. La mesa estaba colocada debajo de un enorme árbol junto a las tiendas, y cuando me disponía a servir el té, apareció de pronto un impala en nuestro campamento. La visita era del todo inesperada, ya que los animales no suelen acercarse a un campamento cuando todavía es de día. Inmediatamente apareció un perro salvaje persiguiendo al impala y comprendí que presenciábamos una cacería de perros salvajes. A los pocos momentos el perro se marchó, y cuando volvió a aparecer iba tras un joven impala, el cual penetró en el campamento y se detuvo cerca de nosotros. El joven animal no demostraba tenernos miedo, y el perro tampoco. De repente aparecieron otros tres perros y entre los cuatro agarraron al impala por uno de sus cuartos traseros. Sin pensarlo dos veces, agarré también al impala y me puse a luchar con los perros para ver quién se quedaba con el desdichado animal. Al ver que se acercaba otro grupo de perros salvajes comprendí que cometía una imprudencia. Mis clientes habían corrido a refugiarse en un Land Rover y mis empleados se habían subido al camión. Temiendo que los perros quisieran incluirme en el festín, decidí soltar al impala. A los pocos minutos éste había sido despedazado y devorado por los perros, quienes se alejaron en busca de otra presa.

Los perros salvajes rara vez atacan a las personas, pero causan graves perjuicios a los granjeros, a quienes destrozan sus cabras, vacas y ovejas. En la actualidad existen pocos perros salvajes en África, ya que

durante los últimos cincuenta o sesenta años se ha procedido al exterminio de varios miles de estos animales. No obstante, recuerdo un episodio en que unos perros salvajes atacaron a un ser humano.

Corría el año 1960 y yo me encontraba con mis padres en Olduvai, cuyo campamento se había agrandado mucho a consecuencia de las excavaciones emprendidas tras el hallazgo del *Zinjanthropus* y gracias al crédito concedido por la National Geographic Society. En aquel tiempo había un sendero muy accidentado que atravesaba la estepa del Serengeti hasta una pequeña aldea llamada Loliondo, a unos ciento setenta kilómetros de Olduvai. Este camino sólo se utilizaba una o dos veces al mes, generalmente por comerciantes que se dirigían a la aldea para vender sus mercancías a los masai. En cierta ocasión se averió el camión conducido por un sikh, el cual llevaba haciendo esta ruta desde la Segunda Guerra Mundial. El lugar donde ocurrió el incidente debía de hallarse más próximo a Olduvai que a la aldea, y puesto que era muy poco probable que los dos ocupantes del camión se encontraran con otro vehículo en aquel paraje, decidieron ir a pie en busca de ayuda.

Comenzaron a caminar hacia Olduvai, donde sabían que se hallaba el campamento de mis padres, pero durante el trayecto fueron atacados por una jauría de perros salvajes. Las oportunidades de escapar eran mínimas, pues la estepa es abierta y carece de arbolado. Los dos hombres echaron a correr en dirección opuesta para confundir a la jauría. Uno de ellos consiguió llegar a Olduvai y pidió ayuda a mi padre, quien inmediatamente envió un coche en busca del otro individuo. La búsqueda terminó con un macabro descubrimiento: en la zona donde se había producido el ataque fueron hallados un par de zapatos, un turbante y algunas otras prendas. El hombre había sido despedazado y sus restos devorados.

En 1964, organicé un safari y estaba previsto que pasáramos unos días en la estepa del Serengeti. Había establecido uno de los campamentos en el extremo noroccidental del barranco de Olduvai, en un lugar donde suele haber un lago de aguas salinas poco profundas llamado Lgarga (actualmente Mdutu). En la época seca a menudo se ven numerosos flamencos que se alimentan de las abundantes algas. Era un emplazamiento ideal para el campamento, puesto que daba al lago y, aparte de los flamencos, podían verse muchas otras especies de aves. En mi safari llevaba a dos matrimonios y uno de los hombres era muy aficionado a fotografiar aves, por lo que decidí construir una especie de escondite a orillas del lago desde el cual pudiera tomar sus fotos. Hoy existe en ese lugar un campamento para turistas perfectamente organizado, pero en aquella época estaba desierto y no había carreteras que condujeran hasta allí.

La primera noche que pasamos en el campamento fue muy divertida, pues aparecieron unos leones cuyos rugidos causaron enorme revuelo. Esto era un ingrediente esencial en todo safari de lujo, y todos disfrutamos comentando nuestras experiencias y reacciones personales ante la presencia de los leones merodeando en torno a las tiendas. Al día siguiente construí el escondite. El fotógrafo y yo no tardamos en darnos

cuenta de que los flamencos levantaban el vuelo en cuanto veían que nos acercábamos, y que al poco rato de abandonar nosotros el escondite regresaban a su lugar. El problema era nuestra impaciencia: no teníamos tiempo de permanecer sentados en el escondite esperando a que las aves se acostumbraran a nosotros. Así pues, decidimos no acercarnos por allí durante un día entero e instalarnos en el escondite a primeras horas de la mañana siguiente, cuando todavía estuviera oscuro, confiando en que los flamencos no nos vieran llegar y creyeran que el escondite seguía vacío.

Durante la segunda noche, cuando los leones volvieron a presentarse en el campamento, empezó a preocuparme la idea de tener que recorrer los ochocientos metros que nos separaban de nuestro escondite. Desperté a mi amigo a las cuatro y media y mientras tomábamos el té, antes de partir, él me preguntó por los leones y yo contesté que seguramente se habrían marchado. Cuando empezamos a caminar por los bajíos salinos del lago me di cuenta de que no estábamos solos, pues al detectar unas pisadas detrás de nosotros sobre la capa de sal que cubría el suelo, supuse que nos seguían los leones. Yo confiaba en que mi acompañante no advirtiera las pisadas y poder llegar sin novedad a nuestro escondite. Bien pensado, creo que fue una decisión imprudente seguir adelante y que lo mejor habría sido abandonar nuestro plan.

Cuando nos encontrábamos a medio camino del escondite, mi acompañante, al oír las pisadas, me tocó en el hombro y dijo: «Nos están siguiendo.» No había, por supuesto, la menor duda al respecto, pero yo, para tranquilizarle, contesté que debían de ser unas hienas que nos seguían por curiosidad y que no se alarmara. Creo que no le convencí, pero seguimos hasta el escondite y nos instalamos detrás de un trozo de arpillera sostenido por cuatro palos. Nuestro escondite medía aproximadamente un metro y medio cuadrado, la arpillera se elevaba a unos dos metros del suelo y yo había practicado en ella un agujero por el que mi cliente pudiera tomar sus fotografías. Nos sentamos y esperamos durante veinte minutos a que se hiciera de día. Yo había dejado de oír a los leones, no se percibía el menor movimiento y el único sonido provenía de los flamencos, parloteando entre sí mientras se alimentaban en los bajíos, a unos treinta metros de donde nos encontrábamos.

Cuando comenzó a clarear vimos que iba a hacer un día espléndido y mi amigo se entusiasmó pensando en las fotografías que podría tomar. Al cabo de un rato miré por encima de la arpillera y vi unas siluetas junto al lago que no recordaba haber visto antes, lo cual me hizo sospechar. Cuando se hizo completamente de día comprobé que las siluetas pertenecían a tres leones que estaban sentados a unos diez metros de distancia, observándonos con gran interés. Debió de chocarles ver a dos extraños seres atravesar los bajíos de sal, instalarse en este minúsculo escondite y permanecer en él en el más absoluto silencio.

Cuando salió el sol y la luz era suficiente para tomar fotografías, los leones se mudaron al otro extremo del lago. Dimos un respiro de alivio al ver que se alejaban y nos dispusimos a fotografiar a los flamencos. Pero tan pronto como mi amigo inició los preparativos, vi a otro león que se

aproximaba por la orilla del lago. Esta vez se trataba de un león macho de enorme tamaño y, a juzgar por la dirección de su mirada, estaba claro que se proponía investigar el extraño objeto que se erigía junto al lago. Harto de la situación, señalé a mi amigo el león que avanzaba hacia nosotros y decidimos que lo más sensato era largarnos cuanto antes de allí y regresar al campamento. En resumidas cuentas, mi cliente no consiguió fotografiar a los flamencos.

El negocio del safari me proporcionaba una magnífica oportunidad de explorar las regiones de África oriental donde abundaba la fauna salvaje y además me divertía organizar para mis clientes expediciones a lugares remotos. Durante un tiempo me sentí muy satisfecho, pero anhelaba otra cosa, aunque no sabía muy bien qué. Un buen día comprendí que mis clientes constituían en realidad un obstáculo, puesto que ellos, como es natural, pretendían visitar la mayor cantidad de sitios mientras que yo, que ya los conocía, prefería permanecer más tiempo en un mismo lugar. En consecuencia, empecé a pasar más tiempo en Olduvai, donde aún colaboraba como ayudante en el campamento, trabajando como guía de safaris.

Por aquella misma época decidí ampliar mi negocio. Me atraía la idea de fundar un albergue construido en los árboles, semejante al célebre hotel «Tree Tops» situado en las laderas del monte Kenia. Originariamente consistía en una pequeña plataforma desde la cual observar a los animales salvajes, pero con el tiempo se convirtió en un albergue. En 1951, estando la reina Isabel II y su esposo el príncipe Felipe alojados en el hotel «Tree Tops», se enteraron del fallecimiento del rey Jorge VI. Posteriormente se quemó la estructura original y en su lugar se edificó el actual albergue, sostenido por unos postes. Desde el albergue se puede observar a los animales acercarse a beber en el abrevadero sin importunarlos. El sitio que yo había elegido se hallaba al borde del cráter Ngorongoro, en Tanzania. Había descubierto un salegar natural en el bosque, junto a una charca, y la vista desde el árbol abarcaba desde el cráter hasta las tierras altas al este de Ngorongoro y el Rift Valley. En un día despejado podía verse incluso el Kilimanjaro, que se hallaba a más de doscientos cincuenta kilómetros de distancia. Lo más importante era conseguir atraer regularmente a un nutrido grupo de animales hasta el lugar. Esparcí sal alrededor de la charca y al poco tiempo aumentó el número de animales que acudían a la zona, lo cual me hizo confiar en la posibilidad de fundar un albergue que compitiera con éxito con el hotel «Tree Tops».

El plan de construir una casa en un árbol como albergue para turistas suponía ciertos riesgos y discutí la idea con algunas personas para que me aconsejaran. Lo primero que quedó claro era que el albergue sólo podía funcionar con éxito como afiliado de un hotel tradicional que se ocupara de los servicios de lavandería, restaurante, etc. El albergue sólo se utilizaría como alojamiento por las noches, puesto que no convenía que hubiera demasiado barullo en aquella zona a fin de no ahuyentar a los animales. Dada mi total inexperiencia en estos asuntos, me pareció que la mejor solución era comprar el albergue que

ya existía —que entonces se llamaba «Crater Lodge», en Ngorongoro—, el cual llevaba funcionando más de quince años con éxito. Con ayuda de mi amigo Bob Campbell, que era fotógrafo, comencé a tantear las posibilidades de reunir el capital necesario. Como además tenía que convencer a las autoridades de Tanzania para que nos concedieran los permisos necesarios, Bob y yo volamos a Dar Es Salam a fin de entrevistarnos con los representantes del departamento gubernamental que se ocupaba de los asuntos turísticos. En seguida comprendimos que, aunque parecían dispuestos a apoyarnos en nuestro proyecto, mostraban ciertas reservas. Resultó que el gobierno de Tanzania se proponía nacionalizar todas las empresas turísticas. Por suerte pude informarme de sus intenciones antes de embarcarme en el negocio.

Por esa misma época un día me propusieron sustituir al guía de safari o «cazador blanco» del hotel «Tree Tops». En el albergue se alojaban unos cincuenta personas; el cazador contratado por el hotel había caído enfermo y yo estaba más que dispuesto a ganar algún dinero, aunque no me consideraba en modo alguno un «cazador». Mis servicios se iniciaron en el hotel «Outspan» de Nyeri, donde mis clientes se hallaban almorzando antes de partir para el «Tree Tops». El grupo estaba formado por unas cuarenta y cinco personas, en su mayoría de mediana y avanzada edad, de distintas nacionalidades.

Emprendimos la marcha formando un convoy y yo conducía el coche que lo encabezaba. Al llegar al aparcamiento del hotel «Tree Tops» dije a mis clientes que permanecieran en los vehículos mientras yo iba a asegurarme de que no había animales peligrosos en el sendero que conducía al hotel. No esperaba ni remotamente encontrarme con ninguno, sino que lo hice en parte como precaución y también para hacer más emocionante la expedición. Eché a andar por el sendero con el rifle al hombro y a menos de mitad de camino oí el ruido inconfundible de unos elefantes. Seguí adelante, si bien con algo menos de entusiasmo, y al poco vi horrorizado a una manada de unos cuarenta elefantes, varios de ellos pastando a ambos lados del sendero, entre donde me encontraba yo y el lugar a donde había de conducir a mis clientes. Nadie me había informado de lo que debía hacer en semejante situación.

Después de observar unos instantes a los elefantes, regresé junto a los vehículos y ordené dieran la vuelta y se situaran en dirección al camino por el que habíamos llegado, por si era necesario emprender rápidamente la retirada. Expliqué la situación a los visitantes, pero creo que la mayoría de ellos no me creyeron. Luego regresé al sendero y comprobé que los elefantes no se habían movido de allí.

A todo esto habían transcurrido unos veinte minutos y los visitantes comenzaban a impacientarse, pues habían pagado mucho dinero para alojarse en el hotel «Tree Tops» y no para permanecer sentados en un coche junto al bosque sin poder ver nada. Comprendí que no me quedaba otro remnedio que intentar asustar a los animales desde el sendero. Así pues, volví para comunicar a los turistas que iba a evacuar a los elefantes disparando unos tiros al aire y que no debían alarmarse.

Subí otra vez por el sendero y me acerqué cuanto pude a los

elefantes, tomando la precaución de colocarme junto a un árbol provisto de una escalera antes de efectuar los disparos. Llevaba un rifle de gran calibre que me habían prestado, y al efectuar el primer disparo por poco me caigo de espaldas. En aquel preciso momento vi a una elefanta arrancarse a paso ligero por el sendero hacia mí. Regresé corriendo junto a mi grupo y llegué casi sin aliento y con la cara sofocada. Por fortuna mi disparo consiguió dispersar a los elefantes y yo pude conducir a mis clientes hasta el albergue. Pasamos una noche muy divertida, vimos numerosos animales salvajes y todos los turistas regresaron sanos y salvos a la mañana siguiente. Pero aquélla fue la última vez que ofrecí mis servicios como cazador al hotel «Tree Tops», pues la experiencia no pudo ser más desastrosa.

6. Camino del éxito

En 1963, cuando Kenia consiguió por fin la independencia política de Gran Bretaña, yo era muy joven y estaba demasiado ocupado con mi porvenir para prestar apenas atención al asunto. Mis padres tenían mucho trabajo en Olduvai y habían pensado trasladarse definitivamente a Tanganica (actualmente Tanzania). En septiembre de aquel año me concedieron la licencia de piloto y realicé mi primer vuelo como tal a bordo de un avión con destino a Olduvai. Durante el vuelo vi unos depósitos sedimentarios a lo largo de la orilla occidental del lago Natrón que despertaron mi interés, pues, aunque su extensión era mucho menor, eran muy semejantes a los hallados en Olduvai.

Mi curiosidad me llevó a organizar una corta expedición terrestre a fin de comprobar si los sedimentos estratificados contenían fósiles. Mis padres se mostraron interesados en el proyecto y me prestaron un vehículo y algunos empleados suyos. Partí en compañía de Glynn Isaac y de otro amigo, y pasamos una quincena apasionante explorando la orilla occidental del lago Natrón.

Al fin conseguimos nuestro objetivo y pudimos comprobar que, efectivamente, los depósitos contenían fósiles. Dimos al yacimiento el nombre de Peninj en homenaje al río que discurre por la región. Ante la oportunidad de excavar con éxito la zona y, lo que era más importante para mí, de vivir nuevas aventuras, comenzamos a trazar planes para una visita más prolongada. Así fue como en 1964, con el apoyo económico de los fondos que la National Geographic Society había concedido a mi padre, Glynn y yo regresamos a Peninj. Esta vez decidí que sería más sencillo aproximarnos desde el norte, utilizando una balsa para cruzar el lago Natrón y luego a pie hasta Peninj. Encargué hacer unos pontones de madera en Nairobi, con los cuales construimos una balsa de poco calado para atravesar los diez o doce kilómetros con nuestro equipo.

Al llegar a orillas del lago Natrón, me alegró comprobar que las lluvias habían elevado notablemente el nivel del mismo, pues había temido que nos fuera imposible cruzarlo debido a sus aguas poco profundas y a los bancos de lodo. La extensión de agua abarcaba desde el extremo norte del lago hasta Tanzania, deteniéndose al pie de un volcán activo llamado Ol Donyo Lengai. A causa del elevado nivel del lago, el pantano situado en el extremo norte también estaba repleto de agua y cubierto de abundante vegetación pantanosa.

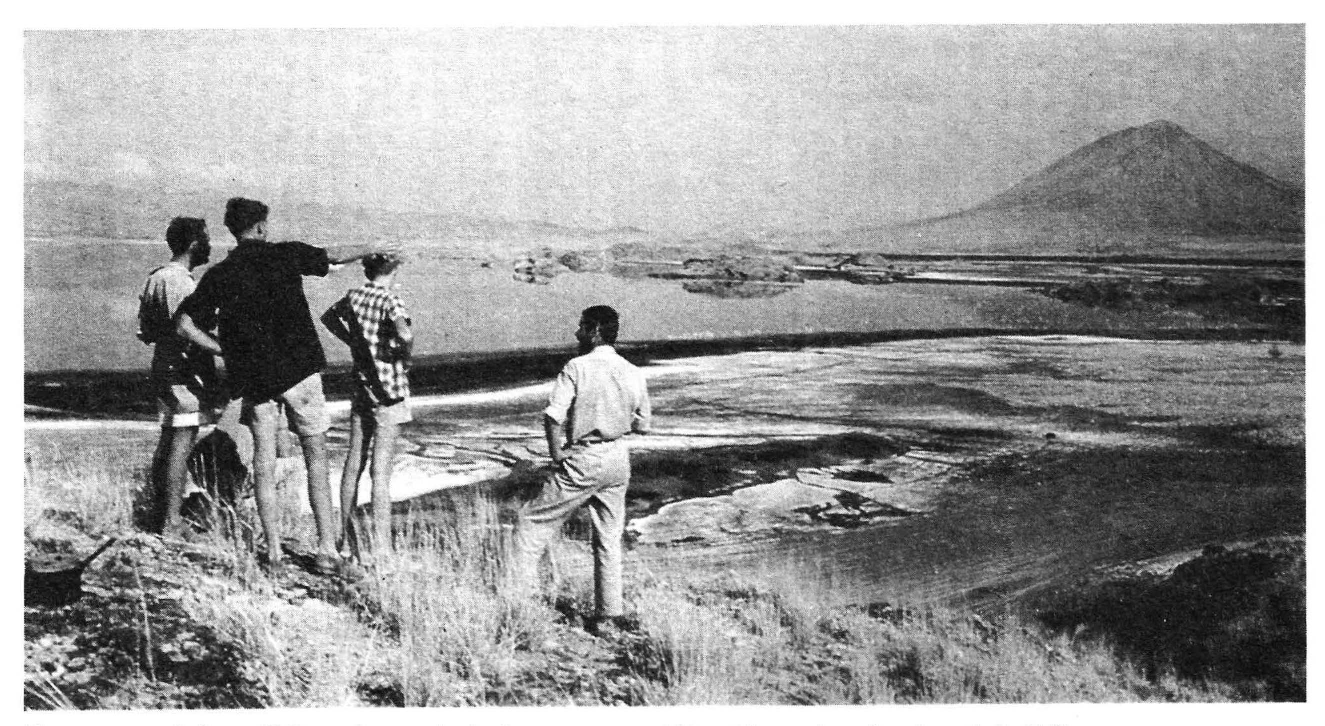
Mi plan consistía en establecer un campamento en la orilla, desde donde trasladar todo el equipo hasta Peninj. Aunque el campamento no sería permanente, algunas personas habrían de permanecer en él mientras durara la expedición. Así pues, era imprescindible acampar junto a la desembocadura del río a fin de disponer de agua dulce. ¡Qué poco imaginaba yo las consecuencias que acarrearía esta decisión!

Al día siguiente a nuestra llegada montamos un campamento temporal y colocamos los catres al raso, pues no parecía que fuera a llover. A eso de las seis de la tarde el viento amainó y aparecieron los mosquitos. Hacia el anochecer comprendimos que nuestros problemas no habían hecho sino empezar. Jamás había visto tal cantidad de mosquitos ni me habían picado con semejante saña. *Ben*, mi perro, no pudo pegar ojo y se pasó toda la noche aullando de dolor. A la mañana siguiente tenía las patas, orejas y cara, sobre todo alrededor de los ojos, hinchadas y tumefactas a consecuencia de las picaduras.

Tuvimos que pasar otra noche en el campamento, pues empleamos dos días en transportar todas las provisiones al otro lado del lago. La segunda noche nos retiramos a descansar antes de que empezara el ataque de los mosquitos, pero apenas pudimos pegar ojo debido a la enorme cantidad de insectos que se colaban por nuestras mosquiteras. *Ben*, que estaba junto a mí debajo de mi mosquitera, fue víctima de tantas picaduras que al día siguiente casi no podía caminar de tan hinchadas como tenía las patas.

Al fin transportamos todo el equipo al otro lado del lago y nos dispusimos a trasladarnos a nuestro campamento junto al río Peninj. Yo había contratado a unos treinta porteadores de la aldea para que transportaran las provisiones. Una vez reunidos, éstos tomaron sus fardos y emprendieron la marcha, de unos tres kilómetros. Por entonces yo tenía una fuerte conciencia social y, a fin de demostrar mi solidaridad con los demás, cargué con una voluminosa caja de madera que debía de pesar veinte kilos como mínimo y me coloqué en la cola de la hilera. Lógicamente, aquel enorme peso me impedía seguir el paso de los que encabezaban la columna y al poco rato se desató un auténtico caos. La fila se deshizo, los porteadores empezaron a saquear nuestras provisiones y luego desaparecieron. Perdimos mantas, sábanas, cacerolas, sartenes y alimentos como arroz, azúcar y harina. Fue una buena lección. A partir de entonces, cada vez que dirijo una expedición procuro situarme a la cabeza de la misma.

En la expedición me acompañaban Philip, mi hermano menor, y Glynn Isaac, actualmente un arqueólogo muy conocido y que a la sazón trabajaba con mi padre en el Museo. Al margen de mi amistad con Glynn, mis padres querían que me acompañara alguien con experiencia y una sólida preparación académica. Más adelante se unió a nosotros Hugo van Lawick, buen amigo y excelente fotógrafo, conocido hoy por sus trabajos sobre chimpancés realizados en colaboración con Jane Goodall, que por entonces se hallaba sin empleo. La National Geographic Society quiso que alguien filmara la expedición y yo sugerí el nombre de Hugo, que ya no trabajaba con Armand Denis. Nos acompañaban unos seis



Estamos mirando hacia Ol Donyo Lengai, desde el extremo norte del lago Natrón. A mi derecha se halla Philip, con una camisa de cuadros, y a mi izquierda Glynn Issac.

keniatas, todos ellos jornaleros, para ayudarnos a montar el campamento y echarnos una mano con las excavaciones. Uno de ellos se llamaba Kamoya Kimeu, un joven miembro del equipo, que me resultaba muy simpático y que hoy es uno de mis mejores amigos y el jefe de la organización encargada de mi actual proyecto en el lago Turkana.

A los diez días de haber llegado a Peninj, nuestros trabajos se hallaban bastante avanzados y Glynn había emprendido una serie de exploraciones geológicas. Hallamos unos cuantos fósiles de antílopes y cerdos, así como algunos utensilios de piedra, tales como hachas de mano, pero nada extraordinario. Yo disfrutaba organizando la expedición hasta el campamento y luego desmontándolo todo para emprender el regreso, pero la búsqueda de fósiles y la arqueología me parecían aburridas en comparación con todo lo anterior. En consecuencia, aproveché la primera oportunidad que tuve para volver a Nairobi.

En este viaje me acompañaron Hugo, un par de miembros de mi equipo y mi perro *Ben*. Atravesamos el lago con nuestra balsa sin novedad y al llegar a tierra subimos a un Land Rover para dirigirnos a Nairobi, viaje que nos llevó unas cinco horas. Emprendimos la primera parte del trayecto a través de la sabana, donde abundaban los antílopes y otros animales. A fin de impedir que *Ben* saltara del coche, cada vez que uno de nosotros veía un animal salvaje sujetábamos al perro por el collar; pero en cierto momento apareció un grupo de antílopes y antes de que pudiéramos sujetar a *Ben* éste saltó por la ventanilla del vehículo y se lanzó en su persecución. Yo detuve el coche, confiando en que regresaría al poco rato.

Aguardamos unos quince minutos y al ver que *Ben* no regresaba, supuse que se habría metido en problemas o bien que la alta hierba y el viento que soplaba en contra le habrían impedido hallar el camino de vuelta. Me sentí muy apenado y decidí emplear todos los medios posibles para recuperar a mi amigo.

Emprendimos una búsqueda preliminar en el coche, dejando a una persona en el lugar donde se había escapado *Ben* por si éste regresaba. Al cabo de una hora de dar vueltas haciendo sonar la bocina, llamándole por su nombre y silbando, comprendí que así no íbamos a dar con él y que la única solución era sobrevolar la zona. Dejé a otra persona junto al camino por si regresaba *Ben* y me dirigí rápidamente a Magadi, una pequeña población en el Rift Valley donde había teléfono. Llamé a una compañía de vuelos chárter de la que era cliente y pedí que me enviaran inmediatamente un avión a Magadi. Me contestaron que en aquel momento no había ninguno disponible y que habría de esperar hasta el día siguiente. Pero yo sabía que el día siguiente sería demasiado tarde para hallar a *Ben*, de modo que les dije que había perdido a un miembro de mi expedición y que necesitaba urgentemente un avión para salir en su busca. Dadas las circunstancias, enviaron en seguida un avión a Magadi para recogerme.

Tan pronto como despegamos, indiqué al piloto el lugar al que debía dirigirse y al rato hallamos a *Ben*, avanzando lenta y laboriosamente por el escabroso terreno, pero en la dirección correcta. El piloto no

salía de su asombro al ver que lo que buscábamos era un perro, pero se lo tomó con buen sentido del humor.

Fue estando yo en Nairobi cuando se realizó el primer hallazgo importante en el lago Natrón. Kamoya descubrió una mandíbula inferior completa del *Zinjanthropus* en la ladera de una colina, a pocos metros de una zona que yo había explorado antes de partir para Nairobi. Fue un momento de inmensa emoción. Glynn me comunicó la noticia por radioteléfono a casa de mi novia. Al día siguiente localicé a mis padres en Olduvai por radio y volé hasta allí para recogerlos antes de regresar a Peninj. Rogué a Glynn que no tocara nada para que mis padres pudieran contemplar el hallazgo antes de ser exhumado y tomar unas fotografías de la excavación.

Ahí estaba «mi» —o mejor dicho, «nuestro»— primer hallazgo, la primera mandíbula inferior que se conocía del *Australopithecus boisei*, la especie de África oriental dada a conocer por el hallazgo de mi madre en Olduvai en 1959. Empleamos un día entero en excavarla y luego mi padre decidió dar por terminada la expedición y regresar unos meses más tarde, cuando hubiera reunido los fondos necesarios. Yo acaté esa decisión puesto que se trataba de su dinero y de su responsabilidad, aparte de que no me atraía la idea de pasar allí más tiempo con los trabajos de excavación. Había mucho que hacer antes de partir y me ocupé de organizar a los porteadores, el traslado en la balsa y todos los pequeños problemas que conlleva una expedición.

Mi padre, valiéndose de las fotografías y película tomadas por Hugo, convenció a los de la National Geopgraphic Society para que financiaran un proyecto de tres meses de duración que se iniciaría en el verano de 1964. Yo había de encargarme de la organización, Glynn de los trabajos de investigación y mi padre sería el jefe de la expedición, si bien sólo pasó unos pocos días con nosotros. Debido a la larga duración y envergadura del proyecto, era imprescindible disponer de vehículos en el yacimiento, y decidí utilizar un medio bastante aparatoso para trasladarlos allí.

En vez de la incómoda ruta terrestre que habíamos tomado en 1963, decidí transportar dos Land Rovers y el correspondiente combustible por avión hasta Peninj. A tal fin, hube de persuadir al comandante en jefe del destacamento de la Royal Air Force que se hallaba en Kenia para que nos prestara un avión de transporte de la RAF. Empleé todas mis dotes de persuasión y conseguí que nos facilitaran un Blackburn Beverley, un gigantesco avión cuatrimotor de transporte. Convinimos que la RAF se encargaría de transportarnos, pero que una vez terminada la campaña regresaríamos por nuestros propios medios. No se comentó el hecho de que Peninj se hallaba en Tanzania y no en Kenia, pero yo estaba seguro de que no habría problemas, dado que nadie iba a saber que el Beverley había cruzado la frontera. Ahora me aterra pensar en la crisis política que habría estallado de haberse producido un accidente. Pero tuvimos suerte y todo salió conforme a lo previsto.

El primer paso era construir en Peninj una pista de aterrizaje en una zona donde el terreno estuviera lo bastante firme y nivelado. Yo mismo me encargué de ello antes de regrear a Nairobi para emprender el vuelo.

Pero a medida que nos aproximábamos a tierra a bordo de la gigantesca nave, comencé a tener serias dudas respecto a la pista, que sólo medía unos cuatrocientos metros de largo, por más que el piloto me aseguró que sería suficiente. Lo malo fue que el estrépito de los motores y la sombra proyectada por el avión asustó a las manadas de reses, ovejas y cabras del lugar, y los pastores masai y wasonjo se las vieron y desearon para remediar el desorden que habíamos provocado. Lógicamente, estaban indignados con nosotros, pero cuando les invitamos a subir al avión para inspeccionarlo se pusieron muy contentos y nos perdonaron.

El extremo occidental del lago Natrón se hallaba muy apartado y los pobladores de la zona se enfrentaban a numerosos problemas. Los wasonjo eran agricultores y vivían en pequeñas aldeas a lo largo del río Peninj, rodeados por todos lados por los nómadas y pastoriles masai. Esas gentes habían de recorrer a pie más de ciento treinta kilómetros hasta llegar al comercio o clínica más cercanos. Era particularmente interesante el sistema que empleaban los wasonjo para regar sus cosechas. Habían represado el río, pero no construyendo una barrera destinada a contener y elevar el nivel del agua, sino que se servían de troncos y vegetación para apresar el material sedimentario y elevar notablemente el lecho del río. Ese método no sólo elevaba el nivel del agua, sino que obviaba la necesidad de una compleja obra de ingeniería. El agua era llevada a los campos por medio de pequeños canales y surcos meticulosamente vigilados y controlados. El complejo sistema de distribución de aguas, así como el papel de los ancianos en toda decisión tocante al aprovechamiento de las mismas, eran elementos básicos en la organización social de esta pequeña comunidad. Nosotros fundamos una clínica para ellos e intimamos con varios aldeanos, en particular con los más ancianos. A menudo nos daban cabras a cambio de los objetos que les llevábamos de Nairobi. Era fascinante observar las costumbres de este pueblo que había aprendido a desenvolverse en un medio sumamente difícil y hostil.

A las pocas semanas comenzaron a acudir a diario a nuestra clínica, en la que dispensábamos jarabe para la tos y aspirinas y curábamos casos de paludismo a varias docenas de personas llegadas de muchos kilómetros a la redonda. Nuestros pacientes requerían todo tipo de tratamientos. Un día en que yo me hallaba ausente, Glynn tuvo que suturar una herida recibida por un guerrero en el transcurso de una pelea. Glynn, que era la primera vez que cosía una herida, le dio catorce puntos de sutura y a los pocos días el hombre se había recuperado del todo. En otra ocasión permanecimos en vela durante varias horas para intentar salvar la vida de un niño, pero nuestros intentos fracasaron. Pese a lo limitada de nuestra ayuda, conseguimos salvar muchas vidas y esto me hizo comprender lo importante que es llevar asistencia médica a las regiones más remotas de África.

Al disponer de dos vehículos y poder desplazarnos con mayor facilidad, conseguimos realizar un extenso estudio de los depósitos del pleistoceno que afloran a lo largo de la orilla occidental del lago Natrón. (El período del pleistoceno data de entre 1,7 millón y 40.000 años.) La

fecha de estos depósitos ha sido fijada en torno a 1,4 millón de años. Glynn y yo hallamos varios yacimientos que posteriormente fueron excavados por un reducido equipo de hombres a cargo de Glynn, y durante tres meses yo anduve muy atareado. Los extensos trabajos de excavación del yacimiento del *Australopithecus* hallado por Kamoya eran muy lentos y por desgracia no pudimos hallar nada más. Recuperamos unos pocos fósiles de antílopes e hipopótamos, pero el sitio era muy reducido y los fósiles no abundaban.

Como es natural, yo sabía que había de resolver el problema de retirar los vehículos de la zona antes de que finalizara el proyecto. Nuestra ruta terrestre a lo largo de la orilla se había inundado a causa del elevadísimo nivel alcanzado aquel año por el lago. No cabía más solución que acondicionar un sendero para el ganado que subía por el acantilado, el cual se elevaba a cuatrocientos cincuenta metros al oeste del lago. Afortunadamente, la empresa no resultó muy difícil y a las pocas semanas disponíamos de un camino por el que podían ascender los vehículos.

La expedición de 1964 se había compuesto de Glynn, yo mismo y unos cuantos estudiantes, entre ellos una muchacha que ya conocía por haber sido novia de mi hermano mayor. Margaret era estudiante de arqueología en la universidad de Edimburgo y había trabajado el año anterior con mis padres en Olduvai. Durante nuestra estancia en Peninj nos hicimos muy amigos, pero en septiembre Margaret se fue a Inglaterra para ampliar sus estudios y yo me encontré de vuelta en Nairobi sin saber qué hacer. Había pasado tres meses muy interesantes en Peninj, dedicando muchas horas a excavar fósiles en compañía de Glynn, actividad con la que había disfrutado mucho. En ciertos aspectos era bastante más satisfactoria que llevar a turistas a visitar los parques nacionales de África del este.

Yo era consciente de que en comparación con los demás miembros de la expedición al lago Natrón mi formación académica era muy inferior, y aunque me ocupaba de organizar las provisiones, medios de transporte y personal, no podía aportar nada a los documentos científicos que se elaboraban posteriormente. El haber colaborado con mis padres de muy joven, sin embargo, me había proporcionado unos conocimientos básicos sobre fósiles y utensilios de piedra, pero aún me faltaba mucho que aprender. Además, necesitaba contar con una base que justificara mi participación en sucesivas expediciones. El problema era cómo obtenerla. Había dejado la escuela sin completar los requisitos necesarios para ingresar en una universidad y cuando fui a informarme en la de Nairobi, me dijeron que no podían admitirme sin haber cursado estudios preuniversitarios. Como se comprenderá, después de haber sido independiente durante varios años no me atraía la idea de volver a la escuela, de modo que decidí regresar a Inglaterra e intentar matricularme en una universidad allí, confiando en que serían más comprensivos. Mi compañía de safaris ya no era tan importante para mí y tenía dinero suficiente en el banco para costearme el billete de avión y la estancia en Inglaterra.

A principios de 1965, la National Geographic Society me propuso acompañar a mi padre en un viaje que éste debía hacer a los Estados

Unidos para ponerles al corriente de los progresos llevados a cabo en Olduvai y el lago Natrón. Durante mi estancia en Inglaterra, antes de partir hacia los Estados Unidos, fui a Cambridge para entrevistarme con un profesor de arqueología. Le expliqué mis deseos y procuré ocultar el hecho de no haber cursado estudios superiores. El profesor, muy amable, pero con firmeza, me dijo que completara mis estudios antes de hacer perder el tiempo a la gente. Aquello fue una decepción, pero decidí quedarme en Inglaterra y prepararme para los exámenes que debía aprobar. Escribí a un «colegio» especializado en ayudar a estudiantes extranjeros a aprobar lo antes posible las asignaturas de preuniversitario, y tramité mi ingreso en la primavera de 1965. Estaba muy satisfecho de haber tomado una decisión sobre mi futuro que complacería a mi padre, aparte de que así tendría ocasión de ver a Margaret con mayor frecuencia. Marché a Estados Unidos y a mi regreso pasé unos pocos días en Kenia para buscar a alguien que se encargara de mi compañía mientras estaba ausente.

Una vez arreglado todo, regresé a Londres y me dediqué de lleno a preparar las asignaturas de física, química y biología que debía aprobar para cursar estudios científicos en la universidad. A los seis meses me presenté a los exámenes y obtuve unas calificaciones lo bastante buenas para poder ingresar en una universidad, probablemente no la de Cambridge, pero en todo caso había salvado el primer escollo. Por desgracia, mientras me hallaba en Londres, mi compañía comenzó a tener problemas y hube de regresar a Nairobi para resolverlos. Dado que no era posible conseguir una plaza en una universidad antes del otoño de 1966, aquel año regresé a casa antes de lo previsto.

De regreso a Kenia, pude resolver fácilmente los problemas de mi empresa y las cosas se enderezaron. Uno de los primeros contactos que hice a mi regreso resultó muy provechoso para mi negocio. Una importante compañía de televisión americana se proponía rodar en África del este y decidí tratar de obtener el contacto para suministrarles el apoyo logístico. Por entonces mi negocio era muy pequeño y la única forma de conseguir el contrato era presentar un presupuesto muy bajo. Dado que no disponía del dinero suficiente para equipar a una expedición de esa envergadura, decidí, sin saberlo los de la televisión, adquirir la mayor parte del equipo con el primer pago que me hicieran. En la última ronda de negociaciones un competidor del todo respetable les hizo una oferta aún más baja y yo tuve que resaltar las ventajas que representaba mi compañía en cuanto a tamaño y flexibilidad, haciendo especial hincapié en el capítulo de los camiones. Les expliqué que mi empresa funcionaba con tal eficacia que si, por ejemplo, uno de los camiones sufría una avería y quedaba inservible, yo me comprometía a reemplazarlo en veinticuatro horas. Naturalmente, no era verdad, puesto que en aquel entonces no disponía siquiera de un solo camión ni de las tiendas necesarias.

Margaret y yo habíamos decidido casarnos y como la fecha de nuestra boda coincidía con las del safari, dejé todo en manos en mi amigo Bob Campbell, confiando en que sabría sacar partido de los contactos proporcionados por la compañía de televisión. ¡Pobre Bob! El nuevo

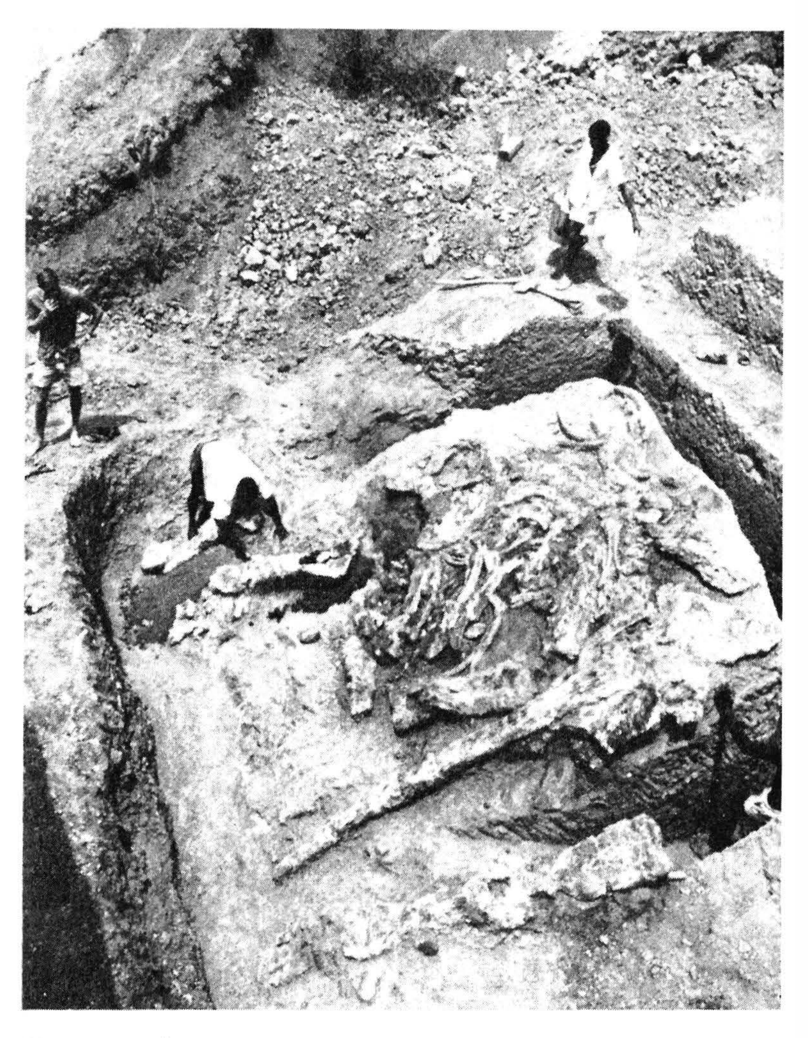
camión que yo había adquirido y enviado cargado con tiendas, catres, ropas de cama y demás equipo sufrió un accidente el primer día y quedó fuera de servicio. Afortunadamente, el material no sufrió ningún daño y yo pude convencer a la compañía de seguros para que me concedieran un préstamo el mismo día para comprar otro camión. Mientras los de la televisión pasaban la noche cómodamente alojados en el hotel «Manyara», yo conduje el nuevo camión hasta el lugar del accidente para recoger el equipo y material de la expedición.

Siempre le he estado muy agradecido a Bob, y a pesar de los problemas que nos causó aquella expedición seguimos siendo excelentes amigos.

Comprendí que era necesario organizar mejor mi empresa, para no tener que recurrir a buenos amigos como Bob. Por consiguiente, me asocié con otro amigo, Alan Root, que también se dedicaba al negocio de safaris, y fundamos la compañía Root and Leakey's Safaris Ltd. Alan Root, muy conocido en la actualidad por ser uno de los mejores fotógrafos de animales salvajes, era amigo mío desde los lejanos tiempos en que yo trabajaba para Des Bartlett. Dada su creciente dedicación a la fotografía profesional, Alan necesitaba también hallar el medio de ausentarse de su negocio y que éste siguiera funcionando. Así pues, ambos juntamos nuestros capitales y contratamos a una persona que se encargara de resolver los asuntos diarios de la empresa. Años más tarde, concretamente en 1974, yo me retiré del negocio y la compañía cambió de nombre.

A medida que se acercaba la fecha de mi boda, cada vez me seducía menos la idea de ingresar en la universidad y pasar en Inglaterra buena parte de los tres años siguientes. Había vuelto a dedicarme a trabajos de campo y esto me ocupaba mucho tiempo. Durante mi ausencia de Kenia, un joven geólogo inglés, John Martyn, informó acerca del hallazgo de fósiles en diversos yacimientos al oeste del lago Baringo, en Kenia. Jonathan, mi hermano mayor, se había casado y vivía en Baringo, donde dirigía un criadero de serpientes. Interesado en esos informes, mi hermano visitó el campamento del geólogo y observó entre los hallazgos un fragmento de un cráneo humano. Dado que esa clase de fósiles eran muy raros, el hallazgo causó gran expectación y mi padre organizó una breve expedición a Baringo en busca de más fósiles. Mientras unos miembros del equipo exploraban el yacimiento donde se había descubierto el fragmento del cráneo humano, otros exploraban el resto de la zona en busca de otros yacimientos, y así fue como Edward Mbindiye halló otro fósil humano, una mandíbula y partes de un esqueleto, cuyo extraordinario interés ha sido ampliamente reconocido. Estaba claro que el segundo yacimiento requería ser minuciosamente excavado, y yo convencí a mi padre para que me encargara esa tarea. Me había casado hacía poco, estaba sin empleo y necesitaba trabajo.

La segunda expedición a Baringo se organizó a finales de 1966 y yo me propuse dirigir una operación de gran envergadura en el yacimiento descubierto por Edward. Acordamos que me acompañaría Margaret, pues acababa de obtener el título de arqueólogo y sus conocimientos académicos me serían de gran ayuda. El proyecto de Baringo resultó



Uno de los hallazgos más importantes realizados en Baringo fue el de un elefante fósil. Era el año 1966.

muy sencillo; el yacimiento se encontraba muy cerca de Nairobi y no hubo ningún problema en lo tocante a organización. Yo me ocupé directamente de varias excavaciones y pasamos unos meses muy dichosos en Baringo. Durante nuestra estancia allí, aproveché para explorar también las colinas, en busca de nuevos yacimientos y hallazgos.

Uno de los hallazgos más notables realizados en Baringo fue el de un elefante fósil. El ejemplar era sumamente raro, por cuanto su esqueleto se hallaba perfectamente conservado. Por lo general, los restos quedaban diseminados por la zona, como todavía sucede hoy a causa de los animales de rapiña, antes de quedar sepultados y fosilizados. Este fósil estaba encajado en un estrato de sedimento muy duro e inclinado en un ángulo de unos 30 grados. El ejemplar era tan valioso, que decidí excavarlo en un solo bloque y trasladarlo al Museo de Nairobi para ser exhibido. La tarea se presentaba difícil y por tanto muy atractiva. ¿Cómo transportar hasta Nairobi, intacto, el esqueleto completo y articulado? El ejemplar ocupaba una zona de unos tres metros por cinco y no iba a ser sencillo alzarlo en un bloque sin dañarlo.

Desde luego, por mi cuenta no lo habría conseguido, pero por fortuna contaba con la ayuda de Paul Abell. Paul es un norteamericano que se dedica a la química orgánica, pero en 1966 disfrutaba de un año sabático y deseaba dedicarse a algo diferente. Mi padre le propuso trabajar conmigo en el proyecto de Baringo y en seguida pude darme cuenta de su extraordinaria valía. De hecho, Paul pasó inmediatamente a hacerse cargo del elefante y yo me limité a visitar el yacimiento para informarme y vigilar los progresos que se llevaban a cabo.

Nuestro plan consistía en excavar debajo del fósil, aprovechando la circunstancia de que el bloque se hallaba inclinado. Cavamos unas trincheras a su alrededor y colocamos en ellas un armazón de madera. Trabajando a partir del límite superior del bloque, poco a poco fuimos retirando el sedimento debajo del fósil y construimos una plataforma de tablas de madera sobre el armazón. Al objeto de que el fósil quedara debidamente sostenido, llenamos los pequeños huecos entre la plataforma y el esqueleto con una mezcla de serrín y yeso. Al cabo de unas seis semanas nuestro elefante se encontraba firmemente encajado en la plataforma, todavía inclinado en un ángulo de unos 30 grados, y listo para ser transportado a Nairobi.

La tarea me había absorbido de tal modo, que olvidé solicitar mi ingreso en la universidad. Confieso que apenas había pensado en ello. De regreso a Nairobi, me puse a trabajar con mi padre en su despacho. En 1961, mi padre había dimitido como conservador del Museo de Nairobi para fundar un Centro Autónomo de Prehistoria y Paleontología. Había renunciado a su cargo en el Museo a fin de dedicar todo su tiempo a la prehistoria y la paleontología y ahorrarse las múltiples tareas administrativas que conlleva dirigir una institución como el Museo. El Centro estaba afiliado al Museo y ubicado en unos edificios pertenecientes al mismo. Sin embargo, dado que mi padre había obtenido el capital necesario para dirigir el Centro de fuentes extranjeras, éste era en gran medida independiente del Museo. Mi padre acostumbraba pasar mucho

tiempo en América, varios meses al año, para recaudar fondos destinados a sus proyectos, y en su ausencia yo me encargaba de dirigir el Centro. Este trabajo me ocupaba mucho tiempo y decidí organizar las cosas a mi modo, lo cual fue un error que en seguida creó problemas entre mi padre y yo. No obstante, seguimos colaborando juntos y durante las temporadas que mi padre pasaba en Kenia yo me ocupaba de los hallazgos recuperados en Baringo.

Durante esa época redacté mi primer documento científico describiendo una nueva especie de simio extinguida que habíamos recuperado en Baringo. El tema del documento hacía referencia a un cráneo y esqueleto fósiles casi completos de una especie de mono de gran tamaño y desconocido hasta la fecha relacionado con el colobo. Puesto que se hallaba prácticamente completo y era muy distinto de otros monos fósiles procedentes de África oriental, elaboré un documento más bien básico que no pretendía ser comparativo. No obstante, tuve que documentarme a fondo y ello me llevó a interesarme en los fósiles de primates. Un tanto ingenuamente, decidí especializarme en ese campo. Mi escrito apareció en una publicación científica y yo me sentí muy satisfecho.

Como consecuencia de mi vinculación con el Centro de Prehistoria y Paleontología, aparte de las ocasiones en que me encargaba de dirigirlo, comencé a tratarme con varios funcionarios del gobierno, civiles y políticos, y pude enterarme de que el gobierno no estaba en absoluto de acuerdo con la administración del Museo Nacional. Ello explicaba en parte la escasa ayuda financiera que recibía éste. Por entonces el Museo Nacional de Kenia consistía simplemente en el Museo de Nairobi y su reducida plantilla. Todos los altos cargos eran británicos y no se tenía intención de formar a keniatas para ocupar esos puestos en el futuro. De hecho, en 1967 el personal del Museo se componía tan sólo de veintisiete empleados, siete de los cuales desempañaban cargos superiores. En el Centro que dirigía mi padre, no obstante ser él keniata, ocurría lo mismo. Era evidente que los administradores del Museo no creían en absoluto que un keniata estuviera capacitado para acceder a un puesto de responsabilidad allí.

Aquella situación suponía para mí un reto irresistible y me propuse enmendarla. Aprovechándome de los apuros económicos por los que atravesaba el Museo, comencé a recaudar fondos destinados a varios proyectos. A tal fin, fundé una organización llamada Amigos del Museo de Kenia, que contaba con un consejo de administración y unos estatutos. Invité a varias personalidades africanas relevantes a hacerse miembros de dicha asociación, creando así un importante contraste político con el consejo del Museo, que en aquel tiempo era predominantemente británico y de mentalidad típicamente colonialista.

En virtud de mi cargo como director ejecutivo de los Amigos del Museo, comprobé que tenía derecho a asistir a las reuniones del consejo en calidad de observador. Los Amigos del Museo se encargaban de recaudar aproximadamente un diez por ciento del presupuesto de gastos del mismo, por lo que era del todo lógico que tuvieran voz y voto. Así mismo, me ocupé de organizar la exposición del elefante fósil, para lo

cual fue necesario reformar la sala de prehistoria de arriba abajo. En junio de 1967 yo intervenía prácticamente en todas las actividades habituales del Museo y empecé a ser un estorbo para sus administradores. Seguía tratándome con varios funcionarios del gobierno, a los que expresé mi preocupación por el hecho de que el Museo Nacional estuviera desfasado con respecto a la Kenia independiente de aquellos días. Persuadí a los de la Fundación Ford para que donaran unos fondos por medio de la asociación de Amigos del Museo, lo cual me dio plena libertad para llevar a la práctica mis planes con respecto al Museo. Contraté a dos jóvenes keniatas y les envié a la Smithsonian Institution de Washington para que se formaran como técnicos. Esta decisión indignó a ciertos miembros del consejo, quienes la consideraron como una intolerable intromisión por parte mía.

Sin embargo, mi padre, que había dirigido el Museo durante muchos años hasta 1961, parecía satisfecho de mis iniciativas, pues aparte de que él no tenía relaciones amistosas ni con el conservador ni con los miembros del consejo del Museo, mis actividades me mantenían muy ocupado y no me inmiscuía en los asuntos del Centro de Prehistoria y Paleontología. Mi padre estaba todavía muy orgulloso de la institución a la que había dedicado tantos años de su vida, desde 1947 hasta 1961, y el personal keniata le era todavía fiel. Yo sabía que los keniatas no sentían la menor simpatía por los empleados británicos del Museo, si bien no era un problema de color de la piel, sino más bien una cuestión de identidad nacional, y a mí me consideraban como a un keniata igual que ellos. (Cuando el país obtuvo su independencia se me concedió la nacionalidad keniata y todavía conservo el pasaporte keniata.) Se trataba, sencillamente, de que un keniata era keniata independientemente del color de su piel. Yo me sentía muy honrado y procuraba demostrar que mi mentalidad y mi lealtad eran profundamente keniatas. Por aquella misma época, adquirí por primera vez conciencia política y comencé a detestar todo cuanto hacía referencia al colonialismo y al racismo.

Hubo un episodio que me indignó sobremanera y que constituye un claro ejemplo de las absurdas actitudes derivadas de los prejuicios raciales. Yo estaba fuera y uno de mis jóvenes aspirantes a técnicos se hallaba trabajando en el Museo, pocos días antes de partir a Washington. Era un joven muy simpático y bien educado que había estudiado en una excelente escuela para alumnos de diferentes razas. En realidad no pertenecía a la plantilla del Museo y por tanto no solía tratarse con los empleados europeos. Un día tuvo necesidad de utilizar los servicios y se encontró con la bochornosa sorpresa de que, pese a que la segregación se había abolido en Kenia a raíz de su independencia, según le informó el conservador del Museo, aquel lavabo no podía ser utilizado por el personal africano. Por lo visto sólo estaba disponible para los traseros blancos y «limpios» de los mandamases. Que esto sucediera en Kenia a finales de 1967 demuestra palpablemente la vigencia del legado colonial, el cual fácilmente pudo haber predispuesto para siempre a los africanos en contra de los europeos. Ese tipo de incidentes eran justamente los que me alentaban en mi lucha contra la administración del Museo.

Otro suceso importante en 1966 fue la compra que hice de un solar en las afueras de Nairobi, en los suburbios de Karen, donde comencé a construir mi casa. Yo mismo me encargué de vigilar las obras para no emplear a un contratista y así ahorrarme dinero. Fue una interesante experiencia que me enseñó mucho acerca de la industria de la construcción en Kenia, aparte de que más tarde me fue muy útil en el Museo.

Una vez más hube de enfrentarme al absurdo legado del dominio colonial británico. Mi arquitecto había presentado los planos al concejo municipal de Nairobi para su aprobación, aunque yo no llegué a examinarlos detalladamente hasta que se iniciaron las obras. Cuando lo hice, comprobé que éstos incluían unos respiraderos en cada habitación, los cuales me parecieron del todo antiestéticos e innecesarios, puesto que en todas ellas había ventanas. Además, teníamos la obligación de reforzar el tejado con una cantidad disparatada de madera, lo cual encarecería la obra considerablemente. En consecuencia, decidí por mi cuenta y riesgo reducir la cantidad de madera a la mitad y suprimir todos los respiraderos.

Cuando la casa estuvo terminada, vino a inspeccionarla un funcionario de Urbanismo sin cuya aprobación no me concedían el correspondiente permiso para poder ocuparla. Tras una inspección muy somera, el ceñudo burócrata me comunicó que no sólo no me autorizarían a ocuparla, sino que habría de derribarla y construirla de nuevo. Según me informó, mi casa no reunía las debidas condiciones para hacerla habitable: las habitaciones carecían de ventilación suficiente y eran por tanto antihigiénicas, y el tejado no ofrecía ninguna seguridad. Conseguí una copia de los reglamentos en materia de construcción y constaté que en ellos se estipulaba que el tejado debía ser capaz de soportar un metro de nieve, y que los respiraderos eran imprescindibles para evitar que los ocupantes de la vivienda no perecieran ahogados cuando cerraran las ventanas para protegerse del frío exterior. Hay que decir que la temperatura en Nairobi rara vez desciende por debajo de los 10 grados centígrados y que nunca ha nevado ni es probable que ocurra. Se trataba, en resumidas cuentas, de unas normas británicas que en Kenia estaban totalmente fuera de lugar, pero que los funcionarios públicos acataban.

Puesto que no tenía la menor intención de derribar mi casa, envié al concejo municipal una carta redactada en términos claros y contundentes exponiendo mis razones para negarme a ello. Seguidamente recibí varias cartas, a cada cual más amenazante, y a la postre se me permitió vivir feliz y tranquilo en mi insegura vivienda. Aunque el incidente no tuvo mayores consecuencias, ilustra perfectamente uno de los mayores problemas del legado colonial. Cuando las antiguas colonias conseguían independizarse de las potencias europeas, al mismo tiempo heredaban una serie de normas y leyes absolutamente desfasadas y obsoletas. Cambiar las leyes requiere tiempo, pero muchas veces por culpa de los burócratas se retrasa innecesariamente el anhelado progreso. Un ejemplo bien ilustrativo es la cuestión de las viviendas modestas en ciudades del Tercer Mundo. Muchos proyectos son rechazados por no cumplir con unas normas anticuadas que, paradójicamente, hacía tiempo que habían sido abolidas en los mismos países que las habían promulgado.

7. Lejos de la sombra de mi padre

Durante los últimos meses de 1966, mi padre comenzó a trazar planes para un nuevo proyecto en el sur de Etiopía, y mi intervención en dicho proyecto aplazó otras decisiones respecto a mi futuro. El plan consistía en organizar una expedición a escala internacional al valle del Omo, donde ya se habían realizado algunos trabajos, pero todavía quedaba mucho por hacer. Por aquella época mi madre se hallaba totalmente entregada a su trabajo en Olduvai.

El Omo es un río de considerable longitud que drena las tierras altas de Etiopía al sur de Addis Abeba y discurre a lo largo de unos mil doscientos kilómetros antes de desembocar en el lago Turkana, al norte de Kenia. Durante los últimos trescientos kilómetros, el río describe múltiples meandros que desembocan en pequeños lagos. El río discurre lentamente a través de esta zona, y presenta un color pardo debido al material sedimentario que procede de las tierras altas. Ambas orillas están cubiertas por densos bosques que contrastan con la sabana seca que se extiende más allá de los mismos. Forma parte de un antiguo sistema de drenaje —como atestiguan los abundantes depósitos de fósiles que contiene el valle—, pero dado que el terreno es extremadamente llano, resulta difícil hacerse una idea del paisaje a menos que se contemple desde un avión. El acceso desde el norte a esta parte del valle del Omo es muy difícil a causa del mal estado de las carreteras que conducen a él desde Addis Abeba, y es más sencillo aproximarse desde el sur, por las carreteras keniatas que van hasta la frontera y siguiendo luego los senderos que conducen al yacimiento. Esta ruta ya había sido utilizada por científicos que trabajaban en el valle, pero nosotros tuvimos que solicitar permiso a las autoridades de Kenia y Etiopía para volver a utilizarla.

El valle del Omo había sido visitado a principios de siglo por una expedición francesa, encabezada por el conde de Boaz, quien recuperó gran número de fósiles que posteriormente fueron llevados a París para proceder a su identificación. Como resultado de los informes difundidos por el conde de Boaz, en 1930 se emprendió una segunda expedición francesa dirigida por el profesor Camille Arambourg, que logró reunir más de cien toneladas de fósiles a lo largo de dos años. Dichos fósiles fueron sometidos a minucioso estudio durante los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. En tiempos de la guerra, mi padre, aprove-

chándose de los desplazamientos de las tropas británicas en el sur de Etiopía, logró que su ayudante, un tal Heslon Mukiri, pasara unas semanas en el valle del Omo en busca de fósiles para el Museo de Nairobi. A finales de los años cincuenta, el profesor Clark Howell, de los Estados Unidos, organizó una breve expedición destinada a completar los trabajos emprendidos anteriormente, pero por desgracia sus esfuerzos fueron inútiles, pues la policía fronteriza de Etiopía confiscó todos los fósiles que había logrado recuperar y le obligó a regresar a Kenia. Clark, amigo íntimo de mi padre, estaba decidido a obtener a toda costa permiso de las autoridades etíopes para regresar a trabajar en el Omo. Le había impresionado el enorme potencial que ofrecía la zona y creía necesario aplicar unos estudios modernos en materia de geología y paleontología a los trabajos realizados con anterioridad por las expediciones francesas.

La oportunidad para volver, sin embargo, no se presentaría hasta 1966. El dirigente etíope, el emperador Haile Selassie, efectuó una visita de Estado a Kenia y nuestro presidente, Mzee Jomo Kenyatta, concertó una entrevista entre aquél y mi padre. Mi padre conocía bastante bien a Jomo Kenyatta, si bien en ocasiones sus relaciones habían sido algo tensas. Durante los difíciles años de la lucha de Kenia por su independencia, las autoridades británicas arrestaron a Kenyatta acusándole de varios delitos relacionados con la organización y actividades del Mau Mau. Mi padre, por ser también kikuyu, fue llamado para hacer de intérprete en el juicio, pero acabó discutiendo con el abogado defensor acerca del auténtico significado de algunas palabras y frases pronunciadas durante el proceso. En consecuencia, mi padre renunció a su misión como intérprete y Jomo Kenyatta fue encarcelado. Como es natural, mi padre temía que su actitud pudiera enturbiar sus relaciones con Kenyatta, pero tan pronto como éste fue puesto en libertad, en 1961, él y mi padre reanudaron su amistosa relación como si nada hubiera sucedido. En el transcurso de su entrevista con el emperador, mi padre le mostró algunos fósiles hallados en Olduvai y le comentó la posibilidad de descubrir más yacimientos importantes en otros lugares de África oriental. El emperador se mostró especialmente interesado en la posibilidad de que pudieran realizarse importantes hallazgos en su país, y propuso a mi padre organizar unos trabajos arqueológicos en Etiopía. Se convino que en todas las expediciones que se emprendieran en el futuro al Omo participarían Camille Arambourg y Clark Howell. De ahí partió la idea de organizar un proyecto de carácter internacional entre etíopes, keniatas, franceses y americanos.

En 1966 se me propuso participar en la empresa. Mi papel sería esencialmente el de jefe de expedición del equipo keniata, a la vez que representante de mi padre, que padecía de artritis en ambas caderas y no podía realizar trabajos de campo. Mi primera sugerencia fue que sobrevoláramos el yacimiento a fin de calcular la extensión del mismo y los problemas a los que habríamos de enfrentarnos.

En el valle afloraban múltiples depósitos sedimentarios que, conforme a lo convenido, se dividirían en tres zonas principales. La primera,

asignada a los franceses, era la que se hallaba más al sur y donde el profesor Arambourg y Clark Howell habían hallado fósiles. La segunda zona comprendía depósitos que parecían extenderse al norte de la francesa, hacia el río. Esta amplia zona, que nunca había sido explorada con anterioridad, fue asignada al equipo de Clark Howell. La tercera zona, situada al otro lado del río, nos fue asignada a nosotros, con gran satisfacción por mi parte, pues representaba un importante reto en cuanto a organización. Yo habría de trasladar los vehículos y provisiones al otro lado del río sin disponer de caminos ni puentes: una aventura africana perfecta. La primera campaña la dedicaríamos a explorar la zona y cualquier plan futuro dependería de lo que halláramos en ella. Acordamos que en el caso de que mi zona o la de Clark no contuvieran fósiles, en años sucesivos colaboraríamos con los franceses en la suya.

Mi padre y yo comenzamos a organizar al equipo keniata y pedimos apoyo a la National Geographic Society. Una vez concedido el apoyo solicitado, en los primeros mese de 1967, me dediqué a reunir el material y provisiones necesarios para la expedición, la cual partiría de Nairobi a primeros de junio de aquel año. Por suerte, pude contar con la leyenda de un amigo americano, Allen O'Brien, que, hallándome yo en Inglaterra, había ido a Kenia para participar en un safari y se había hecho muy amigo de mi padre y gran admirador de su trabajo. Allen estaba retirado y le entusiasmaba poder tomar parte en la aventura como miembro de mi equipo. Yo le asigné la tarea de diseñar y construir un ferry destinado a transportar los vehículos al otro lado del río. Allen construyó el ferry en Nairobi y poco antes de partir lo probamos, con resultado satisfactorio, en la presa de Nairobi, al objeto de hacernos una idea de los problemas que nos plantearían los bancos de lodo y las profundas aguas del río.

Cuando por fin todo estuvo organizado, la expedición se puso en marcha. El convoy estaba formado por tres camiones grandes y unos nueve Land Rovers. En los equipos francés y americano figuraban varios científicos y algunos keniatas para ayudar en las labores de campamento. Em mi grupo iban Margaret, Paul Abell, Allen O'Brien, Alex Mackay (un científico del Museo), Bob Campbell, que se haría cargo de las fotografías, Kamoya y otros keniatas, algunos de los cuales eran expertos en buscar y excavar fósiles. Yo era el jefe indiscutible de mi grupo, aunque las cuestiones científicas estarían a cargo de mi padre, quien me había dado órdenes expresas de mantenerme en contacto permanente con él por radio en Nairobi. Se decidió que mi padre iría a visitarnos varias veces a lo largo de los tres meses que pasaríamos en el yacimiento. Por otra parte, yo contaba con la ayuda y los consejos de Clark en materia científica. Me contrarió comprobar que mi falta de formación académica me impedía ser todo lo independiente que deseaba ser, y empecé a pensar que me había equivocado al decidir no asistir a la universidad.

A los tres días de nuestra partida de Nairobi llegamos a la frontera etíope, y a partir de allí fuimos escoltados por unos soldados etíopes armados que el gobierno había puesto a nuestra disposición con el fin de protegernos. Esta parte de Etiopía era célebre por sus bandas arma-

das, en particular por los métodos disuasorios que empleaban al objeto de impedir que presuntos visitantes penetraran en su territorio. A los pocos días llegamos a la ciudad fortificada de Kalam, que era el centro administrativo de la región y donde pensaba acampar el equipo francés.

Los etíopes son, a mi entender, las gentes más hospitalarias del mundo, como prueba la bienvenida oficial que nos dispensaron el día de nuestra llegada. Habían sacrificado un buey y varias cabras y nos aguardaba un festín compuesto por gran cantidad de viandas poco cocinadas, regado con varias botellas de whisky. Todo esto en uno de los parajes más remotos de África oriental y bajo el sofocante calor del mediodía. Se pronunciaron algunos discursos de bienvenida y hubo mucho bullicio y algarabía antes de convencer a nuestros anfitriones de que debíamos reemprender nuestro viaje. Al anochecer, nuestro convoy partió de Kalam, pero a los pocos kilómetros tuvimos que detenernos, pues debido al copioso festín y abundante whisky buena parte de la expedición no se veía con ánimos para abrirse paso por la espesa selva.

Al día siguiente avanzamos por la maleza espinosa a lo largo de unos veinticinco kilómetros, antes de llegar a un lugar próximo al Omo, donde Clark decidió establecer su campamento. Nosotros seguimos adelante hasta llegar a un punto donde poder atravesar el río, cuyas riberas no eran muy escarpadas y el río discurría lentamente. Elegimos un lugar cercano a una pequeña aldea cuyos habitantes nos observaron con gran curiosidad. Era la primera vez que contemplaban unos artefactos producidos por nuestra sociedad industrial y nuestros esfuerzos les divertían mucho. Según nos contaron, en el amplio y fangoso río habitaban numerosos cocodrilos de gran tamaño que se alimentaban de mamíferos, básicamente de reses, ovejas y cabras, aparte de algún que otro ser humano que osara acercarse a la orilla del río.

Aquel día, la atmósfera del río Omo era casi tangible. El aire era húmedo y caluroso, el río discurría perezosamente y el denso bosque galería se extendía a todo lo largo de éste; había multitud de aves y las gigantescas higueras se hallaban pobladas de colonos blancos y negros. Nos encontrábamos a mucha distancia de Nairobi y los meses siguientes requerían una esmerada planificación y la presencia de un jefe responsable. A mí me preocupaba el tamaño y anchura del río, que con anterioridad sólo había visto cómodamente instalado en un avión. Si alguna vez me había imaginado en una situación romántica, luchando a brazo partido por sobrevivir en el África tropical, ésta era la oportunidad ideal de hacerla realidad.

Tras varios días de agotadores esfuerzos logramos acondicionar un sendero hasta la orilla del río y construirnos una rampa de salida al otro lado del mismo. El ferry estaba listo y amarrado junto a la rampa. Habíamos puesto a prueba el pequeño motor de nueve caballos que propulsaba al ferry en la presa de Nairobi, pero aquello era muy distinto de un caudaloso río, así que decidimos hacer un breve ensayo antes de cargarlo. Menos mal que lo hicimos, pues la corriente era bastante más impetuosa de lo que imaginamos y de no ser por un cabo de remolque nos habríamos quedado sin embarcación. En vista de ello, desistimos de

transportar los vehículos en el ferry hasta conseguir un motor de mayor potencia, y avisé a mi padre por radio que nos enviara uno en breve. Mientras esperábamos que llegara el nuevo motor, exploramos a pie la zona al otro lado del río.

Yo había llevado un pequeño esquife de madera y lo empleamos para transportar todo el material que pudimos al lugar que había elegido para montar nuestro campamento base. El emplazamiento se hallaba en la orilla misma del agua, a la sombra de unas magníficas higueras africanas y de cara al río, donde siempre había gran número de cocodrilos nadando o tomando el sol. Era un lugar bellísimo y perfecto para plantar nuestras tiendas.

Al principio, los cocodrilos me producían cierta aprensión, y cuando remontábamos el río procuraba mantener el bote pegado a la orilla, basándome en el principio de que nuestra seguridad dependía de poder saltar a tierra tan pronto como un cocodrilo mostrara excesiva curiosidad hacia nosotros. Aquellos viajes por el río fueron inolvidables. Desde nuestro bote contemplábamos la inmensa variedad de pájaros y animales que poblaban las frondosas riberas. Había colobos por doquier, los cuales no parecían sentir ningún temor; los cocodrilos e hipopótamos no hacían ningún caso de nuestra presencia. De vez en cuando veíamos gentes que pertenecían a la pequeña y aislada tribu de los mursi, que ocupaban esta región de Etiopía. Las mujeres jóvenes lucían unos discos de arcilla de unos ocho centímetros de diámetro insertos en el labio inferior. Esos discos eran utilizados a modo de adorno, pero las viejas estaban muy desfiguradas a causa de las heridas y cicatrices que les habían producido en los labios. Hallamos cierta evidencia arqueológica que indicaba que esos discos se venían utilizando desde hacía unos cinco mil años. De poderse demostrar que era cierto, constituiría uno de los pocos documentos sobre una parte de la cultura de un pueblo que ha pervivido desde la Edad de Piedra hasta el presente sin sufrir ningún cambio.

Los hombres de la tribu se dedicaban a cazar con sus viejos rifles Martini de fabricación italiana, o bien a pescar con arpón en las márgenes del río. Permanecían inmóviles durante mucho rato, sosteniendo en alto sus arpones, dispuestos a ensartar con ellos al primer pez que se acercara. Lograban capturar un número asombroso de piezas y, según documentos arqueológicos, llevaban practicando la pesca con arpón desde hacía muchos miles de años. A tenor de las pruebas de que disponíamos, no parecía que se dedicaran a la caza de los grandes animales salvajes, si bien la carne de cocodrilo e hipopótamo era muy apreciada por ellos. Una vez apareció al otro lado del río el cadáver hinchado y putrefacto de un hipopótamo que había resultado muerto en una lucha con otros hipopótamos. Los mursi nos pidieron utilizar nuestro bote para arrastrar los restos del hipopótamo hasta un lugar cercano a su aldea. Bob Campbell accedió a sus deseos y consiguió unas magníficas imágenes de la espectacular carnicería de un hipopótamo.

Solíamos navegar con frecuencia por el río en nuestro pequeño bote para explorar el terreno circundante. Al principio sólo disponíamos



Nuestro ferry, con el Land Rover a bordo, atravesando el río Omo.

de un pequeño motor que funcionaba a poca velocidad, pero que servía para nuestros propósitos. Al cabo de una semana, sin embargo, ocurrió un incidente que me hizo cambiar de opinión respecto a la seguridad de nuestro bote. Ya nos habíamos acostumbrado al centenar de cocodrilos que poblaban el río y había llegado a convencerme de que el ruido del motor era suficiente para protegernos. Por consiguiente, no tenía ningún reparo en navegar por el centro del río a fin de evitar las contracorrientes y remolinos del mismo.

Una mañana abandonamos el campamento a eso de las seis, poco antes de amanecer. Los colonos habían iniciado sus cánticos habituales y era un instante maravilloso. La luz cambiaba constantemente y el colorido de la vegetación estaba tamizado por unos retazos de neblina que se alzaban del río. Los primeros y suaves rayos de sol otorgaban al paisaje una tonalidad dorada. Como toda persona que conozca África sabe de sobra, aquellas primeras luces de la mañana son indescriptibles. Conforme remontábamos el río lentamente nos asombrábamos más y más ante la extraordinaria belleza del paisaje. Yo conducía el bote y me acompaña-

ban Margaret, Kamoya y Paul. Nuestra embarcación sólo tenía capacidad para cuatro personas como mucho. De pronto, la tranquilidad se vio turbada por la exclamación de uno de mis compañeros, y al mirar hacia atrás vi a un enorme cocodrilo que nos perseguía. No cabía la menor duda de que aquel monstruo tenía toda la intención de atacarnos y darse un suculento banquete. Debía haber como mínimo un centenar de cocodrilos a nuestro alrededor, y de repente todos parecían abrigar hacia nosotros las más siniestras intenciones.

Por desgracia, nos hallábamos en el centro mismo del río, donde éste se ensanchaba, y era evidente que no lograríamos ganar la orilla a tiempo de evitar el ataque. También era evidente que si el cocodrilo conseguía darnos alcance, haría pedazos nuestra frágil embarcación y tendríamos pocas posibilidades de salir con vida. ¿Qué hacer? No íbamos armados ni disponíamos de ningún medio para defendernos. Mi primera reacción fue la de intentar hacer girar el bote para que su elevada proa opusiera un blanco menos accesible a nuestro atacante. Desgraciadamente, efectué la maniobra demasiado tarde y de pronto percibimos un ruido de madera al quebrarse cuando el cocodrilo embistió el costado del bote. Giré bruscamente hacia el otro lado, confiando en ganar algo de tiempo, pero mis compañeros se habían colocado en el otro extremo del bote y por poco volcamos. Por fortuna conseguimos permanecer a flote, aunque el bote se había llenado de agua, y nos dirigimos hacia la orilla. El cocodrilo parecía haber desaparecido, pero, inesperadamente, reapareció detrás de nosotros, dirigiéndose hacia popa, donde me encontraba yo. El animal cerró sus fauces y se oyó un tremendo estruendo. Miré hacia atrás y vi al cocodrilo aferrado a los tablones de popa, que había quedado hecha añicos. Por suerte alcanzamos la orilla en aquel preciso momento y saltamos a tierra, calados hasta los huesos y temblando de miedo. El cocodrilo, furioso al verse privado del festín, se revolvía en el agua, pero al poco rato desapareció. ¿Se había marchado definitivamente o esperaba la ocasión de atacarnos de nuevo?

En seguida vimos que nos encontrábamos en una situación extremadamente precaria. Estábamos a más de diez kilómetros del campamento, en la otra orilla, y no había más remedio que embarcarnos de nuevo en el bote. Naturalmente, a ninguno nos entusiasmaba la idea, pero después de dar vueltas al asunto llegamos a la conclusión de que aquel cocodrilo constituía una excepción y que seguramente estaba loco. Convencidos de que a un cocodrilo normal y corriente no se le ocurriría atacar un bote, cogimos unas ramas para emplearlas como estacas, subimos al bote y pusimos rumbo a la margen opuesta del río. Pocos momentos después habíamos atravesado el río sin ver ninguna señal de nuestro atacante y decidimos proseguir río arriba, pero esta vez arrimados a la orilla a fin de poder escapar en caso de volver a ser atacados.

Navegamos a lo largo de unos tres kilómetros cuando, de pronto, apareció otro cocodrilo que se lanzó hacia nosotros desde unos cincuenta metros de distancia. Esta vez, sin embargo, pudimos saltar a tierra y abandonar el bote antes de que el reptil consiguiera alcanzarnos. En aquel momento decidí que lo más prudente era regresar a pie al campa-

mento, dado que el río parecía estar infestado de cocodrilos enloquecidos.

El espectáculo de un cocodrilo que se lanza al ataque resulta memorable incluso visto desde la orilla del río, pero contemplado desde un botecito en medio de la corriente es algo que jamás se olvida. Tan pronto como un cocodrilo distingue un blanco moviéndose por la superficie del agua, se lanza hacia su objetivo a una velocidad pasmosa. Lo único que asoma por el agua es su gigantesca cabeza, seguida de una ola de proa como la de un torpedo. Sus enormes fauces y dientes se distinguen con toda claridad. Los cocodrilos, lo mismo que otros reptiles, tienen los ojos situados a ambos lados de la cabeza, por lo que la sostienen en alto haciéndola girar de un lado a otro para no perder de vista a su objetivo.

La marcha de regreso al campamento resultó bastante accidentada. Primero nos topamos con una manada de babuinos al ascender por la escarpada ribera. Aunque esos animales suelen dejar tranquilas a las personas, éstos no demostraban tenernos miedo y por un instante creí que iban a atacarnos. Más adelante, tras librarnos de los babuinos, echamos a andar por una senda de animales salvajes y descubrimos huellas recientes de una manada de leones que se extendían en nuestra misma dirección. Como se comprenderá, redujimos la marcha hasta comprobar con alivio que las huellas se desviaban y el camino quedaba despejado. Cuando por fin llegamos al campamento, ya había anochecido.

A todo esto, ya habíamos recibido el nuevo motor de más potencia y pudimos transportar los vehículos a bordo del pontón construido por Allen hasta el otro lado del río. Así pues, al día siguiente de nuestra aventura lo utilizamos para ir a recoger el pequeño bote que había quedado abandonado. Remontamos el río lentamente y cumplimos nuestra misión sin más problemas. A raíz del ataque de los cocodrilos, envié urgentemente un recado a mi padre pidiendo que nos enviara una embarcación de aluminio de mayor tamaño. Con esta embarcación y el nuevo motor de cuarenta caballos para arrastrar el ferry, pudimos volver a navegar tranquilamente por el río. Según pudimos constatar, los cocodrilos de más de cinco metros de longitud no tenían ningún reparo en atacar una pequeña lancha, pero a bordo de nuestra nueva embarcación la situación era muy distinta y nos sentíamos seguros.

En la zona que explorábamos existen unos amplios depósitos de sedimento que, vistos desde un avión, parecían formados por limos y arcillas estratificados y era muy probable que contuvieran fósiles. Vistos de cerca, sin embargo, no tardamos en comprobar que la mayor parte pertenecían a una edad geológica muy reciente que sólo abarcaba los últimos 150.000 años aproximadamente. Habíamos tenido la esperanza de descubrir unos estratos mucho más antiguos donde efectuar importantes hallazgos paleontológicos. Dimos con algunos yacimientos de más antigüedad, que tal vez databan de 3,5 millones de años, pero el interés que ofrecían era escaso. No obstante, pudimos recuperar algunos fósiles y utensilios de piedra de un período posterior, pero de indudable interés.

Al comienzo de la expedición, Kamoya halló unos trozos de un

cráneo humano y tras otras excavaciones descubrimos partes de un esqueleto. Algunas semanas más tarde, Paul Abell halló otro cráneo fósil en el mismo estrato geológico, al otro lado del río. Ambos cráneos son considerados de extraordinaria importancia por cuanto representan una etapa de la evolución humana que todavía no se ha podido documentar debidamente.

Posteriores investigaciones geológicas y los resultados del cálculo de fechas han demostrado que ambos cráneos datan de unos 130.000 años, pero pese a su antigüedad los dos son claramente indentificables como *Homo sapiens*, nuestra misma especie. Por la época en que fueron hallados, los científicos se inclinaban a creer que nuestra especie había hecho su aparición hacía sólo 60.000 años, y muchos consideraban al célebre hombre de Neanderthal como nuestro inmediato precursor. Los fósiles hallados en el Omo, por tanto, aportaban una contundente evidencia que contradecía esas opiniones. No obstante haber confiado en hallar material de mucha mayor antigüedad, me sentí bastante satisfecho con lo que habíamos logrado descubrir. Mis padres vinieron en avión para contemplar nuestros trabajos y, a la vista de los resultados, opinaron que nuestra expedición había sido muy provechosa. Sin embargo, no había suficientes razones de peso que justificaran emprender, al año siguiente, una nueva campaña en la «zona keniata» del valle Omo. Entre tanto, el equipo francés, encabezado por el profesor Arambourg, informó que había recuperado numerosos e importantes fósiles, entre los cuales figuraba una mandíbula australopicetina, de mayor antigüedad que el material descubierto hasta entonces en el barranco de Olduvai. El grupo de Clark Howell también había conseguido hallar unos estratos de fósiles pertenecientes al plioceno que databan de entre 3,5 y 2 millones de años, aparte de extensos depósitos de un período más tardío.

Los tres equipos nos manteníamos en contacto por radio y de vez en cuando nos reuníamos para comentar nuestros progresos y asuntos de mutuo interés. Aunque se trataba de una expedición internacional emprendida conjuntamente, cada equipo tenía un sentido muy profundo de su identidad. Yo siempre tuve la impresión de que existía cierta corriente soterrada de rivalidad entre nosotros, pero quizá me equivocaba. Era consciente de que mi equipo no había conseguido tantos éxitos como los otros, y me decepcionó comprobar que mi carrera no progresaba al ritmo que yo hubiera deseado.

Periódicamente contratábamos los servicios de una avioneta para que nos llevara las provisiones. En uno de esos vuelos, aproveché la oportunidad de regresar a Nairobi durante algo así como una semana para ocuparme de los asuntos relacionados con mi compañía de safaris y con el Museo. Fue durante el vuelo de regreso desde Nairobi cuando vi por primera vez el yacimiento en el que llevo trabajando desde entonces. Yo me hallaba a bordo de la pequeña avioneta de seis plazas y al aproximarnos desde el sur del lago Rodolfo, actualmente llamado Turkana, estalló una impresionante tormenta sobre la orilla occidental del lago, directamente en nuestra ruta. El piloto decidió virar hacia el este y sobrevolamos la orilla oriental del lago, que yo veía por primera vez.

Afortunadamente, volábamos a poca altura y pude distinguir con claridad unas extensas zonas de sedimentos estratificados. Me quedé bastante sorprendido, pues los mapas de la región sólo mostraban rocas volcánicas en aquella zona. Me sentí muy impresionado por lo que había visto y decidí visitar la zona tan pronto como fuera posible.

A mi regreso al campamento del Omo, me puse inmediatamente en contacto con Clark Howell. El equipo americano había alquilado un helicóptero de dos plazas para trasladarse de un lugar a otro y así evitar tener que atravesar la casi impenetrable maleza espinosa. Pedí a Clark que me prestara el helicóptero durante todo un día a fin de realizar unas exploraciones. Clark accedió y fijamos una fecha. El día convenido, el helicóptero me recogió a las siete de la mañana y partimos hacia el sur, atravesando el río Omo, en dirección al territorio seco situado al nordeste del lago Turkana, al cual he consagrado desde entonces toda mi atención y esfuerzos. No tardamos en divisar unos yacimientos sedimentarios que prometían ser muy interesantes y aterrizamos para explorarlos. Salté del helicóptero e inmediatamente hallé varios fósiles y artefactos de piedra. Continuamos nuestra exploración, aterrizando en varios otros yacimientos, y hallamos fósiles por doquier. Yo estaba entusiasmado y decidido a regresar a esta región del lago Turkana el año próximo con una expedición dirigida por mí.

De regreso al campamento, informé de mi hallazgo a los miembros de mi equipo, quienes estaban impacientes por saber dónde había estado. De pronto me di cuenta, con gran consternación, de que, debido a la emoción y a las prisas, había olvidado localizar los yacimientos fósiles en un mapa y sólo tenía una vaga idea de haber visitado un lugar situado al nordeste del lago. ¿Estaba en Etiopía o en Kenia? No tenía la menor idea, pero sí sabía que gran parte de los depósitos se extendían a lo largo de territorio keniata.

A fines de agosto de 1967, tras finalizar nuestras exploraciones al norte del río Omo, nuestro grupo y los otros regresamos a Nairobi. Volvimos a cruzar el Omo sin mayores dificultades y el viaje de regreso transcurrió sin novedad. Llevábamos con nosotros los dos cráneos, además de dientes, cuernos y demás, para su estudio en el Centro de Prehistoria y Paleontología perteneciente al Museo Nacional. Todo el material pertenecía al pleistoceno, es decir, que databa del período en que se había producido la evolución de nuestros inmediatos antecesores. Al igual que había sucedido antes con los hallazgos del lago Natrón y de Baringo, yo no disponía todavía de las credenciales necesarias para redactar el informe científico y hube de recurrir a otros para que me ayudaran. Los equipos francés y americano empezaron a preparar un programa de investigación en el Omo y me puse a trazar los planes para la expedición que llevaría a cabo en Kenia en 1968. Así concluyó mi relación formal con la expedición al Omo y mis trabajos en Etiopía.

En enero de 1968 volví a los Estados Unidos y visité la oficina central de la National Geographic Society en Washington. Mi misión consistía en entregar un informe al comité de investigación y exploración sobre la expedición al Omo y, más concretamente, en ultimar los planes

referentes a futuros trabajos en aquella zona. Mi padre se encontraba también en Washington para ponerles al corriente de sus trabajos en Olduvai y otros yacimientos, y solicitar un crédito de 25.000 dólares para que yo pudiera regresar al Omo en 1968. Aunque le había explicado mis planes para el nuevo proyecto, la idea no le entusiasmaba y prefería que continuara trabajando en el Omo. Quizá se debía en parte a su compromiso personal con el emperador Haile Selassie, pero también creo que mi padre estaba convencido de que me sería muy beneficioso trabajar con Camille Arambourg y Clark Howell. Pero ése era precisamente uno de los motivos por los que estaba empeñado en llevar a cabo mi propio proyecto, pues no quería seguir trabajando «a las órdenes» de otras personas. A mis 23 años yo era un joven muy impaciente que no tenía tiempo para atender a consejos.

El comité de investigación y exploración de la National Geographic Society celebra sus reuniones en una magnífica sala de juntas, y allí fue donde presenté mi informe sobre la expedición al Omo, después que mi padre les pusiera al corriente de sus progresos en Olduvai y de sus planes para seguir trabajando en aquella zona. Una vez finalizado mi informe, les hablé de mi nuevo proyecto, exponiendo mis deseos de investigar la orilla oriental del lago Turkana, y pedí que los 25.000 dólares fueran destinados a este fin, en lugar de emplearlos para regresar al valle del Omo. Mi petición fue acogida con gran sorpresa y mi padre tomó la palabra para afirmar que él apoyaba el proyecto del Omo, donde al menos se sabía con certeza que existía una importante cantidad de fósiles. Creo recordar que también se refirió a que los jóvenes no teníamos paciencia para seguir con un proyecto que no rindiera espectaculares resultados de inmediato. Desde luego, no le faltaba razón. El comité nos pidió entonces que nos retiráramos y el presidente del mismo, el doctor Leonard Carmichael, nos invitó a almorzar aquel día con los miembros del consejo. Durante el almuerzo me comunicaron que mi petición había sido aprobada, aunque se me dio a entender que con ello me jugaba mi reputación. Yo había propuesto iniciar la explotación de una zona desconocida y había renunciado al proyecto del Omo. El resultado me llenó de alegría, pues al fin podría emprender un proyecto independientemente de mis padres. Para mi padre, sin embargo, la noticia significaba que el dinero destinado inicialmente a ampliar un proyecto iniciado por él y en el que participaba directamente, ahora serviría para subvencionar trabajos de investigación en una zona aún desconocida. Para mí representaba una aventura arriesgada y no tenía la menor idea de cómo se resolverían las cosas. Ahora sé que tomé la decisión más acertada, aunque por motivos equivocados.

A finales de mayo de 1968 ya tenía preparada con todo detalle mi expedición al nordeste del lago Turkana. Había sobrevolado de nuevo la zona, esta vez para planificar la ruta, y había invitado a algunos jóvenes científicos, entre los cuales figuraban Bernard Wood, John Harris y Paul Abell, a que tomaran parte en el proyecto. Mi esposa, Margaret, que desde un principio se había mostrado muy interesada en mi empeño de explorar el lago Turkana, también iba a participar en la expedición.

Yo estaba entusiasmado con la perspectiva de emprender una aventura de tres meses al espectacular y desolado territorio al norte de Kenia. Disponía de fondos propios, concedidos por la National Geographic Society, y era el jefe de la expedición. El éxito o el fracaso de la empresa recaería sobre mí, pero no me arredraba enfrentarme a esa responsabilidad. Estaba convencido de que íbamos a pasarlo muy bien y, a tenor de lo que había visto durante mi primer vuelo en helicóptero a la zona, de que teníamos muchas probabilidades de realizar un importante descubrimiento.

Las regiones norteñas de Kenia se caracterizan por un entorno semidesértico y unos paisajes muy espectaculares. Se trata de un terreno inhóspito, en particular para quienes se sienten intimidados por la inmensidad de África. Para mí, sin embargo, los desiertos del norte de Kenia constituyen una de las más bellas expresiones del encanto que ofrece el continente. Los colores siempre cambiantes del terreno árido, las retorcidas esculturas de los árboles que agonizan y los antiguos flujos de lava se combinan para crear una imagen que no puede describirse con palabras. Los feroces vientos generados por el conflicto entre el asfixiante calor que se desprende de las ennegrecidas rocas volcánicas y el aire fresco del lago, dan vida y animación al lugar. Estos vientos alcanzan velocidades casi huracanadas al atravesar el lago Turkana. Los simples e incisivos contornos de los múltiples conos volcánicos nos recuerdan la turbulenta historia reciente de esta zona, y uno se pregunta si, tal vez en el futuro, no volverán a producirse otras erupciones.

Por esta región atraviesan los gabbra, un pueblo nómada que conduce a sus camellos y cabras desde los abrevaderos a los escasos pastos. Son gentes orgullosas y violentas, los típicos habitantes del desierto. Si han logrado sobrevivir ha sido gracias a su extraordinaria disciplina y estoica adaptación a uno de los hábitats más duros de nuestro planeta. Nuestra sociedad tecnológica apenas ha realizado unas pocas incursiones en los desiertos africanos, a excepción de los lugares donde se han hallado minerales preciosos y petróleo. La escasez del agua y la casi total ausencia de precipitaciones a lo largo de los meses parecen buena garantía de que los desiertos serán los últimos lugares salvajes de este planeta que permanecerán intactos.

Disfruté mucho planificando la expedición a esta fascinante región. Estaba impaciente por ponerme en marcha, pero había un sinfín de detalles que ultimar, entre ellos el de garantizar la seguridad de la expedición frente a las salvajes bandas de asaltantes que merodeaban por la zona próxima a la frontera entre Kenia y Etiopía. Yo recabé información de la policía y me aseguraron que no conseguiría autorización para penetrar en aquella zona. Aquello supuso un golpe inesperado y me propuse hallar a toda costa el medio de resolver la situación.

Conseguí que el ministro de Estado de la Oficina del Presidente de Kenia efectuase una visita formal al Museo. Este ministro tenía mucha influencia en el gobierno y era muy amigo de mi padre, pues se conocían desde la infancia y ambos pertenecían a la tribu de los kikuyu. Según una costumbre de los kikuyu, yo gozaba de ciertos derechos de acceso, algo

así como el sistema cristiano de los padrinos. Mientras el ministro visitaba el laboratorio donde unos técnicos realizaban unos vaciados en yeso, yo aproveché para comentarle que en Etiopía y Tanzania se llevaban a cabo unos importantes trabajos arqueológicos, pero que en Kenia todavía ni se había descubierto ningún yacimiento de excepcional importancia. Aquello hirió su orgullo nacionalista y obtuve los resultados que buscaba. Le expliqué que la aprobación de mi proyecto daría gran prestigio a Kenia, puesto que posibilitaría un notable avance en el estudio de la evolución del hombre primigenio. Debí mostrarme muy convincente, ya que el ministro prometió ayudarme y a los pocos días se me comunicó que el gobierno pondría a mi disposición un destacamento de policías armados para escoltarnos durante un período de tres meses.

Yo desconocía por completo las condiciones reales del lago Turkana, y no sabía muy bien a dónde me dirigía. Sólo sabía que necesitaría tres meses para explorar a fondo la zona situada al este del lago, comenzando más o menos desde el centro de su orilla, en un lugar llamado Allia Bay. A raíz de una exploración aérea que había efectuado tras la visita en helicóptero en 1967, me había parecido el sitio ideal para iniciar nuestras operaciones. Me proponía utilizar un pequeño bote para recorrer el lago y Allia Bay ofrecía la ventaja de sus aguas relativamente resguardadas. Mi plan era remontar la orilla del lago y realizar algunos desplazamientos hacia el este. Sabía que los recorridos terrestres en los vehículos serían durísimos, sobre todo en la primera fase de las exploraciones, aparte del problema de la escasez de combustible. No obstante haber organizado tantos safaris, aquella expedición al lago Turkana iba a ser mi primera experiencia en territorio semidesértico.

El convoy que partió hacia Turkana en 1968 se componía de un camión de transmisión en las cuatro ruedas, dos Land Rover y un Ford Bronco. El bote iba arrastrado por un remolque. La ruta hacia el norte nos llevó a través del Rift Valley de Kenia hasta Nakuru, donde trepamos hasta el saliente del Rift y desde allí nos dirigimos a Maralal, una polvorienta aldea situada al borde de la región del norte. Al término de la segunda jornada nos reunimos con nuestra escolta policial en un pueblo llamado Barangoi y hacia el mediodía del tercer día llegamos a unos montes de lava yermos desde los cuales contemplamos por primera vez las relucientes aguas del lago Turkana, el cual, debido a su color, muchas veces es llamado Mar del Jade. Nos sentíamos próximos a nuestro destino, pero a partir de allí el viaje se hizo cada vez más lento a medida que avanzábamos con nuestros vehículos por el agreste paisaje. Por fin llegamos a la orilla sur del lago, a un lugar llamado Loyengalani, donde nos detuvimos para pernoctar. Aquel día habíamos cubierto menos de ciento setenta kilómetros.

Desde Loyengalani la ruta hacia el norte era casi impracticable y avanzamos con extremada lentitud. Yo sabía que durante la Segunda Guerra Mundial las tropas británicas habían atravesado por el norte hasta la frontera de lo que entonces era Abisinia, y me proponía utilizar esas mismas carreteras. Pero, por desgracia, tras más de veinte años de no ser utilizadas muchos de sus tramos estaban totalmente destruidos y

tuvimos que buscar otros caminos, confiando en volver a tomar la vieja ruta más adelante. Sin embargo, debido a las condiciones del árido desierto, los emplazamientos de los cañones y los muros de piedra de los vivaques se habían conservado en buen estado. Avanzamos con mucha dificultad y el cuarto y quinto día sólo conseguimos recorrer unos sesenta kilómetros tras diez horas de agotadores esfuerzos. Por fin, al sexto día, llegamos al anochecer a Allia Bay, donde nos detuvimos a orillas del lago, satisfechos de haber alcanzado nuestro destino. Cenamos apresuradamente y nos acostamos temprano, tras instalar nuestros catres bajo el estrellado firmamento. Durante la noche se levantó un fuerte viento y a primeras horas de la mañana siguiente soplaba a una velocidad de cincuenta o sesenta kilómetros por hora. Menos mal que la noche anterior nos habíamos sentido demasiado cansados para montar las tiendas, pues seguramente el viento las habría derribado mientras dormíamos.

Yo estaba impaciente por comenzar las exploraciones, pero antes tuvimos que emplear varios días en montar el campamento, botar la lancha, construir una pista de aterrizaje y localizar una fuente de agua potable. El lago es bastante alcalino, y aunque su agua es potable, produce un poderoso efecto laxante y el té que se prepara con ella resulta imbebible. Afortunadamente, Kamoya localizó una charca de lava en Karsa, no lejos de Allia Bay, cuyas aguas, aunque aparecían verdosas a causa de las algas, eran dulces y abundantes. Días más tarde descubrimos unas hileras de piedras cuidadosamente colocadas que indicaban que durante la guerra se había establecido allí un campamento militar. Asimismo, era un lugar muy frecuentado por los nómadas, quienes acudían para proveerse de agua.

No nos fue difícil construir una pista de aterrizaje en una parcela de terreno llano que elegimos para tal fin, la cual constituye todavía el aeródromo principal de la zona. Las tiendas fueron un problema muy distinto. Tuvimos que construir una especie de mamparas para defendernos del viento, atando unos manojos de hierbas de los pantanos a unos marcos de madera, para que nuestras ocho o nueve tiendas se sostuvieran en pie. Así y todo, cada noche se levantaban unas imponentes ráfagas de viento que nos llenaban las tiendas de polvo y arena.

El 10 de junio iniciamos, por fin, la exploración sistemática de la región. Tal como yo suponía a la vista de la evidencia hallada cuando aterricé en el helicóptero, había fósiles por doquier y conseguimos recuperar una fantástica colección de restos de animales. Mi optimismo, por tanto, estaba plenamente justificado. El terreno era muy escabroso y utilizábamos los vehículos lo menos posible, prefiriendo recorrerlo a pie. Algunos días recorríamos hasta treinta kilómetros, aunque por lo general las distancias eran mucho más cortas. La lancha nos fue de mucha utilidad, pues nos permitió acceder por primera vez a pie desde la costa a muchos de los yacimientos donde desde entonces hemos hallado muchos y valiosos ejemplares.

A medida que explorábamos esta increíble zona, cada vez era más patente que nos encontrábamos completamente solos. Los policías nos

explicaron que la zona estaba desierta debido al temor que inspiraban a los lugareños las bandas de asaltantes que bajaban desde el norte para robar ovejas y ganado vacuno.

En contraste con la escasez de seres humanos, abundaban los animales salvajes. El terreno herboso a orillas del lago y los bancos de arena de los ríos, cubiertos por una extensa vegetación, servían de alimento a una gran variedad de animales salvajes tales como cebras, topis, jirafas, órices, avestruces y gacelas de Grant, además de depredadores como leones, leopardos, guepardos, perros salvajes y hienas. Era muy divertido caminar y sentirse rodeado por tantos animales, ya que ello daba más emoción a la aventura. Todos los días ocurrían un sinfín de anécdotas, muchas de ellas insignificantes en sí mismas, pero que eran como las especias con que se adereza un buen plato, pues realzaban la sensación que teníamos de estar embarcados en una experiencia única.

Todos los días nos levantábamos antes del alba. Yo solía despertarme a las cinco y recorría las tiendas para despertar a los demás. A eso de las seis ya habíamos desayunado a base de té o café y un poco de pan y nos poníamos en marcha, a bordo de la lancha o en un Land Rover, para ir a explorar un nuevo yacimiento seleccionado el día anterior. Seguíamos esa rutina seis días a la semana, y al séptimo nos dedicábamos a descansar. Yo continúo empleando ese sistema, porque creo que es necesario romper la rutina habitual, no porque conceda ningún significado al descanso sabático. Es más, algunas veces el día de descanso no coincide con el fin de semana, pero lo importante es concederse un día entero de asueto.

Cuando el sol ya estaba en lo alto y había luz suficiente para ver con claridad, llegábamos al lugar desde el cual iniciábamos nuestras exploraciones. De este modo aprovechábamos el frescor de la mañana y al mediodía habíamos completado unas cinco o seis horas de trabajo. El intervalo entre las doce y las tres de la tarde era demasiado caluroso para ir en busca de fósiles, así que o bien regresábamos al campamento o nos tumbábamos a la sombra, cuando hallábamos un lugar sombreado, para descansar. Al atardecer, reanudábamos nuestras exploraciones.

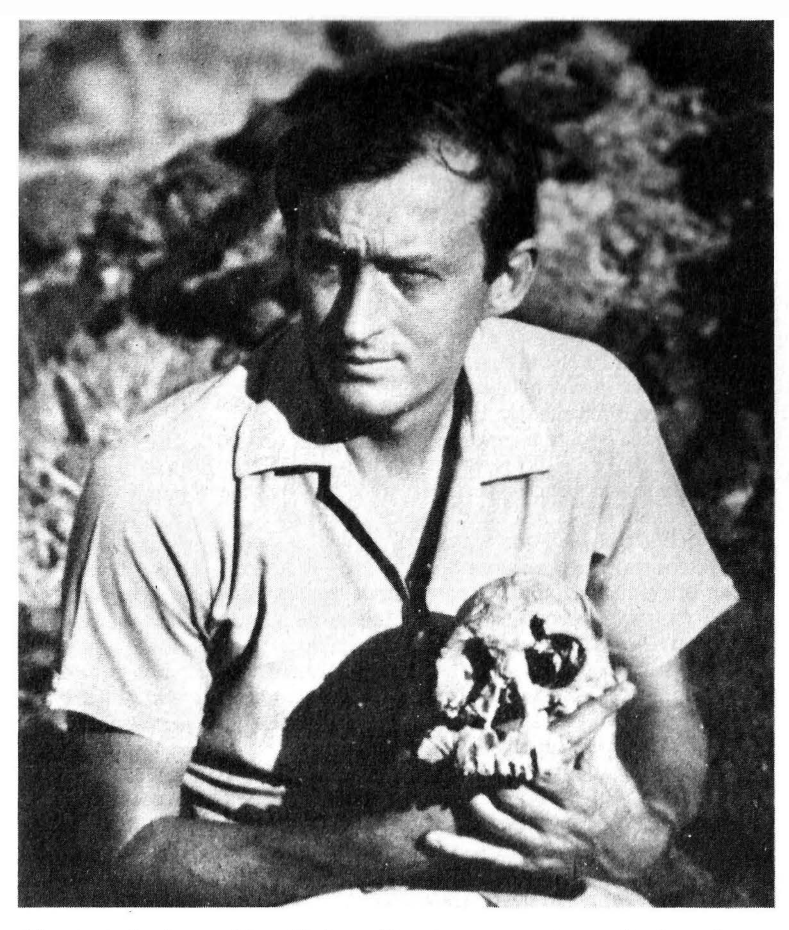
Uno de nuestros mayores problemas era precisamente la abundancia de fósiles. Había tal cantidad de ejemplares, muchos de ellos completos y perfectamente conservados, que comprendí que sería imposible recuperarlos todos en nuestra primera campaña. Por consiguiente, decidí recoger sólo unos cuantos especímenes de cada clase con los cuales convencer a nuestros patrocinadores de la necesidad de emprender otras campañas en el futuro. Por otra parte, deseaba mostrar algunos de los «trofeos» a Clark Howell, que seguía trabajando en los yacimientos del Omo. Nuestro primer objetivo era, naturalmente, hallar vestigios del hombre primigenio. Hasta fines de los años sesenta no se habían producido muchos descubrimientos en África oriental, por lo que se conocía muy poco acerca de nuestra evolución. Olduvai y el lago Natrón constituían los yacimientos más significativos, y en el primero se había explorado durante treinta años antes de hallar el primer *Australopithecus*. Yo había tenido mucha fortuna en el lago Natrón y estaba decidido a demostrar

que la suerte me seguía acompañando. Kamoya y otros keniatas eran los jefes de mi equipo de exploración y sabían perfectamente lo importante que era para nuestro futuro hallar un homínido. Por fortuna, descubrimos nuestro primer homínido fósil en el transcurso de las tres primeras semanas; se trataba de un ejemplar de escaso valor consistente en una voluminosa mandíbula inferior del *Australopithecus boisei*. Pese a no estar en buenas condiciones —le faltaban todos los dientes y presentaba un aspecto muy deteriorado—, al menos era prueba de que existían restos homínidos en aquella zona. Después de este hallazgo nos tomamos las cosas con más calma y nos dedicamos a investigar a fondo la extraordinaria región que habíamos descubierto.

Al cabo de unas tres semanas habíamos recorrido toda la zona, a la que accedíamos fácilmente desde nuestro campamento base, y me pareció oportuno trasladar el campamento a otro lugar. Yo tenía mucho interés en averiguar cuál era la extensión total de la zona y decidí seguir explorando hacia el norte hasta alcanzar el límite de los yacimientos o la frontera entre Kenia y Etiopía. No tenía autorización para trabajar al otro lado de la frontera, aunque estoy seguro de que habría podido obtenerlo. Trasladamos el campamento a un lugar llamado Nderati, a unos veinticinco kilómetros hacia el norte. Era un sitio perfecto para acampar, pues disponíamos de agua abundante y muchos lugares sombreados. Había varios pozos artificiales, no muy profundos, rodeados por un bosque de palmeras del desierto de una especie llamada *Doum*. Estos pozos solían ser utilizados, y todavía lo son, por los nómadas. También observamos pruebas de haber sido ocupado por militares durante la guerra. Sobre una de las colinas cercanas al oasis se alzan las ruinas de lo que parece ser una pequeña fortaleza, y en la zona circundante hay restos de viejas carreteras y puestos de vigilancia. Las palmeras proporcionan una brillante nota de verdor en un paisaje desnudo y de una tonalidad casi púrpura formado por montes volcánicos y llanuras pedregosas. La vegetación es escasa, y sólo cobra vida, en un estallido de actividad casi primaveral, después de alguno de los raros chubascos tormentosos que se producen en la zona. El contraste que ofrecía con nuestro campamento a orillas del lago no podía ser más espectacular.

Montamos nuestras tiendas entre los numerosos árboles. Dado que disponíamos de abundante agua, construimos unas duchas de lona para refrescarnos al final de las calurosas y polvorientas jornadas. Era un auténtico lujo poder darse una ducha fría y sentarse bajo las rutilantes estrellas para charlar en voz baja sobre los acontecimientos del día. Nunca he gozado tanto del rato antes de la cena como durante aquellas veladas en Nderati.

Nuestro campamento estaba bien protegido contra los bandidos. Nuestra escolta de policía se instaló en las pequeñas colinas circundantes y nos sometía a una vigilancia permanente. Por las noches patrullaban unos centinelas y nosotros, cuando abandonábamos las tiendas, teníamos que portar una linterna para poder ser identificados al instante. Durante el día nos acompañaban unos siete hombres armados durante nuestras exploraciones, los cuales vigilaban desde lo alto de las colinas.



Un retrato hecho en el lago Turkana. En mis manos sostengo el cráneo de un Australopithecus.

Aquello nos producía una sensación extraña y a veces conseguía ponernos muy nerviosos.

En cierta ocasión, cuando regresábamos al campamento bajo el asfixiante calor del mediodía, uno de nosotros divisó lo que parecía ser un grupo de individuos agazapados bajo un árbol, a unos doscientos metros del camino. La calina era tan densa que no acertábamos a ver con claridad, pero así y todo decidimos ir a investigar. Dejamos el vehículo en un lugar donde no pudiera ser visto y yo eché a andar acompañado por los policías, dispuesto a capturar a los «bandidos». Suponía que se

trataba de unos bandidos (término que utilizo más bien libremente), por cuanto nos hallábamos en una zona fronteriza desocupada y en la que no había aldeas, de manera que cualquiera que fuera visto merodeando por allí debía de tener alguna misión muy concreta. Las pocas personas que habíamos visto hasta entonces iban todas armadas. A los policías no les hacía ninguna gracia acompañarme y eran partidarios de regresar al campamento en busca de refuerzos. Al cabo de una media hora de acechar desde la colina al grupo de individuos que seguían debajo del árbol, decidí pasar al ataque, confiando en cogerles por sorpresa. Al grito de «¡adelante!», me lancé valientemente a la carga para descubrir que los supuestos bandidos no eran sino unas rocas de lava. Debajo del árbol había unas siete rocas de gran tamaño cuya silueta, vista a través de la espesa calina, nos había confundido. Nos sentimos como unos verdaderos imbéciles y dimos gracias de no haber regresado al campamento en busca de una metralleta y más tropas de refuerzo.

A fines de agosto terminamos de explorar una zona que se extendía desde Allia Bay, hacia el norte, hasta la frontera con Etiopía, y desde la orilla del lago a lo largo de unos treinta kilómetros tierra adentro. Era un inmenso yacimiento de fósiles que cubría unos ochocientos kilómetros cuadrados, y que en aquel entonces constituía el mayor yacimiento del pliopleistoceno que se había descubierto en África. La abundancia de fósiles era extraordinaria y comprendí que había dado con algo de mucha mayor envergadura e importancia de lo que habíamos podido sospechar. Al término de la campaña hallamos otros dos ejemplares homínidos, que junto con el anterior sumaban tres, lo cual rebasaba nuestras más optimistas esperanzas. Lo único que yo lamentaba era no haber podido volver a localizar el yacimiento que había visitado en helicóptero —el verdadero objetivo de nuestra expedición— y no haber hallado ningún utensilio de piedra.

Cuando regresamos a Nairobi y mostramos los fósiles recuperados, disfruté mucho observando las reacciones de la gente. Mis padres estaban encantados y mi padre llegó a felicitarme por mi decisión de regresar al lado este del lago Turkana. Añadió que siempre había deseado explorar aquella zona, pero que la escasez de fondos y material durante los primeros tiempos de su carrera se lo habían impedido. Nunca supe con certeza si aquello era cierto, puesto que jamás me había comentado nada al respecto antes de la expedición; en cualquier caso, decidí no creerle, pues prefería pensar que el yacimiento me pertenecía por completo. En aquellos días sentía la necesidad de demostrarme a mí mismo que era totalmente independiente de mis padres.

Mis colegas de la expedición al Omo regresaron a Nairobi en septiembre, tras concluir su segunda campaña, y también nos felicitaron por nuestro éxito. Clark Howell me instó a que me matriculara en una universidad y redactara un informe sobre los fósiles hallados como parte de una tesis doctoral. Además, se comprometió a ayudarme a ingresar en una universidad americana y a supervisar mis trabajos. También me ofreció la oportunidad de escribir un informe sobre los simios fósiles que él había hallado en el Omo, dado mi interés en los primates no humanos.

En aquel tiempo ya había decidido no ocuparme de los homínidos, en parte porque me parecían demasiado importantes para alguien como yo que carecía de las debidas credenciales, pero también porque mi padre era una autoridad mundial en el tema del hombre primigenio y no quería tener problemas con él. Acepté la oferta de Clark de escribir un informe sobre los monos fósiles, pero rechacé su sugerencia de matricularme en una universidad. No veía por qué no había de continuar trabajando en mi yacimiento con los conocimientos que ya poseía y decidí triunfar como científico sin tener que someterme a una preparación académica. Fue una decisión que jamás he lamentado. Más tarde Clark ofreció los primates fósiles a otro joven y éste, bajo la supervisión de Clark, redactó un informe sobre los mismos para su tesis doctoral. Poco a poco comencé a ocuparme de los homínidos fósiles que habíamos hallado y los simios recuperados en mi yacimiento del lago Turkana fueron estudiados separadamente de los del Omo.

Así fue como inicié un proyecto que, tal y como había supuesto, daría prestigio a Kenia por su valiosa aportación al estudio del hombre primitivo. Cada año, a partir de 1968, se realizan trabajos científicos en el yacimiento del lago Turkana, y en la actualidad cuenta con un establecimiento permanente dedicado a la investigación.

8. Nuevos conflictos

A principios de 1968, emprendí una campaña destinada a obtener un puesto oficial en la administración del Museo. Había regresado de América y me proponía ir al lago Turkana en junio de aquel año. No obstante, comprendía que necesitaba obtener un empleo que me reportara unos ingresos fijos, pues no podía dedicarme exclusivamente a recorrer la sabana en busca de fósiles. Durante 1966 y 1967 había colaborado con mi padre en el Centro de Prehistoria y Paleontología, en calidad de ayudante administrativo, y había comenzado a observar los fósiles desde un punto de vista científico. Por otra parte, me parecía necesario que se produjeran algunos cambios en el Museo y creía ser la persona idónea para encargarme de ello. Como era de esperar, tanto los miembros del consejo como el director del Museo consideraron una impertinencia el que un joven de veintitrés años, sin ninguna formación ni estudios universitarios, pretendiera hacerse cargo del Museo Nacional. Al final, Joel Ojal, que ocupaba el cargo de secretario permanente en el ministerio que controlaba la gestión del Museo, dio al presidente del consejo un ultimátum: o contrataban a Richard Leakey y formaban a ciudadanos keniatas para puestos de responsabilidad en el Museo, o cesarían los fondos donados por el gobierno. Como es natural, en vista de las circunstancias, mis probabilidades de acceder a un cargo mejoraron sensiblemente. Además, Joel era también presidente de la Asociación de Amigos del Museo de Kenia, y yo estaba más que satisfecho de que el gobierno de Kenia me apoyara como keniata para sustituir a un extranjero. Había conseguido una de mis máximas aspiraciones: ser considerado como un ciudadano leal a mi país pese a mis orígenes europeos.

Tras varios meses de lentas deliberaciones, el consejo del Museo me ofreció el cargo de funcionario administrativo. Me dijeron que no había trabajo suficiente para emplearme como administrador a tiempo completo, pero que ayudaría al director trabajando a tiempo parcial, además de seguir colaborando con mi padre en el Centro. Asimismo, se me dio a entender que habría de cumplir bastantes más años para que me ofrecieran un puesto de responsabilidad. Mi falta de formación académica y experiencia fue la razón esgrimida para no darme un cargo elevado. Yo estaba indignado, pues creía volver a ser objeto de una injusta discriminación a causa de mi edad, y resolví librar una última batalla. En 1968, entre

los miembros del consejo figuraban varios keniatas que habían sido nombrados por el ministro a instancias mías. Yo confiaba que el asunto sería tratado como una cuestión política y sostuve que el presidente británico del consejo coartaba deliberadamente todo intento de keniatizar la administración del Museo Nacional.

En mayo de 1968 asistí puntualmente a la reunión, en la que habían de ofrecerme el puesto de funcionario administrativo. Tras los prolegómenos de rigor, me pidieron que diera una respuesta. Yo dije tranquilamente que no aceptaba el cargo y solicité al consejo que lo elevara al rango de director administrativo con plena responsabilidad ante el consejo por la gestión administrativa del Museo. El director amenazó con dimitir si se cedía a mis exigencias y varios miembros advirtieron que mi nombramiento sería una catástrofe. Vi que varios miembros keniatas estaban dispuestos a defender mi causa y me sentí muy aliviado cuando el presidente me dio permiso para retirarme.

El consejo aceptó mi proposición. Me ofrecieron el cargo de director administrativo, respetando al mismo tiempo la decisión del director de abandonar su cargo el año siguiente, al término de su contrato con el Museo, en señal de protesta. Se me recomendó que aprovechara ese plazo para prepararme para mi nuevo puesto, advirtiéndoseme que no debía inmiscuirme en los aspectos científicos de la labor del Museo. De paso, me recordaron que yo no era un científico, que carecía de credenciales y que era un perfecto desconocido. El consejo tenía pensado nombrar a una persona con renombre y experiencia para hacerse cargo de las cuestiones científicas del Museo. Esta decisión, sin embargo, no representaba ninguna amenaza para mí, pues sabía bien que quienquiera que se ocupara de las finanzas asumiría automáticamente el control de todo lo demás, y que una vez que se hubiera marchado el director yo me encargaría de todo. Por otra parte, estaba convencido de que mi cargo en el Museo sería una plataforma desde la cual podría acceder en el futuro a un título académico.

Así pues, acepté el cargo que me ofrecían, el cual asumiría a primeros de octubre de 1968, a mi regreso de la zona oriental del lago Turkana. Nunca supe lo que se dijo en aquella memorable reunión del consejo, aparte de lo que consta en las actas, pero sé que los keniatas se unieron para darme todo el apoyo necesario. Mi padre era por entonces miembro del consejo y me enteré con satisfacción de que también había apoyado mi propuesta, aun a sabiendas de que mi cargo crearía problemas entre nosotros, particularmente en lo tocante al Centro independiente que él dirigía.

Los problemas se presentaron mucho antes de lo que había imaginado, cuando me vi envuelto en unas negociaciones entre el Centro de Prehistoria y Paleontología y el gobierno de Tanzania a causa de la devolución de cierto material arqueológico a este último país. Hasta esa fecha, todos los fósiles y utensilios de piedra recuperados en Olduvai y Peninj se conservaban en Nairobi, con el pretexto de que estaban sometidos a un detallado estudio. A mi modo de ver, aunque era cierto que algunos ejemplares de la colección eran objeto de examen, gran

parte del material sólo servía para ocupar inútilmente un espacio que nos era necesario. Mi padre era partidario de que todo el material procedente de Olduvai se conservara en el mismo sitio. Yo me oponía rotundamente a esto y opinaba que había suficientes razones políticas y de orden práctico que aconsejaban devolver el material que no era estudiado al Museo Nacional de Tanzania.

Por algún motivo que no recuerdo, mi padre no pudo asistir a una importante reunión celebrada en Tanzania para tratar esa cuestión, y pese a que mi opinión era contraria a la suya, me envió como representante oficial con plena autoridad para tomar las oportunas decisiones. Supongo que debió de pensar que yo representaría su postura honradamente y que negociaría un acuerdo razonable. Pero estaba equivocado, pues no tardé en acceder a la petición de Tanzania y me comprometí formalmente a devolver unas treinta cajas del material. Esta decisión provocó una áspera disputa con mi padre, y sé que de no haber sido hijo suyo me habría echado de mi empleo en el centro. Yo opinaba entonces, y sigo pensando ahora, que las colecciones arqueológicas y científicas son propiedad del país de origen y que, siempre que pueda garantizarse su conservación en las debidas condiciones, éstas deben permanecer en el lugar al que pertenecen. Ello es especialmente importante cuando se trata de naciones en vías de desarrollo, por cuanto contribuye a que estos países adquieran una identidad científica. De este modo, las instituciones son visitadas por gentes de todo el mundo y los científicos locales pueden trabar contactos muy provechosos y ejercer cierto control sobre las investigaciones que se llevan a cabo. Pero los científicos occidentales no suelen comprender la importancia de esta medida, y consideran esas ideas como un ataque contra el internacionalismo de la ciencia.

Un importante aspecto del trabajo arqueológico y paleontológico es la posibilidad de reproducir en moldes unas copias muy exactas de los ejemplares más valiosos, que se emplean para exhibir en los museos, como material didáctico y en trabajos de investigación. Estas copias se hacían en vaciados en yeso, pero actualmente se utilizan otros materiales tales como plásticos y fibra de vidrio. Durante 1968, estando mi padre ausente de Kenia, me aproveché de la presencia en el centro de un técnico de laboratorio inglés al que se le había encargado preparar unos fósiles y hacer unos vaciados en yeso de ciertos ejemplares. Yo estaba enterado de que mi padre se proponía enviar unos especímenes muy valiosos a Inglaterra para que fueran reproducidos, alegando que en Londres existía una firma que se dedicaba a hacer moldes en plástico. Según mi padre, estos moldes no se podían fabricar en Kenia, ya que se requería una técnica muy depurada, y por esta razón había encargado el trabajo a esta compañía inglesa. A mí me desagradaba que una compañía inglesa pudiera beneficiarse de unos fósiles keniatas, además de preocuparme la cuestión de su seguridad durante los traslados. Por otra parte, me indignó comprobar que la tal firma, F. D. Castings Ltd., era propiedad y estaba dirigida por la hermana de Jane Goodall, una protegida de mi padre, y que las iniciales significaban Foster Daughter (hija postiza o adoptiva). Durante cierta época, mi padre había alentado a tres

mujeres de distinta procedencia a que se dedicaran al estudio de las costumbres de los simios salvajes. La primera fue Jane y consiguió hacerse famosa por sus trabajos sobre los chimpancés. Más adelante, Diana Fossey realizó unos estudios sobre los gorilas y Birtué Galdikas-Brindamour marchó a Indonesia a estudiar a los orangutanes. La familia de Jane estimaba mucho a mi padre, a quien consideraba como a un miembro más, y éste solía alojarse en su casa cuando estaba en Londres. Mi padre también les tenía mucho afecto y ayudó a Judy Goodall, hermana de Jane, a montar un negocio de vaciados, que al principio eran fabricados en una habitación del domicilio londinense de los Goodall. Bien pensado, ahora creo que mi resentimiento no estaba del todo justificado, pero en aquel tiempo yo era un joven muy propenso a los celos. Opinaba que mi padre debía ayudarme en mi proyecto para fabricar los moldes en Kenia en vez de encargarlos en Inglaterra, pero lo cierto es que mi padre era un keniata cuyas lealtades se hallaban divididas entre Kenia e Inglaterra, mientras que yo era un convencido nacionalista.

El caso es que mientras mi padre estaba ausente, pregunté al técnico si podía hacer unos moldes de plástico en Nairobi, y él me dijo que sí. Entonces le pedí que hiciera unos cuantos y que enseñara a unos técnicos keniatas la manera de hacerlos. Cuando mi padre regresó a Nairobi, yo le enseñé los vaciados en plástico, que por cierto eran excelentes, para demostrarle que no era necesario encargarlos a la firma de F. D. Castings. Esto provocó otra discusión entre nosotros. Durante unos días mi sufrido padre apenas me dirigió la palabra y creo que se sentía muy herido, aunque eso a mí me tenía entonces sin cuidado. El caso es que, a partir de entonces, la venta y distribución de los vaciados realizados en el Museo le ha valido a éste una excelente reputación en todo el mundo, además de unos sustanciosos beneficios. Una vez más, yo había actuado acertadamente, pero por motivos equivocados, es decir, había actuado impulsado principalmente por el rencor, pero a la larga mi proyecto benefició al Museo de Kenia.

En octubre de 1968 comencé a trabajar como director administrativo en el Museo Nacional de Kenia. En seguida comprendí que tenía ante mí una excelente oportunidad de labrarme un nombre. En aquel tiempo el Museo era muy pequeño, disponía de escasos medios económicos y ofrecía la posibilidad de convertirlo en una institución nacional útil y eficaz. La oposición a mi nombramiento por parte de algunos altos cargos del Museo, así como la resistencia del consejo a concederme un puesto, me hizo ver con toda claridad que iba a enfrentarme a serios problemas. El primero se planteó cuando pedí que me asignaran un despacho y una secretaria y me contestaron que eso era un lujo que no podían permitirse. Me dijeron que me pusiera a trabajar donde pudiera y que las cartas me las pasaría a máquina la secretaria del director, que también se había opuesto rotundamente a mi nombramiento.

En vista de la situación, convencí a mi padre para que me dejara utilizar una habitación del Centro de Prehistoria y Paleontología, que estaba anexo al Museo. Asimismo, persuadí a una joven americana muy

atractiva para que me hiciera de secretaria sin percibir un sueldo, y aunque como mecanógrafa dejaba bastante que desear, al menos me proporcionó cierto *status*. Todo estaba arreglado y yo había de empezar a trabajar en octubre. Tres días antes de la fecha prevista, caí enfermo. El primer día nada me hizo sospechar que se trataba de algo grave, pues sólo me dolía la garganta y tenía un poco de fiebre. Pero el segundo día amanecí con la cara hinchada y síntomas evidentes de retención de líquidos. El médico me diagnosticó una insuficiencia renal, estimulada por la infección de garganta, y me recomendó una cura de reposo absoluto durante seis semanas, pues, según dijo, era la única forma de evitar que el trastorno se agravara y acabara por destruirse el tejido renal. La noticia me dejó helado, pero no creí realmente en las palabras del médico. Además, si no me presentaba a trabajar en la fecha prevista y me ausentaba durante seis semanas, me quedaría sin empleo en el Museo. Aquel trabajo era esencial para mí y para los planes que me había trazado, por lo que no podía arriesgarme a perderlo. En consecuencia, pasé sólo una mañana en cama y luego reanudé mis actividades habituales como si nada hubiese sucedido. Aparte de cierto dolor en la espalda, los síntomas de mi trastorno renal pronto desaparecieron y el primero de octubre me incorporé a mi trabajo, tal y como estaba previsto.

Decidí no contar a nadie mi problema, a excepción de Margaret, la cual se enojó conmigo por no hacer caso de los consejos del médico. Según ella, los del Museo no debieron ofrecerme, ni yo aceptar, el cargo de director administrativo, pues creo que pensaba que yo era demasiado joven para ocupar un puesto de tanta responsabilidad. Aunque no le faltaba razón, su actitud me molestó. En marzo de 1969, pasé por Londres de camino a los Estados Unidos con el propósito de obtener apoyo financiero para la expedición al lago Turkana, y fui a ver a un especialista de riñón. Este me dijo que mis riñones estaban muy dañados y que su progresivo deterioro era inevitable. Esta vez creí lo que me decía el médico y me asusté bastante. Le pregunté cuándo se produciría el fallo total y él me contestó que, aunque no podía precisarlo con certeza, probablemente sería en un plazo de seis meses a diez años. Me dio a entender sin rodeos que una vez que ocurriera el fallo total, habría de recurrir a un tratamiento de diálisis o a un trasplante de riñón.

Naturalmente, la noticia me dejó muy deprimido, pero comprendí que no podía hacer nada al respecto. Al cabo de un par de días, conseguí dejar de pensar en ello y decidí llevar una vida plena y normal durante tanto tiempo como me fuera posible. A fin de conseguirlo, sería preciso guardar en secreto mi enfermedad; no quería que los demás me consideraran como un inválido. Rechacé la recomendación de someterme periódicamente a unos controles médicos para estar al tanto de la evolución de mi enfermedad, y decidí no observar una dieta especial ni imponerme ninguna limitación en mis actividades habituales. Ahora me alegro de haber tomado esa decisión, pues de no haberlo hecho nada de cuanto relato a continuación habría sido posible y yo habría terminado por convertirme en un ser insoportable, como suele suceder cuando sentimos lástima de nosotros mismos.

Cuando comencé a trabajar en el Museo Nacional, y en vista de que no me permitían intervenir en los asuntos administrativos, se me ocurrió utilizar otros medios para hacer notar mi presencia. Contraté a dos operarios para que retiraran de las fachadas del Museo todo el polvo que se había acumulado durante los últimos veinte años. Los sueldos de estos trabajadores tuvieron que salir de las arcas de los Amigos del Museo, pues el director me dijo sin rodeos que yo no era nadie para disponer del dinero que él controlaba. Empleé a un jardinero para que me ayudara a reformar los jardines frente al Museo y mandé construir unos desniveles de considerable altura en el tramo de carretera frente al Museo para obligar a los conductores a reducir la velocidad de sus vehículos y evitar así que volviera a acumularse el polvo. La primera víctima de esos desniveles fue el propio director, cuyo pequeño automóvil se quedó atascado en uno de ellos. Me dijo que los desniveles eran demasiado elevados y hubo que rehacerlos. Puesto que yo no le era nada simpático al director, pensé que lo más prudente era acceder a sus deseos para no perjudicar mis relaciones con él.

Al cabo de un mes de ingresar en la plantilla del Museo, había logrado hacer excelentes contactos con varios funcionarios destacados del gobierno y comencé a formular algunos proyectos. En 1968 el Museo Nacional de Kenia no era más que un Museo de Historia Natural ubicado en Nairobi; el Centro de Prehistoria y Paleontología era autónomo. Los diversos yacimientos y monumentos arqueológicos que gozaban de protección oficial se hallaban bajo la administración de los Parques Nacionales de Kenia. El presupuesto del Museo no ascendía a más de 23.000 libras esterlinas, de las cuales el gobierno sólo aportaba 17.000 libras. Yo estaba firmemente decidido a ampliar el Museo y convertirlo en una institución nacional útil y eficaz.

El gobierno me pidió que trazara un proyecto de cinco años de plazo, el primero de esa naturaleza, destinado al Museo. Disponía de muy poco tiempo y había mucho que hacer antes de la fecha fijada, de modo que opté por no consultar al consejo y completar yo mismo el documento para presentarlo al gobierno. El consejo de administración siguió discutiendo el proyecto durante cierto tiempo, sin enterarse de que el gobierno ya lo había aprobado. No me molesté en comunicarles que sus deliberaciones eran inútiles y perdían el tiempo, pues sentía escaso respeto por mis jefes y sus métodos ultraconservadores y prudentes.

El proyecto había de abarcar desde julio de 1969 a julio de 1974, plazo que me ofrecía la oposibilidad de proponerme unos ambiciosos objetivos y demostrarme a mí mismo de lo que era capaz. Para alcanzar las metas fijadas, sin embargo, era necesario que contara con el apoyo del consejo, y pedí al ministro que nombrara a otros miembros, todos ellos keniatas, cuya presencia daría a los keniatas el voto de mayoría en un consejo hasta la fecha dominado por unos caballeros británicos de edad más bien avanzada.

Mi primer objetivo era ampliar el papel educativo del Museo dentro de Kenia. Además, pretendía que el Museo Nacional se responsabilizara de todas las cuestiones arqueológicas y paleontológicas. Estaba conven-

cido de que una organización más amplia y compleja obtendría más fácilmente apoyo del gobierno, y no veía por qué los contribuyentes de Kenia no habían de financiar directamente los trabajos de investigación sobre la prehistoria de su país. Personalmente, me parecía inadmisible que mi padre tuviera que recurrir exclusivamente a fuentes extranjeras para recaudar fondos destinados a su Centro de Prehistoria. No tardé en descubrir que ése era el método elegido por mi padre para asegurarse de que él y nadie más que él ejercía control sobre el Centro. Como es lógico, mis esfuerzos por conseguir que el presupuesto del Museo cubriera los gastos del centro provocaron nuevos conflictos entre nosotros, y volví a hallarme enfrentado nuevamente a mi padre por una cuestión de principios.

A los tres meses de comenzar a ejercer como director administrativo del Museo, logré persuadir a los Parques Nacionales para que trasladaran al Museo la responsabilidad y administración de los fondos destinados al mantenimiento y operación de los diversos yacimientos y monumentos arqueológicos. Esta transferencia de responsabilidades representaba un aumento inmediato del personal a mi cargo, así como un significativo incremento de los fondos que yo controlaba. El que ello se llevara a término rápidamente y sin mayores dificultades se debió en gran parte al apoyo del nuevo director de los Parques Nacionales, el keniata Perez Olindo, que era un buen amigo mío.

Los yacimientos transferidos eran Fort Jesus, una fortaleza portuguesa del siglo XV situada en Mombasa, y una zona llamada Gedi, donde las ruinas de un poblado del siglo XVIII se extienden sobre unos treinta y cinco acres de terreno cerca de la costa de Kenia. El gobierno accedió también a que todos los yacimientos y monumentos arqueológicos protegidos pasaran a ser responsabilidad del Museo Nacional, lo cual representaba una excelente oportunidad para una futura expansión. Todos los funcionarios públicos que intervinieron en el proyecto confiaban plenamente en el éxito del mismo, y cuando pienso en ello me asombra que quisieran correr ese riesgo. Es muy frecuente en los países jóvenes en vías de desarrollo el que sus ciudadanos se encuentren de pronto ocupando unos cargos de responsabilidad para los que todavía no están preparados. Personalmente, me sentía enormemente satisfecho de que me trataran como a un keniata y en absoluto preocupado por la gigantesca tarea que se me había encomendado.

Poco después de comenzar a trabajar en el Museo, uno de mis colaboradores, que era quien se ocupaba de los programas escolares, recibió la petición de varias escuelas secundarias que deseaban que programáramos unas conferencias en sus aulas sobre la conservación de la fauna salvaje. A resultas de un seminario celebrado en 1969, se decidió fundar una asociación nacional de clubs escolares juveniles. Se me pidió que ayudara a formar un comité nacional encargado de coordinar dicho proyecto, y establecimos un comité directivo para una organización denominada Wildlife Clubs of Kenya. A finales de 1969 se habían fundado en Kenia unos siete clubs y el Museo se encargaba de proporcionar a las escuelas el material básico, el cual se componía de películas y

publicaciones destinadas a fomentar el interés de los jóvenes por la conservación de la fauna salvaje.

Muy pronto comprendimos, sin embargo, que la enorme demanda de información y material para las escuelas iba a rebasar nuestras posibilidades, y se me ocurrió la idea de fundar una organización independiente del Museo cuyo único propósito sería el de contribuir a que los jóvenes se interesaran en la conservación de la fauna salvaje. Conocía a una joven americana que había trabajado para mí como secretaria a tiempo parcial, y yo sabía que deseaba quedarse en Kenia y emplearse en algo útil. Le pregunté si quería encargarse de coordinar los asuntos relacionados con los Wildlife Clubs of Kenya, aclarándole que no podíamos pagarle un sueldo, pero que entre todos conseguiríamos reunir algún dinero. La joven, llamada Sandy Price, aceptó mi proposición y a fines de 1969 pasó a ocupar el cargo de organizadora de la asociación.

Yo fui elegido presidente del primer consejo de la asociación, cargo que todavía ostento. Durante la última década, el movimiento de dicha asociación ha aumentado notablemente y en la actualidad existen más de ochocientos clubs repartidos por toda Kenia, cuyo número de socios probablemente asciende a más de cincuenta mil chicos y chicas. Sin duda, se trata de uno de los movimientos juveniles de más éxito de cuantos se han emprendido en el Tercer Mundo, y me satisface haber participado en esta magnífica organización desde sus comienzos.

Durante mi estancia en América, a primeros de 1969, visité Washington para informar a la National Geographic Society acerca del éxito obtenido en mi primera campaña en el lago Turkana. Durante aquella visita pronuncié mi primera conferencia pública importante, ante un auditorio compuesto por unas tres mil personas, sobre la expedición al lago Turkana y los hallazgos de 1968. Fue una experiencia interesantísima y desde entonces soy muy aficionado a dar conferencias; me gusta hallarme sobre una tarima y acaparar la atención de un público numeroso. Ilustré mi conferencia con el documental rodado por Bob Campbell durante la expedición de 1968, y fui presentado al auditorio por el doctor Leonard Carmichael, presidente del comité de investigación de la National Geographic Society.

Aproveché mi estancia en los Estados Unidos para solicitar más apoyo económico para mi expedición y para entrevistarme con varios colegas científicos a fin de tratar sobre futuros proyectos. Yo sabía que era fundamental organizar un equipo que ofreciera la suficiente credibilidad científica y buscaba personas de mi misma edad que quisieran colaborar conmigo. Tenía sumo interés en que todos los aspectos de la labor científica estuvieran en manos de gente competente. De modo especial, me interesaba situar los fósiles recuperados en un contexto geológico debidamente documentado, puesto que un fósil fuera de contexto carece de todo valor.

En 1969 no abundaban los geólogos dispuestos a unirse a mi proyecto en la orilla oriental del lago Turkana. De hecho, eran contadas las personas con la suficiente experiencia en el tipo de trabajo que yo andaba buscando y, por otra parte, me resistía a reclutar al primer

geólogo que se presentara. La mayor parte de los geólogos preferían ocuparse de trabajos con rocas sólidas antes que dedicarse al estudio minucioso de los sedimentos, que era imprescindible en este tipo de trabajo. Afortunadamente, durante mi estancia en Estados Unidos conocí a una joven geóloga americana que había trabajado en las zonas fosilíferas del Rift Valley de Kenia. Se llamaba Kay Behrensmeyer, y desde entonces venimos colaborando juntos todos los años. Los anteriores trabajos de Kay se habían desarrollado en Lothagam, un lugar situado en la orilla occidental del lago Turkana, para un proyecto del Museo de Zoología Comparativa de Harvard. A mediados de los años sesenta se habían hallado gran número de importantes fósiles en ese lugar, y Kay había realizado un detallado estudio geológico del yacimiento, demostrando sus excepcionales dotes y su disposición para trabajar en las difíciles condiciones que presenta el norte de Kenia. Por suerte para mí, Kay todavía no había alcanzado la fama y no dudó un instante en unirse a un nuevo y desconocido proyecto en la orilla oriental del lago.

En términos generales, mi visita a los Estados Unidos fue muy provechosa y nadie sacó a relucir mi falta de títulos académicos. Conseguí reunir los fondos necesarios para emprender una nueva campaña en el lago Turkana y podía costear los pasajes de avión de los científicos que quisieran colaborar conmigo. Por primera vez disfrutaba con mi trabajo de buscar «huesos» y comenzaba a ser conocido por mí mismo como científico. Había dejado de ser simplemente el hijo de los célebres Louis y Mary Leakey. A las dos semanas, regresé a Kenia y me entregué con entusiasmo a los preparativos de mi segunda expedición al lago Turkana.

Poco después de mi vuelta a Kenia, Margaret dio a luz una niña, a la que llamamos Anna. Quizá fuera por culpa de mi excesiva dedicación a mis asuntos, pero el caso es que nuestra relación matrimonial se había deteriorado y decidimos separarnos aquel año. Yo quería evitar que Anna se criara junto a unos padres que se peleaban continuamente, y pensé que lo mejor era divorciarnos cuanto antes. Como es natural, desde entonces he intentado analizar los motivos de nuestro fracaso matrimonial, pero prefiero no añadir nada más al respecto.

9. Camellos en Koobi Fora

Teníamos previsto emprender la segunda expedición al lago Turkana a principios de junio de 1969. Yo había convencido a mis jefes en el Museo para que me concedieran el tiempo requerido para dirigir este proyecto como parte de mis obligaciones oficiales, ya que los fósiles que halláramos pasarían a formar parte de la colección del Museo Nacional y el éxito científico de la empresa daría prestigio a esta institución. Cuando comencé a trabajar en el Museo, los que se oponían a mi nombramiento criticaban mi falta de experiencia en materia científica, y yo creía que si obtenía éxito en mi empresa paleontológica podría ganarme más fácilmente la confianza de mis colegas.

Mientras hacíamos los preparativos para nuestra expedición, cometí un grave error que por poco hizo que perdiera el apoyo financiero que necesitaba. La revista *Life* me había propuesto a fines de 1968 publicar un artículo sobre mí. Dado que esta publicación era por entonces rival de la *National Geographic Magazine* y que la National Geographic Society iba a financiar mi proyecto al lago Turkana, yo no podía conceder a la revista *Life* la historia de mi expedición al lago Turkana. Tras una larga correspondencia para explicarles la situación, convinimos en que el artículo no haría ninguna referencia a la expedición al Turkana, pero a última hora el redactor y el fotógrafo hubieron de aplazar su viaje y me enviaron un telegrama comunicándome que no podrían reunirse conmigo hasta finales de mayo. Yo estaba furioso, pues significaba que habría de posponer mi marcha al lago, pero al mismo tiempo, supongo que por vanidad, no quería renunciar a la publicidad que me reportaría el artículo. Como cabía imaginar, los de la revista *Life* me propusieron acompañarme al lago y hacerme la entrevista durante el viaje. Yo, ingenuamente, accedí a condición de que no publicaran nada que interfiriera con los planes de la National Geographic Society de escribir un artículo sobre mis trabajos allí. El resultado es que la revista *Life* publicó un extenso artículo, profusamente ilustrado, dando toda clase de detalles sobre mi expedición al Turkana. Aquello me demostró que incluso las personas más simpáticas tienen que cumplir con un trabajo y que, en última instancia, son leales a la gente que les paga. Afortunadamente, los de la National Geographic se mostraron muy comprensivos y perdonaron mi involuntario error. De haberme retirado su apoyo por no cumplir yo con el contrato estipulado, su actitud me habría parecido absolutamente razonable.

Mi objetivo principal en la expedición de 1969 era tratar de localizar utensilios de piedra y yacimientos arqueológicos, además de los estratos que había descubierto durante mi visita en helicóptero. No quería limitarme a buscar huesos, ya que no siempre aportan pruebas sobre la conducta del hombre primigenio. Era necesario, por tanto, ampliar nuestras investigaciones a fin de saber más sobre la vida de nuestros antecesores. Lo primero era conocer el entorno en el que habitaban, y si conseguíamos descubrir antiguos emplazamientos donde hubieran habitado y se conservaran utensilios y restos de alimentos, nos sería más fácil interpretar la conducta del hombre primitivo. Yo estaba seguro de que la zona donde íbamos a trabajar nos ofrecería las respuestas a las preguntas que nos planteábamos.

En la expedición de 1969 me acompañaba un número menor de personas que en la expedición anterior; me proponía encabezar un reducido grupo durante nuestros recorridos para explorar la zona, mientras Paul Abell y algunos ayudantes keniatas se dedicaban a recuperar los fósiles hallados el año anterior, y Kay Behrensmeyer realizaba los estudios geológicos de los yacimientos. Margaret se había quedado en Nairobi, pues opinaba que nuestra hija era demasiado pequeña para llevarla en esta expedición. Bob Campbell estaba trabajando en otro sitio, de modo que en su lugar llevamos a un fotógrafo de la National Geographic Society. Otro nuevo miembro de nuestro equipo era Meave Epps, una joven a la que yo pretendía convertir en paleontóloga.

Puesto que me interesaba centralizar nuestras operaciones en esta segunda campaña, decidí trasladar el campamento base a un lugar situado a unos dieciséis kilómetros al norte de Allia Bay, llamado Koobi Fora. Se trata de una espectacular península arenosa que se extiende a lo largo de unos dos kilómetros. La había visto por primera vez en 1968, cuando Kamoya y yo regresábamos hacia nuestra embarcación a pie tras una larga jornada de trabajo. Sin darnos cuenta, habíamos dado un largo rodeo y nos dirigíamos hacia una lengua de tierra que nos era desconocida. Aparte de las ventajas que ofrecía aquella magnífica playa, al instalar nuestro campamento en la península dispondríamos de agua por tres costados y de una constante y refrescante brisa procedente de los vientos que se alzaban del agua. Por otra parte, me parecía que, dada su situación, sería mucho más fácil defender el campamento contra un posible ataque de los bandidos.

Koobi Fora es probablemente el paraje más bello y espectacular de toda la orilla del lago Turkana, y siempre me he felicitado por haber decidido acampar allí en 1969. Para llegar a él iba a ser preciso acondicionar un camino para los vehículos, pero por suerte hallamos un camino bastante practicable y que todavía utilizamos como ruta principal para llegar hasta Koobi Fora. Empleamos pocos días en montar el campamento, que consistía en unas cuantas tiendas y una choza de hierba que utilizábamos como laboratorio. Asimismo, construimos una pista de aterrizaje en los bajíos de un pequeño lago seco, a unos diez kilómetros del campamento, y que me era muy útil debido a mis frecuentes visitas a Nairobi.

Esta vez también íbamos escoltados por unos guardias, pero sólo dos en vez de los treinta y ocho que nos acompañaban en la expedición anterior. No creía probable que nos atacaran los bandidos, pues suponía que estarían más interesados en robar ganado que a unos estrambóticos científicos. Durante nuestra expedición anterior no habíamos visto a uno solo, y era preferible que nuestro grupo fuera reducido. El único y gran inconveniente de Koobi Fora era que debíamos de ir hasta Nderati o algún otro lugar en busca de agua potable, habiendo de recorrer a veces más de veinticinco kilómetros de distancia por unos caminos muy escabrosos, de modo que cuantos menos fuéramos, mejor. En Koobi Fora me acostumbré a racionar el agua, y todavía me inquieta ver que se malgasta, aunque estemos en un sitio donde haya agua en abundancia.

Uno de mis primeros objetivos era mostrar a Kay lo antes posible la zona que habíamos explorado la vez anterior. Kay tenía básicamente dos misiones: la primera, reunir los suficientes datos geológicos para poder situar a los fósiles en su debido contexto y establecer sus relaciones entre sí; y la segunda, localizar unos horizontes de materia volcánica apta para datar. Puesto que era la primera vez que Kay visitaba esta zona, tenía mucho que hacer antes de poner manos a la obra. Calcular la fecha del yacimiento era fundamental, pues aunque teníamos una vaga idea de la edad de los fósiles por haberlos comparado con ejemplares recuperados en Olduvai y el Omo, siempre es preferible obtener unas fechas precisas. A tal fin, era necesario que Kay hallara unos depósitos de cenizas volcánicas, encajadas entre las capas de limo y arena que contenían los fósiles, para datar el material.

Estas cenizas volcánicas, llamadas toba, con frecuencia contienen trozos de piedra pómez llenos de unos minerales que se cristalizan al ser expulsados por los volcanes. Dichos cristales, ricos en potasio, se emplean en un método denominado potasio-argón destinado a calcular la fecha de material arqueológico. Yo me había puesto en contacto con el doctor John Miller, un geofísico de Cambridge, y habíamos quedado en que le enviaríamos a Inglaterra lo antes posible nuestras muestras. Miller, junto con su colega Frank Fitch, se había comprometido a calcular nuestras fechas, entendiéndose que se trataba de un acuerdo comercial y que cobrarían por sus servicios. En aquel tiempo Miller y Fitch dirigían un consultorio especializado en datar material arqueológico que respondía al nombre de F. M. Consultants Ltd., y, al menos en un principio, yo iba a ser simplemente un cliente. Desde luego, hubiera preferido que nuestra relación se basara exclusivamente en el interés científico, pero estaba muy satisfecho de que Miller, considerado por muchos como el primer experto en su especialidad en Inglaterra, colaborara en mi proyecto. Posteriormente, como relataré más adelante, el programa de datar el material del lago Turkana fue objeto de una encendida polémica y ello alteró mi relación con F. M. Consultants.

Nuestra obsesión por hallar material para datar llevó a un inesperado descubrimiento mientras Kay se hallaba recogiendo unas muestras de piedra pómez. Kay observó en un yacimiento unos fragmentos de lava

adheridos a la superficie de la toba, en proceso de erosión, sobre la que estaba trabajando. Durante las primeras semanas de la expedición tuve que regresar por breve tiempo a Nairobi a fin de asistir a una reunión del Museo. Kay, comprendiendo que su descubrimiento debía ser verificado, puesto que era muy posible que esos simples fragmentos constituyeran el primer documento de unos utensilios de piedra primitivos hallado en la vasta zona que explorábamos, decidió regresar a Koobi Fora y no tocar nada hasta mi regreso al campamento.

Cuando volví al lago al anochecer, acompañado por Meave, estaba agotado después de conducir durante veinticinco horas sin detenernos. No obstante, la noticia de Kay era tan emocionante que decidimos volver al yacimiento a primeras horas de la mañana siguiente. Confieso que me sentía un tanto escéptico y muy envidioso: ¿Cómo era posible que una geóloga recién llegada a la zona descubriera lo que llevaba buscando inútilmente desde hacía unos cuatro meses? Me consolé pensando que probablemente Kay se había equivocado, y que lo que había hallado serían unos artefactos de piedra recientes, los cuales abundaban en la zona y no ofrecían mayor interés.

A la mañana siguiente partimos temprano en coche hasta un punto desde el cual seguir a pie hasta el yacimiento. Tan pronto como llegamos a él, no me cupo la menor duda de que Kay había hallado efectivamente unos utensilios de piedra primitivos, y, lo que resultaba particularmente interesante, que éstos se hallaban en una toba cuya fecha podía ser determinada. Sentí una gran alegría y de pronto, mientras observaba el yacimiento de Kay, me di cuenta de que el año anterior, mientras exploraba la zona, había dado con un depósito de toba casi idéntico a éste. Mi subconsciente me decía que un año antes había visto algo muy parecido a esto. ¿Era posible que también contuviera unos utensilios primitivos y que yo no los hubiera detectado? Es muy fácil no reparar en algo que más tarde se hace evidente, y a mí me consta que cuando exploro una zona lo hago con una imagen ya grabada en mi subconsciente; es decir, que si lo que busco son huesos fósiles no es probable que halle utensilios de piedra, y a la inversa. El caso es que decidí dejar que mi subconsciente me guiara de nuevo a aquel sitio y me marché aduciendo que quería echar un vistazo por los alrededores.

Al cabo de una hora, y tras recorrer a pie un kilómetro y medio de aquella desolada región, llegué al lugar exacto que yo recordaba y comprobé con alegría que había unos fragmentos de piedra idénticos a los hallados por Kay. Sentí una emoción indescriptible y corrí al campamento para comunicar la noticia de mi hallazgo. Era necesario excavar uno de los dos yacimientos para comprobar si en efecto las piedras se desprendían de la toba y, por tanto, eran contemporáneas de ésta. Acordamos cavar una trinchera en el yacimiento de Kay. Tras una breve excavación que nos llevó unos pocos días, encontramos más fragmentos *in situ*, lo cual demostraba que eran contemporáneos de las cenizas volcánicas y, por tanto, de una gran antigüedad. Yo no quise tocar el segundo yacimiento y así dejar intacta la evidencia en su superficie para quienquiera que lo excavara en el futuro.

El descubrimiento de los utensilios de piedra hizo aún más apremiante determinar la fecha de las cenizas. Dichos utensilios procedían de un nivel donde habían sido hallados unos fósiles de animales cuya probable edad era como mínimo equivalente a los estratos más antiguos de Olduvai, cuya base databa de 1,9 millones de años. Todos confiábamos en que el cálculo de la fecha demostrara que el hallazgo de Kay representaba la evidencia de tecnología más antigua que se había descubierto. A las pocas semanas recibimos respuesta de Fitch y Miller. Según una interpretación provisional de las muestras enviadas, la fecha calculada era de 2,4 millones de años, pero querían que les enviáramos unas muestras más para poder confirmarla. Como cabe imaginar, sentimos una alegría inmensa, pues esa fecha indicaba que las cenizas y artefactos hallados por Kay databan de casi medio millón de años más que todo lo que se había descubierto hasta entonces.

A los pocos días comenzamos a referirnos al yacimiento como el Kay Behrensmeyer Site, de ahí que en la actualidad se conozca como el KBS, el cual posteriormente sería objeto de una violenta polémica. En 1969, sin embargo, estábamos impacientes por recibir noticias que confirmaran la fecha inicial. Las nuevas muestras que enviamos no sólo sirvieron para confirmarla, sino que tras unos estudios más detallados, se llegó a la conclusión de que la fecha más probable era de 2,6 millones de años.

Más tarde resultó que la fecha estaba equivocada y el KBS se convirtió en el tema central de un asunto que duró más de una década. Se volvió a determinar la edad del yacimiento en 1,89 millones de años y en un capítulo posterior relataré algunas de las batallas que suscitó dicho asunto. En 1969, sin embargo, no teníamos motivos para dudar de Fitch y Miller, quienes habían calculado la fecha de numerosos yacimientos de África oriental y gozaban de una excelente reputación dentro de su especialidad.

Tras el hallazgo de los utensilios de piedra, yo tenía gran interés en hallar los restos fósiles del homínido que los había fabricado. Era una cuestión fundamental, puesto que durante mucho tiempo se había creído que la fabricación de los primeros utensilios señalaba la evolución de nuestros antecesores de su forma animal a la de ser humano. Lo que en realidad pretendíamos averiguar, sin embargo, era qué especie de homínido había atravesado este umbral. ¿Se trataba de un australopitecino, de un *Homo habilis* o de una nueva especie de *Homo*? A fin de obtener respuesta a estas y otras preguntas similares era preciso explorar a fondo la zona, y decidí emplear para ello unos camellos. Tras las oportunas gestiones, conseguí unos camellos, los cuales, según suponía, nos llevarían a ciertos lugares de difícil acceso en un Land Rover y al mismo tiempo transportarían suficientes provisiones de agua y alimentos para durarnos una semana o más. Era una suposición absolutamente romántica y reconozco que me complacía verme como un intrépido explorador a lomos de un camello por el inmenso desierto africano. Nuestro grupo de camellos estaba formado por cuatro pertenecientes a la policía y que estaban retirados, los cuales nos habían sido prestados, y otros seis que

alquilamos en una aldea llamada Maikona, situada a unos doscientos cincuenta kilómetros del lago. En vista de la dificultad que había para comprar camellos, decidí alquilarlos por una cantidad diaria que hoy equivaldría a seis dólares. El camello es un animal muy complicado de manejar y como yo no tenía ni la menor idea, contraté también a unos camelleros. De camino a un lugar próximo a Allia Bay, donde habíamos quedado en encontrarnos con el grupo, éste fue atacado por unos bandidos mientras los camellos se hallaban abrevando, y tuvieron que correr a refugiarse. Se produjo un tiroteo que duró varias horas, a consecuencia del cual murió uno de los bandidos, pero por fortuna ninguno de los camelleros resultó herido. Más adelante, una manada de leones intentó devorar a nuestros camellos, pero éstos consiguieron escapar y al cabo de seis días llegaron sanos y salvos. Por las noches los encerrábamos en una pequeña zona cercada de espino que hacía las veces de establo. Pero nuestra cerca ofrecía escasa protección y cada vez que se acercaban unos leones teníamos que salir corriendo para defender a los camellos.

Lo primero que tuvimos que hacer fue aprender a montar en camello. Los cuatro jinetes del grupo éramos Kamoya, Peter Nzube, Meave y yo. Tres camelleros se ocupaban de conducir a los seis animales que portaban el agua y provisiones. Ninguno de nosotros había montado jamás en camello, y Kamoya y Nzube ni siquiera habían montado en nada que no tuviera ruedas. Los camellos tienen una estatura bastante más elevada que los caballos y a causa de su joroba es preciso utilizar una silla de diseño especial. La brida no lleva bocado, sino que las riendas van sujetas a un ronzal que sirve para tirar de la cabeza del animal. Afortunadamente, los camellos tienen el cuello muy largo y flexible y es relativamente fácil hacerles girar la cabeza en un sentido o en otro. Pero para obligarles a detenerse o avanzar, además de los cambios de velocidades, es preferible ordenárselo verbalmente, cosa que nadie nos había advertido ni teníamos la más remota idea de qué tipo de sonidos entendían aquellos animales.

El primer problema fue ensillarlos, lo cual tardamos bastante en aprender, dada la considerable altura de los camellos. Probamos toda clase de métodos, y todos fracasaron. Los animales se ponían cada vez más nerviosos y nosotros también, hasta que por fin se acercó un camellero y dijo algo a uno de los animales, el cual, ante nuestra enorme sorpresa, se sentó. A partir de ahí la cuestión parecía más fácil y comprendimos que había que ordenarles que se sentaran, lo cual suelen obedecer, a fin de ensillarles. Los camellos son unos animales muy ruidosos y los nuestros, mientras los cargábamos, armaban un alboroto tremendo y meneaban la cabeza escupiendo una saliva verde y apestosa y restos de comida a medio digerir.

Una vez ensillados, lógicamente estábamos impacientes por montarlos. En efecto, subirse era fácil, pero los camellos tienen un sistema muy particular de ponerse en pie: primero levantan los cuartos traseros y a continuación los delanteros, maniobra que invariablemente conseguía derribarnos de la silla. Había momentos francamente cómicos, hasta que

al cabo de una hora descubrimos un sistema que nos dio buen resultado. A pesar de que viajar a lomos de un camello por la maleza espinosa es uno de los medios más incómodos de trasladarse de un lugar a otro, guardo unos recuerdos entrañables de aquellos días. Por lo general llevábamos escaso equipaje y toda el agua y provisiones que podían soportar los camellos, lo cual representaba un peso de unos noventa kilos. Dividíamos las cargas en dos fardos que iban sujetos a cada lado de la joroba del animal. Nuestros camellos estaban siempre malhumorados, y su malhumor aumentaba a medida que transcurría el tiempo y no les dábamos de beber. Nosotros solíamos darles de beber una vez por semana como mínimo, aunque me habían dicho que los camellos pueden pasar hasta dos semanas sin beber. Si uno acepta la incomodidad y el peculiar temperamento de los camellos, lo cierto es que ofrecen un estupendo medio de locomoción a través de territorio salvaje, puesto que se avanza con mucha lentitud y se tiene tiempo de contemplar y deleitarse con el paisaje.

Nuestra rutina habitual con los camellos consistía en comenzar la jornada cuando el amanecer iluminaba el oriente. Uno de nosotros encendía entonces fuego mientras el resto nos ocupábamos de preparar las cargas. Tomábamos el té sentados alrededor de la fogata y antes de que se levantara el sol cargábamos los fardos en los camellos. Solíamos trabajar por parejas, y cada uno de nosotros se ocupaba de determinados camellos y fardos. El primer paso consistía en asir el labio superior del animal mientras el otro sujetaba una cuerda a su mandíbula inferior. Aunque esto pueda parecer sencillo, la verdad es que requiere cierto valor, ya que los camellos tienen los dientes muy afilados y acostumbran morder cuando se les pone la brida. Ahora bien, una vez que habíamos sujetado la mandíbula inferior del camello, el animal reconocía nuestra autoridad y era más sencillo dominarlo.

Los fardos que portaban iban sujetos a un armazón compuesto por cuatro palos, dos a cada costado del animal. Los palos estaban unidos entre sí por medio de unas cuerdas que rodeaban el pecho y el vientre del camello, y los extremos superiores estaban forrados de cuero y tela de saco y firmemente atados. La carga consistía en diversas cajas de madera y cartón, ollas, cacerolas y mantas, sujetas entre sí por unas cuerdas. Era muy divertido ver la cantidad de objetos de distintas formas y tamaños que lográbamos sujetar juntos. Una vez listos los camellos y los fardos, dábamos orden a los animales para que se pusieran en pie y éstos se levantaban bamboleándose de un lado al otro.

A veces resultaba muy cómico ver que, al levantarse un animal, se soltaba uno de los fardos y el ruido de platos de metal y cacerolas rodando por el suelo asustaba a los camellos, los cuales echaban a correr despavoridos dejando los bultos desperdigados por el suelo. Entonces, la persona responsable de cargar al camello que había provocado la desbandada era objeto de todo tipo de insultos y la próxima vez procuraba dejar los bultos bien atados. En ocasiones, una vez emprendida la marcha, volvíamos a tener problemas con una cuerda que se había aflojado y teníamos que detenernos para atarla de nuevo. Al margen de

estos retrasos inevitables, calculo que avanzábamos a un promedio de cinco kilómetros por hora.

Puesto que los camellos tenían que alimentarse lo suficiente para resistir durante varias horas, solíamos detenernos hacia las once y aguardábamos unas cuatro horas para darles tiempo a descansar antes de reemprender la marcha. Debido a la abundancia de leones en aquella zona, procuraba detenerme al final de la jornada con tiempo suficiente para descargar los fardos y manear a los camellos antes de que anocheciera. Solíamos buscar una zona extensa y despejada para pasar la noche, donde los animales salvajes no pudieran acercarse sin que detectáramos su presencia. Los camellos dormían formando un estrecho círculo, mirando hacia el exterior del mismo. Nosotros dormíamos en un círculo más amplio alrededor de los camellos, formando una barrera humana contra los leones que merodeaban por allí y colocados estratégicamante para sujetar a los camellos si intentaban escapar. A pesar de manearlos para impedir que huyeran, los camellos demuestran una gran agilidad cuando están asustados.

Durante el día comíamos muy poco y a veces nada en absoluto; al amanecer bebíamos té y a veces, hacia el mediodía, cocinábamos unas patatas y un poco de carne desecada. Lo que más nos preocupaba era la sed, y acostumbrábamos ingerir unos cinco litros por persona a lo largo del día. Generalmente la cena la preparaba yo: un cocido a base de carne y verduras o curry con arroz. Al final de la larga jornada estábamos hambrientos y dábamos buena cuenta de la comida. Después de cenar, tomábamos café sentados alrededor del fuego y charlábamos sobre los sucesos del día y los problemas que aquejaban al mundo. Me resultaba muy difícil describir la sensación de dicha que experimentaba durante esas veladas bajo el rutilante firmamento africano, escuchando el rumor del viento y los aullidos de los chacales, las hienas y a veces de los leones. Tumbarse a dormir al raso, sobre el cálido suelo, tal vez sea lo más aproximado a las condiciones en que vivían las gentes de nuestro pasado prehistórico.

Una de nuestras preocupaciones por las noches era la posibilidad de que nos mordiera una serpiente o un escorpión, y aunque vimos muchos, ninguno de nosotros sufrió el menor percance ni su presencia nos quitaba el sueño. A veces, durante la noche, los camellos se ponían muy nerviosos y daban resoplidos, y cuando me acercaba a investigar los encontraba a todos mirando en la misma dirección. Eso quería decir que algún león rondaba cerca y había que reavivar el fuego y permanecer alerta hasta que los camellos se tranquilizaban. Por suerte, nunca fueron atacados por leones, pues nosotros no habríamos podido defenderles. También hubo varias ocasiones en que los camellos se asustaban por algo y al despertarnos les veíamos alejarse brincando sobre las patas que les quedaban libres.

Nuestro primer viaje en camello duró aproximadamente una semana y no tardamos en descubrir lo difícil que es controlar a estos animales. Lo mismo que cuando se monta a caballo, la persona que va delante es quien ocupa la posición más comprometida, puesto que los otros tienden

a seguirle y yo me las veía y deseaba para hacer comprender a mi camello que quien mandaba era yo. El esfuerzo físico que requiere obligar a estos animales a obedecer es agotador y su movimiento oscilante nos dejaba hechos polvo al cabo del día. Aparte de todo esto, nuestros camellos aprovechaban cada vez que pasábamos debajo de un arbusto espinoso con las ramas colgando para echarnos de la silla. A veces decidían pararse en seco y no había forma de obligarles a reanudar la marcha. En resumen, al final del día estábamos más que hartos de los dichosos camellos. La experiencia no tenía nada de romántica y ahora, cuando pienso en ello, me asombra que hiciéramos varios viajes en camello. Al final tomamos la decisión de utilizarlos sólo para transportar la carga mientras nosotros íbamos a pie. A decir verdad, un viaje andando acompañado por unos camellos puede ser muy divertido.

Antes de aprender esta lección, sin embargo, nos embarcamos en nuestro segundo viaje en camello, y fue durante esta expedición cuando Meave y yo hicimos nuestro primer descubrimiento. Habíamos partido de Koobi Fora en dirección al norte, hacia una zona de sedimentos junto a la frontera entre Kenia y Etiopía, y llevábamos recorridos unos veinticinco kilómetros. Al tercer día de viaje comencé a sentir los dolores de espalda acostumbrados y busqué un pretexto para detener el convoy. Poco después de las doce, mucho antes de la hora en que solíamos hacer una parada para descansar, divisé unos pequeños depósitos de sedimento y decidí ir a pie a investigarlos. Detuve el convoy y tras entregar los camellos a los camelleros, aseguramos a éstos que estaríamos de vuelta en el campamento antes del anochecer para ayudarles a manear a los animales.

Cuando comprobamos que en la zona había abundantes fósiles, decidimos quedarnos una mañana más para seguir explorándola. Al día siguiente, el 27 de julio de 1969, los cuatro compañeros que explorábamos la zona por parejas —Kamoya y Nzube por un lado y Meave y yo por el otro— quedamos en reunirnos a la una en el campamento. Pero hacía un calor asfixiante y hacia las diez de la mañana yo ya estaba harto y agotado. Puesto que no parecía haber suficiente motivo para continuar explorando, me puse a pensar en un pretexto para volver cuanto antes al campamento y tomarme una bebida fría a la sombra. Como no quería dar mal ejemplo a los demás ni que Meave pensara que me fallaban las fuerzas, simulé estar indispuesto. Al decirle a Meave que me dolía el vientre y la espalda, ésta propuso que regresáramos inmediatamente al campamento. Así pues, echamos a caminar en dirección al campamento, ansiosos de llegar y tomarnos una bebida fría a la sombra.

Yo iba delante y tomé el camino más rápido, por el cauce seco de un pequeño río. Avanzaba a una velocidad tal que contradecía mi supuesta indisposición, pero Meave pareció no fijarse en ello, hasta que, de pronto, dimos con algo que hizo que nos detuviéramos en seco. Yo iba varios pasos por delante de Meave y, ante mi gran asombro, divisé el rostro de un *Australopithecus* observándome desde la arena, a unos cuatro metros de distancia. Inmediatamente comprendí que se trataba de un cráneo fósil y que estaba completo.

No es difícil imaginar lo que sentimos en aquel instante. El fósil guardaba un extraordinario parecido con el «Zinj», el cráneo del *Australopithecus boisei* que mi madre había hallado en julio de 1959, casi exactamente diez años atrás. En aquellos días era el único cráneo de su especie descubierto en África oriental, y puesto que presentaba un aspecto muy fragmentado, tardamos varias semanas en reconstruirlo y verle el «rostro». Meave y yo habíamos tenido la inmensa suerte de hallar un cráneo completo en el lecho de un río de arena, y por un momento creí que los fuertes rayos del sol me hacían ver visiones. Nos acercamos con mucha cautela, temiendo que el fósil fuera a desaparecer ante nuestros ojos. Pero no desapareció, y nos detuvimos junto a él para contemplarlo, maravillados de que estuviera tan completo y que fuéramos nosotros quienes lo habíamos encontrado. Fue la única vez que me he quedado sin aliento frente a un hallazgo.

Meave y yo nos sentamos debajo de un pequeño arbusto espinoso, tratando de no perder la calma y sin dejar de mirar el cráneo. El hallazgo era tan apasionante que quise que Kamoya y Nzube sintieran la misma emoción que habíamos sentido nosotros al verlo en el lecho del río. El campamento distaba dos kilómetros y tardaríamos al menos una hora en reunirnos con ellos. ¿Era prudente dejar el cráneo solo durante ese rato, o era preferible que uno de nosotros se quedara para vigilarlo? Yo no quería dejar sola a Meave y ella no tenía ganas de volver sola al campamento. En consecuencia, decidimos regresar juntos, no sin antes colocar unos montones de piedras alrededor del fósil para estar seguros de poder hallarlo de nuevo.

Kamoya y Nzube habían regresado al campamento hacia las doce y media, sin haber descubierto nada interesante. El día era extremadamente caluroso y apacible. Por lo general, a esa hora era preciso refugiarse a la sombra, pero ese día volvimos al yacimiento en cuanto nuestros compañeros se hubieron tomado un refresco. Me sentí muy aliviado y un tanto sorprendido al encontrar de nuevo el cráneo, el cual mostré muy satisfecho a Kamoya y Nzube, y éstos, llevados de la emoción, me levantaron en volandas y se pusieron a bailar de alegría. Ninguno de nosotros parecía acusar el asfixiante calor, y permanecimos un buen rato sentados junto al cráneo comentando la increíble suerte que habíamos tenido. Al fin se impuso el buen sentido y regresamos al campamento para descansar. Al atardecer, cuando había refrescado, regresamos para recoger el cráneo.

No nos fue difícil exhumarlo, puesto que, como he dicho, estaba completo. El cráneo había aparecido de entre el sedimento durante las últimas lluvias y la impresión natural del fósil era claramente visible en la orilla. Fue una suerte hallarlo, pues seguramente las próximas lluvias lo habrían destrozado por completo. Lo único que le faltaba era los dientes, que debieron desprenderse antes de que se fosilizara el hueso. Los cráneos suelen romperse antes de su fosilización, por lo que es muy raro recuperar un ejemplar que presente un aspecto tan completo.

Por la noche, de vuelta al campamento, discutimos cuál debía ser nuestro siguiente paso y acordamos regresar de inmediato a Koobi Fora.

Yo estaba impaciente por poner el fósil a buen recaudo y no creía prudente proseguir viaje hacia el norte portando los camellos un ejemplar tan valioso. Además, deseaba reunirme cuanto antes con Kay para que pudiera estudiar el yacimiento y calcular la posición del cráneo en su contexto geológico. Por otra parte, como es natural, todos deseábamos compartir con nuestros compañeros la buena noticia. Partimos al amanecer del día siguiente, confiando en estar de regreso en Koobi Fora dos días más tarde. Envolvimos el cráneo con mucho cuidado en una piel de oveja y lo colocamos en una cajita que sujetamos con unas cuerdas a mi silla de montar.

Durante nuestro viaje de regreso con el cráneo, avanzamos a buen paso y llegamos a Koobi Fora al anochecer del segundo día. Me alegró hallar en el campamento a mi madre, que había llegado allí en avión tras una visita al Omo con la expedición de Clark Howell. Hacía varios meses que no nos veíamos, pues estaba muy ocupada en Olduvai. Habíamos comunicado a mi madre el hallazgo de los utensilios de piedra, y ella estaba deseando ir cuanto antes para visitar el yacimiento. Nosotros sabíamos que se proponía ir, pero como estábamos a punto de emprender viaje con los camellos, dejamos que Kay se ocupara de todo lo relativo a su visita. Nuestra llegada causó no poco revuelo, pues no nos esperaban y se llevaron un buen susto al ver irrumpir a aquella hora en el campamento a unas gentes que al principio no lograban identificar.

Descargamos los bultos inmediatamente y mostramos con orgullo nuestro hallazgo. Me resulta muy difícil describir la sorpresa y emoción que manifestaron todos cuando saqué el cráneo de la caja y lo deposité con sumo cuidado en manos de mi madre. Fue aquél un momento que jamás podré olvidar. La reacción de mi madre me emocionó tanto como el hallazgo mismo del fósil. Permanecimos largo rato sentados alrededor de la mesa, comentando el extraordinario descubrimiento. Como es lógico, mi madre estaba impaciente por compararlo con el cráneo que ella había hallado diez años atrás, pero por desgracia yo no tenía en Koobi Fora ningún molde del *Zinjanthropus* ni de ningún otro homínido fósil. Soy muy supersticioso y estaba convencido de que esos moldes habrían malogrado nuestros esfuerzos por hallar otros ejemplares. Desde hace poco tiempo, sin embargo, no observo esta norma tan a rajatabla y dispongo de unos pocos moldes en el campamento de Koobi Fora.

Mi madre partió para Nairobi al día siguiente y nosotros nos preparamos para volver al nuevo yacimiento y seguir trabajando en él. Decidí regresar con los camellos para continuar explorando la zona. Así mismo, dispuse que un vehículo transportara más gente y provisiones al yacimiento. Al cabo de unos días nos reunimos en el lugar previsto y establecimos un pequeño campamento. Yo quería cribar el lecho seco del río junto al sitio donde había descubierto el cráneo para ver si encontrábamos los dientes en la arena, pero nuestros esfuerzos fueron inútiles y no logramos recuperarlos.

Mientras estábamos acampados en el yacimiento, me pareció oportuno dedicar más tiempo a buscar otros fósiles. A la mañana del segundo día, mientras Meave y yo nos hallábamos ocupados cribando la zona,



llegaron Kamoya, Nzube y otro colega llamado Mwongella, hablando muy excitados entre sí. Como faltaban varias horas para almorzar, su inesperado retorno sólo podía significar que había dado con algo importante. En efecto, parece ser que Mwongella había hallado otro cráneo supuestamente homínido a un par de kilómetros de allí. Aunque apenas logramos entender lo que nos decían, salimos apresuradamente para investigar el hallazgo. Se trataba, efectivamente, de un cráneo homínido, pero menos completo que el hallado por Meave y por mí, pues le faltaban los arcos ciliares, el rostro y la mandíbula superior, y a juzgar por su aspecto, hacía tiempo que esos trozos se habían perdido. Nuestra suerte era extraordinaria y supuse que si seguíamos explorando la zona a fondo hallaríamos muchos más ejemplares. Por consiguiente, decidí organizar un proyecto a largo plazo e interdisciplinario, durante el cual varios científicos podrían estudiar a fondo este yacimiento tan abundante en fósiles.

Al cabo de una semana aproximadamente, terminamos de cribar el yacimiento donde había sido hallado el primer cráneo y recogimos los fragmentos del segundo que aparecían en la superficie. Kay había completado su estudio geológico preliminar y proseguimos nuestras exploraciones hacia el norte de la zona. Subimos hasta la frontera con Etiopía y continuamos hacia el oeste por el lado de Kenia, hasta llegar a orillas del lago. Tras este viaje llegué a la conclusión de que durante mi vuelo de reconocimiento de la zona, efectuado dos años antes en helicóptero, no había penetrado en Kenia. Los utensilios de piedra y los fósiles que había visto entonces se hallaban en territorio de Etiopía, y por tanto fuera del alcance de nuestra expedición. Hasta hoy, esos yacimientos al otro lado de la frontera y al sur del valle del Omo no han sido aún investigados, y supongo que serán motivo de gran satisfacción para los arqueólogos que en el futuro decidan explorarlos.

A medida que avanzaba nuestra expedición, y en vista de que habríamos de permanecer mucho tiempo acampados en la orilla oriental del lago, empecé a preocuparme por la cuestión del alojamiento. Las tiendas estaban muy dañadas a causa del viento y resultaba incómodo trabajar en ellas. Por consiguiente, decidí construir el año siguiente un campamento permanente a base de unas chabolas cubiertas de hierba. Por otra parte, había que resolver el problema del equipo de campamento, pues era demasiado voluminoso para trasladarlo continuamente desde Nairobi hasta el lago. La solución consistía en construir en Koobi Fora unos depósitos donde dejar el material entre una y otra expedición.

Todos los días, durante el tiempo que permanecimos en Koobi Fora en 1969, al regreso de los yacimientos Meave y yo recogíamos alrededor de media docena de piedras grandes y lisas, las cuales abundan en la zona y a menudo contienen caracoles fosilizados o huesos de animales.

Aquí Meave y yo exhumamos un homínido fósil, hallado por Kamoya y su equipo.

Al anochecer, llevábamos las piedras hasta el lugar situado en la punta de tierra de Koobi Fora que yo había elegido para establecer nuestro campamento permanente. Poco a poco construimos un suelo de piedras que medía unos 150 por 45 metros. Antes de finalizar la expedición, adquirí e hice transportar al campamento dos barracas de metal prefabricadas, llamadas Uniports, que montamos sobre el suelo de piedras para que sirvieran de almacén. Cuando llegó la hora de que la expedición regresara a Nairobi, dejamos gran parte del material imperecedero en una de estas barracas. Al fin y al cabo, no habíamos visto ni un alma en la zona durante nuestras dos campañas sucesivas, cada una de las cuales había durado tres meses.

Asimismo, decidí que en el futuro sería más rentable llevar las provisiones pesadas, como el combustible y los alimentos, desde Nairobi por la costa occidental, ya que la carretera de acceso estaba en mejores condiciones. Para ello necesitaba disponer de una embarcación grande que sirviera de ferry entre la pequeña aldea de pescadores situada en Kalakol (entonces llamada Golfo de Ferguson) y Koobi Fora, en total una distancia de unos cincuenta y cinco kilómetros. Ya disponíamos de una barca, pero resultaba demasiado pequeña, de manera que compré una lancha motora de mayor tamaño. En octubre, nuestra nueva lancha estaba lista y Meave y yo decidimos trasladarnos a Koobi Fora a través de Kalakol para pasar allí un largo fin de semana y comprobar que todo estaba en orden en nuestros almacenes. Ésa fue la primera de varias visitas que hicimos siguiendo este itinerario, pese a que las enormes distancias y las pésimas carreteras hacían que el viaje pareciera interminable.

Tardamos una noche en llegar a Kalakol y al mediodía del día siguiente partimos hacia Koobi Fora en nuestra nueva lancha. Al llegar al campamento comprobamos que todo seguía intacto, sin señal de que nadie se hubiera acercado por allí. Estábamos completamente solos, no había otro ser humano en muchos kilómetros a la redonda, o así lo creíamos nosotros. A la mañana siguiente salimos a dar un largo paseo por la playa y al regresar me di cuenta de pronto de que las huellas que aparecían en la arena no podían ser nuestras, puesto que se dirigían hacia el campamento y no a la inversa. Al parecer, unas personas se habían acercado por la playa mientras estábamos ausentes y lo más seguro es que estuvieran saqueando las provisiones de nuestro almacén, que no estaba cerrado con llave. Yo estaba bastante asustado, pues no íbamos armados y todo aquel que atravesaba esta zona de Kenia solía portar un rifle. Si esas gentes llevaban malas intenciones, nosotros no podríamos hacerles frente. Al llegar al campamento comprobamos que todo seguía tal cual lo habíamos dejado y que las huellas indicaban que un grupo de unos cinco individuos había cruzado por el campamento en dirección al sur. ¿Sería un truco para despistarnos? ¿Estarían ocultos y acechándonos para ver si íbamos armados? Huelga decir que este incidente nos estropeó el fin de semana, y tras cerrar con llave el almacén, decidimos regresar a Kalakol.

Naturalmente, este primer encuentro con unos lugareños invisibles

me dejó bastante preocupado. Yo creía que el lugar estaba deshabitado y nuestros almacenes seguros, pero por lo visto me equivocaba. A las pocas semanas regresamos para echar otro vistazo a nuestro campamento. Meave y yo nos trasladamos en coche hasta Kalakol un viernes por la noche y al llegar al campamento la tarde del día siguiente, mis temores se vieron confirmados. La puerta del almacén había sido violentada y por el suelo aparecía desperdigado el contenido de varias cajas de hojalata. Se habían llevado varias mantas, pero nada de valor. Aquel fin de semana no vimos a nadie, pero pasamos un buen rato enterrando en la arena las cajas metálicas que contenían cubiertos, mantas y demás utensilios, frente a las barracas que servían de almacén. Yo suponía que nuestros visitantes no nos robarían las tiendas de lona, los catres y demás artículos voluminosos, sino que más bien se llevarían las mantas, tazas, cacerolas y demás objetos pequeños pero útiles. Cuando terminamos nuestra tarea, todo estaba perfectamente oculto. Esta vez no cerré el almacén para que los presuntos visitantes se dieran cuenta de que estaba vacío y que no era necesario destrozar la puerta ni las ventanas.

Regresamos en Navidad y comprobamos que nuestra estrategia había dado resultado, por lo que supuse que todo seguiría en orden hasta que comenzara la siguiente campaña, en junio de 1970. Pero estaba muy equivocado, pues cuando Meave y yo regresamos en febrero a Kenia, después de una visita a los Estados Unidos, hallamos un recado del encargado local de los Parques Nacionales, el cual había acudido a visitarnos a Koobi Fora y se había encontrado con que el lugar había sido saqueado. Nos trasladamos allí tan pronto como pudimos y comprobamos que lo habían destrozado todo; jamás había visto tal escena de vandalismo. Al parecer, un numeroso grupo de individuos habían pasado todo un día a la sombra de nuestras barracas examinando detenidamente cada uno de los artefactos producto de la tecnología occidental. Habían desenrollado los carretes de película y arrancado las cintas métricas de sus estuches, habían destrozado los rellenos de gomaespuma de los colchones y se habían llevado las almohadas y las sábanas. Incluso se habían llevado las cuerdas que sujetaban las tiendas y los muelles de las camas, que más tarde vimos que lucían los lugareños a modo de pendientes y collares. Habían desaparecido cacerolas, ollas, cubos, jarras y botes de comida. El único alimento que dejaron fue una lata de sardinas medio abierta y que apestaba. Había rollos de papel higiénico desperdigados por doquier, y en el centro del suelo un montón de botes de cola, tinta, laca y pintura. Nos llevó varias horas, y frecuentes baños en el lago para refrescarnos, restituir el orden en nuestro almacén.

Más tarde nos enteramos de que había sido un grupo de etíopes armados procedentes del otro lado de la frontera quienes saquearon el almacén, y a decir verdad no se lo reprocho, pues nosotros no debimos dejar unos artículos tan tentadores a su alcance. Sea como fuere, no tuvimos más remedio que volver a equiparnos para la campaña de 1970. A raíz de aquel incidente, el campamento de Koobi Fora está permanentemente vigilado.

10. Las cosas cambian.

Durante la época de las expediciones en Koobi Fora, entre 1969 y 1970, el director del Museo abandonó su cargo, y puesto que no se nombró a un científico de prestigio para sustituirlo, yo me hice con el control de todo bajo la supervisión del consejo del Museo. Esto era realmente lo que esperaba: la oportunidad de ampliar el Museo de acuerdo con mis criterios. Debido a mi identidad cada vez más independiente como jefe del proyecto de Koobi Fora, el cual había acaparado la atención de científicos en el mundo entero, supuse que me iba a ser más fácil resolver los problemas a los que me enfrentaba.

Uno de los primeros problemas se refería a la autonomía del Centro de Prehistoria y Paleontología que dirigía mi padre. Los fósiles y utensilios de piedra iban a ser estudiados en dicho Centro, donde yo no tenía ninguna autoridad puesto que el personal del mismo dependía directamente de mi padre. En vista de ello, me propuse convencer a mi padre y a todos los demás de que la situación debía cambiar. Yo opinaba que debía existir una sola administración, bajo un control central y financiada por el gobierno de Kenia. Durante los primeros meses de 1970 mi padre pasaba muchas temporadas en el extranjero, para recaudar fondos destinados a varios proyectos, lo cual perjudicaba tanto su labor científica como su salud. Mi padre se ocupaba de varias otras cosas aparte de Olduvai, donde trabajaba mi madre, y del Centro, como por ejemplo de reunir fondos destinados a financiar unos estudios sobre primates en África y unas excavaciones arqueológicas fuera de África. El estudio de los chimpancés realizado por Jane Goodall, así como un trabajo posterior sobre los gorilas de las montañas efectuado por Diane Fossey, también tenían mucha importancia para mi padre. A decir verdad, ambos proyectos habían sido concebidos por él. Por otro lado, mi padre se ocupaba de una pequeña colonia de monos fósiles que constituía la base de un centro de investigación sobre los primates de Kenia. Este centro se encontraba en Tigoni, y Meave había trabajado allí al poco de llegar a Kenia. Además, mi padre estaba interesado en un proyecto en Israel y se había comprometido a participar en un costoso y polémico proyecto en el desierto del Mojave, al sur de California, sobre el cual muchos colegas suyos, entre ellos mi madre, abrigaban serias dudas. Los intentos de mi padre de hallar al hombre primitivo en California han sido descritos por Sonia Cole en su libro *Leakey's Luck*, y opino que esos trabajos dañaron

su reputación en ciertos medios profesionales. Mi padre estaba asimismo interesado en un importante proyecto en Ubeidiya, en el valle del Jordán, entre Israel y Jordania. El yacimiento está situado en una prolongación hacia el norte del Rift Valley, en cuyo extremo sur ha sido hallado material de gran valor. El Mar Muerto, a unos pocos kilómetros al sur de Ubeidiya, es un lago del Rift Valley muy parecido al lago Natrón y al Turkana. Los más de sesenta niveles arqueológicos del yacimiento de Ubeidiya contienen gran número de utensilios de piedra y alguno fósiles de animales, si bien hasta la fecha no se han hallado fósiles de homínidos que ofrezcan interés. El yacimiento fue descubierto en los años sesenta, y los israelíes pidieron a mi padre que les asesorara y más tarde que colaborara en la tarea de reunir fondos para dicho proyecto. Mi padre aceptó encantado, aunque ello significaba poder dedicar menos tiempo a sus trabajos sobre la prehistoria de África del este.

Dadas las circunstancias, propuse un plan destinado a trasladar las responsabilidades financieras del Centro de Prehistoria al presupuesto del Museo. Yo suponía que mi padre se alegraría de verse libre de una de sus más pesadas cargas financieras y que no dudaría en aprobar un plan encaminado a que Kenia apoyara económicamente la labor que él había iniciado y financiado solo durante tantos años. Pero estaba totalmente equivocado, pues mi padre sostenía que el gobierno de Kenia no podría seguir financiando el proyecto una vez iniciado éste. A través de mis conversaciones con varios funcionarios del gobierno, deduje que estaban dispuestos a hacerse cargo de los costos adicionales siempre y cuando los presupuestos se centralizaran bajo el control general del Museo. El consejo apoyó también mi propuesta, especialmente después de que un keniata, amigo y colaborador de mi padre, fuera nombrado para sustituir al otro director británico. Al fin, a primeros de 1970, tras varias discusiones para convencer a todos los interesados, logré que en el documento presentado al Tesoro de Kenia figurara una cláusula presupuestaria destinada a cubrir una parte de los gastos del Centro. Yo no tenía ninguna intención de modificar la política científica del Centro, y accedí encantado a que mi padre continuara a cargo de las funciones y el personal del mismo.

Por razones que jamás he logrado comprender, mi padre empezó a pensar que yo intentaba desplazarle. Supongo que era lógico que le molestara que yo quisiera hacer las cosas a mi modo. El caso es que comenzó a recelar de mis intenciones y a interpretar equivocadamente todo cuanto yo hacía. La gente creyó que padre e hijo estaban enfrentados y comenzaron a tomar partido. Mi padre contaba con muchos amigos en el extranjero, particularmente en los Estados Unidos, donde cada año pasaba largas temporadas con el fin de reunir fondos y pronunciar conferencias en colegios y universidades. Sus amigos le ayudaban en la tarea de conseguir fondos y, sin duda, pensaban que yo era un joven advenedizo que no sentía el menor respeto por el gran hombre. Mi padre sostenía tratos muy estrechos con un determinado grupo en California, donde algunos amigos y admiradores suyos habían establecido la Fundación L. S. B. Leakey. Dicha organización se apoyaba

en la personalidad carismática de mi padre como baza principal para la obtención de fondos. Debido al nombre y a la labor de la Fundación, mi padre se creyó en el derecho de exigir que buena parte del apoyo económico de la Fundación fuera destinado a financiar varios proyectos en los que él participaba.

Yo empecé a visitar también los Estados Unidos todos los años con la finalidad de obtener fondos para mi proyecto en Koobi Fora. Asimismo, fui invitado a dar conferencias en varias universidades, y esta circunstancia, junto con el espectacular hallazgo de fósiles en el lago Turkana, me proporcionó una gran publicidad. Estados Unidos es un país inmenso y, a decir verdad, no existía competencia alguna entre mi padre y yo en cuanto a establecer importantes contactos para la obtención de fondos destinados a nuestros respectivos proyectos. Sin embargo, ello se convirtió muy pronto en motivo de conflicto entre los muchos admiradores de mi padre en California y yo. Si bien es cierto que mis relaciones con mi padre se habían vuelto muy tensas, eso no era nada comparado con la antipatía que me demostraban ciertos amigos suyos.

En Kenia todo marchaba perfectamente y comencé a comprender lo que significaba ocuparse de un Museo. Tenía plena confianza de que, a raíz del proyecto que había presentado, el Museo recibiría mayor apoyo económico a partir del primero de julio de 1970. Yo había propuesto que entre 1970 y 1975 se emplearan más de 850.000 libras en su ampliación. Era una cantidad exageradamente elevada en comparación con los presupuestos de años anteriores, pero esas comparaciones me tenían sin cuidado.

Este espectacular aumento en la donación de fondos por parte del gobierno lo justifiqué resaltando el papel que a mi juicio debían desempeñar los museos de un país en vías de desarrollo. Todavía sostengo que los museos tienen la posibilidad de ayudar a configurar una identidad nacional en los países jóvenes, aunque por desgracia esto es algo que no suele entenderse. Con frecuencia, los países que antiguamente eran colonias europeas en la actualidad tienen unos museos que no son sino un reflejo de los tiempos coloniales, cuando el interés privado era el factor dominante. La actitud de los gobiernos de los países del Tercer Mundo muchas veces es un claro ejemplo de esto. El tesoro público siempre busca la manera de no gastar dinero y no es fácil convencer a los burócratas para que modifiquen su actitud frente a proyectos que no representan una importante fuente de ingresos.

Yo estoy convencido de que es posible diseñar un sistema que permita a los museos desempeñar un significativo papel en materia de educación nacional. A través de exposiciones y programas especiales es muy posible fomentar el interés en la ciencia y el orgullo en una identidad cultural nacional. Para conseguir este objetivo, un Museo Nacional debe extender su influencia hasta las zonas rurales en las que habitan gran número de personas. En Kenia, era evidente que un museo situado en la capital no podía atender más que a una pequeña parte de la población total. El Museo de Nairobi había sido fundado para servir únicamente a los habitantes de la ciudad y a unos cuantos visitantes.

Mis planes para ampliar las actividades e influencia del Museo más allá de Nairobi se vieron muy favorecidos por una importante e inesperada donación. A su muerte, un granjero de la provincia occidental de Kenia, el coronel Hugh Stoneham, que durante muchos años había dirigido un museo privado, legó al país su patrimonio, entre el cual figuraba una valiosa biblioteca. Los albaceas accedieron a vender la granja de Stoneham y emplear el dinero obtenido por la venta en construir otro pequeño museo. Yo hice las gestiones oportunas para adquirir un terreno apropiado para el museo en el municipio de Kitale.

El nuevo Museo de Kitale fue el primero de una serie de museos regionales que yo pretendía que se construyeran en Kenia. A mi entender, esos museos debían servir a las comunidades de las respectivas regiones, y aunque estarían afiliados al Museo Nacional, deseaba convertirlos en un importante foco de interés local. A tal fin, propusimos a varios dirigentes de la comunidad de Kitale que formaran una junta consultiva que trabajaría en estrecha colaboración con el conservador y demás personal del Museo. Estos museos regionales eran concebidos como herramientas educativas más que como unas instituciones para la investigación, pues siempre he procurado centrar toda la labor de investigación en el Museo Nacional de Nairobi. Entre 1969 y 1970, era evidente que debía ampliarse el papel educativo del Museo de Nairobi y me propuse invertir más dinero en ello a costa de otras actividades científicas. La única excepción que hice, naturalmente, fue la investigación de la prehistoria. Sin duda mis intereses en el lago Turkana influyeron en esta decisión, y durante los últimos años he concedido prioridad absoluta al estudio de la prehistoria y a la necesidad de construir unas instalaciones adecuadas para la investigación. No obstante haber conseguido mucho durante los últimos años, lo cierto es que los laboratorios y espacios para albergar el material de que disponíamos antes en Nairobi resultaban insuficientes y era necesario ampliarlos. Asimismo, estaba empeñado en que se dedicara más tiempo y mayores recursos a la conservación de los monumentos antiguos, las reliquias de ciudades primitivas, que se hallan desperdigados por todo el litoral marítimo de Kenia. Por otra parte, era también necesario adecuar unas instalaciones para las ciencias naturales, si bien esto ocupaba el segundo lugar en mi lista de prioridades.

A veces, aunque por fortuna pocas, tenía la difícil papeleta de imponer mi autoridad como director del Museo a ciertos miembros del personal que llevaban trabajando en él desde antes de nacer yo. Debido al cargo de mi padre en el Museo, muchos me conocían desde la infancia, lo cual me preocupaba bastante. ¿Me consideraban realmente como su jefe, o más bien me apoyaban por ser hijo de mi padre? Lo cierto es que mi padre contaba con muchos amigos leales, sobre todo entre los keniatas, quienes le consideraban como uno de ellos, un compatriota que conocía bien las costumbres del país.

Durante esa época de la historia de Kenia existía un acusado resentimiento frente a las actitudes coloniales de preponderancia. Lo interesante del caso es que ese resentimiento no iba dirigido contra ningún grupo racial determinado. No obstante, es preciso reconocer que

eran sobre todo los emigrantes keniatas quienes no querían o no podían adaptarse a la nueva situación. Los prejuicios raciales son básicamente característicos de las comunidades no africanas de África. A mí no deja de asombrarme que estos grupos de emigrantes fueran autorizados a permanecer en el país durante el período que siguió a la independencia, habida cuenta de los abusos de que fue objeto la población autóctona por parte de los colonos. Todavía viven en Kenia personas que no sienten el menor respeto por la nueva nación ni se identifican con el pueblo. Si estas gentes han podido permanecer aquí, ha sido gracias a sus presuntas aportaciones a la economía del país. La expulsión de un miembro de este grupo privilegiado provoca de inmediato una airada reacción de la prensa occidental, que por lo demás no suele ocuparse de lo que sucede en África.

En 1966, Margaret y yo nos separamos definitivamente. Ella se quedó en Kenia y pasó a ocupar un puesto en el Centro de Prehistoria, donde comenzó a trabajar sobre un catálogo nacional de todos los ejemplares procedentes de los diversos yacimientos paleontológicos del país. A consecuencia de este trabajo suyo, me enteré de que existía una importante cantidad de valiosos especímenes keniatas que se hallaban en el extranjero para ser estudiados. En aquel tiempo el gobierno de Kenia no tenía reparos en conceder unos permisos de exportación temporales para que el material científico pudiera ser estudiado fuera de nuestras fronteras, como tampoco insistía en su pronta devolución. A mi entender, una colección arqueológica fragmentada o que no se halla a disposición de los científicos de un lugar determinado posee escaso valor, por lo que comencé a solicitar que los fósiles fueran devueltos a Kenia. A decir verdad, sin embargo, el Museo de Nairobi no disponía de espacio suficiente para albergar una extensa colección y muy pronto me disuadieron de mi empeño.

En el transcurso de 1970 comenzaron a madurar varios planes con respecto al trabajo llevado a cabo en el lago Turkana. Nuestros hallazgos de 1969 eran tan espectaculares como valiosos. Era evidente que los científicos tendrían que dedicar varios años a estudiar a fondo el inmenso yacimiento que cubría como mínimo mil trescientos kilómetros cuadrados. En comparación, el yacimiento de Olduvai medía menos de noventa kilómetros cuadrados y el emplazamiento de fósiles del pliopleistoceno situado en el Omo medía unos doscientos setenta kilómetros cuadrados. Comprendí entonces que el aspecto de aventura que tanto me apasionaba de la expedición, debía ceder paso a la responsabilidad de montar un proyecto científico serio y eficaz. Este era precisamente el compromiso que deseaba asumir cuando abandoné la expedición al valle del Omo, pues sabía que me brindaría la oportunidad de hacer las cosas de forma independiente. Confiaba en que ello me ayudaría a conquistar un puesto destacado en mi especialidad y, con suerte, a que los profesionales me aceptaran por méritos propios.

Comprendí que era imprescindible formar un sólido equipo científico que estuviera dispuesto a colaborar conmigo durante varios años en este proyecto. A diferencia de otras ciencias, aún no es posible obtener

una adecuada financiación para los estudios prehistóricos y yo no puedo permitirme contratar a unos científicos que trabajen exclusivamente para mí. En vez, de esto, busco gente que esté dispuesta a trabajar conmigo en Koobi Fora varios meses al año durante cierta cantidad de años sin otra remuneración que la satisfacción de participar en el proyecto. Asimismo, busco científicos que puedan conseguir apoyo económico para su trabajo a través de las fuentes disponibles para trabajadores europeos y americanos. Así fue como el proyecto se convirtió en uno de los equipos interdisplinarios y multinacionales de mayor envergadura de cuantos se han formado para investigar un determinado yacimiento prehistórico en África.

El problema era decidir a quién contratar para este proyecto. Necesitaba personas que estudiaran los distintos grupos de fósiles, en especial el grupo de homínidos, pero también necesitaba arqueólogos, geólogos, paleoecólogos, geofísicos y geoquímicos. Yo mismo no estaba cualificado para ocuparme de ningún aspecto de la investigación, a excepción quizá de la descripción y estudio de los monos fósiles que pudiéramos hallar. Tras meditarlo bien, decidí aceptar la participación no sólo de científicos dedicados a investigar la prehistoria de África del este, sino también de científicos con experiencia en otros campos. Me había impresionado el concepto de Clark Howell acerca de una investigación multidisciplinaria y resolví seguir su ejemplo, empleando a diversas personas procedentes de distintos países. Clark y sus colegas franceses disponían de un equipo multinacional, pero por razones distintas a las mías. Confieso que de haber podido reclutar en Kenia a todos los científicos que necesitaba, no habría dudado en hacerlo. Pero dado que no era posible, al menos quise asegurarme de que ningún grupo nacional tuviera mayor peso o influencia sobre mi proyecto.

Kay Behrensmeyer accedió a continuar sus estudios de la geología, aunque por entonces sus intereses personales se orientaban en otro sentido. Se brindó para localizar e interesar en el proyecto a otros geólogos americanos, los cuales nos eran necesarios para trazar el mapa de la vasta zona, y me presentó a Carl Vondra, de Iowa. Carl aceptó entusiasmado y trajo a dos estudiantes graduados que inmediatamente comenzaron a trazar un mapa geológico bajo la supervisión de aquél. Asimismo, Kay logró convencer a un conocido paleontólogo especializado en vertebrados, Vince Maglio, para que se uniera al equipo con el fin de coordinar la colección de fósiles y suministrar una amplia síntesis. Vince, que había trabajado en la orilla occidental del Turkana con el equipo de Harvard, se ofreció también a estudiar detalladamente los elefantes fósiles y me aconsejó acerca de qué personas contratar para el estudio de los otros grupos de fósiles. Frank Fitch y Jack Miller, de F. M. Consultants, aceptaron seguir colaborando para llevar a cabo los estudios geocronológicos del yacimiento, esta vez trabajando a tiempo completo y cobrando una subvención en vez de unos honorarios. Consiguieron apoyo financiero a través del Instituto Nacional de Investigación del Medio Ambiente, en Inglaterra, y gracias a esta subvención más adelante llevaron a unos estudiantes graduados para que colaboraran en los trabajos de campo.

Dos de estos estudiantes realizaron posteriormente una labor geológica vital e infinitamente más complicada que la tarea de datar.

Al final de la campaña de 1969, Glynn Isaac se hallaba en Kenia y aproveché para proponerle que se ocupara de coordinar los estudios arqueológicos. Recordaba con agrado el tiempo que habíamos pasado juntos en el lago Natrón, en 1964, y éramos muy amigos. Glynn aceptó después ir en avión a Koobi Fora para ver el yacimiento KBS y tras asegurarse de que mi madre no deseaba encargarse ella misma de esta tarea. El trabajo desarrollado por mi madre en Olduvai la había convertido en una autoridad mundial, y de no haber sido por sus compromisos allí sin duda habría aceptado el trabajo. Es más, yo pedí a mi madre que describiera los primeros artefactos hallados en un breve documento que había de publicarse. Glynn, como es lógico, no deseaba dar la impresión de querer quitarle el puesto a mi madre. Por entonces Glynn trabajaba como profesor adjunto de arqueología en la universidad de Berkeley, en California, y pensaba valerse del proyecto para instruir a estudiantes graduados de Berkeley y de otras instituciones. Afortunadamente, disponía de unos vehículos y equipo que había utilizado en otro proyecto y los incluyó en el inventario de la expedición de 1970. Más tarde, la Fundación de Ciencias Naturales de Washington nos concedió una subvención para cubrir parte de los gastos de la expedición. Al poco tiempo, Glynn pasó a ser codirector del proyecto junto conmigo.

Mi mayor problema era decidir a quién encargar el estudio de los homínidos, particularmente de los dos magníficos cráneos hallados en 1969. Estaba impaciente por tener los cráneos descritos lo antes posible, pero necesitaba contar para ello con un anatomista. Yo no quería que el material fuera interpretado en términos del lugar que ocupaba en el esquema evolutivo, ya que prefería que esto se hiciera más adelante, cuando dispusiéramos de una muestra más amplia. En aquel tiempo esto no era corriente y mi padre se apresuró a hacerme ver que mi decisión contradecía las normas. Pero todavía le chocó más el que yo encargara la descripción de los homínidos fósiles a un keniata llamado Joseph Mungai, profesor de anatomía en la universidad de Nairobi. A pesar de que Joe no se había ocupado nunca de los homínidos fósiles, era un excelente anatomista humano, y aceptó mi oferta con la condición de que el doctor Alan Walker, otro anatomista de su departamento, colaborara en la tarea. Alan tampoco tenía experiencia con homínidos fósiles del pliopleistoiceno de Kenia, pero había trabajado sobre los primates fósiles primates fósiles del mioceno de Kenia y Uganda mientras estudió en Cambridge y durante el tiempo que estuvo trabajando en la universidad Makerere de Uganda. Creo que mi padre confiaba en encargarse él mismo de esta tarea, y al enterarse de mis planes se indignó; ¿cómo era posible que yo empleara para ello a unos hombres que nunca habían trabajado con homínidos fósiles? Por otra parte, la participación de Alan le molestó porque éste había publicado un documento en el que refutaba ciertas interpretaciones de mi padre.

Alan aceptó encantado participar en el proyecto y, bien pensado, creo que fue una de las decisiones más acertadas que tomé. Joe propuso

que yo me ocupara también del material de los homínidos y que mi nombre constara en todos los informes que fueran a publicarse posteriormente. Así fue como intervine directamente y por primera vez en unos trabajos sobre homínidos fósiles.

Mi misión como jefe del proyecto consistía en coordinar la labor del personal. Además, intervenía directamente en la búsqueda del hombre primigenio junto con un equipo de keniatas encabezado por Kamoya. Los jóvenes que formaban este equipo eran extraordinariamente inteligentes y la extensa colección de homínidos fósiles que logramos recuperar en el lago Turkana es producto de su magnífica labor.

Una de mis primeras tareas durante los preparativos para la campaña de 1970 en Koobi Fora fue la de construir un nuevo campamento. El viento hacía muy difícil que las tiendas de lona se sostuvieran en pie y la arena se filtraba por todas partes. La amplia estructura con techado de paja que habíamos construido el año anterior, junto con los dos barracones Uniports, nos proporcionaban un lugar cómodo donde comer y una sombreada galería donde trabajar cuando apretaba el calor. Ahora pretendía construir unas estructuras con techado de paja donde dormir, así como unos lavabos, almacenes y cocina permanentes. Estas construcciones se iniciaron a fines de mayo y el grupo principal de científicos llegó a Koobi Fora a últimos de junio.

El campamento que construimos era una verdadera delicia; todos los edificios miraban al lago, que distaba sólo treinta metros. El lago y la campiña cambian constantemente de tonalidad, según la posición del sol, las nubes, el viento y el polvo que contenga la atmósfera. Son unos colores muy difíciles de describir, pero a primeras horas del día y al atardecer, cuando el sol sale y se pone más allá del lejano horizonte, realzando la increíble inmensidad de África, es una tonalidad más bien pastel, muy sutil y al mismo tiempo espectacular. Las aguas del lago eran frescas y nos bañábamos en ellas todos los días, a pesar de los cocodrilos e hipopótamos. Bañarse en las suaves aguas del Turkana es una experiencia sumamente sensual. Todos nuestros visitantes de Koobi Fora quedaban cautivados por nuestro campamento junto al lago. Me consta que la gente trabaja mejor y más a gusto cuanto más agradable es el entorno, y algunos invitados se referían a nuestro campamento como el Turkana Hilton. El lago está repleto de peces, lo cual nos permite comer pescado fresco prácticamente todos los días. Los demás alimentos frescos llegan en avión desde Nairobi.

Un problema urgente que hube de resolver en 1970 fue la manera de obtener una amplia colección de fotografías aéreas a gran escala de la zona. El año anterior había intentado retratar la zona desde una pequeña avioneta, pero los fuertes vientos y las inmensas distancias me lo habían impedido. Clark Howell e Yves Coppens habían tomado unas fotografías estereoscópicas del Omo, las cuales habían facilitado la labor de trazar un mapa de la zona, y dado que la nuestra era mucho más extensa, era imprescindible que consiguiéramos esas fotografías. Sabíamos que nos llevaría varios años trazar un detallado mapa geológico y estábamos impacientes por comenzar a recuperar los fósiles que abundaban en el

yacimiento. La tarea de relacionar los fósiles con la geología del lugar donde son hallados es fundamental, puesto que proporciona la referencia vital del tiempo. Por otra parte, permite sacar otras conclusiones sobre las condiciones climáticas y ambientales que existieron durante el período en que vivieron los animales. En teoría, no debimos comenzar la recuperación de los fósiles hasta no haber completado la geología del yacimiento, pero creíamos que con ayuda de las fotografías podríamos registrar con precisión la posición de los fósiles cuando fueran hallados, y más adelante, una vez interpretado el orden sedimentario, situar dentro de éste los hallazgos.

El proyecto fotográfico fue financiado a principios de 1970 por la Fundación William H. Donner, de Estados Unidos, pero desgraciadamente el mal tiempo y algunos otros problemas retrasaron la labor, por lo que durante la campaña de 1970 tuvimos que valernos de los escasos documentos gráficos obtenidos el año anterior. Yo confiaba en nuestra capacidad para recordar con axactitud el emplazamiento de los fósiles, y más tarde, cuando dispusiéramos de las fotografías, señalaríamos el lugar preciso en que habíamos hallado cada uno de los ejemplares. Fue una decisión temeraria a consecuencia de la cual «perdimos» la localización exacta de varios hallazgos. Debido a mi error, algunos ejemplares espléndidos han perdido gran parte de su valor científico; por fortuna hallamos sólo unos pocos homínidos, los cuales nos impresionaron de tal manera que no tuvimos ninguna dificultad en recordar su emplazamiento.

A mediados de julio iniciamos en serio nuestra labor. Poco después de llegar los geólogos de Iowa, uno de ellos, llamado Gary Johnson, sufrió un percance que por poco acabó con su participación en el proyecto. Nos habíamos retirado a dormir cuando, a eso de las tres de la mañana, me desperté al oír a Gary dando voces frente a mi cabaña. Cuando salí me lo encontré frotándose la mano izquierda, muy alterado, y me contó que creía que una serpiente le había mordido en un dedo. Yo le examiné en seguida y supuse que era cierto, pero como nadie había visto a la serpiente decidí no administrarle una inyección de suero. En lugar de esto, le hice un torniquete en el brazo y un corte en el dedo para que sangrara. Mientras tanto, envié a una persona a la cabaña de Gary para ver si encontraba la serpiente; al oír sus gritos, me convencí de la presencia del reptil, pero nadie me aclaró a qué especie pertenecía. Dejé a Gary al cuidado de una colega, pero ésta se mareó al ver la sangre que brotaba de la herida y tuve que regresar para ocuparme yo mismo de Gary. Al fin matamos a la serpiente y comprobé que se trataba de una cobra. Pobre Gary, su estado empeoró visiblemente tan pronto como se enteró de la noticia.

Conseguí que Gary no viera la serpiente y le convencí de que era una cobra «muy pequeña» y nada peligrosa. Esto no era del todo cierto, pero sé muy bien que uno de los peores efectos de una mordedura de serpiente es la reacción psicológica que provoca. Además, puse a Gary una inyección de suero y le expliqué que el año anterior una cobra había mordido a Kamoya en el tobillo, mientras dormía, y que éste había

conseguido sobrevivir pese a que no le dimos suero. Esto pareció tranquilizar a Gary, y a la mañana siguiente aseguró que se encontraba mucho mejor. Por desgracia, cierta persona halló la serpiente muerta y quiso, sin duda de buena fe, mostrársela a Gary. La serpiente medía más de metro y medio de largo y mi paciente experimentó una inmediata recaída, de la que tardó bastante en recuperarse. Pero Gary era muy sufrido y permaneció con nosotros durante toda la expedición, llevando a cabo una labor muy útil.

Kamoya y su equipo se pusieron de inmediato manos a la obra y comenzaron a recuperar fósiles a un promedio, a veces, de dos ejemplares a la semana, lo cual, tratándose de este tipo de fósiles, es insólito. Meave y yo solíamos acompañar todos los días al equipo encargado de buscar homínidos y ello me permitió gozar de algunos de los momentos más apasionantes de mi vida. Imagino que toda búsqueda es siempre apasionante, pero mucho más cuando uno tiene casi la certeza de hallar algo verdaderamente interesante. Nuestro equipo, formado por seis personas, se dividía para ir en busca de fósiles por la zona, y de vez en cuando uno de nosotros se agachaba para examinar un fragmento de hueso que asomaba entre los sedimentos. Si el fósil merecía ser recuperado, hacíamos un montón de piedras para señalar el sitio y más tarde regresábamos para excavarlo.

Cuando dábamos con un homínido, lo que no sucedía todos los días, la persona que lo había hallado avisaba a los demás y todos acudíamos corriendo. Los homínidos solían presentar un pésimo estado de conservación, pero a veces, cuando teníamos suerte, hallábamos un ejemplar realmente magnífico. Yo me encargaba siempre de exhumar los ejemplares, y examinaba el yacimiento palmo a palmo por si hallaba algún fragmento desprendido del fósil.

Resulta muy curioso, pero cuando uno va en busca de homínidos fósiles lleva grabadas en el subconsciente ciertas imágenes del ejemplar que anda buscando. Muchas veces he reflexionado sobre este fenómeno, pero sólo acierto a explicarlo poniendo como ejempolo mis experiencias personales. Generalmente, suelo ir en busca de cráneos completos y ciertas partes como dientes, mandíbulas y fragmentos de hueso. Más de una vez he pasado de largo junto a un fragmento de hueso de una pierna, y aunque sin duda he debido verlo, no le he dado importancia. En 1970 sucedió un incidente que sirve para ilustrar esto. Yo había ido a Kitale para comprar provisiones, y aquel día Meave halló el primer fémur de un homínido que se había descubierto en Kenia, y precisamente en el lago Turkana.

Al hueso le faltaban ambos extremos y era tan diferente del fémur de un humano contemporáneo que Meave, aunque sospechaba que correspondía a un homínido, no estaba segura de ello. Hasta 1970, era muy raro hallar huesos de las extremidades humanas, si bien se les concedía gran valor como especímenes científicos. Los cráneos, mandíbulas y dientes son mucho más fáciles de identificar y proporcionan interesantes datos sobre la dieta y posible estado de evolución cerebral de su dueño. Los huesos de las extremidades, sin embargo, también



Meave descubrió el fémur que tengo en mis manos. Pertenecía a un homínido encontrado en el lago Turkana.

ofrecen mucho interés puesto que nos informan acerca de la posición y forma de moverse de nuestros antecesores. El complejo proceso que llevó al bipedismo, así como la liberación de las manos, es de vital importancia en nuestra historia evolutiva. El año anterior, mi madre y su equipo habían hallado un fémur en Olduvai, pero era prácticamente el único que se había descubierto en África oriental. El hallazgo de Meave causó enorme expectación en Koobi Fora y todos se preguntaban si pertenecería a un homínido. Cuando regresé de Kitale, me trajeron el fémur para que lo examinara y nos sentamos alrededor de la mesa para hablar de él. Habíamos comido hacía poco y de pronto, mientras admiraba la «pierna» de Meave, recordé haber visto un hueso muy parecido no lejos de allí. El problema era que debí verlo hacía más de un año y no sabía si era este mismo hueso u otro muy similar. Así pues, decidí ir en su busca sin decir nada a nadie. A la mañana siguiente me quedé en el

campamento y a la hora de comer dije a mis colegas que iba a reunirme con el equipo que exploraba un yacimiento de homínidos fósiles, cerca de donde Meave había hallado el fémur, y salí disimuladamente en busca de mi hueso.

Seguí los mismos pasos que meses atrás había dado por la zona y, a medida que avanzaba, noté con alegría que recordaba todos los detalles. Era evidente que había sido aquí antes: había visto esta mandíbula de cerdo, había detectado aquel diente de hipopótamo, esta rama me había arañado, había tropezado con esta piedra, y, si no me engañaba, al otro lado de esa loma estaba mi fósil. Efectivamente, allí estaba.

Meave anotó en su diario lo siguiente: «Los demás regresaron a las dos menos cuarto de la tarde, pero Richard no apareció hasta pasadas las dos. Me extrañó que tardara tanto y al verle le pregunté por qué estaba tan contento, pero se limitó a decirme que había tenido un pinchazo. Después de comer, cuando nos quedamos solos, me dijo muy excitado que iba a enseñarme un hueso. Había hallado un fémur muy parecido al mío, pero más delgado y completo. Me quedé muy sorprendida y le pregunté cómo lo había hallado, pero me contestó que no quería revelarlo.» A partir de entonces todos nos pusimos a buscar de forma subconsciente otras partes del esqueleto que no fueran cráneos y dientes, y logramos hallar numerosos huesos pertenecientes a las extremidades.

Años más tarde sucedió una anécdota que sirve como corolario de esta historia. Yo había pasado dos semanas de vacaciones en Lamu, en la bella costa keniata, al norte de Mombasa, acompañado por mi familia y unos amigos. Uno de nuestros deportes favoritos era explorar los arrecifes en busca de langostas tropicales. Este sabroso crustáceo se halla debajo del coral, y es fácil detectar su presencia a través de sus tentáculos. Para atraparlo, hay que sumergirse, asirlo por los tentáculos y sacarlo de su escondite. Aunque no es tan fácil como parece, es muy divertido ir en busca de estas langostas. El caso es que, poco después de estas vacaciones, regresé a Koobi Fora y me puse a buscar fósiles en el lago Turkana. Después de un día muy pesado durante el cual no había conseguido hallar ningún fósil interesante, me di cuenta de que mi subconsciente me obligaba a buscar langostas. Al día siguiente me convencí a mí mismo de que lo que andaba buscando eran huesos, y gracias a este esfuerzo mental consciente pude hallar de nuevo el tipo de ejemplares que me interesaba. Quizás esto explique también por qué veo ahora tan pocas langostas cuando exploro los arrecifes.

La satisfacción de ir en busca de fósiles en lugares remotos y difíciles radica en la posibilidad de que cada «hallazgo» nos informe sobre algo nuevo. En el lago Turkana abundan los fósiles y cada diez pasos se tropieza con alguno de una u otra especie. Muchos de ellos son simples fragmentos de hueso imposibles de identificar, pero cada ejemplar recuperado nos permite conocer más sobre una determinada especie y su existencia anterior.

Por ejemplo, durante cierta época se creía que los camellos habían sido llevados a África como animales domésticos hace relativamente

poco tiempo. Esta idea demostró ser equivocada cuando se hallaron unos huesos fósiles de la pata de un camello en Olduvai. Más tarde, se encontraron otros más en el valle del Omo, pero lo único que podíamos afirmar con certeza era que los camellos formaban parte de la fauna africana desde hacía dos millones de años. Esto ya lo sabíamos cuando fuimos al lago Turkana, y yo me propuse buscar huesos fósiles de camellos. Un día, un miembro del equipo de Kamoya halló un trozo de mandíbula inferior provista de dientes en unos depósitos que databan de unos tres millones de años. Cuando vi por primera vez este espécimen sobre el sedimento, comprendí inmediatamente que serviría para demostrar cuánto tiempo hacía que existían camellos en África. Posteriormente se han hecho otros hallazgos, y John Harris ha escrito un informe científico muy importante sobre los camellos primitivos de África. Harris es un paleontólogo que trabajó conmigo en el Museo Nacional entre los años 1970 y 1979, y es un gran entendido en cerdos fósiles, antílopes y otros grandes mamíferos africanos. Más adelante se convirtió en cuñado de Meave.

En 1970 volvimos a llevar con nosotros un grupo de camellos, pero entonces ya conocíamos la zona lo bastante bien para llegar a los yacimientos con nuestros vehículos. De manera que, aunque habíamos pasado unos días muy felices montando en camello, nuestro objetivo primordial era la investigación y ya no los necesitábamos. Los camellos resultan particularmente útiles cuando las distancias son demasiado grandes para recorrerlas a pie o bien para evitar que los vehículos destrocen los fósiles que se encuentran en la superficie del terreno. En cierta ocasión, cuando visité un yacimiento en la orilla occidental del lago Turkana, comprobé horrorizado que muchos fósiles que asomaban en el suelo habían quedado destrozados por las ruedas de unos vehículos.

Dada la importancia que tiene desplazarse rápida y eficazmente durante una operación a gran escala como la mía, decidí volver a pilotar un avión. Aunque había obtenido mi permiso de piloto en 1963, en marzo de 1968 dejé de volar a consecuencia de un estúpido incidente que me ocurrió en Olduvai un año antes, y en el que por poco mato a unos amigos que iban conmigo. Yo intentaba tomar tierra, pero a causa del fuerte sol matutino, no conseguía ver las señales de una pequeña pista de hierba que había construido hacía pocas semanas. Realicé tres intentos y todos fracasaron. Empecé a ponerme muy nervioso, pues me jugaba mi reputación como piloto. Pero en vez de desistir o intentar aterrizar desde el otro extremo de la pista, decidí estúpidamente, al cuarto intento, tomar tierra como fuera. Al hacerlo choqué contra las piedras que señalaban el borde de la pista y perdí dos ruedas, el plano de cola y la mitad de un ala. Por suerte logré conservar la sangre fría y desconectar los mandos eléctricos para evitar un incendio. Ninguno de nosotros resultó herido, pero el incidente me afectó mucho e hizo que me sintiera profundamente avergonzado.

Me costó no pocos esfuerzos volver a aprender a volar, pero a primeros de 1970, tras unos cuantos vuelos bastante accidentados, recuperé la confianza en mí mismo y volvieron a darme el permiso para

pilotar. Alquilé un pequeño Cessna de cuatro plazas para la expedición de 1970, que me fue de gran utilidad en mis desplazamientos. Después de realizar unos cuantos vuelos entre Nairobi y Koobi Fora, perdí el temor a volar y aunque no me agrada hacerlo, no me resulta una experiencia traumática.

El vuelo de Nairobi a Koobi Fora suele ser bastante directo, excepto cuando el mal tiempo obliga a efectuar un rodeo y a volar a baja altura. Nuestra pista de aterrizaje, próxima al campamento, pone nerviosos a los pilotos, pues es muy corta; sólo mide catrocientos metros de longitud y a veces sopla un viento que alcanza veinticinco nudos a un ángulo de 75 grados. Yo he aterrizado y despegado de esta pista más de mil veces, pero reconozco que la maniobra no es fácil y que requiere un alto grado de concentración.

Muchos amigos me preguntan por qué no me decido a ampliarla. La respuesta es bien sencilla: si lo hiciera, muy pronto nos veríamos invadidos por visitantes inoportunos. Dadas las dificultades que presenta la pista, la gente que viene a visitarnos tiene que utilizar otra pista más larga que está a unos diez kilómetros del campamento. Comoquiera que para llegar a él tienen que utilizar vehículos terrestres, la gente tiene que organizar su visita con antelación y solicitar nuestra autorización, lo cual nos permite «filtrar» las visitas.

Lo cierto es que dispongo de muchas pistas de aterrizaje distribuidas por la zona. Del mismo modo que dejé de viajar en camello para hacerlo en Land Rover, luego sustituí a éstos por una avioneta. Durante la campaña de 1970 nos servimos de varios campamentos, ya que muchos yacimientos se hallaban a demasiada distancia para ir y venir a diario desde Koobi Fora. Glynn disponía de un campamento de grandes proporciones con suficientes tiendas para alojar a unas treinta personas, cercano al yacimiento KBS, donde se hallaba entonces excavando. Kamoya disponía de un campamento móvil que trasladaba a la zona donde iba a trabajar. Además de éstos, establecimos un campamento en el norte, cerca de Ileret, donde Vince Maglio pasó varias semanas dedicado a la tarea de recuperar fósiles.

La logística me ocupaba mucho tiempo. No es fácil dar de comer a un grupo de setenta personas cuando la fuente de víveres más cercana se halla a más de dos días en coche, aparte de ocuparme de las diversas actividades de mi equipo multidisciplinario. Esto tenía la desventaja de que apenas me quedaba tiempo para realizar trabajos de campo. Aunque no siempre me era posible, procuraba pasar una semana en el lago y otra en Nairobi, ocupándome del Museo.

Nuestra pequeña avioneta nos era tan útil que decidí buscar dinero para adquirir una propia en vez de tener que alquilarla. Por fortuna, la National Geographic Society y la Fundación William H. Donner me concedieron un crédito con el que pude comprar un Cessna Skywagon de segunda mano en septiembre de 1970. La movilidad que me proporcionaba este aparato me permitió dirigir con la máxima eficacia nuestra expedición.

Aunque es muy difícil calcular el grado de éxito obtenido durante un

determinado año, no cabe duda de que el proyecto de Koobi Fora adquirió envergadura a partir de 1970. Conforme pasaban las semanas, Kamoya y su equipo consiguieron hallar tal abundancia de homínidos fósiles como jamás habíamos imaginado. La alegría del éxito nos servía de acicate y nos sentíamos muy orgullosos. Era evidente que el yacimiento del lago Turkana contenía abundantes restos de homínidos fósiles en excelente estado de conservación, y yo estaba convencido de que nuestra labor proporcionaría respuesta a muchos interrogantes sobre los orígenes del hombre.

En octubre de 1970 Meave y yo nos casamos. Bull Martin, el comisionado del distrito de Nairobi, buen amigo mío, nos casó en su despacho. Bill es keniata y desde hace algún tiempo pertenece al consejo de administración del Museo Nacional; curiosamente, también nos había casado a Margaret y a mí.

Cuando comprendimos que en el futuro habríamos de pasar mucho tiempo en Koobi Fora, Meave y yo pensamos construirnos una casa más confortable. Decidí edificarla en lo alto de una colina, lejos del campamento y separados del resto de la expedición, para poder disfrutar de nuestra intimidad. Era un lugar muy hermoso, situado frente a la bahía y en el que soplaba un viento fresco procedente del lago. La casa tenía el suelo de piedra y el techado y los muros de paja, aunque en el interior las paredes estaban revestidas de madera. Disponíamos de un dormitorio y una habitación más pequeña que servía de estudio. Entre ambas habitaciones había un pequeño almacén donde guardábamos un refrigerador que funcionaba con gasolina y unas estanterías para los efectos personales que habíamos ido acumulando a lo largo de los años. Eran unos objetos sin ningún valor, pero, naturalmente, nosotros les teníamos mucho cariño.

La pérdida de esta casa tres años después de haberla construido fue una de las mayores tragedias que me han ocurrido en Koobi Fora. Meave y yo estábamos en Nairobi el día en que sucedió; recibí un mensaje por radio comunicándonos que nuestra casa había quedado destruida por un incendio. Meave y yo regresamos en avión inmediatamente y sólo nos encontramos un montón de cenizas y piedras calcinadas. Uno de los servidores del campamento estaba llenando el quemador de la nevera con gasolina y, al encenderlo de nuevo, el depósito del combustible prendió fuego. Al darse cuenta de la gravedad de la situación, el hombre cogió el depósito y lo sacó, ardiendo, fuera de la casa. Pensó que lo más prudente era dejarlo en un lugar al abrigo del viento, confiando en poder extinguir el fuego con arena. Por desgracia, el depósito explotó y las llamas prendieron en la paja seca de la casa. Afortunadamente el hombre no sufrió ninguna quemadura grave, pero a los pocos momentos toda la casa fue pasto de las llamas. Los heroicos esfuerzos de Ian Findlater, un estudiante de geología inglés, y otros miembros de la expedición, por rescatar nuestros efectos personales se vieron frustrados cuando empezaron a estallar las municiones que había en la casa y tuvieron que correr a refugiarse. El calor provocado por el fuego debió de ser insoportable. Uno de los recuerdos más siniestros que tengo del incendio es ver los

restos calcinados de unos huesos humanos, unos especímenes de laboratorio que habíamos hallado hacía poco y conservábamos en el almacén para compararlos con otros fósiles. Cuando Meave y yo vimos esos huesos entre las negras cenizas, nos sentimos profundamente aliviados de que nadie hubiera perdido la vida en el incendio. Más tarde construimos otra casa en el mismo sitio, pero ésta era de piedra y sólo tenía el techado de paja.

A partir de 1969 pude moverme libremente sin llevar una escolta de policías armados en Koobi Fora, aunque todavía me preocupaba la cuestión de la seguridad. Desde que nuestro campamento había sido saqueado, yo era consciente de que había unas bandas de asaltantes que atravesaban la región y, según nos había dicho la policía, que estaban armados. Yo tenía un rifle y Kamoya otro, pero ¿qué podíamos hacer nosotros dos si nos atacaban? Yo confiaba que esto no sucedería jamás, que los bandidos se darían cuenta de que no merecía la pena asaltarnos. A pesar de ello, yo insistía en que todos se mantuvieran siempre bien alertados. El primer susto importante nos lo llevamos una noche a primeros de septiembre de 1971.

Habíamos terminado de cenar y debían de ser cerca de las diez. La luna brillaba intensamente sobre el lago y el cielo estaba tachonado de rutilantes estrellas, muy típicas del desierto africano. Mientras subía por el sendero hacia mi casa, se me ocurrió volverme para contemplar el campamento. Todos se habían retirado a dormir, las lámparas de aceite estaban apagadas y en el campamento reinaba una sensación de quietud. De pronto vi algo que me pareció una canoa sobre el lago, a la luz de la luna, pero al instante desapareció. Aguardé un rato y cuando apareció de nuevo comprobé que se trataba efectivamente de una canoa. Corrí en busca de unos prismáticos y conté un total de trece canoas, todas ellas portando a bordo seis hombres y navegando en silencio como una flotilla por la orilla del lago. ¿Quiénes eran aquellos individuos y qué pretendían? Yo no tenía la menor idea, pero por si acaso decidían atacarnos lo mejor era evacuar cuanto antes el campamento.

Bajé corriendo hacia las cabañas y di la voz de alarma procurando no hacer ruido; ordené a todo el mundo que se reuniera junto a los vehículos inmediatamente y en completo silencio. A los pocos momentos todos los miembros de mi expedición se hallaban congregados junto a los vehículos y unas veinte personas se habían subido en un Land Rover, ansiosas de ser las primeras en abandonar el campamento. Pedí que cinco voluntarios se quedaran conmigo para defenderlo; disponíamos de un rifle y algunas bengalas y, por si acaso, decidí apostar unos centinelas en el campamento. Glynn se llevó al resto del grupo para pasar la noche ocultos tierra adentro, lejos del lago.

Poco antes de que Glynn partiera con los evacuados, uno de los «voluntarios» me rogó que le dejara irse con Glynn, aduciendo que era un pacifista y que se había negado a luchar en la guerra del Vietnam. Aquello me enfureció, pero al fin le dejé marchar.

Aquella noche la pasamos en blanco, pero no sucedió nada de particular. Cuando las nubes cubrieron la luna perdimos de vista a las

canoas. Esperamos impacientes a que se hiciera de día y por la mañana, como no vimos ni rastro de las canoas, salí con la avioneta para averiguar dónde se habían metido. Al cabo de mucho rato las divisé ocultas entre las cañas, a unos tres kilómetros al sur de nuestro campamento. Después de observarlas atentamente comprobé que había unos cincuenta individuos, algunos de ellos armados con rifles, pero todo parecía indicar que se dirigían hacia el sur y que no tenían la menor intención de asaltarnos.

En otra ocasión, cuando nuestro camión se dirigía desde Koobi Fora a Nderati en busca de agua, al atravesar un cerro se topó con un grupo de unos setenta individuos que descansaban a la sombra de unos árboles. Estos, quizá por temor o como señal de advertencia, dispararon contra el camión, pero por suerte se encontraban a bastante distancia y no hubo ninguna víctima. Huelga decir que el conductor de nuestro camión se negó en redondo a regresar a por agua a menos que le acompañara una escolta de policías armados. Más tarde nos enteramos de que esta misma banda había atacado una aldea situada a unos setenta kilómetros y habían asesinado a varias personas.

Hasta 1976, no tuvimos animales domésticos en el campamento, puesto que se trataba de una región salvaje y no se me había ocurrido la idea de tenerlos. Un día, al regresar al campamento en la avioneta, me sorprendió ver a un perro merodeando por la cocina y pedí que me explicaran el motivo de su presencia. Me dijeron que el perro había aparecido pocos días antes, esquelético y con aspecto de haberse perdido, y que por las noches hurgaba entre la basura en busca de despojos. Me dijeron también que algunas personas del campamento temían que estuviera rabioso y le arrojaban piedras para que se fuera. Yo propuse que le diéramos un trozo de carne fresca y un poco de leche. A los pocos días el can pasó a ser otro miembro más del campamento y le pusimos por nombre *Nzuma*, que significa vagabundo. Al parecer, *Nzuma* había pertenecido a un grupo de nómadas que habían sido atacados por otra banda de asaltantes en Nderati. Siete de los hombres habían muerto y el perro debió de vagar durante varias semanas hasta dar con nuestro campamento.

Nzuma es un animal extraordinario. Durante varios años, hasta que adquirimos otro, fue el único perro en Koobi Fora y se hizo amigo de los chacales del lugar. Con frecuencia desaparecía durante cuatro o cinco días, marchándose con los chacales a cincuenta kilómetros del campamento, comportándose como un animal salvaje y alimentándose de lo que cazaba. A veces regresaba con restos de una liebre o una gacela joven. Pero lo más extraordinario del caso es que llegó a aparearse con los chacales y su descendencia también tuvo crías. Actualmente hay en Koobi Fora al menos un par de animales que son medio perro y medio chacal, el único ejemplo que conozco de un cruce de razas entre un can doméstico y un chacal.

Pese a nuestros intentos de ser metódicos, en ocasiones los hallazgos más interesantes eran fruto de la casualidad. Por ejemplo, una mañana de 1971, tres miembros del equipo de Kamoya se hallaban sentados junto a una criba, bucando fragmentos de una mandíbula

inferior de homínido que habían hallado pocos días antes. Sólo se percibía el sonido quedo de sus voces; era una escena tranquila y apacible, y el leve murmullo del viento que agitaba las ramas y el clamor intermitente de una paloma reidora contribuían a realzar aquella sensación de paz. De pronto sonó un disparo y el inconfundible impacto de una bala contra el suelo. Los tres hombres corrieron a refugiarse entre unos matorrales de la ribera. Debieron de permanecer allí una hora aproximadamente, durante la cual no oyeron más disparos ni vieron a nadie. Cuando salieron de su escondite, uno de los hombres tropezó y por poco pisa una mandíbula fósil de un homínido, la cual se hallaba parcialmente oculta y presentaba un aspecto muy completo. De no haber corrido a refugiarse al oír el disparo, probablemente jamás habrían hallado ese fósil y se habría perdido una de las piezas necesarias para recomponer el rompecabezas de los orígenes del hombre.

11. El hallazgo del «1470»

El año 1972 fue un año memorable. El 21 de marzo Meave dio a luz nuestra primera hija, Louise; en julio realizamos en Koobi Fora nuestro hallazgo más importante, el cráneo «1470»; y en octubre falleció mi padre. El nacimiento de Louise nos obligó a reorganizar un tanto nuestras vidas, pero como ninguno de los dos éramos partidarios de mimar a nuestra hija, a partir de las seis semanas Louise nos acompañó en todos nuestros desplazamientos. Estoy seguro de que tanto Louise como su hermana menor, Samira, que nació dos años más tarde, recordarán con agrado sus viajes con nosotros cuando eran niñas. Lamento que mi primera hija, Anna, no gozara de esta oportunidad. Koobi Fora es un lugar tan caluroso como seco, y nuestra mayor preocupación era impedir que Louise se deshidratara. Meave confeccionó para ella una especie de hamaca, que colgaba de unas vigas en nuestra casa, y gracias a la brisa que soplaba sobre la colina Louise pasó menos calor que nosotros.

El cráneo «1470», el ejemplar más primitivo del *Homo* que hallamos en Koobi Fora, fue descubierto por Bernard Ngeneo, quien, aunque sólo hacía un año que se había unido al equipo de Kamoya, muy pronto pasó a ser un experto buscador de fósiles. Las circunstancias que llevaron a Bernard a participar en nuestra expedición fueron bastante insólitas. En la actualidad dispongo de varios sirvientes en mi casa de las afueras de Nairobi, pero a principios de 1970, cuando regresé con Meave de un viaje al extranjero, me encontré a Bernard Ngeneo «echando una mano» en las tareas domésticas. Supuse que sería amigo de mi sirviente y no dije nada, pues nadie se quejó de la situación y pensé que ésta duraría sólo unos días. Pero al cabo de un mes Bernard seguía con nosotros, y puesto que nos había sido tan útil, decidí remunerarle por su trabajo. De paso, le pregunté qué planes tenía para el futuro y le dije que no podía ofrecerle un empleo fijo. Bernard se mostró muy sorprendido y me rogó que le dejara quedarse un tiempo más para ayudar a su amigo en las faenas domésticas. Esta situación se prolongó durante varios meses, hasta cierto día en que, al poco de iniciarse la temporada en Koobi Fora, Meave y yo nos disponíamos a salir hacia el campamento.

Al bajar con el coche por nuestro camino particular, encontramos a Bernard junto a la carretera con una pequeña maleta. Supuse que se dirigía a la ciudad y me ofrecí a llevarle en coche hasta el aeródromo, desde donde podía tomar un autobús que le conduciría a la ciudad.

Durante el camino le pregunté a dónde se dirigía y él me dijo tranquilamente que a Koobi Fora. Impresionado por su respuesta tan decidida, le llevé con nosotros y le di un empleo temporal en la cocina del campamento.

Así comenzó la larga participación de Bernard con la expedición del lago Turkana. Hacia finales de agosto me pidió permiso para visitar la zona donde estaban trabajando los científicos, y le envié con Kay y Glynn al yacimiento KBS, a donde debían llevar unas muestras geológicas. Mientras Kay y Glynn charlaban en el yacimiento, Bernard salió a dar un paseo y halló un fémur australopitecino a sólo cien metros del lugar donde Glynn y su equipo habían estado explorando durante casi dos meses. Como es natural, el hallazgo le valió a Bernard un puesto en el equipo de exploración. Al igual que el resto de sus compañeros, Bernard aprendió los pormenores de la anatomía esquelética manejando esqueletos de animales y fragmentos de huesos y comparando una especie con otra. Este trabajo se llevaba a cabo en el campamento y en el laboratorio de osteología del Museo. En el transcurso de los años siguientes Bernard halló varios ejemplares muy valiosos.

El hallazgo del «1470», realizado en 1972, ha obtenido una gran publicidad y es sin duda el fósil más conocido de cuantos se han descubierto en Koobi Fora. No obstante, cuando fue hallado no causó más revuelo que la lógica alegría por haber descubierto otro homínido. Por entonces me encontraba en Nairobi, y cuando visité el yacimiento unos días más tarde, concretamente el 27 de julio, no se había tocado nada y todo estaba tal como lo había hallado Bernard. El ejemplar estaba bastante deteriorado y muchos fragmentos de huesos fósiles yacían en la superficie de un escarpado barranco. A pesar de que ninguno de los fragmentos medía más de un par de centímetros, era evidente que pertenecían a un cráneo homínido. En seguida vimos que algunos de ellos correspondían a la parte posterior del cráneo, otros a la parte superior y algunos a los laterales, además de unos fragmentos pertenecientes a los frágiles huesos faciales. Todo ello indicaba que era muy posible que consiguiéramos hallar los fragmentos suficientes para reconstruir el cráneo y que éste quedara bastante completo. Era evidente, sin embargo, que habríamos de cribar la zona palmo a palmo a fin de recuperar los fragmentos que pudieran estar enterrados en la capa superior de tierra que cubría la empinada ladera. Esta operación no se inició hasta dos semanas más tarde y se prolongó a lo largo de varias semanas.

Durante el tiempo que estuvimos cribando la zona pudimos recuperar algunos otros fragmentos. Al quinto día de haber comenzado la labor, Meave, Bernard Wood (un amigo que me había acompañado en varias expediciones anteriores) y yo volamos hasta el yacimiento para ayudar a nuestros colegas. A la hora de almorzar regresamos a Koobi Fora con algunos fragmentos y después de comer y darnos un baño en el lago, nos sentamos en el porche de nuestra casa para examinar los fragmentos. Antes de proceder a unirlos, Meave los lavó con cuidado y los colocó en una bandeja para que se secaran al sol. Al poco rato habíamos conseguido unir varios de los fragmentos mayores y vimos que el cráneo debía de

ser bastante voluminoso, sin duda mayor que los del *Australopithecus*, de cerebro pequeño, que habíamos hallado en 1969 y 1970. Hacia el atardecer comprendimos que no podríamos seguir reconstruyendo el cráneo a menos que halláramos en el yacimiento los fragmentos que faltaban.

Seguimos cribando la zona durante las semanas siguientes y recuperamos bastantes fragmentos más, que Meave se dedicó a unir con mucha paciencia. Poco a poco, a medida que el cráneo iba tomando forma, comenzamos a hacernos una idea de su tamaño. Sabíamos que era mayor que el de los otros homínidos fósiles que habíamos visto hasta entonces, pero ignorábamos el tamaño de su cerebro. Así pues, decidimos tratar de calcularlo. Empezamos por llenar con cuidado los huecos de la bóveda craneal con plasticina y cinta adhesiva, luego llenamos el interior de la bóveda con arena de la playa y medimos el volumen de ésta por medio de un pluviómetro. Después de un complicadísimo cálculo, llegamos a la conclusión de que el volumen del cráneo debía medir poco menos de 800 centímetros cúbicos. Algún tiempo más tarde, y por medio de unos métodos muy precisos, se estableció el tamaño del cerebro del «1470» en 775 centímetros cúbicos, lo que indica que nosotros no andábamos muy equivocados. Este nuevo dato resultaba extraordinario, ya que significaba que disponíamos de un cráneo humano primitivo cuyo volumen cerebral era mucho mayor que el del resto de los ejemplares de parecida antigüedad que habíamos descubierto hasta la fecha. Asimismo, hallamos unos huesos correspondientes a las extremidades. Creímos que el cráneo debía datar de más de 2,6 millones de años, basándonos en la fecha de la toba KBS y en las garantías que Fitch y Miller nos habían dado respecto a la misma. Resultó que nos habíamos equivocado en cerca de medio millón de años, pero esto no lo supimos hasta algún tiempo más tarde.

Poco después tuve que regresar a Nairobi. Llevé el cráneo conmigo para mostrárselo a mi padre, pues sabía que en septiembre tenía previsto marcharse de viaje. Se lo mostré la mañana antes de su partida a Inglaterra. Tuvimos una larga y amena charla en su despacho y quedamos en que más tarde me reuniría con él y con mi madre para cenar juntos y seguir hablando del nuevo hallazgo. Meave se había quedado en Koobi Fora y al día siguiente regresé en avión para recogerla a ella y a nuestra hija Louise.

Recuerdo con toda claridad la conversación que tuve con mi padre aquel día, pues, por primera vez en muchos años, se mostró relajado y a gusto conmigo. Tuve la impresión de que se alegraba de nuestro hallazgo del «1470» y no hubo la menor tensión entre nosotros. Cuando tomó el cráneo en sus manos, se emocionó visiblemente, ya que venía a confirmar las teorías que había sostenido a lo largo de toda su carrera sobre la gran antigüedad de formas homínidas muy avanzadas. Ningún hallazgo suyo había sido tan completo y él estaba convencido de que ya no volvería a dudarse de sus teorías. Asimismo, se mostró muy satisfecho de que hubiera sido hallado por un miembro de mi expedición y en un yacimiento keniata. En cierto sentido, aquel día me sentí más unido a

él que nunca desde los primeros tiempos de mi infancia. Por razones que no acierto a explicarme, tuve la sensación de que aquella noche habíamos hecho por fin las paces y que algo extraordinario ocurría entre nosotros. Curiosamente, me preocupaba el viaje que estaba a punto de emprender y deseé haber tenido más tiempo para seguir charlando juntos.

Por la noche, al llegar al aeropuerto, me despedí de mi padre como si no fuera a verlo nunca más. Poco antes de que atravesara la puerta de salida para abordar el avión, comentamos esta sensación que, al parecer, ambos compartíamos, y le pedí que se cuidara mucho. Esto sucedió la noche del 29 de septiembre; mi padre murió en Londres el 1 de octubre, a consecuencia de un ataque al corazón. Aunque parezca difícil de creer, estoy convencido de que ambos tuvimos una especie de premonición.

La inmensa cantidad de cartas de pésame que recibió mi madre procedentes del mundo entero nos impresionó profundamente. El gobierno de Kenia hizo cuanto pudo por ayudarnos y recibimos cartas de pésame escritas de puño y letra del jefe del Estado y muchas otras personalidades del país. Era un gran consuelo saber que el largo servicio prestado por mi padre a su país le había sido reconocido y que muchos keniatas consideraban su muerte como una pérdida irreparable para Kenia.

Mi padre me había preguntado qué planes tenía para difundir la noticia del hallazgo del «1470», advirtiéndome que iba a tropezarme con bastante oposición por parte de ciertos colegas que se negarían a aceptar que el cráneo perteneciera al *Homo.* Casualmente, el doctor H. G. Vevers, a la sazón director adjunto del departamento de ciencias de la Sociedad de Zoología de Londres, me había invitado a presentar un informe durante el simposio que dicha Sociedad iba a celebrar en el mes de noviembre de aquel año. Otras varias personas dedicadas al estudio del hombre fósil en África habían sido invitadas también para que presentaran sus respectivos informes. El simposio había sido idea del doctor Vevers y organizado conjuntamente por la Sociedad de Zoología y la Sociedad de Anatomía, con el fin de conmemorar el nacimiento de sir Grafton Elliot Smith. Éste, nacido en Australia en 1871, se había convertido en uno de los más destacados anatomistas británicos, y había estado implicado en el asunto de Piltdown. La Sociedad de Zoología es una prestigiosa institución que ha dado a conocer numerosos y autorizados informes científicos, por lo que me pareció el medio ideal para presentar mis nuevos hallazgos del lago Turkana. Yo tenía interés en presentar mi nuevo cráneo a la comunidad científica y observar su reacción antes de que la prensa difundiera la noticia. El caso es que por la mañana di a conocer a los científicos que asistían al simposio todos los pormenores de mi hallazgo, y aquella misma tarde, durante una rueda de prensa, facilité a los periodistas los detalles básicos del cráneo.

Escribí al doctor Vevers para comunicarle mi deseo de hablar sobre mi último e interesante hallazgo y que mi amigo Bernard Wood iría a verle para discutir con él la posibilidad de organizar una rueda de prensa durante el simposio. Recibí carta de lord Zuckerman, el entonces secreta-

rio de la Sociedad de Zoología, informándome de que una reunión que tenía como fin honrar la memoria de Elliott Smith no era la ocasión más indicada para celebrar una rueda de prensa, dado que restaría valor científico tanto a mi trabajo como al simposio, y que confiaba en que estaría de acuerdo con él. Lo cierto es que yo creía que la expectación causada por mi nuevo hallazgo, así como la rueda de prensa organizada para difundir la noticia, más bien favorecería la imagen pública de la Sociedad, pero decidí acatar la decisión tomada por ésta.

Algunas semanas más tarde llegué a Londres y a las nueve y media en punto de la mañana del 9 de noviembre me presenté en la sala de actos de la Sociedad de Zoología de Londres, antes de que comenzaran las sesiones del día. La reunión estaba presidida por el profesor A. J. Cave, un destacado anatomista, y tras unos comentarios preliminares acerca del simposio, lord Zuckerman habló sobre sir Grafton Elliott Smith, refiriéndose durante su charla al cráneo de Piltdown y sosteniendo que Smith no pudo estar implicado en aquel fraude. El presidente pidió entonces a J. S. Weiner que nos diera más detalles acerca del fraude de Piltdown.

Sólo quedaba tiempo para que uno de los tres conferenciantes que debían hablar a continuación presentara su informe antes de que se hiciera una pausa para tomar café. El presidente nos comunicó que puesto que la reunión se prolongaba más de lo previsto, debía reducir el tiempo concedido a cada uno de los conferenciantes. Mientras tomábamos café, formamos unos grupos y comentamos lo sucedido durante la sesión.

Yo suponía que iba a disponer de cincuenta minutos para hablar, y en el último momento me costó mucho decidir qué partes omitir de mi informe original para ajustarme a los treinta minutos que se me habían concedido. Hablé brevemente sobre el yacimiento de Koobi Fora y me referí al contexto geológico con el que podían estar relacionados algunos fósiles. Asimismo, me referí a la labor de calcular las fechas llevada a cabo por Fitch y Miller, los cuales se hallaban presentes en la sala, y expresé mi deseo de que los homínidos hallados en aquella zona contribuyeran a un mejor conocimiento de la evolución humana. Luego hablé sobre los diversos ejemplares del *Australopithecus* que habíamos recuperado y comenté la semejanza que parecía existir entre el material recuperado en Koobi Fora y aquel de Olduvai.

A renglón seguido presenté el nuevo cráneo y, con ayuda de unas diapositivas, describí con todo detalle los rasgos más característicos del mismo, destacando el tamaño de su cerebro, y afirmé que, a mi juicio, el ejemplar no podía ser atribuido al género del *Australophitecus,* sino que pertenecía a la especie del *Homo.* Concluí mi informe glosando el resultado de nuestros trabajos en Koobi Fora y resaltando el hecho de que, según los datos de que disponíamos, tanto el cráneo del *Homo* como los huesos de las extremidades que habíamos descubierto, databan como mínimo de 2,6 millones de años. Por último, dije que todo parecía indicar que durante un largo período el *Australopithecus* había sido contemporáneo del *Homo,* y que, por tanto, era preciso revisar la

relación que suponíamos que existía entre ambos. Di las gracias al presidente y cuando volví a tomar asiento, el público me dedicó una calurosa ovación, iniciada por lord Zuckerman.

Cuando dejaron de sonar los aplausos, lord Zuckerman se levantó para, según dijo, ser el primero en felicitarme por mi informe. Cito textualmente el acta de sesiones: «Señor presidente, deseo ser el primero en felicitar al señor Leakey, un aficionado y no un especialista, por el modesto y moderado tono de su informe. Asimismo, deseo expresar mi gratitud, y sin duda la gratitud de muchos de los que han trabajado con él y con su padre, por la labor realizada por ambos, no como anatomistas, como bien ha señalado el señor Leakey, ni tampoco como geoquímicos, sino sencillamente como unos hombres interesados en recuperar fósiles para que éstos sean estudiados por los especialistas. Su generosa oferta de poner este material a disposición de los estudiantes interesados en él, es ciertamente algo que tendremos muy en cuenta y que confío sabremos aprovechar.»

Algunos miembros del público hicieron unas preguntas relacionadas con mi informe y al cabo de unos quince minutos, el presidente levantó la sesión para que nos fuéramos a comer. Estaba previsto que todos los participantes almorzáramos en el comedor privado de la Sociedad, situado al otro lado de la calle. Yo salí acompañado por lord Zuckerman, antes que el resto de los asistentes, y al llegar al vestíbulo nos encontramos con cerca de una veintena de periodistas y fotógrafos. Yo me mostré tan sorprendido como indignado Zuckerman, sobre todo cuando comprendió que estaban allí para hablar conmigo sobre mi nuevo hallazgo. Yo no sabía nada del asunto ni había comunicado a la prensa mi intención de asistir al simposio organizado por la Sociedad de Zoología. Lord Zuckerman me condujo rápidamente a un despacho y me pidió que aguardara allí. Al poco rato apareció un miembro del personal de la Sociedad y me preguntó qué clase de bocadillos prefería que trajera. Le expliqué que iba a almorzar con mis colegas, pero el hombre insistió en que permaneciera en el despacho hasta que la prensa desalojara el edificio. Dado que los periodistas no parecían tener ninguna prisa por marcharse, me llevaron la comida al despacho. Tuve la impresión de que, no obstante la amabilidad que me dispensaban, me retenían en aquel despacho en contra de mi voluntad.

Al cabo de un rato pude comunicarme con mi amigo Bernard Wood y le pedí que convenciera a los periodistas, los cuales seguían aguardando, para que se reunieran conmigo en otro lugar después de comer. Propuse que nos reuniéramos en la residencia del Alto Comisario de Kenia, y tras una breve discusión con los funcionarios de la misma, todo se solucionó, los periodistas abandonaron el edificio de la Sociedad de Zoología y yo pude reunirme con mis colegas.

La conferencia de prensa fue un éxito y la noticia del hallazgo se difundió en el mundo entero. Imagino que aquel día no debió de ocurrir nada extraordinario en el mundo, pues de otro modo no me explico que un cráneo fósil mereciera ocupar los titulares de la prensa internacional. Ciertamente, la publicidad engendra publicidad. Los directores de los

periódicos estaban asombrados de que sus redactores concedieran tanta importancia al cráneo y, sin saber muy bien por qué, ellos también le concedieron un tratamiento digno de un jefe de Estado.

Todavía no sé si aquella publicidad fue beneficiosa o todo lo contrario. No cabe duda de que se concedió una importancia excesiva al cráneo «1470», y en consecuencia muchos pensaron, equivocadamente, que era el único hallazgo importante que habíamos hecho en Koobi Fora. Lo cierto es que el «1470» forma parte de una colección de un par de centenares de restos de fósiles entre los cuales existe, como mínimo, media docena de ejemplares tan completos y valiosos como él. Por otra parte, no era el primer cráneo de *Homo habilis* que se había descubierto; mi padre había hallado en Olduvai, en 1962, un cráneo del *Homo habilis* que apenas recibió publicidad.

El hecho de poner a un cráneo el nombre de *Homo* u otro distinto, es cuestión de definición. Ninguno de los fósiles que hemos hallado lleva una etiqueta. Les imponemos un nombre para simplificar las cosas. Tenemos que juzgar si «X» se parece más a «Y» que a «Z», lo cual resulta a veces bastante complicado cuando «X», «Y» y «Z» no están completos. Yo puse al cráneo el nombre de *Homo* porque estimé que se parecía más a otros fósiles *Homo* que a los llamados *Australopithecus*. Además, existe un dato todavía más importante, y es que el «1470» posee un volumen cerebral muy superior a los fósiles designados como *Australopithecus*, lo cual, a mi modo de ver, es bastante significativo.

La inteligencia que poseemos, junto con nuestra tecnología y cultura, parten de algún suceso acaecido en el pasado cuando resultó más ventajoso poseer un cerebro de mayor tamaño. Mi interés por el *Homo* primigenio obedece a mi deseo de averiguar en qué momento comenzó a aumentar el volumen del cerebro y, sin ninguna duda, el cráneo «1470», aún después de revisarse su fecha, constituye uno de los primeros ejemplos de un homínido de cerebro voluminoso. Por otra parte, me gustaría averiguar si este aumento de la masa encefálica ocurrió a una especie del *Australopithecus* o a un homínido totalmente distinto.

El anuncio del hallazgo del «1470», hecho en Londres en 1972, señaló el comienzo de una polémica en torno a este tema, en la que me vi personalmente implicado. Se plantearon numerosos interrogantes, como por ejemplo si habíamos reconstruido el cráneo correctamente con los diversos fragmentos de que disponíamos. Se llegó a decir que el cráneo recuperado en Koobi Fora había sido reconstruido equivocadamente, y en caso de volver a reconstruirse correctamente, se comprobaría que éste pertenecía al género del *Australopithecus*. El hecho innegable es que pudimos recuperar suficientes fragmentos del cráneo como para componer una superficie que se prolongaba desde la parte frontal hasta la posterior, y desde un lado hasta el otro. Todos los fragmentos encajaban perfectamente y no había ninguno suelto que no supiéramos dónde colocarlo exactamente. Dadas estas circunstancias, es imposible que la reconstrucción del cráneo no fuera correcta. El cráneo presenta cierta deformación, como la mayoría de fósiles, causada por la presión y el desplazamiento de las rocas entre las cuales estuvo sepultado. Esta

deformación, sin embargo, no influye para nada en el tamaño real de la caja craneal. Por desgracia, se han empleado tanto tiempo y palabras en la absurda polémica en torno al «1470», que con frecuencia se olvida su auténtico valor.

A partir del hallazgo del «1470» en 1972, se han descubierto otros cráneos del mismo género, si bien menos completos, que han venido a confirmar que este ejemplar no era el único. Los especímenes más completos recuperados en Koobi Fora han contribuido a esclarecer la polémica, y los científicos más rigurosos han llegado a aceptar la existencia en Olduvai y en Koobi Fora de un homínido que posee un voluminoso cerebro, distinto pero contemporáneo del *Australopithecus.* Casi todos están de acuerdo en que el cráneo «1470» sea denominado *Homo,* como también que éste es un antecesor directo del *H. erectus.*

Al morir mi padre, sugerí a los administradores del Museo la conveniencia de construir un edificio moderno para albergar el material arqueológico y paleontológico que se hallaba diseminado por varios rincones del Museo. Mi deseo era construir un amplio edificio que pudiera albergar una extensa colección de fósiles en recuerdo de mi padre. Era la ocasión ideal para habilitar una cámara abovedada donde se custodiaran los homínidos fósiles más valiosos, así como otras instalaciones muy necesarias. Estaba seguro de poder reunir el capital necesario para la construcción de este edificio en memoria de mi padre, el cual constituiría la base de un amplio programa internacional dedicado a la prehistoria.

En 1971 ya había expuesto la idea de ampliar las instalaciones del Museo, pero mi padre se opuso a ella, aduciendo que en vez de malgastar el dinero construyendo edificios «suntuosos», era preferible emplearlo en pagar los salarios del personal. Por diversas razones, no quise contradecir a mi padre y archivamos la idea. Sin embargo, después de su muerte, me parecía la forma más idónea de honrar y continuar la labor de un pionero de la prehistoria, y llegamos al acuerdo de que, siempre que yo consiguiera reunir el capital necesario para ello, el Museo se comprometía a construir unos edificios destinados a alojar las colecciones prehistóricas. Dichos edificios incorporarían también unas oficinas, una sala de juntas y una sala de conferencias con capacidad para quinientas personas.

En febrero de 1973 comencé mi labor para recaudar fondos. Uno de mis primeros objetivos era conseguir apoyo de una fundación norteamericana. En Estados Unidos hay mucha gente dispuesta a apoyar un proyecto siempre y cuando puedan hacerlo a través de una organización que suponga para ellos una deducción de sus impuestos, es decir, que sólo deban tributar sobre la renta que les queda una vez hechas estas deducciones. Sin duda se trata de un sistema gracias al cual muchos proyectos científicos y educativos han logrado ponerse en marcha en América, y lamento que no haya más países que ofrezcan un incentivo similar a los hombres de negocios para que éstos se decidan a apoyar aquellos proyectos que merezcan la pena. Sin embargo, algunos abusaron de este sistema, por lo cual en 1969 el gobierno norteamericano promulgó una ley destinada a garantizar no sólo la autenticidad de estas fundaciones que atraían fondos para proyectos benéficos, sino que éstas

dispusieran de una amplia infraestructura que permitiera que se donaran fondos destinados a determinados proyectos. Debido a ello, comprendí que me sería muy difícil obtener por medio de una fundación el tipo de financiación que necesitaba. Ninguna de estas fundaciones se arriesgaría a actuar como mero «conducto» para canalizar los fondos y ser sancionada por el Tesoro público de Norteamérica. Así pues, era imprescindible que hallara una fundación cuyo objetivo primordial fuera el de apoyar la investigación de la prehistoria en África. Por suerte, esta fundación existía. La Fundación L.S.B. Leakey, a la que mi padre había dedicado tanto tiempo y esfuerzos, llevaba varios años ayudando a financiar diversos proyectos de mi padre. Yo había dado algunas conferencias en ella y conocía a los miembros del consejo. Asimismo, en ciertas ocasiones había expresado mi disconformidad con la gestión llevada a cabo por la Fundación. Pero en vida de mi padre, y a fin de evitar disgustos con él, nunca me había inmiscuido en los asuntos de la Fundación.

Ahora, al morir mi padre, decidí que las cosas debían cambiar y, aprovechando un viaje a los Estados Unidos a principios de 1974, tuve varias conversaciones con los administradores de la Fundación. Les convencí de que yo podía ayudar a la Fundación a través de mi campaña para recaudar el dinero necesario para construir el edificio en memoria de mi padre, y ellos a mí. Mi plan consistía en organizar yo mismo la campaña para recaudar fondos y que el dinero obtenido fuera canalizado a través de la Fundación. Yo tenía que conseguir más de un millón de dólares para este edificio en memoria de mi padre y era preciso que trabajara a través de un organismo como la Fundación L.S.B. Leakey. Por mi parte, deseaba que la Fundación se ocupara más de la prehistoria y no tanto de estudios sobre el comportamiento de los primates y otros proyectos similares. Expuse mis ideas en un informe que presenté en una reunión extraordinaria del consejo. Entre mis propuestas figuraba la de formar un nuevo consejo de administración, lo cual, bien pensado, era una pretensión bastante poco razonable y un tanto impertinente, pero entonces me pareció una medida del todo justificada. A pesar de esto, confiaba en tener éxito, puesto que muchos de los asistentes a la reunión me habían dado a entender que apoyarían mis propuestas.

Durante la reunión se me hicieron varias preguntas relacionadas con mi informe y luego me pidieron que me retirara. Al cabo de una hora aproximadamente, me volvieron a llamar para comunicarme que mi propuesta había sido rechazada y que era impensable que la Fundación accediera a mis exigencias. Me mostré muy sorprendido y, antes de irme, manifesté mi disgusto por aquella decisión e informé a los presentes que no me quedaba otro recurso que establecer otra fundación cuyos objetivos fueran más acordes con los míos. En aquellos momentos no me parecía la solución ideal, pero, a fin de cuentas, lo importante era contar con una fundación norteamericana que tuviera una relación especial con el proyectado edificio en Nairobi. Terminé proponiendo a los miembros del consejo que meditaran bien mi propuesta y les pedí que me hicieran saber su decisión por escrito en un plazo de noventa días, asegurándoles que retrasaría hasta entonces mi proyecto de una nueva fundación.

Fue durante esta visita a los Estados Unidos cuando logré persuadir a mi amigo David Look para que me ayudara a recaudar el dinero destinado a construir un edificio en memoria de mi padre. Con su ayuda, nos pusimos en contacto con varias fundaciones, corporaciones y personas adineradas y conseguimos reunir el millón y medio de dólares que necesitaba. Ningún otro amigo ha hecho tanto por ayudarme y siempre estaré en deuda con la familia Look. Lo curioso es la circunstancia por medio de la cual nos conocimos.

Durante la época en que Meave cursó unos estudios en Inglaterra, fue a Estados Unidos para pasar unas vacaciones de verano, y se alojó durante un par de meses en casa de la familia Look, en Nueva Jersey, para ocuparse de los cuatro hijos del matrimonio y así ganar algún dinero con que sufragar los gastos de su estancia. Desde entonces se había mantenido en contacto con los Look, y David, que trabajaba en un banco, fue varias veces a Nairobi por asuntos de negocios y cada vez que iba llamaba a Meave para saludarla. Yo no quise conocerle cuando iba a Nairobi, porque creo que me fastidiaba la idea de que Meave hubiera trabajado para los Look, aunque reconozca que era absurdo. Sea como fuere, en 1971 Meave fue conmigo a los Estados Unidos, y yo tuve que dar una conferencia en Nueva Jersey. Meave, como es natural, decidió visitar a los Look y acordamos que cada cual iría por su lado. A mí vino a recogerme un enorme y lujoso automóvil y Meave tomó un autobús de la compañía Greyhound para ir a casa de los Look. Estos se mostraron muy interesados en nuestro trabajo en Koobi Fora, y al contarles Meave lo difícil que resultaba obtener el dinero necesario para la investigación, se brindaron a ayudarnos. Unos días más tarde, concretamente un domingo, accedí a acompañar a Meave a casa de los Look para almorzar, y así fue como David y yo nos hicimos muy amigos.

A finales de marzo de 1974 todo parecía indicar que no iba a recibir respuesta de la Fundación Leakey, por lo que empecé a hacer planes para establecer una nueva fundación. Yo había hablado de ello con David Look y otro amigo, Charles Jaffin, un abogado de Nueva York, para que me ayudaran a hacer las gestiones oportunas si se presentaba el caso. Cuando me disponía a ponerme en contacto con David y Charlie en los Estados Unidos, recibí un telegrama comunicándome que el presidente de la Fundación Leakey llegaba al día siguiente a Nairobi para discutir conmigo las propuestas que yo les había hecho unas semanas atrás. La noticia era del todo inesperada y aguardé su llegada con una mezcla de impaciencia y curiosidad.

Según pude deducir por nuestra conversación, la Fundación Leakey había reflexionado sobre mis propuestas y si bien no podía aceptarlas en su totalidad, estaban dispuestos a exponer sus condiciones para poder llegar a un acuerdo. Esto no era ni mucho menos lo que yo pretendía y así se lo hice saber a mi visitante. Le di las gracias por el interés que la Fundación se había tomado en el proyecto que les había expuesto y le informé sobre mis planes para establecer una nueva fundación, la cual llevaría el nombre de Foundation for Research into the Origin of Man, que para abreviar llamaríamos FROM (Fundación dedica-

da a la Investigación de los Orígenes del Hombre). Mandé un telegrama a Charles Jaffin comunicándole mi decisión y tres semanas más tarde presentamos los documentos necesarios para fundar FROM. Se nos concedió autorización para establecer una fundación de carácter público durante dos años de plazo, al término de los cuales nos someteríamos a una auditoría y consiguiente resolución por parte del Departamento del Tesoro Público.

David Look pasó a ocupar el cargo de presidente de la Fundación, Charles Jaffin el de secretario y yo fui nombrado presidente del consejo de administración. Varios amigos accedieron a formar el primer consejo de administración de FROM, entre los cuales había dos colegas científicos, Glynn Isaac y Don Johanson. David se comprometió a dirigir la Fundación desde su despacho de la banca Morgan durante un tiempo para evitarnos tener que montar una oficina dedicada a los asuntos administrativos. Por entonces yo no acababa de entender que, debido a las leyes fiscales que rigen en América, FROM no podía ser utilizada específicamente para canalizar los fondos destinados al Museo de Nairobi. No obstante, mis amigos abogados en seguida me aclararon esta cuestión y no tuve más remedio que buscar otra solución. Necesitaba contar con una organización de carácter benéfico que se encargara de la financiación del edificio que pensaba construir en Nairobi en memoria de mi padre. Lógicamente, recurrí en primer lugar a las organizaciones que en otro tiempo me habían brindado su ayuda, pero todas rechazaron mi propuesta, pues aunque la idea les parecía excelente no querían saber nada de un proyecto de construcción de tal envergadura en África.

Afortunadamente, la Phelps Stokes Fund, dirigida por Franklin Williams, que en otro tiempo había sido embajador, se mostró muy interesada en el proyecto. Esta institución ha hecho mucho en favor de las relaciones afro-americanas y muchos estudiantes africanos se han beneficiado de sus programas de apoyo económico. Franklin Williams, junto con los miembros del consejo de dicha institución, consideraban el proyecto como un nuevo sistema de ampliar el programa educativo en África, y yo logré convencerles de lo necesario que era conocer los orígenes de la humanidad. El origen de la conducta humana, la cultura y la lengua es un tema fundamental, y es preciso conocer la fase inicial de la evolución humana. Con ayuda de la Phelps Stokes Fund, comencé la tarea de recaudar fondos y dejé que David Look se ocupara de hacer los contactos necesarios en los Estados Unidos. David, aparte de concertarme entrevistas, almuerzos y demás, pasó a ser el «director de la campaña», e insistía amistosamente a todos sus amigos y vecinos para que colaboraran en la tarea de recaudar fondos. No sé cuántos amigos perdió David a causa de su relación conmigo, pero confío que no fueran muchos.

Yo tenía mucho interés en conseguir apoyo de otros países aparte de los Estados Unidos, ya que no quería depender exclusivamente de la generosidad de los americanos. Por suerte, logré mi propósito; obtuve cuantiosas donaciones de Inglaterra, Suecia y Holanda. En el caso de los holandeses, la aportación ascendió a 200.000 dólares y se pagó a través

del Dutch Development Aid Programme. En cuanto a la donación de los suecos, mi contacto inicial era el profesor Carl Gustaf Bernhard, a la sazón secretario general de la Real Academia Sueca de Ciencias. La Academia ha colaborado en la creación de instituciones científicas en los países del Tercer Mundo, y en aquellos momentos la prehistoria del hombre era un tema que interesaba mucho en Suecia.

A fin de promover mayor interés en mi proyecto en Suecia, acepté la invitación que se me hizo para dar una conferencia en la Real Academia Sueca de Ciencias sobre la prehistoria africana y nuestros orígenes. Una vez concertada la visita a Estocolmo, empecé a ponerme muy nervioso ante la perspectiva de dar aquella conferencia. Varios colegas, enterados de la invitación que había recibido, se asombraron de mi reacción, pues entre los miembros de nuestra especialidad se considera un altísimo honor hablar en la Real Academia Sueca de Ciencias. Yo había dado cientos de conferencias, en diversos lugares, muchas veces ante personalidades de gran prestigio, pero ésta era la primera vez que me inquietaba dar una conferencia.

Generalmente, no suelo recurrir a notas, pero en esta ocasión decidí preparar mi conferencia por escrito. Conforme se acercaba la fecha, y pese a estos concienzudos preparativos, mis nervios iban en aumento. Vestido de esmoquin, y sintiéndome muy incómodo y azorado, fui presentado a los distintos académicos, en un ambiente de gran formalidad, como suele suceder en Suecia. Debía pronunciar mi conferencia en la sala de reuniones de la Academia, una sala cuyas paredes estaban revestidas con paneles de nogal y cubiertas con retratos de científicos célebres asociados a la Real Academia Sueca de Ciencias. Había un gran número de personas presentes, por lo que se habían añadido más sillas a fin de acomodar a toda la gente en la sala, que es relativamente reducida. Llegado el momento, los asistentes se trasladaron a la sala de actos y me presentaron al rey Gustavo, que acababa de llegar para asistir a la conferencia.

Tras unos breves momentos en que se habló de cuestiones referentes a la Academia, fui presentado al auditorio y me dirigí con paso vacilante hacia el estrado. Comencé saludando respetuosamente a su majestad y dije que me sentía muy honrado de hablar en la Academia. Después de estas breves frases, que logré pronunciar sin que me temblara la voz, me quedé totalmente en blanco. No tenía la menor idea de lo que debía decir ni cómo salirme del apuro. Llevaba las notas que había escrito, pero no sabía cómo utilizarlas. Miré en torno a la sala, buscando desesperadamente algo que me inspirara y al cabo de unos momentos, que me parecieron una eternidad, me quedé mirando fijamente al rey, que parecía darse cuenta de mi apurada situación. El monarca sonrió, creo que más bien divertido que para darme ánimos, pero aquello me hizo reaccionar. Guardé mis notas en el bolsillo trasero del pantalón, el único bolsillo que llevaba, y empecé a hablar de forma improvisada. Todo salió perfectamente y al final el auditorio me dedicó unos breves aplausos. Yo me quedé muy sorprendido, pues sabía que los académicos no acostumbran aplaudir en una reunión. ¿Qué había sucedido? Luego me

enteré de que en vez de celebrarse la reunión a puerta cerrada y asistiendo únicamente los académicos, como era habitual, había sido una sesión abierta al público invitado. Esto explicaba, pues, los aplausos. Después de la conferencia y de responder a algunas preguntas, pasamos al comedor, donde se sirvió un espléndido banquete amenizado por los discursos y brindis de rigor en una cena de gala en Suecia. Afortunadamente, estaba informado de esta costumbre y supe corresponder a la hospitalidad de los suecos, los cuales me impresionaron por su gran cordialidad.

12. Filmando, hallando y datando

Poco después de mi conferencia en la Real Academia Sueca, comencé a hacer los preparativos para el rodaje de un documental sobre nuestros trabajos en el lago Turkana. Ello obedecía a varias razones y no era mera cuestión de vanidad. Yo estaba convencido de que un documental televisado me ayudaría a recaudar dinero para el edificio en memoria de mi padre, además de promover el interés en la ciencia y mejorar mis credenciales personales. Había pedido a un amigo en Inglaterra que me ayudara a reunir fondos para la construcción del edificio, y éste me había prometido obtener de su compañía un sustancioso donativo si yo les ayudaba a filmar unos documentales en Kenia. Este amigo, Aubrey Buxton (actualmente lord Buxton), había sido huésped mío en Koobi Fora en 1972, por las mismas fechas en que el príncipe Felipe de Edimburgo vino a pasar una semana de vacaciones, durante las cuales se dedicó a observar a las aves de esta región y yo le mostré nuestros fósiles. Es de sobra conocido el cariño que siente el príncipe Felipe por África, pero hasta 1972 no había tenido ocasión de visitar la orilla oriental del lago Turkana, pese a ser una región que le atraía mucho. Como es natural, yo acepté encantado organizar para él esta visita privada. Meave había dado a luz a nuestra hija Louise pocos días antes, y no pudo reunirse con nosotros. Aubrey tenía mucho interés en que su compañía, la Survival Anglia Ltd., filmara un documental destinado a las televisiones británica y americana. A cambio de colaborar yo con ellos en este y otros proyectos, el Museo obtendría un donativo para la construcción del edificio.

El rodaje de un documental de una hora de duración requiere más tiempo y esfuerzos de lo que pueda parecer, y las cosas aún se complicaron más, porque yo tenía unas ideas muy claras acerca de cómo debía rodarse el documental. Esto provocó muchas discusiones con el productor, que era viejo amigo mío, y aunque nuestra amistad no resultó perjudicada, el documental no quedó como yo me había propuesto; estaba bien realizado, pero era evidente que había sido concebido por un comité. En Inglaterra se tituló «Los huesos de la discordia», y en América «La clave de tres millones de años».

En junio de 1974, poco antes de iniciarse el rodaje, Meave dio a luz a nuestra segunda hija, Samira. El documental pretendía reflejar mi primera visita a Koobi Fora en 1967, y a partir de ahí describía con todo detalle la realización del proyecto, hasta el momento actual, destacando los

episodios y hechos más importantes. Dado que ni yo ni ninguno de los participantes éramos actores profesionales, nos fue muy difícil recrear los instantes de emoción y alegría que habíamos sentido tiempo atrás. Según nuestro productor, el hallazgo de ciertos cráneos era un elemento fundamental en la historia, y jamás olvidaré el rato que pasamos «descubriendo» el cráneo completo del *Australophithecus* de 1969. Según creo recordar, rodamos nueve o diez tomas, y al final Meave y yo estábamos tan hartos del dichoso cráneo, que no pusimos ningún entusiasmo en la escena.

Hubo muchos otros aspectos del rodaje que recuerdo muy bien. Una de las ideas de nuestro productor era mostrar en la pantalla cómo nuestros antecesores se dedicaban a robar despojos para proveerse de carne. Estoy seguro de que, antes de que la caza se convirtiera en un medio de subsistencia, nuestros primitivos antepasados debieron de alimentarse con frecuencia de restos de los animales que mataban los carnívoros. El éxito de la empresa sin duda dependía de un minucioso estudio de las costumbres de los carnívoros. A fin de ilustrar esta práctica, nuestro productor se empeñó en que unos colegas y yo demostráramos lo sencillo que era este método. Pero a pesar de nuestros esfuerzos, no hallamos un solo león que siguiera a una presa, por lo que al final decidimos recurrir a un truco. Después de la escena en que aparecería yo persiguiendo al león, insertaríamos otra de un león a punto de matar a su presa, que obtendríamos fácilmente en los archivos de cualquier biblioteca. Así pues, nos dispusimos a buscar el león que yo había de perseguir, lo cual no sería difícil, aunque confieso que no me hacía ninguna gracia la perspectiva de rodar esa escena.

Una tarde regresó el grupo encargado de dar con el león para informarnos que habían localizado a una leona dormida tras unos matorrales, no lejos del campamento. Al conocer la esperada noticia, todos salimos hacia allí inmediatamente. Lo primero fue colocar las cámaras a un lado de los matorrales de modo que yo y mis colegas pudiéramos aproximarnos desde el lado contrario. Nuestra misión consistía en hacer que la leona saliera de los matorrales y ponernos a perseguirla frente a la cámara, colocada estratégicamente para captar la escena saliera por donde saliera la leona. Apostaron a un «cazador blanco» junto a la cámara dispuesto a disparar contra el animal en caso de que las cosas se complicaran. Esto me preocupaba bastante, porque aparte de que no le consideraba capaz de acertar el blanco (era un empedernido bebedor de whisky), apuntaba el rifle precisamente hacia el lado por donde había de aproximarme yo.

Pero como no había tiempo para discutir, mis colegas y yo nos preparamos para rodar la escena. Llevábamos unos *walkie-talkies* para mantenernos en contacto con el resto del equipo. Al acercarnos a los matorrales, divisé unas huellas recientes que supuse pertenecían a la leona. Pero al investigar más de cerca, comprobamos que pertenecían nada menos que a cinco leones adultos y ocho cachorros. La situación, por tanto, era muy distinta. Me puse en seguida en contacto con el productor y le comuniqué la noticia. El «cazador blanco», sin embargo, se

empeñó en que sólo había una leona detrás de los matorrales. Decidí que era absurdo exponernos de aquella forma y regresé junto con mis siete colegas al lugar donde se hallaban los vehículos. El productor, furioso, me acusó de cobarde, lo cual acepté sin rechistar. Estoy convencido de que una familia de leones acompañada por sus crías nos habrían atacado a la menor provocación, aparte de que no creo que nuestros antepasados fueran tan estúpidos como para cometer semejente imprudencia. Por suerte para nosotros, el documental se terminó sin que volviera a presentarse la oportunidad de rodar esa escena.

Poco después de este episodio, tuve la ocasión de demostrar que si se sorprende a unos leones en las debidas circunstancias, éstos no dudan en abandonar su presa. Una noche, en Koobi Fora, después de cenar, propuse que bajáramos a la playa, que estaba a unos cien metros del campamento, para intentar atrapar a un cocodrilo. Por las noches los ojos de estos animales, cuando se les ilumina con una linterna, adquieren un color rojo intenso, y, si se toman las debidas precauciones, es posible aproximarse a pocos metros de ellos. Aunque nunca habíamos tratado de cazar a un cocodrilo en Koobi Fora, la aventura prometía ser muy interesante.

Aquella noche habíamos consumido gran cantidad de vino en la cena y ninguno teníamos la cabeza despejada. Sin embargo, mi plan fue acogido con gran entusiasmo y cinco de nosotros partimos hacia la playa armados con nuestras linternas, algunas de las cuales apenas daban luz. Al llegar a la playa, enfocamos las linternas hacia la orilla del lago y vimos varios pares de ojos rojos brillando en la oscuridad. Nos fijamos en unos bastante más grandes que el resto y que parecían hallarse sobre la playa, lejos de la orilla. Entusiasmado ante la idea de capturar a un cocodrilo de gran tamaño, propuse que nos acercáramos a él con las linternas apagadas hasta llegar a unos treinta metros del animal, para entonces deslumbrarlo con la luz de las linternas e impedir que huyera hacia el lago. Mi plan fue aceptado y echamos a caminar a oscuras hacia el cocodrilo, el cual, al enfocarlo con mi linterna, descubrí que era inmenso y en realidad se parecía muy poco a un cocodrilo. Nos acercamos unos metros más y entonces vimos, a la débil luz de nuestras linternas, que se trataba de un león de enorme tamaño, el cual se alejó inmediatamente abandonando a una cebra tendida sobre la arena. El desdichado animal tenía el cuello roto, pero aún vivía, por lo que tuvimos que rematarla para que no padeciera. El león no volvió a aparecer por allí. De vuelta al campamento, mientras tomábamos café, decidimos que en el futuro, cuando se nos ocurriera ir a cazar a un cocodrilo, llevaríamos unas linternas que alumbraran como es debido. No quiero ni pensar en lo que habría sucedido si el león decide permanecer junto a su presa y plantarnos cara.

Cuando en el campamento escaseaba la carne, el equipo de Kamoya iba en busca de restos de animales que hubieran matado los leones, lo cual, muchas veces, suponía alejar al león acosándole con el Land Rover. Si oíamos rugir a un león durante la noche, a la mañana siguiente procurábamos localizarlo, y por lo general lo hallábamos junto a su

presa, solo o con otros leones. Según la clase de animal que fuera y lo que quedara de éste, Kamoya se aproximaba al león en el Land Rover para obligarle a abandonar a su presa. Luego, antes de que el león regresara, los hombres de Kamoya cortaban un pedazo grande de carne y lo trasladaban al campamento. El problema era que el vehículo, casi siempre, era abierto y sin techo, y apenas ofrecía protección a sus ocupantes.

En cierta ocasión, Kamoya y sus hombres decidieron llevarse todos los restos del animal, los cuales colocaron en el Land Rover para regresar al yacimiento que habían explorado aquella mañana y luego al campamento. De camino, se toparon con el león, y el animal, furioso por haberle sido robada su presa, se puso a perseguirlos. Como el vehículo iba muy cargado y el motor estaba averiado, el león se aproximó tanto que casi alcanza la parte trasera del Land Rover, donde iban los restos de su presa y ocho hombres medio muertos de miedo. Afortunadamente, Kamoya consiguió zafarse del león, pero a raíz de aquel incidente no volvieron a robar más despojos hasta asegurarse de que el león había terminado con ellos.

Aun así, estoy convencido de que los seres humanos son muy capaces de robar a los carnívoros los restos de sus presas. Los fósiles que se han recuperado en diversos yacimientos del mundo indican que fue sólo durante el último millón de años cuando el ser humano se dedicó sistemáticamente a la caza de grandes animales. Hasta entonces probablemente cazaban roedores y reptiles, pero la mayor parte de la carne con que se alimentaban procedía de los despojos abandonados por los depredadores. Sabemos por algunos restos arqueológicos que a partir de unos dos millones de años antes de nuestra era actual, los humanos primitivos empleaban herramientas de piedra afiladas y consumían gran cantidad de carne. Algunos huesos de animales devorados por los depredadores muestran huellas de dientes, que actualmente podemos diferenciar de los cortes producidos por las herramientas de piedra. En los casos en que los cortes coinciden con las huellas de mordiscos, cabe suponer que se trata de restos de animales que fueron robados por los homínidos. Sería muy interesante averiguar en qué momento los humanos comenzaron a ser temidos por los animales que cazaban. Según la evidencia de que disponemos, parece ser que en los tiempos en que los humanos robaban restos de animales, el hombre y los otros animales se mezclaban sin ningún tipo de problemas, lo mismo que hoy día los babuinos se mezclan con los antílopes, las cebras, los ñus y muchos otros animales que habitan en la sabana. Es posible que la aparición de la pólvora y la escopeta modificara la relación entre los seres humanos y los animales salvajes. Es interesante observar que cuando un depredador, como por ejemplo un león, va en busca de una pieza, la presa, al darse cuenta de que la persigue, simplemente se aparta de su camino, sin asustarse y sin perder de vista al león. Una vez que el cazador ha sido detectado, no puede sorprender a su presa y por tanto no representa una amenaza, pero sí es una amenaza un hombre armado con una escopeta.

Antes de que se rodara el documental, y poco después de iniciarse la

campaña en Koobi Fora, ocurrió un accidente que por desgracia no pude prevenir. Uno de nuestros proyectos durante la campaña de 1974 era recoger unas muestras de arcilla, tarea de la cual se encargaban un profesor y un estudiante graduado. El estudio de la química del suelo formaba parte del proyecto de reconstruir la paleoecología de una región en la que nuestros antepasados habían habitado hacía más de un millón y medio de años. Las muestras eran tomadas de una extensa zona, en la cual los geólogos habían establecido unos pequeños campamentos. Una de mis normas es que ningún miembro de mi expedición debe salir solo a trabajar, pues si el trabajo se realiza por parejas es menos probable que ocurra un percance, y en caso de que ocurra, uno de los dos puede ir en busca de ayuda. Es muy fácil que una persona sola se encuentre de pronto en un aprieto, lo cual, cuando sucede en esta parte del mundo, a menudo desemboca en una tragedia.

El episodio que relato a continuación tuvo unas consecuencias efectivamente trágicas. El estudiante, un norteamericano cuyo nombre no diré, salió un día en busca de unas muestras de arcilla, y sus compañeros, desobedeciendo mis órdenes, le dejaron ir solo. Se dirigía a un yacimiento en el que había estado trabajando el día antes con sus compañeros, y que se encontraba a menos de un kilómetro del campamento. Llevaba consigo una fotografía aérea de la zona, y al abandonar el campamento, dijo a los otros científicos que regresaría sobre las once de la mañana. Sus compañeros tomaron nota de esto y salieron a efectuar sus respectivas labores. Hacia las doce, cuando regresaron al campamento, observaron que el estudiante aún no había vuelto, pero pensando que se habría retrasado porque había dado con algo interesante, se sentaron a comer y no dieron importancia a su tardanza.

A las dos de la tarde el estudiante aún no había vuelto y sus compañeros comprendieron entonces que algo grave le había sucedido, pues hacía un calor asfixiante y lo más lógico era que estuviera de regreso en el campamento. En consecuencia, organizaron un equipo de rescate y partieron hacia el lugar al que había ido el estudiante para recoger las muestras. Cuando llegaron vieron unas huellas recientes y pruebas de que el muchacho había estado cavando. Pero no había ni rastro del estudiante. Le llamaron por su nombre y le buscaron por la zona, pero fue inútil, y al cabo de una hora decidieron enviar un vehículo al norte de la zona, donde se encontraba el campamento de Kamoya. A las cinco de la tarde Kamoya se enteró de la noticia y partió de inmediato con sus hombres para unirse al grupo de rescate. Cuando llegaron era casi de noche, por lo que continuaron la búsqueda a la luz de los faros del Land Rover y de unas fogatas que encendieron sobre las colinas. Pero a las nueve de la noche aún no habían hallado al muchacho y todos estaban muy afectados por su desaparición. Kamoya regresó al campamento de Koobi Fora para enviarme recado de lo sucedido. Yo partí de Nairobi al amanecer a bordo de mi avioneta, y al llegar comprobé que Kamoya había hecho ir otra avioneta de una misión cercana para sobrevolar la zona. Al mediodía emprendimos una operación de búsqueda en la que participaron setenta personas, entre ellas algunos miembros

del servicio de guardabosques del Parque Nacional. Exploramos la zona palmo a palmo, describiendo un amplio círculo. Aunque al principio descubrimos unas huellas que se dirigían al lago situado al oeste, en seguida las perdimos debido a las piedras que cubrían el terreno. No teníamos ni idea de lo que podía haberle sucedido al estudiante.

Al término del cuarto día los miembros del equipo de rescate estaban agotados. Casi habíamos perdido las esperanzas de hallar al chico con vida, ya que es imposible sobrevivir muchos días en el sofocante desierto sin agua. Por otra parte, existía el riesgo de que algún miembro del grupo de rescate sufriera algún percance que desembocara en otra tragedia. Por consiguiente, decidí que si al quinto día no hallábamos al estudiante, suspendería la operación de búsqueda. Pensé en todas las causas que podían explicar su desaparición, y llegué a la conclusión de que lo más probable es que se hubiera topado con un gran carnívoro, tal vez un león, y que éste le había devorado.

Al quinto día, poco antes de suspender la búsqueda definitivamente, volé a Nairobi para entrevistarme con el embajador norteamericano. Después de mi marcha, y mientras los miembros del equipo de rescate se dispersaban, Abdi Mohammed, el encargado del Parque Nacional, regresaba en coche por una carretera de circunvalación y vio un montón de piedras en medio del camino. Debajo de las piedras había un diario, y tras una rápida búsqueda por los alrededores, hallaron al muchacho debajo de un árbol. Estaba vivo, pero deliraba, por lo que fue imposible averiguar lo que había sucedido. Al hallarle tan alejado de la zona que había explorado, supusimos que llevaba varios días perdido y que había echado a caminar sin rumbo fijo, apartándose cada vez más de la zona donde creíamos poder encontrarle.

La situación del muchacho era crítica, y tras enviar un mensaje a Nairobi por radio para pedir consejo médico, le administramos los primeros auxilios. Luego lo llevé en avión a Nairobi, donde fue ingresado en la unidad de vigilancia intensiva del hospital de la ciudad. Por desgracia, los efectos causados por la deshidratación eran gravísimos y los médicos no lograron salvarle la vida. Su muerte fue un golpe muy duro para todos y nos hizo ver que toda precaución es poca cuando se trabaja en el desierto, y que no hay que dejarse engañar por una falsa sensación de confianza. La muerte del estudiante, el costo de la extensa operación de búsqueda y el enorme riesgo que todos habíamos corrido me obligó a adoptar unas medidas más estrictas. Desde entonces exijo que se cumplan mis normas a rajatabla y no permito que nadie las discuta.

En febrero de 1975 asistí a un simposio en Londres, organizado por un buen amigo mío, el ya difunto Bill Bishop. El propósito de la reunión era el de comentar los recientes trabajos científicos llevados a cabo en el Rift Valley de África oriental, en el transcurso de la cual varios amigos y colegas que habían participado en trabajos en Olduvai, Baringo, las orillas occidental y oriental del lago Turkana y el Omo, presentaron sus informes. Fue una reunión muy provechosa cuyos resultados se publicaron algunos años más tarde.

La reunión duró dos días y se celebró en las magníficas instalacio-

nes de la Sociedad de Geología, la cual ocupa parte de Burlington House, en Piccadilly. La recuerdo muy bien, pues en ella se discutió públicamente y por primera vez un tema que en el futuro había de causarme muchos quebraderos de cabeza. Confío en que ahora, con el paso de los años, pueda recordar lo sucedido con la máxima objetividad, aunque sé que mi versión de los hechos será, inevitablemente, un tanto parcial. El tema de la agria disputa se centró en la autenticidad de la edad de la toba KBS, el horizonte de cenizas volcánicas en las que en 1969 habíamos descubierto las «herramientas primitivas», así como la fecha del horizonte que yace sobre los depósitos sedimentarios del que habíamos extraído el célebre cráneo «1470», y que con tanto orgullo yo había presentado en la reunión convocada por lord Zuckerman unos años antes.

Uno de los oradores era Frank Fitch, el cual había calculado la fecha del yacimiento KBS y que presentaba un documento conjuntamente con su colega John Miller, de Cambridge. El propósito de su informe era el de presentar nuevos datos que confirmaban que el KBS databa de 2,4 millones de años, concediéndose un margen de error de un diez por ciento, lo cual apenas influía en el resultado. La fecha fue apoyada por uno de sus alumnos, que había datado el yacimiento mediante el método de cálculo por fisión.

Antes de que Frank Fitch tomara la palabra, escuchamos una serie de informes sobre los excelentes trabajos realizados por el equipo de Clark Howell en el Omo. Uno de ellos estaba redactado por Basil Cooke, un prestigioso científico que había trabajado durante gran parte de su carrera en Canadá. Por entonces Cooke era sin duda la máxima autoridad mundial en el tema de los cerdos fósiles de África. Yo le conocía por haber sido colega de mi padre, y le había visto durante sus frecuentes visitas a Kenia siendo yo niño y adolescente. Era, por tanto, del todo lógico que propusiera a Coooke que se encargara de los centros fósiles que se habían hallado en Koobi Fora. Confiaba en que Basil describiría el magnífico material fósil recuperado en los yacimientos y que me enviaría un borrador de su informe, que posteriormente sería publicado por el equipo que trabajaba en Koobi Fora. Me temo, sin embargo, que Basil no entendió muy bien mis intenciones.

Yo había propuesto a Basil encargarse del trabajo en 1969, y éste hizo varias visitas al Museo Nacional de Nairobi con el fin de medir, retratar y estudiar los magníficos cráneos fósiles de cerdos que habíamos recuperado desde 1968. Algunos de ellos eran los primeros ejemplares completos que se habían hallado de unas especies que hasta entonces los científicos sólo conocían por medio de un material muy fragmentado. Cuando asistí a la reunión de Londres, aún no había recibido el informe preliminar de Basil, al cual creía tener derecho, puesto que yo era el jefe del proyecto de Koobi Fora. Me preocupaba la posibilidad de que Basil no hubiera concedido la suficiente atención a nuestros espléndidos hallazgos. Pero estaba equivocado, pues cuando le tocó el turno de hablar, Basil presentó un impecable informe referente al material fósil procedente de diversos yacimientos, entre ellos el de Koobi Fora. Lo

grave, sin embargo, es que empleó los datos referentes a los cerdos fósiles, entre ellos los nuestros, para poner en duda la autenticidad de la fecha que Fitch y Miller habían atribuido al yacimiento KBS. Basándose en unas comparaciones con unos cerdos fósiles procedentes de otros yacimientos cuya fecha había sido determinada, Basil sugirió que el KBS databa en realidad de 1,8 millones de años. Esto me sorprendió y disgustó enormemente, pues Basil, teniendo en cuenta que formaba parte de «mi» equipo, no debió utilizar los datos referentes al yacimiento de Koobi Fora de la forma en que lo hizo sin informarme de sus conclusiones antes de la reunión.

A decir verdad, en 1975 ya sabía bien que existían importantes interrogantes en cuanto a la validez de la fecha establecida en 2,4 millones de años. Ya en 1972, Vince Maglio había expresado sus dudas acerca de la fecha, basándose en unos estudios sobre la fauna en general y más específicamente sobre los elefantes fósiles. Y en 1973, Basil había pronunciado una conferencia en Nairobi en la que expuso sus reservas a propósito de este tema. Por otro lado, unos colegas me habían hecho saber que Frank Brown y Garniss Curtis, expertos en la datación radiométrica y autores de unos trabajos sobre la geología y fechas del Omo, estaban seriamente preocupados por los datos que Fitch y Miller habían aportado para apoyar las fechas del yacimiento KBS.

Por la época en que se celebró la reunión de Londres, sin embargo, yo estaba satisfecho con los resultados del trabajo realizado por Fitch y Miller. Por consiguiente, defendí firmemente la fecha atribuida al KBS, haciendo unos comentarios un tanto hirientes que reconozco que debieron de ofender a varios asistentes a la reunión. Sea como fuere, afirmé que si bien los cerdos y la evolución de los mismos suponían un dato importante, no creía que esto pudiera utilizarse como lo había hecho Basil. Asimismo, dije que nadie sabía lo bastante como para juzgar si Basil estaba o no equivocado, puesto que era el único que poseía los suficientes conocimientos acerca de la evolución de los cerdos en África. Glynn Isaac, que también se hallaba presente en la reunión, había expresado asimismo sus dudas sobre la datación de Fitch y Miller, basándose en unos trabajos realizados por unos colegas suyos. Así y todo, ambos creíamos que no existían suficientes motivos para descartar definitivamente la fecha de 2,4 millones de años atribuida al KBS. En nuestra condición de codirectores del proyecto de Koobi Fora, nos reservábamos nuestra opinión hasta que no se realizaran otras investigaciones, las cuales pensábamos iniciar en breve.

Como consecuencia de lo que se dijo en la reunión, pedí a John Harris, que por entonces dirigía el Departamento de Paleontología del Museo Nacional, que estudiara los restos fósiles de los cerdos de Koobi Fora. Mi deseo era que el material fuera examinado a fondo, descrito y publicado, y, de paso, averiguar si era posible utilizar los datos referentes a los cerdos tal y como proponía Basil. John accedió a ello y poco tiempo después propuse a Tim White, un joven estudiante graduado de la Universidad de Michigan, que colaborara con John en el proyecto. Tim estudiaba entonces antropología y tenía mucho interés en examinar

nuestros ejemplares de homínidos fósiles al objeto de incorporarlos a una tesis que preparaba.

Tim y John dedicaron prácticamente dos años a reunir y compilar los datos, y posteriormente redactaron dos documentos que venían a confirmar todo cuanto había sostenido Basil en aquella memorable reunión en Londres. Fue una lástima que éste no pudiera colaborar en los estudios llevados a cabo por Harris White, ya que siempre habíamos pretendido que el informe estuviera redactado por tres especialistas. Muchas veces, en materia de ciencia, este tipo de asuntos como el que acabo de relatar nos obliga a replantearnos nuestras ideas y a aplicar unos controles más rigurosos. Desgraciadamente, también se producen cismas y se destruyen amistades como consecuencia de ellos. Yo lamento profundamente que a causa de mi interés en que Koobi Fora y nuestros trabajos en Kenia obtuvieran el reconocimiento que merecían, perdiera varios amigos. Durante el tiempo que duró la polémica en torno al yacimiento KBS, hubo otras reuniones y otros debates, y hasta 1980 no se llegó a un amplio consenso sobre el tema. Durante la época en que se celebró la reunión de Londres, yo sabía que existía la posibilidad de que Fitch y Miller estuvieran equivocados, pero como no sabía una palabra de geofísica ni de cálculos de fechas, no estaba en situación de emitir un juicio razonable y, en vez de ello me empeñé en defender a toda costa los trabajos de Fitch y Miller. No obstante, conforme John y Tim avanzaban en sus estudios, de cuyos resultados me mantenían informado, comprendí que todo parecía indicar que la fecha de 2,4 millones de años estaba equivocada.

En vista de ello, Glynn y yo propusimos a otros geofísicos que revisaran la fecha del KBS. Más adelante, enviamos a diversos laboratorios unas muestras del material, en cuyo estudio se emplearon dos métodos, el de fisión y el más tradicional de potasio-argón. Este trabajo se llevó a cabo con mucha discreción y sin publicidad. Los resultados confirmaron que la toba KBS no databa de más de 1,9 millones de años. Los fósiles hallados debajo de este horizonte eran, sin duda, más antiguos, pero como no podemos precisar su antigüedad, lo más prudente es decir que el cráneo KNM-ER 1470 data aproximadamente de dos millones de años. La nueva fecha atribuida al «1470» no altera, sin embargo, el hecho de que este homínido de cerebro voluminoso fue hallado en unos depósitos donde también hallamos restos del *Australopithecus,* lo cual demuestra sin ningún género de dudas que durante un determinado período existieron más de un tipo de homínidos.

Como consecuencia de este asunto, el KBS es sin duda uno de los yacimientos de África más rigurosamente datados, lo cual redundó en beneficio de esta ciencia.

En 1975 Bernard Ngeneo realizó lo que acaso sea el hallazgo más significativo de cuantos se han hecho en Koobi Fora, sobre cuyas circunstancias Meave escribió un informe muy detallado. Creo oportuno reproducir textualmente unos pasajes de su diario:

«*Primero de agosto, viernes.* Richard se ha quedado todo el día en el

campamento, porque estaba agotado después de una semana muy ajetreada en Nairobi. Esperábamos la visita de unos japoneses, pero no se han presentado. Cuando Kamoya y su equipo regresaron al campamento, nos comunicaron que Ngeneo había hallado un hueso frontal y unos fragmentos de maxilar en la Zona 104, probablemente justo encima de la toba KBS. Nuestra curiosidad aumentó cuando, al preguntarle si por casualidad el hueso frontal iba unido a un cráneo, Kamoya contestó: "No podemos asegurarlo, porque sólo hemos visto un trozo muy pequeño y el resto está sepultado." ¿Podría tratarse de un cráneo completo?

»*2 de agosto, sábado.* Richard y yo fuimos en el Toyota a ver el hueso frontal hallado por Ngeneo, precedidos por Kamoya y sus hombres en el Land Rover. Nos mostraron el sitio, en la ladera de una pequeña arroyada. Vimos en la superficie dos fragmentos de un maxilar, y los frontales y la parte superior de las órbitas comenzaban a asomar. Es imposible calcular lo que puede haber allí. Los demás se fueron, pues según ellos no querían hacer un estropicio. Richard comenzó a exhumar el cráneo muy despacio, mientras yo tomaba unas fotos y recogía los fragmentos del maxilar y varios otros pedacitos de hueso que había en la superficie.

»El cráneo presenta un lamentable estado de conservación, lleno de pequeñas raíces de plantas que asoman por las grietas, pero parece muy antiguo. Richard descubrió parte de los parietales y luego esperó a que se secaran. Al poco de regresar al campamento, llegaron nuestros visitantes japoneses y les dimos de comer. Luego, Richard volvió con Kamoya al lugar donde se encuentra el cráneo y descubrió una parte de los temporales y la cavidad de un oído. Tiene que trabajar muy despacio, porque el cráneo es sumamente frágil y el terreno está húmedo a causa de las recientes lluvias. Si el cráneo hubiera salido a la superficie de modo natural, no habría quedado nada de él. Ha sido una suerte que Ngeneo lo hallara a tiempo, aunque no me explico cómo dio con él. El cráneo tiene un poco de matriz adherida, pero lo peor son las numerosas raíces que se introducen en el hueso y lo resquebrajan...

»Por la tarde, antes de regresar al campamento, tapamos el cráneo con una palangana y unas ramas de espino. Sería una verdadera tragedia que lo pisoteara un órice...

»*3 de agosto, domingo.* Hemos permanecido todo el día en el campamento. Ha llovido un poco. Hace bastante frío.

»*4 de agosto, lunes.* He acompañado a Richard al yacimiento del cráneo homínido. Richard ha estado trabajando en él hasta las diez y media de la mañana. El fósil parece presentar una amplia capacidad craneal y es muy posible que esté completo. Pero la tarea es muy lenta y laboriosa. Luego hemos ido a visitar el campamento de Kamoya. Se fue muy temprano con sus hombres y los vehículos cargados hasta los topes, pero han llegado sanos y salvos. Después de comer Richard ha vuelto al yacimiento para seguir excavando. Parece que el tiempo ha vuelto a "normalizarse".

»*5 de agosto, martes.* Hemos regresado al yacimiento del homínido

y a medida que Richard progresa en sus trabajos, el cráneo se revela tan fascinante como habíamos supuesto... Está en pésimas condiciones, lleno de raíces pequeñitas, y el hueso está hecho añicos, pero milagrosamente los fragmentos continúan en su posición original. Richard tiene una paciencia extraordinaria para este tipo de excavaciones, y no cabe duda de que hay que tener mucha paciencia con este cráneo.

»Richard ha vuelto al yacimiento después de comer, pero hacía tanto calor que apenas ha podido trabajar. Hemos visto a Kamoya y le hemos pedido que mande a algunos hombres para que mañana mismo empiecen a cribar el yacimento del homínido...

»Richard parece tener un poco de temperatura, que él atribuye al sol que le caía encima mientras excavaba. Me ha dicho que mañana tiene que volar a Nairobi para convencer a Bob Campbell de que regrese con él para filmar las últimas etapas de la excavación.

»*9 de agosto, sábado.* Richard ha llegado con Bob Campbell a eso de las once de la mañana. Después de comer fuimos al yacimiento para sacar el cráneo y filmar el momento de su exhumación. Hemos podido extraerlo sin que ocurriera ninguna desgracia y el hueso ya se ha endurecido. Está asombrosamente completo. Por suerte, cuando cribaban la zona han hallado unos dientes...»

¡Qué fantástico hallazgo! No había la menor duda de que este ejemplar no era un *Autralopithecus* ni un *Homo habilis,* sino un *Homo erectus,* el antecesor nuestro más inmediato. Las palabras no bastan para expresar lo que sentimos, pues llevábamos varios meses sospechando que el *Homo erectus* había habitado en África hacía más de un millón de años, y nosotros habíamos hallado una prueba que lo confirmaba, un cráneo perfectamente completo, hallado *in situ* en unos depósitos de más de 1,5 millón de años de antigüedad. Este ejemplar constituye uno de los cráneos del *Homo erectus* más antiguos que se han descubierto en el mundo, aunque es posible que se hallen restos todavía más antiguos.

Las notas de Meave explican perfectamente por qué insisto siempre en que nadie toque un hallazgo hasta que yo me presente en el yacimiento para decidir cómo hay que excavarlo, fotografiar los trabajos y exhumarlo personalmente. Los fósiles suelen ser sumamente frágiles y es preciso manipularlos con mucho cuidado. A veces les faltan algunos trozos que se hallan esparcidos por la superficie del yacimiento. Estos fragmentos, junto con los que puedan encontrarse sepultados bajo la capa superior de tierra, han de ser reconstruidos con cinta adhesiva y pegamento en el mismo lugar donde fueron hallados, y luego dejar que se sequen al sol y endurezcan. Todo ello requiere tiempo y paciencia. Cuando parte del fósil está enterrado y no se puede precisar si se trata de un homínido, hay que retirar con mucha precaución la tierra que lo cubre. Sólo tres hallazgos, de entre aproximadamente doscientos que hemos recuperado en Koobi Fora, fueron manipulados torpemente y resultaron seriamente dañados. En cada uno de los casos, el causante de la desgracia era un extranjero que trabajaba con el equipo de Kamoya.



Kamoya Kimeu observa, mientras yo limpio el fósil, descubierto en 1975 por Bernard Ngeneo, tras un examen preliminar y su posterior exhumación.

Supongo que estos individuos creen que sus títulos académicos les eximen de cumplir nuestras normas.

El incidente más estúpido ocurrió cuando un estudiante graduado decidió ir a verificar un hallazgo que, según Kamoya, podía tratarse de un homínido. Kamoya había dado orden de que no se tocara nada hasta llegar yo, pero el estudiante, llevado de su impaciencia, intentó excavarlo empleando para ello un cuchillo de monte, y partió el fósil en dos. Cuando vio que no se trataba de una costilla de un animal de gran tamaño, como había creído, sino un fragmento de fémur perteneciente a un homínido, volvió a enterrarlo, pero el daño ya estaba hecho.

Llevamos el ejemplar del *H. erectus* al campamento y lo depositamos en una caja, para transportarlo en avión a Nairobi. Antes de partir,

tomé unas fotos del cráneo y dejé la película en el campamento, por si sufría un accidente durante el vuelo a Nairobi. No suelo pensar en estas cosas, pero esta vez llevaba conmigo el cráneo de *H. erectus* más completo que se había descubierto hasta entonces, aparte de ser el más antiguo, y era plenamente consciente de mi responsabilidad. Por fortuna, el vuelo transcurrió con toda normalidad.

Uno de los problemas que presentaba el nuevo fósil, cuyo número de catálogo es KNM-ER 3733, era que la cavidad craneana contenía un gran trozo de roca sólida y calcificada. Esto hacía que el cráneo fuera muy pesado y difícil de manipular, y temíamos que se nos cayera al suelo, pues seguramente se habría hecho añicos. Además, era imposible tratar de reconstruir los delicados huesos faciales, pues, a causa de su excesivo peso, corríamos el riesgo de que el cráneo se nos escurriera de las manos y aplastara esos huesos. La operación de retirar un trozo de roca de una cavidad craneana es delicadísima; prueba de ello es que el cráneo del *Australopithecus boisei* que Meave y yo hallamos en 1969 todavía contiene un trozo de roca, aunque algún día tendremos que proceder a retirarla.

En el caso del cráneo del *H. erectus,* tuve la suerte de contar con la ayuda de Alan Walker, que, aunque habitualmente residía en América, en 1976 había ido a África para trabajar con algunos de nuestros fósiles. Alan posee una habilidad extraordinaria y durante varios meses se había dedicado a la delicada tarea de retirar los trozos de roca que contenían nuestros ejemplares más frágiles y valiosos. Yo tenía mucha curiosidad por saber qué método emplearía para vaciar el cráneo KNM-ER 3733, y cuando me reveló su plan me quedé asombrado. Según me dijo, se proponía partir el cráneo en dos o más pedazos grandes valiéndose de un cincel y de un martillo.

Su plan consistía en recubrir primero el cráneo con varios pedazos de papel de seda, pegados con una cola soluble en agua. Esto formaría una especie de molde que impediría que el cráneo quedara hecho añicos al introducir el cincel por una pequeña abertura en la base del cráneo, el *foramen magnum.* Para poder introducir el cincel más fácilmente, antes taladraría el trozo de roca que había junto a la abertura. Sus explicaciones eran muy convincentes, pero confieso que yo no las tenía todas conmigo. ¿Y si el cráneo estallaba en mil pedazos? «Bueno —me dijo Alan—, como los pedazos quedarán dentro de la cubierta de papel, sólo será cuestión de volver a unirlos.»

Al cabo de unos días cubrimos el cráneo con su estuche de papel y dejamos que éste se secara. Luego, con ayuda de Meave y de Tim White, que por aquella época se dedicaba a estudiar nuestro material fósil para su tesis, Alan comenzó su labor. Yo me fui del Museo porque no quería estar presente. El cráneo fue colocado sobre un saco de arena mientras Alan manipulaba el cincel y el martillo. Asestó varios golpes al cráneo, pero fue inútil. Al final, desesperado, aplicó el cincel contra el muro de piedra de la galería y, con un golpe muy ligero, logró desprender un pedazo enorme de piedra. En vista de ello, Alan compró un cincel mayor y, en pocos minutos, consiguió partir limpiamente el cráneo en tres

pedazos. Algunas semanas más tarde, una vez retirada la roca de la cavidad craneana, Alan volvió a unir los trozos perfectamente, y hoy día no se advierte la menor señal del brutal tratamiento a que fue sometido el cráneo. Aunque no estuve presente, recuerdo la angustia que pasé aquel día, y supongo que debe ser por esto por lo que todavía no me he decidido a hacer lo mismo con el cráneo del *Australopithecus boisei.*

El cráneo del *H. erectus* se ha convertido en uno de los hallazgos más significativos de Koobi Fora, pues constituye la evidencia más antigua de esta especie en África. Aunque algunos afirman que en Indonesia existen unos ejemplares todavía más antiguos, personalmente lo dudo, pues opino que el «3733», junto con otras pruebas africanas del antecesor del *H. erectus,* demuestran que el *Homo* se desarrolló en África. Yo creo que el *H. erectus* fue el autor de los medios tecnológicos que le permitieron trasladarse más allá de África hace aproximadamente 1,5 millones de años.

13. Luchando para ganar tiempo

Durante los últimos meses de 1975 pasé mucho tiempo en Nairobi, ocupado con los asuntos referentes al edificio en memoria de Louis Leakey. Carecíamos del dinero necesario para financiar el proyecto, en realidad sólo disponíamos de 150.000 dólares, pero yo confiaba que tan pronto como comenzaran las obras, obtendríamos donaciones de fundaciones y amigos. Lo que me preocupaba era el costo del presupuesto, pues cada vez era más elevado. Aunque en Kenia todavía no se acusaban los efectos de la escasez del petróleo, los precios aumentaban vertiginosamente. Debido a esto, y también porque me gusta poner las cosas en marcha cuanto antes, seguí adelante con los planes del edificio. En 1976 firmé el contrato de construcción, que ascendía a algo más de un millón de dólares.

Al poco de firmar el contrato se iniciaron las obras. Ello me obligó a buscar el capital restante, e hice frecuentes viajes al extranjero con el fin de entrevistarme con gente relacionada con fundaciones y gobiernos de todo el mundo. Fue una época muy interesante, durante la cual aprendí mucho acerca de los asuntos burocráticos y de la gente que ocupan altos cargos. Si bien muchas personas se mostraron muy interesadas en el tema de los orígenes de la humanidad, me chocó el cinismo y la desconfianza que manifestaban al referirse a la estabilidad en África. Una de las cosas que más me sorprendieron fue comprobar que muchas personas cultas e inteligentes estaban convencidas de que África era un solo país. El continente africano es cuando menos tres veces mayor que los Estados Unidos, y existen en él cuarenta países independientes con una inmensa variedad de climas, territorios, pueblos y demás. El que en una zona exista cierta inestabilidad en un momento determinado, no significa que también la haya en el resto del continente; y sin embargo, me costó mucho hacer comprender a la gente que Kenia era una nación estable, pacífica y en vías de progreso. A menudo tuve que explicar que los sucesos de Sudáfrica o Uganda, por poner un ejemplo, nada tenían que ver con lo que sucedía en mi país.

Mientras me dedicaba a recaudar fondos y explicaba mis planes para el edificio que me proponía construir, noté que mucha gente recelaba de mis motivos. Muchos científicos con los cuales comenté los objetivos del nuevo edificio se mostraban en un principio de acuerdo con la idea, pero parecían tener ciertas reservas en cuanto a mis motivos

personales, sin duda porque pensaban que me proponía crear algo así como una plataforma de poder personal.

Lo cierto es que mi objetivo primordial no podía estar más claro. Yo quería que el Museo Nacional dispusiera en Kenia de un edificio para alojar las grandes colecciones arqueológicas iniciadas por mi padre y otras. Pretendía construir nuevos laboratorios, una buena biblioteca, instalaciones para los trabajos técnicos, una cámara oscura, instalaciones para rayos X y una zona de máxima seguridad para los fósiles más valiosos y antiguos. Por otro lado, quería atraer fondos internacionales destinados a financiar programas de investigación. El consejo del Museo decidió que el nuevo edificio, en vez de constituir simplemente otro departamento del mismo, funcionara de manera autónoma. Así pues, se tomó la decisión de crear el Memorial Institute, el cual funcionaría como un organismo subsidiario del Museo Nacional. Aunque el Instituto sería propiedad de éste, gozaría de cierta autonomía a fin de promover y participar en diversas actividades de carácter internacional. Yo hice hincapié en que el Instituto estuviera un tanto separado del Museo, pues con ello demostraba que, si bien era el encargado de reunir el capital para su construcción, no tenía el menor interés en intervenir directamente en sus asuntos administrativos.

Poco después comenzamos a buscar a la persona idónea para dirigir el Instituto, cuyas obras aún no habían concluido. Yo tenía interés en que el director fuera una persona madura, capaz de hacerse cargo de los aspectos tanto nacionales como internacionales referentes al estudio de los orígenes humanos. Nuestro propósito era tratar de fundar unos programas de formación de carácter internacional y convertir el Instituto en un centro de estudios sobre África oriental y central. No estábamos obligados a nombrar a un keniata para este cargo. El director podía proceder de cualquier parte del mundo, si bien era preferible que fuera alguien familiarizado con las costumbres del país. Por consiguiente, decidimos ofrecer el puesto a un profesor de historia de la universidad de Nairobi, Alan Ogot, a quien conocía desde hacía muchos años, y que aceptó ocupar el cargo el 1 de julio de 1977. Me alegré mucho de poder contar con otra persona que se responsabilizara de los proyectos referentes al Instituto, pues últimamente no me encontraba nada bien y tenía poco tiempo y ganas para ocuparme de todos los detalles. La última decisión que tomé respecto al nuevo edificio fue la de construir un auditorio con capacidad para quinientas personas anexo al edificio principal. En aquellos días no existía ningún auditorio en Kenia, y pensé que sería conveniente que el Museo Nacional edificara uno. Yo no disponía del dinero suficiente para construirlo, pero confiaba en poder reunir la cantidad una vez acabadas las obras del mismo. Entre tanto, pediría prestado el dinero, sin comprender que mi salud se deterioraba rápidamente y no me quedaría tiempo para reunir el capital necesario.

A primeros de 1977, los miembros del consejo del Museo decidieron que el nuevo edificio llevaría el nombre de International Louis Leakey Memorial Institute for African Prehistory. Las obras se acabaron justo a tiempo de celebrar la ceremonia inaugural poco antes de celebrar-

se una importante reunión internacional, en el Museo, sobre la prehistoria de África, el VIII Congreso Panafricano. La ocasión no podía ser más oportuna, puesto que en 1947 mi padre había organizado el primer congreso sobre prehistoria. La inauguración fue un acontecimiento sonado al cual asistieron personalidades de todo el mundo, y yo me sentí enormemente satisfecho, ya que todo parecía garantizar el éxito del proyecto.

Durante esta época los trabajos en el lago Turkana avanzaban muy lentamente. Cada vez me irritaba más el tiempo que empleaba en organizar una expedición. Tenía que ocuparme del dinero, los vehículos, el equipo, así como del mantenimiento de las instalaciones del campamento. Todo ello me robaba tiempo para dedicarme a lo que más me apasionaba, es decir, a buscar fósiles. Debido a ello, y también a la falta de datos que todavía no habían sido recopilados ni estudiados a fondo, 1976 fue un año escasamente productivo en Koobi Fora. Así pues, insistí en que los científicos que desearan realizar trabajos de campo debían valerse por sus propios medios. Yo no estaba dispuesto a seguir siendo simplemente el director de este vasto proyecto.

Durante 1976 comencé a darle vueltas a la idea de publicar un libro. Hacía tiempo que deseaba hacerlo, y muchas personas que había conocido en mis viajes al extranjero me habían animado a escribir un libro de divulgación sobre los orígenes del hombre. Yo estaba entonces muy ocupado con mi trabajo en el Museo, la campaña para reunir fondos y las expediciones, así pues sabía que no tendría tiempo para sentarme a ecribir un libro. Por otro lado, me preocupaba mi salud; sabía que padecía una insuficiencia renal grave y que en un futuro no muy lejano tendría que someterme a tratamiento, el cual sería sin duda muy costoso. Lo que no sabía era si podrían administrarme este tratamiento en Nairobi o si habría de trasladarme al extranjero, en cuyo caso los gastos serían aún más elevados.

Debido a todos estos problemas, la idea de escribir un libro sobre los orígenes humanos me atraía mucho. Varios editores me lo habían propuesto, y siempre les contestaba que lo pensaría. Un día, sin embargo, recibí una invitación de un tal George Rainbird, del grupo Rainbird Publishing de Londres, para que fuera a visitarle. Rainbird me propuso que, dado que no disponía de tiempo suficiente para escribirlo por mi cuenta, podía hacerlo en colaboración con otra persona. Su proposición me pareció muy interesante y le dije que la estudiaría.

Al final escribí un libro que se tituló *Orígenes*. Elegí como colaborador a Roger Lewin, un zoólogo que había conocido cuando trabajaba como reportero especializado en temas científicos, en Londres, por la época en que di la rueda de prensa para dar a conocer la noticia del hallazgo del cráneo «1470». Nuestra colaboración señaló el comienzo de una excelente amistad entre ambos. Roger me expuso sus ideas y se encargó de investigar buena parte de los datos esenciales, además de redactar el libro. Mi participación consistía en proporcionarle nuevas ideas y sugerencias en cuanto a la forma que debía tener la obra, que fue publicada en 1977 y tuvo un gran éxito de ventas. Fue traducida a diez

idiomas y se vendieron más de 500.000 ejemplares. Después de *Orígenes* participé en un segundo libro, *People of the Lake* (publicado por otro editor), en el cual intervine menos a causa de mi mal estado de salud, y Roger volvió a colaborar conmigo. Cuando pienso en ello, sé que de no haber estado enfermo y preocupado por la situación económica de mi familia no me habría puesto a escribir un libro en aquella época. El aspecto más destacable de mi colaboración con Roger fue que jamás discutimos a propósito del trabajo, y seguimos manteniendo una excelente amistad.

Una vez inaugurado el Memorial Institute, que Alan dirigía, sentí como si me hubiera quitado un peso de encima. Ya no tenía que responsabilizarme de buena parte de los asuntos administrativos del Museo, que antes habían estado bajo mi control. Muchos de mis empleados fueron trasladados al Instituto y ahora era Alan quien se encargaba de las colecciones arqueológicas y de atender a los visitantes. No sé si fue porque tenía mas tiempo para pensar en ello o porque mi salud estaba muy deteriorada, pero lo cierto es que a principios de 1978 me di cuenta de la gravedad de mi estado. Padecía frecuentes e intensos dolores de cabeza, que a veces incluso me impedían realizar mis trabajos habituales. Esas jaquecas eran consecuencia de mi hipertensión arterial, y aunque seguía medicándome, los medicamentos no bastaban para remediar mi estado.

Antes de que mi enfermedad me lo impidiera, deseaba organizar una expedición en busca de pruebas sobre las primeras etapas de la evolución humana. Tenía mucho interés en continuar un trabajo que mi padre había iniciado con mi hermano menor, Philip, en un lugar llamado Nakali, en la zona sur del lago Turkana. Se trata de una zona abrupta del Rift Valley, en la que sabíamos, por unos reconocimientos aéreos de esta región, que existían unos interesantes depósitos sedimentarios. La geología de esta zona del Rift Valley indicaba que algunos de estos depósitos podían tener una antigüedad de siete u ocho millones de años, por lo que era posible que contuvieran unos fósiles relacionados con las etapas evolutivas que conducían a la aparición de los primeros homínidos o antropoides bípedos. Lo que a mí me interesaba era averiguar cuándo se había originado la transición entre un simio que andaba a cuatro patas y nuestro antecesor humano que caminaba sobre dos piernas. Hacía tiempo que se pensaba que esto debió de ocurrir hacía entre cuatro y diez millones de años, pero disponíamos de escasa evidencia a este respecto. En cualquier caso, yo creía tener aún suficientes fuerzas físicas para emprender este proyecto y, puesto que ya no me encargaba de dirigir el departamento de prehistoria del Museo ni estaba agobiado por la necesidad de reunir fondos, pude dedicarme a planear una expedición para investigar a fondo este nuevo yacimiento.

Logré reunir algún dinero para dicho proyecto y en julio de 1978, acompañado por Kamoya y su equipo, partí hacia Nakali. Había propuesto a mi buen amigo Alan Walker que se uniera a esta expedición, y ambos nos propusimos investigar más a fondo los yacimientos que Philip y su equipo habían explorado unos años antes, aparte de otros emplazamien-

tos a los cuales no habían llegado. Partimos acompañados por una escolta armada, ya que en esta región abundaban los bandidos, que en Kenia llamaban *ngorokos*. Dado que la zona carecía de carreteras y resultaba prácticamente inaccesible, era muy difícil controlar a esas bandas. Los *ngorokos*, que principalmente se dedican a robar ganado, suelen concentrarse en esta región de Kenia, donde están a salvo de la ley.

Nuestra expedición a Nakali fue apasionante y yo no estuve tan atareado como en otras ocasiones. No obstante, no pude hacer todo lo que me había propuesto, ya que me fallaban las fuerzas y las largas caminatas y escaladas me resultaban muy penosas. Aparte de mi hipertensión y constantes jaquecas, tenía las piernas muy hinchadas a causa de la retención de líquidos, y no podía desarrollar la misma actividad que el resto del equipo. Hice frecuentes viajes a Nairobi, con el pretexto de adquirir más provisiones o porque tenía que asistir a reuniones que en realidad no eran importantes, mientras Alan y el equipo de Kamoya seguían explorando la región.

Durante la expedición a Nakali sucedió un incidente que por poco termina con mi carrera profesional. Un día partimos en coche hacia una determinada zona, y de repente descargó un violento chaparrón, convirtiendo el polvo de la estepa en barro y arroyos. La única forma de llegar a nuestro destino era acelerando la velocidad, a fin de impulsar al Land Rover a través del resbaladizo y embarrado terreno. Fue un viaje memorable. Kamoya y sus hombres me daban ánimos continuamente, y al llegar a pocos kilómetros de nuestro destino, todos me felicitaron por los rodeos y curvas que había tomado a gran velocidad y hábilmente para evitar que el vehículo se parara.

La lluvia había cesado y echamos a caminar para explorar el terreno y buscar fósiles. Andábamos en fila india y detrás de mí iban Kamoya y Alan. Todos hablaban en kiswahili y recuerdo vagamente que, de pronto, alguien me gritó «Corre, Richard, corre». Yo pensé que era para recordarme los ánimos que me habían dado mientras conducía, pero cuando volví a oír que me decían «Corre, Richard», noté que el tono era muy apremiante. Me giré y vi a una enorme cobra que me seguía, con la cabeza alzada y dispuesta a morderme en la pierna. Resultó que era Nzube quien me había avisado, pues caminaba justamente detrás de mí y fue el primero en divisar a la serpiente. Parece ser que ésta había intentado varias veces morderme, pero yo no me había dado cuenta del peligro. Dado mi mal estado de salud, si la cobra llega a morderme creo que habría acabado conmigo.

El yacimiento de Nakali era efectivamente muy importante, pero los pocos huesos fósiles se encontraban en lo alto de las colinas, de muy difícil acceso, y aunque los hallazgos eran interesantes no lo eran tanto como para que yo organizara una segunda expedición a este lugar. Hallamos algunos roedores fósiles que demostraban que hacía unos nueve millones de años debió de existir una estrecha relación fáunica entre esta región de África y el continente asiático. Estoy seguro de que en el futuro otros exploradores obtendrán gran provecho científico del

yacimiento de Nakali, pero la recuperación de restos humanos o de antecesores humanos sin duda habrá costado mucho tiempo y dinero.

En 1978 comenté con varios colegas la posibilidad de realizar un programa de televisión de gran envergadura. Hablé de ello con Graham Massey y Peter Spry-Leverton, que entonces eran productores de la BBC. Conocí a Graham cuando vino a Kenia para rodar un documental titulado *El simio que se irguió*. Nos hicimos muy amigos y, por mediación de Graham, propuse a la BBC rodar una serie televisiva sobre la evolución del hombre. Me interesaba mucho participar en un documental riguroso que ofreciera todos los datos de que ahora disponíamos sobre los orígenes del hombre. Había visto todas las películas que se habían rodado en Occidente sobre este tema, pero no estaba conforme con el tratamiento que se había dado a lo que yo consideraba que era una historia apasionante. En vista del interés que demostraban Peter y Graham en mi proposición, la BBC decidió buscar el medio de financiar la serie. A fines de 1978 llegué a un acuerdo con la BBC para rodar el documental; fijamos un presupuesto inicial y comenzamos a perfilar el contenido de los episodios, los cuales tendrían una duración de una hora cada uno. A finales de 1978 invité a Graham Massey, Peter Spry-Leverton y Roger Lewin para que vinieran a Kenia y discutiéramos todos los detalles de la serie; pasamos una semana muy interesante en Lamu, un lugar situado en la costa.

Era evidente que disponíamos del material suficiente para realizar un espléndido documental. Acordamos que yo actuaría como presentador y que aparecería en cada episodio, mientras unos científicos serían los encargados de ofrecer buena parte de la minuciosa información científica. Graham no estaba muy convencido de mi habilidad para actuar ante las cámaras, y confieso que yo tampoco. No dije a Graham que estaba enfermo, y confiaba en que él no se hubiera percatado de ello. Quería mantener en secreto mi enfermedad, pues de haberlo sabido los de la BBC, lógicamente habrían dudado de mi capacidad para resistir los numerosos viajes que tendría que hacer durante el rodaje de la serie. Al parecer, Graham sabía que mi salud no era muy buena, pero no conocía los detalles.

A primeros de 1979 viajé a Estados Unidos para dar una serie de conferencias y colaborar en una campaña destinada a reunir fondos para un proyecto. A mi regreso a Londres, a fines de marzo, me entrevisté con los productores de la BBC y acordamos visitar varios lugares de Europa antes de comenzar el rodaje. Según las fechas previstas, yo regresaría a Kenia antes de reunirme con ellos en Francia, en junio, para ultimar los preparativos de la serie, la cual se tituló *La evolución de la Humanidad.*

Cuando llegué a Kenia comencé a sentirme muy mal, pues mi estado se había agravado notablemente a consecuencia de la retención de líquidos, jaquecas, hipertensión arterial y uremia. Los días me parecían tremendamente largos. Cada vez que me sentaba tenía que colocar las piernas en alto para que no se me hincharan los tobillos. Hubo muchos otros síntomas que me convencieron de que debía ponerme urgentemente en tratamiento. Me sentía tan mal, que en pascua decidí

tomarme unas vacaciones con mi familia en Lamu, pues tenía ganas de pasar unos días en la costa, descansando y sin preocupaciones. Pasamos unos días muy felices, y yo empecé a sentirme lo bastante restablecido para trasladarme a Europa y ultimar los detalles de la serie de televisión.

Un día fui con mi familia a nadar y bucear un poco. Hacía un día apacible y apenas soplaba viento, y salimos con nuestro pequeño esquife hacia un arrecife de coral, bastante alejado de la costa. Las aguas eran muy profundas y transparentes, y podía divisar el fondo con toda claridad. Mientras buceaba, quise comprobar si podía descender a gran profundidad. Nunca he sido un nadador experto ni muy aficionado a bucear, pero quería poner en práctica un método que me había explicado un amigo, el cual consistía en soplar para vaciar los oídos de agua y así evitar que dolieran mientras se buceaba. Seguí sus recomendaciones pero, a medida que descendía, empezaron a dolerme los oídos. Pensé que tal vez debía descender a mayor profundidad, y bajé unos cuatro o cinco metros. Cuando regresé a la superficie, noté que me había quedado completamente sordo, pero supuse que era a causa de tener los oídos llenos de agua. Conté a mi familia lo sucedido y ellos también lo atribuyeron a la misma causa y no le dieron importancia.

Dos días más tarde terminamos nuestras vacaciones y regresamos a Nairobi. Yo seguía casi completamente sordo. Durante el viaje de regreso, pilotando yo la avioneta, al acercarnos a la torre de control del aeropuerto de Nairobi tuve que aumentar el volumen de la radio al máximo.

Al día siguiente fui a ver a mi médico y éste, después de explorarme los oídos, me dijo que el problema se debía a unos tapones de cera que, a consecuencia de la presión del agua mientras buceaba, me comprimían los tímpanos. Me recetó un medicamento para ablandar el cerumen y quedamos en que al día siguiente me extraería los tapones con una jeringa. De paso aprovechó para tomarme la presión, y al comprobar que la tenía a unos niveles inaceptables, me advirtió que mi situación era muy grave y que debía acudir inmediatamente a un especialista. Le dije que no tenía tiempo y que, en cualquier caso, prefería aplazar lo inevitable. Pedí al médico que me aumentara la dosis de la medicación que tomaba, pero me contestó que ingería muchas pastillas y no era conveniente elevar la dosis, por lo que me recetó otro tipo de medicación. Antes de marcharme, me tomó unas muestras de sangre.

Al cabo de un par de días comencé a sentirme mucho peor y lo atribuí a la nueva medicación. Volví a visitar al médico, que ya había recibido los resultados de los análisis de sangre y orina, y éstos confirmaban que mi estado era gravísimo. Me recomendó que acudiera de inmediato al hospital y así lo hice. En el hospital me hicieron una exploración para comprobar si sufría alguna lesión de corazón u otros órganos vitales, y una enfermera me tomó la tensión. Aquel día mi tensión arterial era tan elevada, que la enfermera, alarmada, fue en busca de un médico. Por fortuna, me hallaba en manos de un excelente especialista que en seguida se hizo cargo de la situación.

Cuando ingresé por primera vez en el hospital de Nairobi, era

inevitable que la gente se enterara de ello. Intentamos que la noticia no trascendiera, pero los empleados de mi oficina sabían que yo estaba gravemente enfermo. Algunas personas creían que había sufrido un ataque al corazón, pero el rumor más extendido era que había sido víctima de un maleficio. En aquellos días tenía serios problemas con ciertos miembros del personal del Museo, y existía una corriente de antipatía y animadversión hacia mí. Algunos empleados jóvenes estaban convencidos de que había sido víctima de brujería por parte de los empleados más antiguos, los cuales no se recataban de manifestar el odio que sentían por mí. Es más, uno de ellos, un hombre que se había doctorado en filosofía en América, alardeaba de haberme causado la enfermedad por medio de sus poderosas artes mágicas. Todas estas historias afectaban mucho a los empleados que me eran leales, pues temían correr la misma suerte. Al fin, en un intento de aliviar la situación, dejé que unos amigos me convencieran de que debía someterme a la medicina tradicional, en vez del tratamiento occidental que recibía en el hospital de Nairobi. En consecuencia, me visitó un curandero y me trajo varios medicamentos a base de hierbas. Yo me sentía tan mal que me daba lo mismo tomar unas medicinas que otras, aunque, naturalmente, no le conté nada a mi médico. No dejaba de ser curioso que yo, un hombre presuntamente inteligente, recibiera el más moderno tratamiento médico que existía en Kenia y a la vez tomara las medicinas que me proporcionaba un eminente curandero keniata.

Aparte de las medicinas que me trajo, el curandero insistió en visitar el Museo, cuando estuviera cerrado, para arrojar unos encantamientos por mi oficina con el propósito de protegerme contra los espíritus malignos que invadían el edificio. Puesto que no me hallaba en condiciones de acompañarle al Museo a altas horas de la noche, decidimos que lo acompañara Meave, quien pasó un rato muy divertido observando al curandero arrojar conjuros y encantamientos sobre varios rincones de mi despacho. No estoy seguro de si creíamos que aquello surtiría efecto, porque nos hallamos tan preocupados que estábamos dispuestos a hacer lo que fuera. Sea como fuere, aquello levantó el ánimo de mis amigos del Museo, de modo que tuvo al menos un resultado positivo.

Aparte de someterme a la magia tradicional, otros amigos me sugirieron que intentara otro tipo de tratamiento. Algunos colegas querían que me tratara con propóleos, una sustancia fabricada por las abejas, sin duda muy eficaz para combatir ciertas enfermedades, pero es un poco tarde cuando se ha llegado a las últimas fases de un fallo renal. También me propusieron que me pusiera en manos de un visitante alemán que practicaba la homeopatía. Se me administraron infinidad de extractos naturales, para observar mi reacción a los mismos y decidir cuál era el tratamiento más adecuado.

Me convencieron para que probara cierto tipo de tratamiento que desde luego hizo que me sintiera más relajado, aunque dudo que mejorara mi condición renal. Dos o tres veces por semana acudía una señora, que se ha convertido en buena amiga nuestra y que se dedica a la reflexología, que pasaba media hora dándome masajes y frotándome los

pies y dedos de los pies. No sé por qué la reflexología resulta eficaz, pero desde luego es muy agradable.

Mi ingreso en el hospital y el hecho de enterarse todo el mundo de mi enfermedad, fue un golpe muy duro para mí; e hizo que me sintiera muy deprimido. No obstante, a los tres días mi tensión arterial había disminuido considerablemente y me dieron de alta. Los médicos, sin embargo, me advirtieron que mi tensión podía volver a subir peligrosamente y que debía cuidar el tipo de vida que hacía. Inicié sin mucho entusiasmo una dieta que limitaba la ingestión de proteínas, sal y muchas otras cosas que me gustaban. Una vez en casa, empecé a sentirme mucho mejor y decidí ir a Europa para reunirme con el equipo de la BBC. Confiaba en que la nueva medicación me permitiría seguir funcionando al menos durante un año o dos más.

El 16 de junio partí hacia París, para reunirme con Graham Massey y su equipo. Pasamos una semana muy interesante visitando sitios prehistóricos y probando la deliciosa cocina francesa, aunque no estaba incluida en mi dieta. Por desgracia, las fuerzas empezaron a fallarme rápidamente. Esto se hizo particularmente evidente un día en que localizábamos un lugar para rodar una escena. Buscábamos una cueva que estaba en una pequeña pendiente, a no más de cien metros de donde habíamos dejado el coche. Para llegar a la cueva, teníamos que descender tan sólo cuatrocientos metros, que una persona sana podía hacer en menos de cinco minutos. El descenso no me fue difícil y bajé detrás de Graham y Peter, comentando entusiasmado la vista que se divisaba desde allí. Pero comprobamos que habíamos tomado el camino equivocado y que para llegar a la cueva teníamos que volver sobre nuestros pasos, atravesar un valle y descender por el otro lado. Mientras subíamos por la pendiente, de pronto me di cuenta de que no podía seguir a los demás, pues sentía un dolor en las piernas que me impedía caminar más de dos metros sin detenerme a descansar.

Me disculpé con mis compañeros y dije que, como no me sentía muy bien, lo mejor era que continuaran adelante y yo me reuniría más tarde con ellos junto al coche. Era la primera vez que reconocía ante los de la BBC que estaba enfermo. A partir de aquel día, me quedaba en el hotel y sí salía a explorar lo hacía en coche. Inevitablemente, un día se planteó el tema de mi estado de salud. Yo les expliqué que padecía insuficiencia renal y que, aunque en un plazo más o menos largo habría de someterme a una intervención quirúrgica o a tratamiento de diálisis, no creía que fuera en un futuro inmediato. Graham dudaba que yo pudiera resistir hasta el final del rodaje, pero tuvo la delicadeza de no decírmelo. Me preguntó si me importaría que hablara con mi médico, y yo le dije que prefería mantener el tema de mi salud al margen de mi labor profesional. Aunque Graham estaba seriamente preocupado, decidimos seguir adelante con los planes para el documental como si nada sucediera.

Regresé a Nairobi y a los pocos días tuve que volver a ingresar en el hospital. El estado de mis riñones había empeorado considerablemente y era imposible controlar mi hipertensión arterial. Hasta entonces mi familia no conocía exactamente la gravedad de mi enfermedad, pero esta

vez el médico les informó de que me hallaba en la última fase de un fallo renal y que era imprescindible efectuarme un trasplante de riñón, que sería la solución ideal, o bien someterme a diálisis, un método artificial para depurar la sangre. Puesto que en Kenia no había medios para realizarme un trasplante de riñón ni para administrarme un tratamiento de diálisis a largo plazo, tendría que trasladarme al extranjero. En Inglaterra no podía recibir un trasplante de riñón de un muerto, pues estos órganos se reservaban para pacientes británicos y yo era ciudadano keniata. Así pues, no tendría más remedio que trasladarme a un país donde cualquier paciente podía recibir un riñón de una persona muerta.

Comprendí que era muy posible que tuviera que someterme durante el resto de mi vida a un tratamiento de diálisis, aunque sabía que había personas que lograban vivir muchos años dependiendo de un riñón artificial. Lo peor sería que no podría llevar una vida tan activa como hasta entonces, puesto que cada dos o tres días tendrían que conectarme al aparato renal. Aunque la situación era bastante deprimente, me llevé una gran alegría cuando mis tres hermanos se brindaron a cederme uno de sus riñones. El trasplante de riñón de un donante vivo es el que ofrece más garantías de éxito, pero mucho antes de que un médico acepte un órgano de un donante vivo, el equipo médico tiene que estar convencido de que las posibilidades de rechazo son mínimas, y de que los tejidos del donante y el enfermo son compatibles. Mis dos hermanos que viven en Kenia, Jonathan y Philip, enviaron muestras de su sangre a Inglaterra para que analizaran sus tejidos, y Colin, mi hermanastro, que vive en Inglaterra, se ofreció también a cederme un riñon en caso de que fuera necesario. Colin es hijo de mi padre y su primera esposa, y me lleva once años. El y su hermana Priscilla se habían criado en Inglaterra y no tuvimos oportunidad de conocernos bien hasta 1963. Además del ofrecimiento que me habían hecho mis hermanos, varios amigos míos se brindaron también a cederme uno de sus riñones. El hecho de que estuvieran dispuestos a cederme uno de sus riñones para salvarme la vida es algo que siempre agradeceré. Es imposible describir la generosidad y afecto que recibí de tantos y tantos amigos en aquel difícil momento de mi vida.

Una vez que me dieron el alta en el hospital, tuve que visitar diariamente al médico para unos controles. Todos los días me tragaba veintiséis pastillas que hacían que estuviera permanentemente drogado. La uremia que padecía me hacía la vida muy desagradable y sé que era difícil convivir conmigo durante aquella época. Meave y nuestros amigos más allegados se hacían cargo de la situación y me daban todo su apoyo, pero yo no podía aceptar que había llegado al fin del camino; quería convencerme de que al cabo de unas pocas semanas de tratamiento estaría lo bastante restablecido para incorporarme al rodaje del documental en julio. Tanto es así, que acepté, por recomendación de mi médico, marchar a Inglaterra a primeros de julio para consultar a un especialista acerca del problema de mi hipertensión. Estaba seguro de que, una vez que estuviera controlada mi tensión arterial, podría seguir tirando unos años más sin necesidad de diálisis ni de trasplante de riñón.

¡Qué ingenuo! Decidí ir solo; pues me dije que sólo se trataba de adquirir más pastillas; que la visita sería corta; que estaría de regreso en Nairobi a los diez días. Puesto que el medicamento que me había recetado el médico no podía conseguirse en Kenia —aún estaba en fase de experimentación—, era lógico que fuera a Inglaterra para adquirirlo.

Meave insistió en acompañarme, y entonces debí comprender que sabía la gravedad de mi enfermedad. Intenté convencerla de que era un gasto inútil, pero ella estaba empeñada en ir conmigo y, en el fondo, esto me tranquilizó, pues sabía que no podría arreglármelas sin ella.

14. El final de una vida

Partimos para Londres la noche del 13 de julio, tras celebrar una pequeña fiesta en casa con unos amigos. Todos ellos nos conocían bien y aunque nada parecía indicar que fuera una fiesta de despedida, yo sabía que sí lo era. Supongo que nuestros amigos estaban tan acostumbrados al hecho de que yo estuviera enfermo, que nadie hizo referencia a ello. Existen varios síntomas muy desagradables asociados a una insuficiencia renal grave y que me resultan difíciles de describir con precisión. Yo me sentía muy frío por dentro, y aunque estuviera bien abrigado y sentado junto a una chimenea, no dejaba de experimentar un frío muy intenso. Otro síntoma eran las frecuentes náuseas que padecía y que me hacían vomitar cuatro o cinco veces al día. Asimismo, era muy propenso a sangrar por la nariz, y cada vez que me sonaba brotaba un hilo de sangre. La uremia me producía un sabor de boca muy desagradable, como un gusto amargo. Esto duró varios meses, lo mismo que una sensación de escozor en la piel. Tenía la espalda y el pecho muy irritados y ello me impedía dormir por las noches.

Puesto que estaba convencido de que sería un viaje corto, apenas llevamos equipaje, tan sólo un par de bolsas de viaje. Dejamos a los niños con unos parientes y pedimos a unos amigos que cuidaran nuestra casa. Cuando llegó la hora de partir, nos despedimos de todos brevemente, rogamos a nuestros amigos que continuaran con la fiesta y montamos en mi coche para dirigirnos al aeropuerto. Mientras estaba sentado junto al chófer, en la penumbra del automóvil, noté de pronto que unas lágrimas rodaban por mis mejillas, y guardé silencio para que no notaran que estaba llorando. Ignoraba lo que estaría pensando Meave, pero yo me daba cuenta de que tal vez nunca regresaría a mi amado hogar ni volvería a ver a mis hijos y amigos. Me esforcé en aparentar una falsa entereza, pues sabía que si me desmoronaba no sería capaz de seguir adelante.

El vuelo a Londres transcurrió con normalidad y yo dormí durante todo el trayecto. A nuestra llegada vino a recibirnos una amiga, Hazel Wood, que nos llevó a su casa para pasar el día, antes de mudarnos al piso de otro amigo, donde nos alojaríamos durante la semana que yo creía que pasaríamos en Londres. Todavía tenía la esperanza, y creo que estaba convencido de ello, de que conseguiría curarme.

Llegamos a Londres un domingo y al día siguiente fui a llevar unas muestras de sangre a un laboratorio para que analizaran mis tejidos. Este

era el primer paso. Mis dos hermanos que residían en Kenia habían enviado muestras de su sangre con el vuelo nocturno que salía los domingos de Nairobi, y Meave fue al aeropuerto para que se las entregara el piloto de la Kenya Airways. Al salir del laboratorio, me dirigí al hospital de St. Thomas para visitar a mi médico. Este me examinó de los pies a la cabeza y me tomó unas muestras de sangre. Me pidió que regresara al día siguiente para conocer los resultados y hacerme otras pruebas. De regreso a nuestro piso en Londres, comprendí que el médico había esquivado el tema de mi regreso a Kenia, y resolví hablarle de ello claramente la próxima vez que fuera a verlo. El resto del día lo pasé durmiendo. Me sentía mucho peor que una semana antes y cada vez que vomitaba arrojaba sangre. Además, me sangraban las encías y se habían roto unos pequeños vasos en ambos ojos, produciéndome unas manchas rojas.

Cuando visité al médico por segunda vez, éste, adivinando lo que iba a preguntarle, me dijo que tenía que ingresar inmediatamente en el hospital para someterme a observación. Añadió, en presencia de Meave, que me hallaba en la fase final de un fallo renal y que sólo podría sobrevivir por medios artificiales o un trasplante de riñón. Aquello fue un golpe durísimo, aunque en el fondo lo esperaba. Sentí deseos de volver a ver a mis hijos y ver Kenia una vez más, pero Meave me hizo comprender que estaba demasiado enfermo para realizar el viaje.

El médico mandó que me mostraran la unidad renal del hospital. Allí conocí a la monja encargada de la unidad y a algunos pacientes que llevaban varios años en tratamiento de diálisis. Me tranquilizó ver el buen especto que presentaban, y me aseguraron que podría llevar una vida casi normal. Ellos seguían desempeñando sus trabajos y solían acudir por las noches para recibir el tratamiento, tres veces por semana. Me alivió mucho comprobar que, aunque el trasplante no tuviera éxito, al menos podría vivir por medio de un riñón artificial.

El médico me dijo que aun cuando fuera posible operarme de inmediato, tendría que estar en tratamiento de diálisis durante varias semanas, a fin de recobrar las fuerzas y resistir la operación y cualquier posible complicación. Antes de iniciar el tratamiento de diálisis, sin embargo, me practicarían una pequeña intervención quirúrgica para preparar una vía de acceso al suministro de sangre, la cual se realizaría mientras estuviera ingresado en el hospital en observación. Dicha intervención consiste en conectar una arteria y una vena del antebrazo para formar una «fístula». Así, las venas del antebrazo se hincharían a causa del aumento de flujo sanguíneo y me insertarían unas agujas en estas venas a fin de extraerme la sangre y hacerla regresar durante la diálisis. La hemodiálisis consiste en hacer que la sangre pase a través de unos filtros o membranas que se encargan de extraer las impurezas, función que normalmente realizan los riñones. Estos filtros son denominados «riñones artificiales», y la sangre ha de circular por ellos durante un período que oscila entre cinco y ocho horas, tres veces por semana; si la sangre no puede extraerse a una velocidad adecuada, el proceso lleva más tiempo.

Debido a mi larga enfermedad y al mal estado general de mi organismo, antes de la intervención me practicaron una transfusión de sangre, que duró unas tres o cuatro horas y cuyo efecto fue tan espectacular, que inmediatamente me sentí muy mejorado. A lo largo de los meses siguientes habrían de practicarme muchas más transfusiones. Con anterioridad, nunca había comprendido lo valioso que es donar sangre, pero después de depender durante tanto tiempo de la sangre de otras personas, no puedo por menos de sentir una inmensa admiración por estos donantes anónimos.

Una de las sensaciones más desagradables que tuve en el momento de ingresar en el hospital de St. Thomas fue la de impersonalidad; hasta entonces yo había controlado personalmente mis asuntos, pero en este nuevo y extraño hospital inglés me sentí tremendamente solo. Sé muy bien que los médicos y las enfermeras tienen que tratar el cuerpo humano de manera objetiva, pero ésta era una experiencia totalmente nueva para mí. Las manipulaciones e interrogatorios a que fui sometido muy pronto me convirtieron en un paciente más, lo cual me resultaba muy deprimente. El proceso comenzó tan pronto como me quité la ropa para ponerme la bata del hospital. Me parecía como si fuera Richard Leakey al que colgaba de un colgador en el armario, y en ocasiones le hablé desde mi cama. Lo peor fue cuando se llevaron mis ropas, pues comprendí que no iba a necesitarlas durante bastante tiempo.

La intervención para practicarme la fístula la llevó a cabo el mismo cirujano que posteriormente realizaría el trasplante. Era un hombre muy temido por las enfermeras y los médicos jóvenes, y yo sentía gran curiosidad por conocer al hombre que iba a desempeñar un papel tan decisivo en mi futuro. Hicimos muy buenas migas y me gustó su talante directo y más bien autoritario. A los pocos días de haberme practicado la intervención, me dieron el alta y pude abandonar el hospital.

Una de mis primeras obligaciones era poner a los de la BBC al corriente de la situación. Los productores, Graham Massey y Peter Spry-Leverton, se portaron maravillosamente. No mostraron la menor indignación, aunque hubiera sido lógico dada la situación en que les había colocado; se había fijado un presupuesto elevadísimo, se había organizado el equipo de rodaje y pocos meses antes de comenzar la filmación de la serie, yo les dejaba plantados. Me esforcé en asegurarles que no tardaría en recuperarme y acordamos que comenzarían a rodar sin mí, y que yo me uniría a ellos tan pronto como estuviera en condiciones de hacerlo. Me sorprendió que decidieran seguir adelante con el proyecto. La confianza que me demostraron me animó mucho, y la perspectiva de participar en el rodaje de la serie me ayudó a soportar aquel penoso trance.

Cuando abandoné el hospital, Meave y yo llevábamos más de una semana ausentes de Kenia y comprendimos que aún tardaríamos mucho en regresar. Así pues, Meave decidió que los niños fueran a vivir con nosotros en Londres, y aunque yo también deseaba verlos, su presencia me deprimió durante unos días, pues no hacía sino confirmar mi triste situación. Sabía que tardaría mucho en poder reanudar mi vida anterior,

y todo lo que me recordaba esta circunstancia me apenaba profundamente.

Una vez analizados mis tejidos y los de mis hermanos, me comunicaron la buena noticia de que mi hermano menor, Philip, poseía un tipo de tejidos casi idéntico al mío. Los médicos no se habían equivocado al suponer que él era quien más se parecía a mí físicamente, aunque yo le llevo cuatro años. El tipo de tejidos idénticos se da entre mellizos idénticos, y hay una posibilidad entre cuatro de que un hermano posea un tipo de tejidos idéntico al de otro hermano.

Curiosamente, tardé bastante en aceptar el ofrecimiento que me había hecho mi hermano. Desde luego me alegraba saber que Philip era un donante ideal y que, por tanto, las perspectivas de éxito del trasplante eran muy altas. Pero yo me preguntaba si debía aceptar su ofrecimiento de donarme un riñón. Ya me había hecho a la idea de recibir un órgano de uno de mis hermanos o de otro donante vivo. El hecho de que mis hermanos y algunos amigos estuvieran dispuestos a arriesgar su vida para cederme un riñón me emocionaba profundamente, puesto que representaba un sacrificio casi imposible de valorar. Pero yo no sabía si podía aceptar la responsabilidad de semejante sacrificio.

Eran muchas las dudas que me atormentaban. ¿Qué sentiría yo si el donante no se recuperaba de la intervención? Y en caso de que mi organismo rechazara el órgano trasplantado, lo cual ocurría con frecuencia, ¿podría vivir con el remordimiento de saber que su sacrificio había sido en vano? ¿Y si más tarde Philip sufría un accidente y se lesionaba irremediablemente el único riñón que le quedaba? A pesar de estas dudas, yo ansiaba con desesperación volver a vivir plenamente, ocuparme de mis hijos, caminar por los desiertos y bañarme en el mar. El trasplante era mi única posibilidad. Como ya he dicho, en Inglaterra no podía recibir el riñón de un cadáver, y respeto la decisión de la autoridades médicas de reservar los órganos donados para los ciudadanos británicos. Cierto que podía trasladarme a otro país donde no existieran estas restricciones, pero ya me encontraba en Inglaterra y a estas alturas habría sido muy complicado cambiar los planes.

El hecho de que mi hermano y yo lleváramos muchos años enemistados me hacía aún más difícil aceptar su ofrecimiento. Hacía unos diez años que Philip y yo habíamos tenido un serio altercado y desde entonces no habíamos tenido contacto alguno. Es más, hacía diez años que yo no había invitado a ningún miembro de su familia a mi casa. Aunque los motivos de nuestra enemistad no vienen al caso, lo cierto es que esta circunstancia pesaba mucho sobre mí y me parecía injusto valerme ahora de él porque deseaba seguir con vida. Además, tenía mi orgullo y me costaba aceptar que Philip se compadeciera de mí y quisiera reconciliarse conmigo a causa de mi enfermedad. Había demostrado una extraordinaria generosidad al cederme uno de sus riñones y yo no estaba seguro de poder corresponder a su generosidad y aceptar este gesto.

Por otra parte, yo estaba en Inglaterra y Philip en Kenia, lo cual no hacía sino empeorar las cosas. Como es lógico, yo había hablado brevemente con mis hermanos mientras estaba en el hospital de Nairobi, antes

de viajar a Inglaterra. La entrevista fue violenta para todos y confieso que estuve muy poco amable. Según creo recordar, me limité a darles las gracias por su ayuda y dije que confiaba que no fuera necesario aceptar su ofrecimiento. Ahora me enfrentaba a la decisión más importante que había tenido que tomar en mi corta existencia y mi mala salud me impedía pensar con racionalidad.

Meave y yo hablamos de ello muchas veces y decidimos que nadie más que yo podía tomar esta decisión. Nuestro buen amigo Bernard Wood me concertó una entrevista con otro especialista, para que me diera una segunda opinión acerca del trasplante. Supongo que quería que me tranquilizara y me hiciera más fácil tomar la decisión. Este segundo especialista me explicó las perspectivas de someterme permanentemente a un tratamiento de diálisis y del éxito de un trasplante, así como las posibilidades que, estadísticamente, tenía el donante de sobrevivir. Incluso me dio un librito escrito por un paciente sudanés que se había enfrentado a este mismo problema. Todo ello me ayudó bastante, y sin embargo seguía resistiéndome a aceptar la oferta de mi hermano Philip.

Por fin le escribí una carta explicándole mis temores y pidiéndole que recapacitara. Le dije que Meave y yo sabríamos aceptar el que ahora cambiara de opinión, pero no que más tarde, una vez efectuado el trasplante, se arrepintiera. Por aquellos días Philip se hallaba preparando una campaña para presentarse como diputado para el parlamento de Kenia y supongo que mi carta debió de turbarle. Me respondió inmediatamente que su decisión estaba tomada, que no tenía que pensarlo y que llegaría a Londres tan pronto como hubieran terminado las elecciones. Su carta, muy breve y concisa, me ayudó a resolver mi problema. Le escribí diciendo que aceptaba su ofrecimeinto y dándole las gracias. A partir de entonces mi vida cobró un nuevo significado.

Recuerdo muy poco de las semanas que pasé en Inglaterra antes de comenzar el tratamiento de diálisis. Pasaba la mayor parte del día durmiendo y aquel período fue como una larga pasadilla. Mis riñones habían dejado de funcionar y retenía una gran cantidad de líquido, pues apenas orinaba. En estas circunstancias, tenía que dormir incorporado en la cama para evitar que los pulmones se inundaran de líquido y me ahogara. Sé que acudieron muchos amigos a visitarnos, pero aunque yo estaba vestido y tumbado en un sofá, a veces no me despertaba y cuando lo hacía apenas me fijaba en la gente que había presente. En ocasiones iniciaba una frase y no podía terminarla. Todo suponía para mí un inmenso esfuerzo físico y no podía recorrer cincuenta metros para sentarme en un banco cerca de casa sin detenerme varias veces durante el camino. Mi estado representaba una terrible carga para Meave, que me observaba impotente mientras mi estado mental y físico se deterioraban día a día. Nunca me ha gustado dramatizar las cosas y me esforzaba por convencer a todo el mundo de que no estaba tan enfermo como parecía.

No recuerdo con exactitud por qué no pude iniciar el tratamiento de diálisis en la fecha prevista. Uno de los problemas fue la intervención a que me había sometido para practicarme la fístula, la cual tuvieron que

repetir, y creo que la escasez de aparatos renales que había disponibles fue otro factor decisivo. Además, existía una razón de carácter psicológico; el tratamiento de diálisis no es precisamente agradable y muchos pacientes se deprimían al verse conectados a una máquina. Cuanto peor se siente el enfermo al comienzo del tratamiento, tanto más espectacular es su mejoría. En mi caso, me alegro de que tuviera que aguardar algún tiempo hasta que me tocara el turno, pues los efectos de la diálisis contribuyeron a que me sintiera mucho más animado.

Tras la segunda intervención, la fístula funcionaba a la perfección y, de paso, hacía un ruido imponente. Por extraño que parezca, el ruido producido por la sangre al bombearse de una arteria directamente al brazo era claramente audible aun a cierta distancia. El día que me dieron el alta en el hospital, fui a cenar con Meave al hotel Dorchester, invitados por unos amigos americanos. Mientras cenábamos en el comedor del célebre hotel, nuestros anfitriones y los camareros que nos atendían no salían de su asombro ante el ruido producido por mi brazo.

A finales de agosto, pocos días después de la intervención, inicié el tratamiento de diálisis. Me alegraba comenzar por fin el largo recorrido hacia mi curación. Aunque ignoraba los resultados, estaba firmemente convencido de que lo peor ya había pasado y, por tanto, contemplaba con optimismo el futuro. Al llegar a la unidad renal, me sorprendió ver que iban a utilizar unos vasos sanguíneos de la ingle, pues la fístula de la muñeca aún no había cicatrizado del todo.

La «diálisis de la ingle», como la llamo yo, es un procedimiento muy distinto al habitual. En primer lugar, el médico tiene que localizar la vena femoral, que está situada en lo más profundo de la ingle. Tras aplicar al paciente anestesia local, insertan en la ingle una larga y gruesa aguja hasta dar con la vena. Luego insertan en la aguja un alambre de acero que recorre unos quince centímetros de la vena. A continuación introducen un tubo de plástico en el alambre, retiran el alambre y conectan el tubo al aparato renal. El proceso se repite en la otra ingle, ya que uno de los tubos se encarga de llevar la sangre hasta el riñón artificial y el otro la devuelve al cuerpo. Naturalmente, es un proceso doloroso y yo me preguntaba cuales serían los resultados. La primera vez pasé diez horas conectado a la máquina, pero no me importó en absoluto, pues por primera vez en muchos meses me había desaparecido la uremia. Ya no sentía aquel desagradable regusto en la boca y mi organismo comenzaba a experimentar una nueva sensación de calor.

Como supuse que me sentiría muy mejorado tras mi primera sesión de diálisis, había invitado a una amiga, Nonnie Kellog, a cenar con nosotros aquella noche. Tenía muchas ganas de verla y de que me contara noticias de Kenia, pues acababa de regresar de Nairobi. Meave dejó a los niños con ella y fue a recogerme al hospital.

La primera sesión de diálisis redujo considerablemente el exceso de líquido acumulado en mi organismo y me causó una pérdida de unos dos kilos y medio de peso. Esto me dejó muy debilitado y tuvieron que ayudarme a levantarme de la cama y a vestirme. Meave me condujo a una silla de ruedas hasta un taxi que aguardaba a la puerta del hospital.

No obstante, yo estaba muy animado, pues me sentía mucho mejor. Nonnie llevaba varias horas esperando nuestro regreso a casa y celebramos con ella el éxito de mi primer día de tratamiento. Dos días más tarde me presenté para la segunda sesión de diálisis y volvieron a insertarme las agujas en las ingles, las cuales, al término de la tercera sesión, presentaban un aspecto muy irritado y amoratado. Para la cuarta sesión decidieron emplear la fístula que me habían practicado. Por fortuna, ya no sentí el dolor que había experimentado en las sesiones anteriores.

Hacia finales de la segunda semana de septiembre ya me había adaptado a la rutina del tratamiento y comencé a contemplar el futuro con más optimismo, pues confiaba en que el trasplante me proporcionaría una segunda vida. Era difícil prever las fechas en que podrían operarme, dado que aún no se habían celebrado las elecciones en Kenia y Philip ignoraba cuándo podría ir a Inglaterra. Habíamos acordado que se presentaría en Londres tan pronto como supiera los resultados de las elecciones. Durante aquellos días empecé a preocuparme seriamente por el aspecto económico que comportaba mi enfermedad, ya que mis medios eran limitados y había que hacer frente a los gastos del tratamiento y de nuestra estancia en Londres. Afortunadamente, el Museo nacional había prometido contribuir a sufragar los gastos médicos, pero aun así me preocupaba que Philip tuviera que aplazar varias semanas más su viaje a Inglaterra. En principio había confiado en que me operarían en agosto, y comencé a preparar las fechas de rodaje de la serie con los productores de la BBC. Creo que nadie me tomó muy en serio y más bien debieron de pensar que me había vuelto loco. No obstante, mis amigos tuvieron la delicadeza de no comentar siquiera la posibilidad de que yo no me hallara completamente restablecido a finales de septiembre. A medida que transcurrían los días, esperaba con ansia tener noticias de las elecciones en Kenia.

Mientras yo me enfrentaba a todos estos problemas en Londres, el Museo de Nairobi atravesaba también por una etapa difícil. Antes de ausentarme de Kenia, yo sabía que algunas personas intentaban quitarme el puesto de director del Museo Nacional y del Departamento de Antigüedades y Monumentos. La campaña para destituirme del cargo se había iniciado en realidad en 1978, y había alcanzado su máxima intensidad en marzo de 1979. Así pues, antes de partir tomé una serie de medidas para controlar la situación, entre ellas entrevistarme con destacados funcionarios gubernamentales para llegar a un acuerdo con ellos. Me preocupaba sobre todo el que las personas que estaban en contra mía pudieran aprovecharse de mi deteriorada salud y ausencia de Kenia. El problema radicaba en la ampliación del Memorial Institute, el cual desde primeros de 1979 se había independizado en gran medida del Museo Nacional. Quienes se oponían a mí pretendían separar las diversas funciones del Museo nacional y, de paso, hacerse con el control del Instituto para neutralizar su eficacia.

Yo estaba muy resentido por esto, ya que desde octubre de 1968, cuando empecé a trabajar en el Museo, esta institución se había ampliado de forma espectacular; el número de la plantilla había aumentado de

veintitrés empleados que había en 1969, a unos trescientos en 1979; y el presupuesto, durante este mismo período, había aumentado de 23.000 libras a más de 600.000. Todo ello se había conseguido gracias a un esfuerzo considerable y mi máxima aspiración era completar la ampliación del Museo antes de que mi inevitable fallo renal me lo impidiera. Precisamente cuando tenía el éxito al alcance de la mano, hube de enfrentarme a la posibilidad de que la organización que yo había creado se viniera abajo, y por desgracia no estaba en condiciones de luchar para impedirlo.

Entre las diversas propuestas, se acordó que el gobierno de Kenia fundaría una comisión independiente que examinara los asuntos del Museo Nacional y recomendara al gobierno cómo debían llevarse las cosas en el futuro. Yo tenía plena confianza en la integridad y sentido común de los miembros de esta comisión y esperaba que me respaldaran frente a mis adversarios. Todos mis empleados sabían que si no conseguía este voto de confianza, al mismo tiempo perdería mi cargo de director del Museo. Por el contrario, si el gobierno, como yo confiaba que haría, aceptaba mi política como base para regir en el futuro los museos de Kenia, mis detractores se darían por vencidos y me dejarían en paz. Todo esto se discutió a fondo mientras yo permanecía en tratamiento en Londres y me gasté una pequeña fortuna para mantenerme informado de los acontecimientos. Al final supe que no tenía motivos para preocuparme, pues contaba con el apoyo incondicional del ministro encargado de los museos, el cual había recibido de la comisión un informe muy positivo. Así pues, comprendí que, si conseguía recuperar la salud, mi cargo estaría a salvo.

Durante mi estancia en Inglaterra, corrió la noticia de mi enfermedad y empezaron a llover las cartas. La voluminosa correspondencia que recibía me mantenía muy ocupado, ya que procuraba contestar todas las cartas, particularmente las de nuestros amigos más allegados. Me animó mucho recibir cartas de todas las partes del mundo, de gentes que sólo me conocían por mis trabajos. Muchas de las personas que me deseaban una pronta recuperación no conocían los detalles de mi enfermedad, y en ocasiones se referían a mí casi en tiempo pretérito, por lo que en casa aludíamos a estas cartas como «el correo necrológico». Incluso recibí un día un recorte de prensa que aludía al «difunto Richard Leakey». Esto me divertía y me hacía olvidar el penoso trance en el que me hallaba.

Alquilamos un piso en Londres y enviamos a Louise y Samira a una escuela local situada a poca distancia de donde vivíamos. Yo acudía al hospital los lunes, miércoles y viernes, hacia las ocho de la mañana. Prefería comenzar a esa hora el tratamiento para regresar temprano a casa y aprovechar el resto del día. Me gustaba seguir una rutina y tener todas mis jornadas bien organizadas, aunque no hiciera nada importante.

La rutina del tratamiento de diálisis era muy sencilla. Al llegar a la unidad, me asignaban un aparato que generalmente estaba situado en una habitación contigua a la unidad, donde podía estar solo. Me alegraba disponer de cierta intimidad, ya que, además de dedicarme a escribir, solía recibir bastantes visitas. Lo primero que hacía al llegar era preparar

la máquina renal, es decir, el propio riñón artificial, los tubos por los que circulaba la sangre, agujas, grapas, una bolsa que contenía una solución salina y demás. Esto me llevaba unos quince minutos, aunque ciertos días tardaba más tiempo en disponerlo todo. Una vez que todo estaba listo, me pesaba y pedía a la enfermera que me insertara las agujas en las venas y retirara las grapas para que la sangre comenzara a ser bombeada a través del riñón artificial.

Una vez que el aparato estaba en marcha, me ponía a trabajar. En vez de recibir el tratamiento tumbado en la cama, prefería hacerlo sentado en un sillón frente a una mesa, para poder escribir con la mano que me quedaba libre. Conseguí despachar la voluminosa correspondencia que recibía y redactar buena parte de este libro. Habría sido muy aburrido permanecer tendido en la cama leyendo.

Uno de los efectos más desagradables del tratamiento era la deshidratación causada por la diálisis, lo cual me hacía sentirme muy débil. El proceso de diálisis no sólo extrae las impurezas sino también líquido del cuerpo, y cuando se pierde demasiado líquido uno comienza a sentirse muy débil y a tener náuseas. El único remedio es restituir rápidamente al organismo, por medio de una transfusión gota a gota, parte del líquido que se ha perdido. A fin de prevenir esos efectos, antes de empezar la diálisis yo preparaba una bolsa con solución salina y tan pronto como notaba que disminuía mi capacidad de concentración, ajustaba la pieza que controlaba la salida del fluido para que penetrara directamente en mi torrente sanguíneo. Al cabo de algunas semanas aprendí a hacerlo rápidamente para no perder tiempo y dedicar todo el rato que duraba el tratamiento a escribir.

Lo que más me incomodaba era el ruido que producían las máquinas. Cada aparato lleva incorporado un sofisticado sistema de alarma que registra cualquier fallo. Por ejemplo, si el sistema que hace circular la sangre se interrumpe a causa de estar uno de los tubos bloqueados o si penetra aire en el organismo, el potente sonido de la alarma avisa a las enfermeras. Puesto que en la unidad funcionaban quince aparatos, cada diez o quince minutos sonaba una alarma. Sería más cómodo que los fabricantes de estos aparatos hubieran diseñado otro sistema para alertar a las enfermeras, como una señal sobre un panel controlada a distancia, o un sonido musical que sustituyera a ese ruido que parecía el de una sirena anunciando una catástrofe.

Al término de la sesión, que duraba seis horas, la enfermera me desconectaba del aparato una vez que toda la sangre que había en la máquina había sido restituida a mi cuerpo. Al cabo de unos momentos de haberme retirado las agujas y los tubos, volvía a pesarme y me marchaba a mi casa. Siempre me sentía muy mejorado después de las sesiones de diálisis. Creo que uno de los aspectos más duros del tratamiento es la limitada cantidad de líquido que se puede ingerir. Puesto que el cuerpo sólo pierde líquido por medio de la sudoración y de los riñones cuando se padece insuficiencia renal casi todo el líquido que se ingiere es extraído por medio de la diálisis. En estas circunstancias, el enfermo ha de procurar no beber en exceso, ya que ello es muy incómodo y también

peligroso. Yo sólo podía tomar un poco más de dos tazas de líquido a lo largo de las veinticuatro horas. A veces tomaba tres, pero ni aun así conseguía apagar la sed. Fue muy duro pasar sed durante los tres meses, y recuerdo el placer que experimentaba con cada sorbo de líquido que tragaba.

Asimismo, debía tener mucho cuidado con lo que comía, y no podía probar ciertos alimentos tales como frutas, setas y muchos otros. Algunos de esos alimentos contienen mucho potasio, que puede acumularse peligrosamente en la sangre. Yo cuidaba mucho mi dieta, aunque a veces me extralimitaba un poco, pues me parecía que concederme algún placer de vez en cuando era tan importante como el tratamiento que seguía.

A principios de octubre no sabíamos todavía la fecha exacta en que llegaría Philip y empecé a sentirme bastante deprimido. Consideré seriamente la posibilidad de continuar sometiéndome a diálisis de forma permanente y estudié los problemas que me plantearía seguir este tratamiento en Kenia. Mi mayor deseo era abandonar Inglaterra; regresar a mi país con mi familia y estar de nuevo entre mi gente. Aunque en Londres vivíamos cómodamente, ansiaba gozar de nuevo de los sonidos y olores propios de Kenia y que me eran tan familiares. Meave procuraba consolarme diciendo que tres meses no eran nada comparado con lo que muchos enfermos de riñón tenían que padecer. Yo sabía que tenía razón, pero la espera me impacientaba e irritaba. Por otra parte, me preocupaba que el trasplante, puesto que se trataba de una operación tan delicada, pudiera no tener éxito. Los días transcurrían con una lentitud desesperante y no recibíamos noticias de mi hermano.

Por fin, a mediados de octubre, se anunció la fecha en que se celebrarían las elecciones. El día de la votación sería el 8 de noviembre y yo confiaba que poco después podría realizarse la operación. Las perspectivas de regresar a casa parecían más próximas y me sentí mucho más animado. Aunque era imposible prever las consecuencias del trasplante, al menos era un paso definitivo y eso era importante. Sabía que si la operación no tenía éxito, no tendría más remedio que hacerme a la idea de seguir para siempre el tratamiento de diálisis. Estaba seguro de poder aceptar esta alternativa, lo que significa que contemplaba las pespectivas de la operación no sin cierto fatalismo.

Meave y yo telefoneamos a Philip en un par de ocasiones para ultimar los detalles de su viaje a Londres. Yo no quería perder tiempo y había algunas cuestiones que resolver. Lo primero era informar al equipo médico de la fecha prevista para la operación a fin de que pudieran disponerlo todo. Pero no era sencillo fijar una fecha, pues cabían dos posibilidades muy distintas; si Philip no conseguía un escaño en el parlamento podría acudir a Londres inmediatamente después de las elecciones; pero si resultaba elegido, tendría que aplazar el viaje durante varias semanas para ocuparse de todas las formalidades. Teniendo en cuenta la posibilidad de que ganara las elecciones, elegimos una fecha de noviembre. Philip accedió a ir a Londres con su esposa el 25 de noviembre para que la operación pudiera efectuarse el 29 del mismo mes.

Las últimas semanas previas a la operación fueron las más duras para mí, pues me preocupaba la posibilidad de que las cosas salieran mal, como por ejemplo que Philip no pudiera trasladarse a Londres a causa de un accidente o, peor todavía, que fuera víctima de un atentado en Kenia, donde las campañas electorales pueden ser en ocasiones muy violentas. Estos temores me tenían los nervios muy alterados.

Philip competía contra el actual presidente del parlamento y otros nueve candidatos. Su distrito electoral, Langata, es un suburbio de Nairobi con una densa población y sus electores eran básicamente de origen africano. Su candidatura atraía mucho interés, porque, aparte de tratarse de Philip, era la primera vez que un keniata «europeo» intentaba emprender una carrera política desde que Kenia había obtenido la independencia de Gran Bretaña en 1963. Philip se había presentado ya en 1974 como diputado para Langata, y había perdido por un margen muy estrecho. En las elecciones de 1979, consiguió ganar por una amplia mayoría de votos.

Todos nos alegramos de su triunfo, aunque debo confesar que en cierto momento lamenté que su victoria significara aplazar la fecha de la operación. El hecho de que Philip abandonara Kenia poco después de las elecciones debió de ser un gran sacrificio para él, y mucha gente se asombró de que estuviera dispuesto a marcharse en un momento tan importante de su carrera para someterse a una operación quirúrgica. No obstante, él y Valerie cumplieron su palabra y llegaron a Londres el 25 de noviembre, tal como estaba previsto. Poco después de llegar nos telefonearon y quedamos en comer juntos aquel día.

Era la primera vez que los cuatro nos reuníamos para comer juntos. Creo que todos éramos conscientes de esta circunstancia y nos sentimos bastante violentos. Durante el almuerzo Philip nos contó noticias sobre Kenia y los detalles de su campaña electoral. Me emocionaba pensar que muy pronto estaríamos todos de regreso en casa y muy pronto la conversación se centró en los detalles de la operación de trasplante. Inesperadamente, Philip me comunicó que no podía ingresar en el hospital hasta que no dispusiera de protección policial, pues estaba informado de que posiblemente atentarían contra su vida mientras permanecía en el hospital. No conocía más detalles del asunto, pero tanto él como Valerie insistieron en la necesidad de tomar estas precauciones. Philip sugirió en broma que puesto que él y yo nos parecíamos tanto, quizá me asesinaran a mí por error.

No fue nada fácil convencer a las autoridadses británicas para que nos dieran protección policial. Tras varias llamadas telefónicas a mis amigos de Londres, conseguí organizarlo todo. Ello supuso una demora de veinticuatro horas sobre la fecha prevista para la operación, y recuerdo la reacción de los médicos cuando les expliqué que la causa se debía a que Philip debería estar protegido por unos guardaespaldas mientras permaneciera en el hospital.

Al fin, el 27 de noviembre, Philip ingresó en el hospital de St. Thomas para someterse a las pruebas habituales antes de proceder a la extirpación de un órgano vivo para ser trasplantado. Yo ingresé al día

siguiente, al mediodía, y nos asignaron habitaciones contiguas en el ala privada del hospital. Philip fue a mi habitación y ambos nos sentamos en mi cama para comer juntos por segunda vez desde que éramos hombres adultos. Al día siguiente mi hermano iba a cederme uno de sus riñones. Yo estaba todavía preocupado y volví a preguntarle si estaba dispuesto a seguir adelante. Me aterraba pensar que pudiera echarse para atrás, pero tenía que estar convencido.

Mi madre fue también a Londres y, lógicamente, estaba preocupada, como cualquier madre lo estaría. Creo que también le inquietaba la clase de relación que hubiera entre Philip y yo después de tantos años de estar enemistados. Para ella debió de ser una novedad vernos juntos y bien avenidos. Un amigo nuestro dijo que, dado que nos habíamos llevado tan mal durante tanto tiempo, lo más probable era que mi organismo rechazara el riñón donado por Philip.

El día de la operación todos estábamos muy nerviosos. Yo deseaba que todo acabara cuanto antes y saber si por fin iba a poder emprender una nueva vida. Hacia las doce comenzaron los preparativos previos a la operación, y a la una y cuarto Philip y yo nos hallábamos sobre nuestras camillas camino del quirófano. Yo quise hablar con él antes de entrar en el quirófano, pero apenas podía hacerlo, pues nos habían administrado unos sedantes. En la sala de anestesia contigua al quirófano, pedí que colocaran mi camilla junto a la de Philip y le pregunté por última vez si estaba decidido a seguir adelante. Su respuesta fue breve, concisa e imposible de reproducir aquí, pero me tranquilizó e hizo reír al personal médico que nos atendía. Yo también me eché a reír, y esto es lo último que recuerdo antes de despertarme por la noche. Al despertar, contemplé lo que hacía tanto tiempo que ansiaba ver: una botella colgando sobre mi lecho que contenía un líquido sanguinolento que era mi orina. Mi segunda vida había comenzado.

15. Epílogo

Me recuperé rápidamente de la intervención quirúrgica y a los pocos días comencé a sentirme mucho mejor. Por primera vez en muchos meses podía comer y beber lo que me apetecía y como no me gustaba lo que me daban en el hospital, la pobre Meave pasaba horas en casa preparándome la comida para llevármela al hospital. A los trece días justos me dieron el alta. Philip había abandonado el hospital tres días antes y un mes después de la operación estaba de regreso en Kenia. Su salud es ahora tan buena como lo era antes de donarme el riñón.

Me habían advertido que era frecuente que el organismo rechazara un órgano trasplantado, por lo que no debía creer que estaba totalmente recuperado hasta transcurridos unos meses. Pero conforme pasaban los días y mi función renal era prácticamente normal, empecé a pensar con optimismo que mi operación de trasplante de riñón había sido «perfecta». Sin embargo, estaba muy equivocado. La víspera de Navidad, tres semanas después de la operación, se inició un episodio de rechazo total y al cabo de dos días mi función renal era nula. Es imposible describir lo que sentía en aquellos instantes. Ingresé de nuevo en el hospital, donde me administraron unos fármacos inmunosupresores para detener el proceso de rechazo. Los médicos temían que el riñón hubiera quedado permanentemente dañado, pero tuve suerte. Poco después comenzó a funcionar de nuevo y el 29 de diciembre me dieron el alta, pero mis problemas no habían terminado. La dosis masiva de fármacos me había dejado sin ninguna inmunidad para combatir infecciones. El día de Año Nuevo regresé al hospital con mucha fiebre debido a una infección vírica. Permanecí ingresado dos días y por un momento pensé que éste era el fin de mi segunda vida. Regresé a nuestro piso confiando de nuevo en poder recuperarme normalmente, pero aún no había sucedido lo peor. A primeras horas del 20 de enero una ambulancia me trasladó urgentemente al hospital, aquejado de un grave proceso de neumonía complicado con pleuresía y septicemia. Mi estado era crítico y los médicos advirtieron a Meave que las posibilidades de una recuperación eran escasas. Gracias al magnífico esfuerzo de los médicos y las enfermeras, hoy puedo escribir este epílogo, pero debo añadir que de no ser por los ánimos y fuerzas que me infundió Meave para luchar, jamás habría logrado sobrevivir. Al fin, el 23 de febrero de 1980, regresamos a Kenia, y desde entonces he gozado de un perfecto estado de salud.

Cronología

1944 19 de diciembre: Nace Richard E. Leakey. Hijo del célebre matrimonio de paleontólogos Louis Seymour Bazzet Leakey y Mary Leakey, que vivían en Nairobi, Kenia.

1947 Viaja de Kenia a Inglaterra en un hidroavión de la British Airways, en un vuelo de tres días.

1949 Primer curso escolar en el Convento de Loreto, Nairobi. Poco después pasa a la Escuela Primaria.

1950 Halla su primer fósil en Kangera, a los 6 años de edad.

1955 Termina los estudios primarios e ingresa en la escuela secundaria Duque de York de Nairobi.

1960 Acompaña a sus padres en el descubrimiento del cráneo del Australopithecus boisei.

1961 Colecciona esqueletos de animales muertos por la sequía, que vende a universidades y museos de todo el mundo.

1962 Guía de safaris fotográficos de lujo. Funda una compañía comercial subvencionada por la «National Geographic Society». Explora regiones del Africa oriental.

1963 Kenia consigue la independencia política de Gran Bretaña. Richard organiza una expedición a los depósitos sedimentarios de la orilla occidental del lago Natrón (Peninj). Consigue el permiso de piloto. Participa en el equipo que encuentra la mandíbula inferior del Australopithecus boisei.

1965 La National Geographic Society le propone viajar a USA con su padre para explicar sus investigaciones en Olduvai y lago Natrón. Prepara estudios para poder ingresar en la Universidad.

1966 Funda la Compañía Root and Leakey's Safaris Ltd. Colabora con su padre en el Centro de prehistoria y paleontografía de Kenia. Expedición a Baringo. Redacta su primer documento científico. Funda «Amigos del Museo de Kenia». Participa en la expedición internacional al valle del Omo (Etiopía).

1967 Parte de Nairobi a primeros de junio. Hallan dos cráneos de Homo Sapiens de 130 mil años. Descubre zonas de sedimentos estratificados al nordeste del lago Turkana.

1968 Visita la National Geographic Society en Washington. Expedición al nordeste del lago Turkana. Fósil de homínido. Mandíbula inferior del Australopithecus boisei. Es nombrado Director administrativo del Museo Nacional de Kenia.

1969 Londres, camino de USA para obtener apoyo financiero para una expedición al lago Turkana. Funda la Wildlife Clubs of Kenya. Primera conferencia pública en USA. Proyecto Koobi. 2.ª expedición al Turkana. Yacimiento KBS. Descubre fósil KNM-ER 1470, datado finalmente en 1,9 millones de años.

1970 Visita a USA. Creación del Museo de Kitale, en Kenia.

1972 1 de octubre: Fallece su padre, en Londres. Conferencia en la Sociedad Zoológica de Londres. El Príncipe Felipe de Edimburgo visita los trabajos.

1974 Campaña de recaudación de fondos a través de la Fundación L.S.B. Leakey. Crea la «Foundation for Research into the origin of man» (FROM). Conferencia en la Real Academia Sueca de Ciencias. Preparativos para el rodaje de sus dos documentales en el lago Turkana: Para Gran Bretaña «Los huesos de la discordia», y para EE.UU. «La clave de 3 millones de años».

1975 Simposio en Londres sobre los trabajos en Rift Valley de Africa oriental. Bernard Ngeneo halla un cráneo de Homo Erectus de 1,5 millones de años. Catálogo: KNM-ER 3.733.

1976 Recauda fondos para el Memorial Institute del Museo Nacional. Escribe «Orígenes» en colaboración con Roger Lewin, y luego «People of the Lake».

1977 Inauguración del International Louis Leakey Memorial Institute for African Prehistory, y celebración del VIII Congreso Panafricano.

1978 Parte hacia Nakali para investigar yacimientos. Trabajos preparatorios para una serie documental para la BBC sobre «La evolución de la humanidad».

1979 Serie de conferencias en USA. Ingresa en el Hospital de Nairobi. Inicia tratamiento de diálisis en el Hospital de St. Thomas en Londres. Meses después se le trasplanta un riñón que le cede su hermano Philip.

1980 A finales de febrero regresa a Kenia.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh,** por Herbert Frank.

33. **Sartre,** por Walter Biemel.
34. **Buda,** por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron,** por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII,** por José Jiménez Lozano.
37. **Casals,** por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega,** por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau,** por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo,** por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado,** por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi,** por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe,** por Walter Lennig.
44. **Lorenz,** por Alec Nisbett.
45. **Juárez,** por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler,** por Arthur Koestler.
47. **Nelson,** por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt,** por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven,** por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero,** por Franz Winzinger.
51. **Wagner,** por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1),** por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2),** por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier,** por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohígas.
55. **Bach,** por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno,** por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire,** por Haydn Mason.
58. **De Gaulle,** por Jean Lacouture.
59. **Kennedy,** por André Kaspi.
60. **Gaudí,** por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1),** por André Maurois.
62. **Balzac (2),** por André Maurois.
63. **Bismarck,** por Wilhelm Mommsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal,** por José M.ª López Piñero. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
65. **San Pablo,** por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V,** por Philippe Erlanger.
67. **Mahoma,** por Washington Irving. Prólogo de Pedro Martínez Montávez.
68. **Mozart,** por Arthur Hutchings.
69. **Stalin (1),** por Ian Grey.
70. **Stalin (2),** por Ian Grey.
71. **Maquiavelo,** por Edmond Barincou. Prólogo de Francisco Gutiérrez Contreras.
72. **Hitler,** por Helmut Heiber.
73. **Victoria I,** por Lytton Strachey.
74. **Mussolini,** por Giovanni de Luna.
75. **Enrique VIII,** por Philippe Erlanger.
76. **Leakey,** por Richard E. Leakey.



LEAKEY

Richard E. Leakey se hizo famoso en todo el mundo por el hallazgo en Koobi Fora del cráneo «1470», fósil que consolidó sus ideas sobre la evolución humana. A la sombra de sus padres, Louis y Mary, ambos paleontólogos célebres, adquirió la formación necesaria para progresar en el conocimiento de nuestros antepasados prehistóricos. Su amor y defensa de la tierra que le vio nacer, Kenia, y su lucha por ganarse un reconocimiento profesional, a falta de estudios universitarios, marcaron lo que él mismo llama «su primera vida» en esta autobiografía que escribió cuando, en un hospital londinense, esperaba renacer, gracias al trasplante de un riñón que le donaba su hermano Philip. En efecto, «volvió a nacer» y divulgó su obra, narrada con una sencillez tan primitiva como sus aventuras entre animales salvajes, su safari y su apasionada búsqueda de fósiles en el Rift Valley de Africa.


10076
9 788434 581456